SIOBHAN CURHAM

LA JOVEN QUE ESCRIBÍA HISTORIAS DE AMOR EN AUSCHWITZ

En los momentos más oscuros,
las palabras pueden mantener viva la esperanza.
Pero aquí incluso la esperanza es peligrosa.

NOVELA

NEWTON COMPTON EDITORES

Siobhan Curham

La joven que escribía historias de amor en Auschwitz

Traducción de Cecilia F. Santomé

Newton Compton Editores
Barcelona, 2024

Índice

Portada
La joven que escribia historias de amor en Auschwitz
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37

Epílogo
Una carta de Siobhan Curham
Agradecimientos
Créditos

Todo campo de concentración necesita su poeta, alguien que, incluso allí, vea la vida como un bardo y sea capaz de hacer de ella una canción… Dejadme ser el corazón pensante de estos barracones.

ETTY HILLESUM

Prólogo

No hay historia que se precie que no termine poniendo en un brete, sea de la manera que sea, a su protagonista. Como escritora profesional que soy, lo sé muy bien (lo he hecho en cada una de mis novelas). Entonces, claro está, el héroe encuentra esa fortaleza de la que no era consciente y que lo impulsa a ponerse en pie una vez más y a matar al metafórico dragón.

Tirada en mi catre en aquel lugar perdido de la mano de Dios en los confines del mundo, en los confines de la humanidad, mientras oía fuera a los guardias gritando aquellas palabras que acabé detestando –*Raus! Schnell*!–, supe que había llegado a ese punto en mi propia vida. El último giro de guion, las nuevas cotas que había alcanzado su crueldad me habían hecho desmoronarme…, pero yo no quería volver a levantarme. Quería permanecer allí tumbada hasta que se desintegrase lo que quedaba de mi piel y de mis huesos, caer al suelo como el polvo entre los listones del catre. Allí ya no tenía nada. Nada. Ningún motivo para rebuscar en mi interior esa fuerza desconocida. Aunque…

Mientras barajaba la posibilidad de rendirme, el eco de las palabras de Tomasz me llegó desde el pasado: «Cuando todo pase, encontrará la manera de contarle al mundo lo que nos hicieron. Podría escribir un libro». En el momento en que me lo dijo, al principio de la guerra, no me imaginaba lo que esa frase acabaría significando, lo que nos harían, lo que les harían a mis seres queridos. Así prendió la mecha en mi interior. Como una chispa de indignación ante tamaña injusticia. ¿Acaso iban a irse de rositas?

A lo lejos, oí llorar a un niño; automáticamente, aquello me devolvió al terrible instante en que mi mundo se había derrumbado y me había visto reducida a ser una sombra de lo que era. ¿Por qué tenía que terminar así mi historia? Los alemanes ya habían puesto punto final a demasiadas historias. Se me pasó entonces otra idea por la cabeza: ¿no es cierto que una persona no muere del todo mientras siga viva su historia? Porque puede que su cuerpo ya no esté, pero su

espíritu pasa a formar parte de la cultura popular y cobra vida cada vez que alguien narra sus peripecias.

En la boca del estómago, iba tomando forma una resolución como un nudo indisoluble. Si vivía para contar lo que había sucedido, no solo estaría dando a conocer al mundo lo que aquellos monstruos nos habían hecho, sino también resucitando a mis seres queridos. Toda su sabiduría y sus entresijos, sus pasiones y su amor no morirían nunca. Me quedé mirando mi cuerpo, frágil, con los huesos sobresaliéndome y la piel fina como el papel de liar, devorada por las pulgas. Recuperando la lucidez por un instante, me di cuenta de que mi historia no podía terminar allí. Tenía que sobrevivir. Tenía que contar sus historias para que viviesen para siempre. Tenía que compartir su valiosísimo legado para que otros pudiesen también sacarle partido. Retorciéndome de dolor por la molestia en la cadera, que no se me pasaba, poco a poco fui incorporándome.

Capítulo 1

París
Octubre de 1940

Supe que algo no iba bien en cuanto llegué al Café de la Paix y vi a mi editor, el «indomable Anton Janvier» –como solían tildarlo en el *Paris Journal*–, escudriñando el menú con la avidez de un detective en busca de pruebas. Anton llevaba yendo a cenar al Café de la Paix casi toda su vida adulta. A veces, hasta lo veían desayunar, almorzar y cenar allí. Se sabía el menú de punta a cabo y no necesitaba echarle nunca un vistazo antes de pedir.

Señal de que las cosas no marchaban eran también aquellas profundas ojeras que le enmarcaban los ojos y su pelo –que solía llevar relamido hacia atrás–, dividido en mechones ralos y canosos a merced de la brisa. Normalmente, cuando quedaba con Anton para comer, lo encontraba fuera, sentado a su mesa favorita y con una botella ya medio vacía de *beaujolais* mientras admiraba las vistas de la ópera, al otro lado de la plaza. Eché un vistazo a la orilla de enfrente y reprimí un escalofrío al ver a unos soldados alemanes que pasaban desfilando, con sus lustrosas botas militares en contraste con el tenue dorado del sol otoñal. ¿Acaso era de extrañar que Anton tuviese los hombros caídos y la frente poblada de arrugas? Desde el preciso instante en que los nazis habían ocupado nuestra querida ciudad en junio, a cada parisino debían de haberle salido una o dos marcas en el ceño. Quizá el motivo por el que Anton parecía tan incómodo no tenía nada que ver conmigo. Ojalá… Pero, en caso de que así fuese, tenía un as en la manga. Y era un plan estupendo, si se me permite decirlo.

Respiré hondo, recoloqué un poco con los dedos mi permanente recién hecha y adopté lo que esperaba que fuese un rictus de desafiante optimismo contra las adversidades presentes.

–¡Buenos días, amigo mío! –solté en nuestro estilo de saludo habitual al acercarme a la mesa.

Anton dejó a un lado el menú y se levantó para saludarme, pero

noté que fruncía mucho el ceño antes de esbozar una sonrisa forzada.

–¡Claudette! –exclamó y me dio un beso en cada mejilla. En mi interior, la aprensión iba en aumento. Hacía años que no me llamaba por mi nombre completo. En cuanto mi primera novela, *Las aventuras de Aurélie*, se convirtió en un éxito de ventas, nos hicimos uña y carne; desde entonces, se había dirigido a mí por mi apodo infantil, Etty. Habían pasado siete años y, en ese tiempo, le había entregado cuatro manuscritos más de Aurélie, superando cada libro el éxito de los precedentes. Las mujeres francesas le habían hecho un hueco en sus corazones a aquella heroína peleona salida de los salones de baile y estaban enganchadas a sus aventuras. Pero eso fue antes de que los alemanes llegasen y comenzasen a prohibir determinados libros escritos por determinados autores.

–¿Cómo le va? –preguntó Anton volviendo a sentarse.

La botella de vino que tenía delante estaba casi vacía.

–Bien –respondí–. ¿Y a usted?

–Bueno, tirando… Ya sabe.

Se encogió de hombros, y me percaté de que su chaqueta de terciopelo en tono ciruela le flojeaba.

Hasta a un vividor como Anton, que todavía podía permitirse cenar en un restaurante, le afectaba el racionamiento de alimentos que habían implantado en septiembre. Los alemanes habían decretado que nosotros, los franceses, solo podíamos pedir un entrante, un plato principal y un trozo de queso cuando cenábamos fuera. «¡Un trozo de queso! ¡Soy un hombre, no un ratón!», había rugido Anton tras enterarse de la noticia, incapaz aparentemente de contemplar un futuro que no incluyese un consumo diario del doble de una tabla de quesos.

Un camarero se materializó junto a nuestra mesa; Anton pidió el *cassoulet* de salchicha –su plato favorito de siempre, el guiso de ternera, había pasado a mejor vida con la ocupación–, y yo pedí mi sopa de cebolla favorita –afortunadamente, las cebollas se habían librado por ahora del sacrificio. –Tengo buenas noticias –anuncié con entusiasmo.

–¿Ah, sí? –Se echó hacia delante y bajó la voz–. ¿Se va de París?

–¿Qué? ¡No!

Al empezar los alemanes su marcha sobre París, mucha gente había huido de la ciudad, incluido mi querido vecino Levi, que vivía en el piso de arriba. Me suplicó que me fuese con él, pero me negué. Me había costado tanto conseguir aquel piso en la orilla izquierda del Sena que no me apetecía dárselo a nadie, y menos aún a Hitler y sus compinches.

–¡Ay! –Anton se desplomó en su silla, decepcionado.

–He acabado el primer borrador del quinto libro. Se me ha ocurrido por fin qué hacer con ese latoso acosador de Aurélie… –Hice una pausa dramática–. Tiene un pegajoso final en una tina de gachas de avena en la cocina del Ritz. Albergaba la esperanza de que aquello le arrancase a Anton una de sus risotadas a mandíbula batiente, pero su expresión se tornó triste.

–Te… tengo noticias… –tartamudeó cogiendo la botella y echándose en el vaso el vino que quedaba.

–¿Ah, sí?

Se me encogió el estómago. A juzgar por su gesto grave, no era el tipo de noticia al que me tenía acostumbrada, normalmente, en relación con ventas de libros muy por encima de mis expectativas.

Se echó otra vez hacia delante mirando a derecha e izquierda.

–Es por la nueva legislación que ha aprobado el Gobierno, el estatuto de los judíos –susurró.

Se me puso la piel de gallina. Desde el preciso instante en que me enteré del maldito estatuto que prohibía que los judíos ejerciesen determinadas profesiones, el temor se había apoderado de mí. ¿Y si mi peor pesadilla estaba a punto de hacerse realidad?

«No te olvides del plan B –me recordaba una vocecilla en mi interior–. Que no se te olvide el espíritu emprendedor que te trajo aquí, desde los arrabales de Marsella al corazón del París literario. ¡Ese mismo espíritu bien puede burlar a los traidores que nos gobiernan!».

–Lo siento muchísimo –siguió diciendo con la mirada puesta en la mesa–. Ya no… ya no tenemos autorización para seguir publicándola.

Me esforcé en controlar la necesidad de tragar saliva. El hecho de que Anton me hubiese ofrecido mi primer contrato editorial había supuesto un punto de inflexión. Convertirme en escritora había sido como recibir las llaves de un reino mágico a años luz del mundo en el que yo me había criado. Y, desde la publicación de mi primera novela, mi vida había discurrido en paralelo a la de la protagonista de mi ficción, Aurélie, en un maravilloso ejemplo de cómo la vida imita al arte o viceversa; era imposible distinguirlas de lo enmarañados que estaban nuestros respectivos caminos. Me costaba asumir que pudiesen arrebatarme eso. No solo sería el final de mi carrera: supondría la pérdida de mi identidad.

–Lo siento muchísimo –repitió; por fin, me miró a la cara, y vi que sus ojos castaños estaban empañados de lágrimas. –No pasa nada –le respondí con despreocupación–. Me imaginaba que sus estúpidas leyes podían llegar a causarme problemas, así que se me ha ocurrido un

plan de lo más artero… –Hice una pausa y recé por que tal plan consiguiese su aprobación–. Desde ahora y hasta que los alemanes pierdan la guerra, voy a escribir con seudónimo. Estaba pensando en Edith Londres. Édith, claro está, en homenaje a mi cantante favorita, el pequeño gorrión; y Londres porque…, bueno…, siempre he tenido ganas de ir allí. –Me obligué a sonreír–. Fantaseo con tomarme el té de las cinco en Fortnum & Mason y pasearme en uno de esos taxis negros. A lo que habría que añadir un londinense de pura cepa diciendo: «Como quieras, prenda mía». –Era consciente de que estaba divagando, pero me resistía a parar por miedo a que Anton echase por tierra mi idea–. Es una expresión de cariño –añadí al ver la confusión en su rostro.

–¿Cuál?

–«Prenda mía». Es como los londinenses profundos llaman a sus mujeres.

–¿Quiere casarse con un londinense?

–¡No! Solo quiero oírlos hablar. –Empecé a juguetear con el borde de mi servilleta, frustrada por que nuestra conversación hubiese ido a dar a aquel jardín–. Bueno, entonces…, ¿qué le parece mi idea, lo del seudónimo?

Apenas me atrevía a respirar, esperando su respuesta. La única solución que se me había ocurrido previendo que aquello podía pasar era escribir bajo un nombre distinto. Si decía que no, no sabía por dónde podía tirar.

Para mi desgracia, negó con la cabeza.

–¿Cómo íbamos a justificar que los libros de Aurélie estuviesen de repente escritos por otra persona?

–Podríamos interrumpir la colección hasta el final de la guerra –respondí tratando de no pensar en lo mucho que había trabajado en el borrador del quinto libro, que acababa de terminar. Al trazar el plan, había valorado la posibilidad de que él esgrimiese ese argumento, así que, por mucho que me doliese, estaba dispuesta a paralizar la colección. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de seguir escribiendo–. Podría escribir algo totalmente diferente. –Lo miré esperanzada–. Por favor…

–Lo siento, pero es demasiado peligroso. –Puso las manos sobre las mías. Se había mordido las uñas hasta llegar a la carne–. Por ahora, olvídese de escribir, Claudette. Tiene que marcharse de aquí. Tengo contactos, puedo ayudarla a escapar a la zona libre.

No pude evitar soltar un resoplido. Puede que las partes no ocupadas de Francia estuviesen libres del control directo de los nazis –al menos, por el momento–, pero no cabía duda de que nuestro primer

ministro, el mariscal Pétain, era un títere en manos de Hitler. A fin de cuentas, ¿no había sido él el ideólogo del estatuto de los judíos en Francia?

–No quiero huir.

Me liberé de las manos de Anton y tomé un sorbo de vino. Sabía amargo como el vinagre y me quemó el fondo de la garganta.

–Esto solo puede ir a peor –susurró–. Por favor, déjeme ayudarla.

–¿Y qué pasa con los judíos que no consigan escapar? –Me quedé mirándolo en actitud desafiante–. No voy a darle la espalda a mi gente.

Aunque la verdad era que no había pisado una sinagoga desde hacía años, al menos desde la última paliza de mi padre y mi huida a París. Desde ese mismo día, había hecho lo imposible para olvidar mis raíces, dejando de honrar las tradiciones y los ritos, pero, ahora que me perseguían por mis orígenes, notaba cómo iba creciendo en mí un intenso sentido de la lealtad. Anton le hizo una seña a un camarero para que le trajese más vino.

–Ya me daba a mí que se pondría terca con este asunto.

–No es cuestión de terquedad, es… –empecé a decir.

¿Pero cómo podía explicarle lo que significaría para mí dejar atrás todo lo que había logrado? Anton venía de una familia pudiente y el éxito de su editorial no había hecho más que aumentar su fortuna. No sabía lo que significaba salir de la nada. No sabía lo que significaba vivir con el miedo a verse otra vez en ella algún día. Entonces, se me ocurrió algo espantoso: –Si no va a publicarme el quinto libro, ¿me pedirá que le devuelva el anticipo?

Sacudió la cabeza; para mí, fue todo un alivio.

–No, claro que no.

Algo era algo. Afortunadamente, no me había dedicado a derrochar el dinero; además, lo bueno de haber conocido la miseria es que una sabe perfectamente cómo apretarse el cinturón cuando toca.

Permanecimos allí sentados en silencio un rato; yo, mirando al edificio de la ópera. Según Anton –todo un experto en folclore literario–, Oscar Wilde –al que en sus tiempos le encantaba frecuentar el Café de la Paix– estaba convencido de que se le había aparecido un ángel mientras estaba sentado en aquella misma terraza. Al final, resultó ser el reflejo de una de las estatuas doradas que coronan la parte alta del ornamentado edificio. Puede también que Wilde se hubiese pasado con los vasos de absenta. La primera vez que Anton me contó esa historia, me pareció graciosa y me entusiasmó la idea de estar siguiendo los pasos –o bebiéndome las huellas en el vaso– de dicho coloso literario, pero ahora ese recuerdo me dejaba fría. De

alguna manera, constituía un símbolo de lo que le había sucedido a aquella magnífica ciudad. Nada era ya lo que parecía, cualquier traza de nuestras vidas pasadas no era más que una simple aparición.

Vino un camarero con la comida y otra botella de vino. Cogí la cuchara y me puse a empujar el pan que flotaba sobre la sopa. Un destello graso brilló en el queso, aumentando mi sensación de náusea.

–Puede seguir contando conmigo si me necesita –dijo Anton mientras se acomodaba la servilleta en el cuello de la camisa.

–Gracias –murmuré y tomé un sorbo de sopa. Puede que mi repentino mal humor quisiese amargarme la fiesta, pero no estaba tan rica ni sustanciosa como de costumbre. Sentí las lágrimas quemándome en el rabillo de los ojos–. A decir verdad, no tengo hambre –dije apartando de mí el cuenco–. Tengo que irme.

–Vamos, Etty.

Anton me miraba implorante.

–Sabe a rayos –dije sin mucho convencimiento–. No lleva caldo de carne, eso seguro.

Me miró fijamente, desconcertado, mientras la ira se abría paso entre la bruma del choque inicial. ¿Por qué me había invitado a aquel sitio para darme la noticia? Ahora, el café –que había sido el escenario de tantos recuerdos felices– sería para los restos el lugar en el que mis esperanzas y sueños se habían hecho trizas. Debería haberme llevado al despacho, a no ser que… Quizá no quería que viesen a una judía entrando en el local. Me vinieron a la cabeza las palabras de los carteles que habían ido extendiéndose como el moho por todo París, burlonas: EL JUDÍO ES NUESTRO ENEMIGO. –Qué asco –le solté como un escupitajo y me puse de pie. –Etty. –Se levantó y retiró la servilleta del cuello–. No sé qué decir.

Miré a mi antiguo amigo, sentado al otro lado de la mesa, a mi mentor, la única persona en la que había creído que podía confiar para ocuparse de mi carrera literaria.

–Es que no es lo mismo sin caldo de carne, simplemente –tartamudeé y me largué con las lágrimas cayéndome por las mejillas.

Capítulo 2

París
Octubre de 1940

No sé cómo, pero conseguí recomponerme lo suficiente como para volver a casa. Mi piso al lado del río, con sus grandes ventanas de guillotina y sus techos altos, había sido el primer sitio en el que me había sentido realmente en casa. Al igual que el Café de la Paix, era como un museo de recuerdos seleccionados con cariño; dondequiera que mirase, me venían a la mente maravillosas conversaciones, veladas y cenas llenas de risas, citas apasionadas. Durante los últimos cinco años, había estado allí y la había convertido en el tipo de casa que siempre había soñado con tener cuando era niña, repleta de libros y de artilugios interesantes y antiguos, de radios en cada habitación para que nunca me faltase la música para bailar. Más que nada, había creado un refugio a salvo del mundo, el antídoto perfecto para la casa de los horrores en la que había crecido.

Mientras subía por la amplia escalera de piedra que me llevaba a la segunda planta, notaba cómo el miedo se apoderaba de mí. ¿Cómo iba a poder quedarme allí sin contar con un contrato editorial? En ese momento, solo disponía de mi último anticipo, que iría menguando, por mucho que fuese una experta en hacer cuentas. Me metí en casa y fui directa a la sala de estar y a mi rincón de pensar favorito: el asiento en la ventana que daba al río. Me senté y me abracé a uno de los cojines de terciopelo. ¿Había hecho bien mi vecino Levi en marcharse cuando lo hizo? Ay, cuánto echaba de menos sus pasos ligeros sobre mi cabeza… Ay, cuánto echaba de menos el tintineo de su piano flotando en la brisa con la ventana abierta.

Volví la mirada hacia el salón y, por un instante, me pareció oír de nuevo el eco fantasmal de la cháchara, las risas y la música de las fiestas de antaño. Se me fue la vista a mi máquina de escribir, colocada en un escritorio junto a la otra ventana. El manuscrito del quinto libro de Aurélie descansaba primorosamente a su lado. Al

pensar en todo el trabajo que había puesto en aquellas páginas –en la escritura y la reescritura de la trama, tratando de hacer de la última conquista de ella un tunante al que fuese imposible no querer–, noté cómo la desesperanza iba anidando en mí. En un par de zancadas, cogí el manuscrito y me puse a hojearlo, reparando nostálgica en los cientos y cientos de palabras tecleadas con mimo. De niña, me maravillaba que las letras adecuadas encajadas en las palabras adecuadas fuesen capaces de crear todo un universo de la nada. Sin embargo, mis palabras parecían ahora simples marcas sin significado, garabatos que nadie más leería ya.

Un repentino alboroto rompió el silencio. Se oían voces de hombres en el pasillo de abajo. Me heló la sangre el golpeteo rítmico de lo que había aprendido a identificar como botas militares subiendo por las escaleras. Soldados alemanes. ¿Venían a por mí? ¿A decirme que no podía seguir trabajando como escritora por haber cometido el crimen de nacer judía?

Pero los pies siguieron avanzando más allá de mi puerta rumbo a la última planta. Me retorcí de dolor al oír un golpe sordo sobre mi cabeza y las botas abriéndose paso por el techo. Miré hacia arriba tratando de imaginar qué estaban haciendo en el piso de Levi. Después de unos minutos, oí a algunos de ellos cantar una canción alemana mientras bajaban por las escaleras.

Me escurrí por la pared junto a la ventana y eché una ojeada fuera. Había un camión del ejército aparcado frente a nuestro edificio y un soldado acarreaba uno de los cuadros de Levi hasta la parte trasera. Se me secó la garganta. La colección de arte de Levi era la niña de sus ojos. La primera vez que me invitó a subir a un cóctel en su casa, me la había mostrado con la ternura de un padre que presenta a sus hijos. «Nunca me he casado –me contó antes de tomar un sorbo de su *kir royal*–. Mi piano es mi verdadero amor».

Y pasó a entretenerme con maravillosas historias sobre su vida de concertista de piano, dando la vuelta al mundo y comprando una valiosa obra de arte en cada ciudad que visitaba. El trasfondo me había resultado más fascinante si cabe que las propias pinturas; sobre todo, después de que me contase que había cambiado un Rembrandt por un recital privado de piano.

Para que ahora esos cerdos alemanes viniesen a hacer y deshacer a su antojo… Se me escapó un gesto de dolor cuando uno de ellos metió otro cuadro dentro del camión sin ninguna consideración hacia el genio que lo había pintado. Aunque luego resultó que los alemanes no solo buscaban las obras de arte de Levi. Durante las siguientes dos horas, observé cómo llenaban el camión con todas sus posesiones,

incluida la ropa de cama y las sartenes. Cuando los vi acarrear su querida mecedora hasta la parte de atrás del camión, estuve a punto de derrumbarme; me contuve para no salir corriendo escaleras abajo y echarme sobre ellos. Fuese lo que fuese lo que estaban haciendo, no se trataba solo de codicia. Era como si estuviesen intentando borrar todo rastro de la existencia de Levi.

Cuando el camión arrancó al fin, me quedé mirando las cosas que me rodeaban, mis cosas. Al igual que los cuadros de Levi, todo lo que había en aquel cuarto tenía una historia detrás: el maltrecho busto sin una oreja de Mozart del que me había apiadado en un rastro, la vieja máquina de coser que usaba para colgar mis collares, el gramófono que había sido la pieza fundamental de tantas fiestas, mi adorada radio de los años veinte de estilo *art déco*… Luego, la vista se me fue a la muñeca de Aurélie, ataviada con un vestido rojo de lentejuelas, allí, de pie sobre el mantel, con los brazos abiertos. Anton la había encargado para regalármela cuando la tercera novela se convirtió en un éxito de ventas fulgurante. Hasta el momento, la muñeca había sido una divertida representación de lo que yo había conseguido, pero la mueca dibujada en su cara parecía mofarse de mí, recordándome todo lo que me habían ido quitando. Ciega de rabia, corrí hacia ella y la cogí; enfilé las escaleras y salí a la calle.

El sol se había ocultado tras un frondoso banco de nubes grises, y el olor del viento en calma anunciaba una lluvia inminente. Sentí una energía desbordante abriéndose paso por mis venas, una sensación que no había tenido desde el día en que había huido de casa. ¿Cómo se atrevían los nazis a entrar en tromba en nuestro país y saquear nuestras pertenencias? ¿Cómo se atrevían a decirnos dónde podíamos trabajar y dónde no? ¿Por qué diantre Anton no había podido aceptar mi plan? ¿Por qué no me había permitido seguir escribiendo bajo seudónimo?

Me obligué a dejar de pensar en él. Me obligué a dejar de pensar en Aurélie. Ya no podía contar con ninguno de los dos. Caminé a paso firme hasta el río y, sin pensármelo dos veces, arrojé la muñeca a sus oscuras aguas.

En cuanto oí el impacto en la superficie, me arrepentí de haberlo hecho. ¿Cómo podía ser tan desalmada con mi propia creación literaria? ¿Cómo se me ocurría lanzarla a una tumba de agua? No tenía la culpa de lo que estaba sucediendo. Me había salvado de la pobreza y de las dificultades, ¿y así se lo pagaba? Yo no era mucho mejor que un alemán sin corazón. –Ay, Aurélie, lo siento mucho –grité encaramándome al borde del puente.

Alcancé a ver un destello de su cabello caoba flotando allí abajo,

pero, antes de que pudiese zambullirme para salvarla, oí unos pasos corriendo hacia mí. Ya podía ser un soldado alemán: no me importaba.

–¿Qué está haciendo? –soltó una voz de hombre en un francés con un acento imposible de reconocer; noté el tacto de unas manos fuertes agarrándome los brazos por la espalda. Miré por encima del hombro y me encontré con un hombre elegante vestido con un traje negro, aunque, a juzgar por el pelo negro cortado a cepillo y el zigzag de una cicatriz que le relampagueaba en la mejilla, le pegaba más un atuendo mucho menos formal.

–Tengo que rescatarla –sollocé mientras trataba sin éxito de liberarme de sus garras.

–¡Mierda! –Echó un vistazo al agua–. ¿Ha caído al río?

–Sí –dije respirando agitadamente.

Me soltó y se quitó la chaqueta.

–¿Qué está…? No, no me ha entendido… –tartamudeé a la vez que él, ágil como un atleta, se subía de un brinco al borde del puente.

–No se preocupe, la sacaré de ahí –dijo antes de zambullirse en el agua.

–¡No! –grité.

–No veo a nadie. ¿Es una niña? –me preguntó, apremiante, y su voz rebotó con un eco tétrico en la parte inferior del puente. –No…, bueno…, es una muñeca –le contesté haciendo un mohín, a la espera de su reacción.

Hubo un silencio horrible y, por fin, apareció nadando ante mí.

–¿Una muñeca? –chilló.

–Sí, y lo siento. No me dio tiempo a explicárselo.

Lo oí maldecir para sí y un chapoteo a su alrededor. Puso rumbo a la orilla a nado.

Le recogí la chaqueta del suelo y me apresuré a reunirme con él.

–¡Una muñeca! –farfulló saliendo del agua. La camisa, ahora empapada, se le pegaba al cuerpo y marcaba unos hombros anchos y unos brazos torneados. En sus manos, sujetaba una Aurélie llena de lodo–. ¿Es esta?

Asentí, colorada como un tomate.

–Pero no se trata de una simple muñeca vieja –dije mientras la recuperaba de sus manos, desesperada por hacerme perdonar.

–¡No me diga! –Y se limpió la suciedad de un ojo–. Entonces, ¿de qué tipo de muñeca se trata?

Me saqué un pañuelo del bolsillo y se lo ofrecí.

–Tenga, séquese. Bueno, al menos la cara.

–Gracias –murmuró mirando con el ceño fruncido el delicado trozo

de tela.

–Soy escritora –dije–. Escribo una colección de libros llamada *Las aventuras de Aurélie*. Puede que haya oído hablar de ellos.

Negó con la cabeza.

–Bueno, es probable que su mujer o su hermana sí.

–No tengo ni mujer ni hermana –gruñó pasándose el pañuelito por la cara y tiñendo de marrón el blanco algodón. –Ah, vale. En fin… El caso es que la muñeca fue un regalo de mi editor –dije tratando desesperadamente de salvar la situación y lo que me quedaba de dignidad.

–Qué bonito –contestó, cortante.

–Sí –insistí, decidida a ignorar su sarcasmo–. Pero he tenido un día realmente malo y he terminado tirándola al río.

–¿La lanzó usted?

Se quedó mirándome como si acabase de salir de un centro psiquiátrico.

–Sí, pero me arrepentí al instante, de ahí que estuviese a punto de lanzarme al agua para recuperarla antes de que usted se me adelantara.

Dio un largo suspiro. Estaba claro que yo era la criatura más patética con la que había tenido la desgracia de cruzarse. –Lo siento mucho –dije, apesadumbrada.

Menudo día horrible había sido aquel. Aunque mi mala suerte no se había terminado. Subiendo por la calle, se oyó el chirrido de un coche. Y los únicos coches que recorrían las calles de París a aquellas alturas solían ser descapotables Mercedes negros conducidos por alemanes.

–¡Mierda! –exclamó el hombre.

–No pasa nada, todavía no es el toque de queda –intenté tranquilizarlo.

–No puedo dejar que me vean –dijo mirando a su alrededor desesperadamente, como si buscase un lugar en el que esconderse.

–Rápido. –Le tiré de la manga, empapada, y cruzamos corriendo la calle para refugiarnos en mi edificio–. Venga conmigo –dije guiándolo escaleras arriba.

Fuera, oí el chirrido del coche al frenar y se me paró el corazón. ¿Nos habían visto? Abrí la puerta de mi piso con manos temblorosas y le hice una seña al hombre para que entrase conmigo.

–¿Vive aquí? –murmuró sin quitar los ojos de la lámpara de araña que pendía del techo de la entrada.

–Sí, bueno; al menos, por ahora.

Me metí en el salón a toda prisa y eché un vistazo al exterior. Unos cuantos hombres vestidos con el uniforme alemán se habían bajado

del coche y miraban a un lado y otro de la calle. –¿Lo están… lo están buscando a usted en concreto? –le pregunté mientras me apresuraba a correr las cortinas.

–No, pero, si me encuentran, me meteré en un buen lío –contestó de pie como estaba en la puerta de la sala de estar–. Están buscando a todos los judíos no franceses. Nos están reuniendo para enviarnos a un campo en la zona de los Pirineos.

–¿Usted es judío?

Asintió y, al instante, se puso a la defensiva.

–No se preocupe, me largaré de aquí en cuanto se hayan marchado.

–No pasa nada. Yo… yo también soy judía.

Me sentí rara pronunciando aquellas palabras en voz alta después de ocho años tratando de olvidar mi ascendencia. –¿Ah, sí?

Echó un vistazo al cuarto como si estuviese buscando una prueba de ello y sus ojos dieron con los candelabros de plata para el *sabbat* sobre la mesa de comedor. Eran el único recuerdo de mi vida pasada. Habían pertenecido a Madame Bellamy, la viejecita que vivía al lado cuando era una niña, a la que tanto había querido. Me los había legado al morir. De todas formas, había pasado mucho tiempo desde la última vez que había prendido las velas un viernes por la noche. El hombre volvió la vista hacia la ventana.

–¿Aún siguen ahí?

Eché un vistazo al exterior y vi a los hombres metiéndose en el coche.

–Sí, pero me da la impresión de que ya se marchan. –Esperé unos segundos, pero el coche no arrancaba–. O puede que no.

–Estupendo –murmuró.

–No pasa nada, puede quedarse todo el tiempo que necesite. De todos modos, no creo que sea buena idea salir así. No pasaría desapercibido. –Señalé hacia él, que chorreaba agua sucia sobre la alfombra–. Si quiere, puede asearse en el cuarto de baño. Voy a ver si tengo una muda para usted. Hace un par de años, tuve una fase en la que me vestía con trajes de hombre, aunque me da a mí que le irán un poco pequeños… –Reparé en la anchura de sus hombros y sentí un ramalazo de aprensión. ¿Era realmente necesario sugerirle a un hombre desconocido y fuerte como un toro, no había más que verlo, que fuese a cambiarse a mi baño?–. Le advierto que soy experta en un método de combate conocido como *krav magá* –añadí con la esperanza de que él no se diera cuenta de que estaba mintiendo; lo más cerca que había estado de la lucha cuerpo a cuerpo desarrollada en Eslovaquia para ayudar a los judíos a protegerse de los ataques antisemitas había sido al escuchar a Levi hablarme de ella.

–¿De veras?

Por primera vez desde que nuestros caminos se habían cruzado, el hombre sonrió; la expresión de su rostro pasó de la seriedad a un gesto casi infantil. Tenía un hoyuelo en la barbilla tan hondo que parecía esculpido. Sentí el familiar impulso de echar mano de uno de los múltiples cuadernos de notas que había ido desperdigando por la habitación por si me asaltaba la inspiración. Podía valerme como punto de partida ideal para un misterioso desconocido en la próxima aventura de Aurélie. Casi al instante, me recorrió una oleada de dolor: no habría una próxima aventura de Aurélie.

–Sí. Así que ¿por qué no le enseño dónde está el cuarto de baño antes de que la alfombra se ponga marrón?

Pasé junto a él a toda prisa en dirección al pasillo.

–Yo también sé combatir –dijo yendo detrás de mí.

Se me heló el corazón.

–¿Ah, sí?

–Sí, soy boxeador.

–Mmm.

–Tomasz Zolanvari. Puede que haya oído hablar de mí.

Sonrió de oreja a oreja. Obviamente, se estaba mofando de mí por mi comentario anterior, pero su sonrisa transmitía más calidez que burla.

–No, lo siento. El boxeo no es lo mío.

–Ah, pues yo hubiera jurado que sí, teniendo en cuenta que es especialista en combate cuerpo a cuerpo…

–Bueno, sí, pero prefiero practicarlo más que verlo desde la barrera –murmuré metiéndome en el baño y abriendo los grifos mientras rezaba para que las mejillas dejaran de arderme; era una mentirosa de pena, mi cara me traicionaba al instante.

–¡Vaya, esto es casi tan grande como mi casa! –exclamó girando sobre sí mismo para observar el cuarto en todo su esplendor.

–Ya, bueno… Venga, ¿por qué no se da un baño? –dije aturullada– Y, si quiere, puede lavar la ropa en el lavabo. Voy a buscarle algo para que se cambie.

–Vale, gracias –asintió.

Cerré la puerta detrás de mí y me tomé mi tiempo para recomponerme antes de correr a mi habitación y repasar las baldas llenas de ropa en busca de algo –lo que fuesemínimamente servible. Lo único que encontré que pudiese ser –con un poco de suerte– lo suficientemente ancho para él fue una bata de seda rosa con rosas bordadas a la altura del pecho. Le quedaría ridícula, pero, por lo menos no tendría que estar desnudo. Se la llevé al baño.

–He encontrado algo para que se ponga mientras se le seca la ropa –le anuncié a través de la puerta cerrada–. Se lo dejo aquí fuera.

–Vale, gracias –respondió, y se oyó un chapoteo en el agua. Menudo día había tenido.

Volví a la sala de estar y eché un vistazo al exterior. Caía la noche, proyectando sobre la calle a mis pies alargadas sombras oscuras. El coche se había marchado, pero desde allí podía ver una patrulla de soldados marchando por la acera junto al río.

Cogí la enfangada muñeca de Aurélie de la mesa. «Lo siento mucho», susurré apretándola contra el pecho. Había hecho amigos desde que me había mudado a París, pero Aurélie había sido mi fiel compañera. Era como la amiga imaginaria de un niño, vivía dentro de mi cabeza. «Te echaré de menos», volví a susurrar.

«¿Por qué? Seguiré estando en tu mente –me imaginé que me respondía también entre susurros–. Ni el mismísimo Hitler podrá sacarme de ahí».

Capítulo 3

París
Octubre de 1940

Para sacarme de la cabeza a los nazis patrullando fuera de mi piso y al desconocido desnudo en mi cuarto de baño, decidí ir a la cocina y poner la tetera al fuego. Mientras esperaba a que hirviese, encendí la radio. A medida que el cuarto se llenaba de música, iba menguando un poco la tensión que sentía. Sonaba *Elle fréquentait la Rue Pigalle*, de Édith Piaf, una de mis canciones favoritas del año anterior. Me encantaba la manera en que la letra contaba una historia, como también me encantaba que la historia tratase de una mujer de Pigalle, uno de mis barrios favoritos de París. Me gustaba tanto la algarabía tosca de sus bares y salones de baile, así como su comunidad de artistas, que había hecho de ella el hogar ficticio de Aurélie. Además, me identificaba con la mujer de la canción, que venía del arroyo. Al fin y al cabo, ¿no era mi vivo retrato si uno rascaba bajo el glamur de mis contratos editoriales y mi piso en la orilla izquierda? Por eso, me gustaba también Édith Piaf. Sentía que el pequeño gorrión y yo éramos almas gemelas.

Estaba dando vueltas por la cocina, cantándole a la mano de mortero convertida en micrófono, cuando Tomasz apareció en la puerta ataviado con mi bata, con la seda rosa cubriéndole mal que bien los hombros. Sujetaba ante sí su ropa húmeda hecha un fardo.

–Estaba pensando en preparar algo de comer. ¿Tiene hambre? –le pregunté apresurándome a dejar la mano de mortero en su sitio.

–Me muero de hambre –contestó–. Pero…

Miró a su alrededor como si buscase comida por la cocina. –Tranquilo, tengo algo en la despensa.

–No, no buscaba comida. Estaba buscando un reloj.

–¿Un reloj?

Me quedé mirándolo fijamente, desconcertada.

–Sí. ¿Tiene hora?

–¿Por qué? ¿Está a punto de convertirse en calabaza?

Ahora era él el que parecía no entender; la situación se volvió algo incómoda.

–Era una broma –murmuré–. Como Cenicienta, que tiene que marcharse del baile antes de medianoche. Estaba pensando que, a lo mejor, necesitaba comer antes de una hora determinada.

–Hoy, sí –respondió–. La *seudá mafseket* ha de tomarse antes de que se ponga el sol.

–Claro, por supuesto –dije atropelladamente al caer en la cuenta de que debía de ser la víspera del Yom Kipur–. No se preocupe, aún hay tiempo. No son ni las cinco de la tarde.

–Estupendo.

Nos sonreímos como dos tontos mientras yo trataba por todos los medios de recordar el ritual de la *erev* del Yom Kipur.

–Antes que nada, permítame que le ponga esto a secar delante del fuego.

Y le cogí de las manos la ropa húmeda.

–¿Aún le queda carbón? –preguntó siguiéndome hasta la sala de estar.

–No, pero tengo un montón de material para encender.

Cogí el manuscrito de mi escritorio y lo puse en la rejilla de la chimenea.

–Eso no tiene pinta de estar pensado para hacer fuego con él.

–No, pero es para lo único para lo que vale –murmuré.

–¿Qué es? –preguntó mientras yo cogía una caja de cerillas de la repisa.

–Es… era mi última novela.

–¿Qué? –Me agarró la mano para detenerme–. No puede prenderle fuego a su trabajo solo para secarme la ropa. ¿Tiene otra copia?

Negué con la cabeza.

–No, pero mi carrera literaria se ha esfumado, así que ¿qué más da?

–¿Qué quiere decir? ¿Por qué?

–El estatuto de los judíos –contesté en un tono sombrío–. Gracias a nuestro Gobierno, postrado ante los nazis, ya no puedo ganarme la vida escribiendo libros.

Frunció el ceño con un gesto al que la bata de color rosa le restaba parte de su carácter amenazador.

–¿Por eso lanzó su muñeca al río?

–Sí. Creí que me haría sentir mejor no tener un recordatorio permanente de lo que me habían quitado sonriéndome desde la repisa de la chimenea.

–Pues podía haberse limitado a guardarla en un cajón.

Sacudí la cabeza.

–Eso no habría sido lo suficientemente dramático.

Se echó a reír.

–Bueno, la verdad es que montó un buen drama.

–Sí, y lo siento.

Fui disponiendo las prendas sobre los muebles alrededor del fuego.

–¿Y cuántos libros ha escrito? –preguntó Tomasz mientras colgaba los pantalones de la moldura de la chimenea.

–Este es el quinto –dije señalando el manuscrito.

Se inclinó por delante de mí para cogerlo del hogar.

–Nunca podrán impedirle que sea una escritora, siempre y cuando usted no se lo permita.

–No lo entiende. Mi editor ya no está autorizado a publicar mis libros. Los nazis están prohibiendo la venta de libros escritos por autores judíos.

–Sí, también lo hicieron en mi país de origen, Polonia. Hasta prendieron fuego a libros escritos por judíos.

La simple idea me revolvió las tripas.

–Y aquí está usted, a punto de quemar su propio libro –dijo con una voz tenue.

Le cogí el manuscrito de las manos y lo abracé contra mí. –No sé qué me pasa hoy. Es que me siento tan… tan… indefensa.

Asintió.

–La entiendo, créame, pero no puede dejar que se salgan con la suya.

–Ya lo han hecho. –Suspiré–. Me han quitado mi carrera. –¿Cómo escribe sus historias? –preguntó.

–Ahí, con esa máquina de escribir.

Señalé hacia el escritorio junto a la ventana.

–No, me refiero a antes de ponerse con la máquina; ¿cómo se le ocurren?

–Ah, vale… Pues en mi cabeza.

–Exacto. ¿Y los nazis están en su cabeza?

–Solo cuando pienso en ellos.

–Entonces, no piense en ellos. Siga inventando historias. Un día, cuando todo haya terminado y los hayamos derrotado, podrá sacarlas de su cabeza y llevarlas de nuevo al papel. –¡Es justo lo que acaba de decirme ella! –exclamé señalando hacia la enlodada muñeca de Aurélie que estaba sobre la mesa. –¿La muñeca le ha hablado?

Frunció el ceño.

–No en voz alta, sino en mi cabeza. –Reí–. No ponga esa cara de preocupación, todos mis personajes me hablan. Si no, ¿cómo iba yo a

contar sus historias?

Se encogió de hombros y me dedicó una sonrisa divertida. –No creo que esté en disposición de burlarse de mí.

Y apunté con la mirada a la bata de seda.

–Tiene razón –afirmó; ahora le tocó a él ponerse colorado. Nos quedamos un momento en silencio.

–Iré entonces a preparar nuestro festín –dije tratando de aliviar la creciente incomodidad–. Bueno, el festín que el racionamiento nos permita.

–¿Está segura? –Parecía preocupado–. No me importa empezar mi ayuno si no tiene suficiente.

–No, no pasa nada. Quédese aquí, póngase cómodo.

Volví corriendo a la cocina, con la esperanza de que no me siguiese y me dejase un instante para recomponerme. No me daba tiempo a hacer las bolas de *matzah* antes de que se pusiese el sol, pero estaba convencida de que podía rascar de aquí y de allá los ingredientes para la sopa de pollo de Madame Bellamy…, a excepción del pollo. Cogí de la despensa las dos últimas zanahorias y una cebolla.

El año anterior, Levi me había invitado a cenar en su piso en la *erev* del Yom Kipur y la habíamos celebrado con pollo con patatas y pan *challah* recién horneado. Luego, después de encender las velas *yahrzeit* en recuerdo de los muertos, él había ido a la sinagoga y yo había vuelto a mi piso, donde escribí un capítulo en el que Aurélie bailaba en el Moulin Rouge y traté con todas mis fuerzas de no pensar en mi padre; me había enterado de que había muerto un año antes.

Hacía tiempo que ya no suspiraba por tener una familia como Dios manda, que me quisiese. Los amigos que había hecho desde que me había instalado en París se habían convertido para mí en una familia escogida con mimo. Pero, desde la llegada de los alemanes, se los había llevado el viento; la mayoría se había marchado a la zona libre, algunos incluso habían abandonado el país. ¡Cuánto más fácil sería esta extraña nueva realidad si tuviese unos padres cariñosos que aún viviesen o uno o dos hermanos; o un primo lejano, ya puestos! Cuando me puse a picar la cebolla, los ojos se me inundaron de lágrimas. ¿Qué podía hacer? ¿Cómo me las apañaría sola en aquellas circunstancias?

–¿Le ayudo con algo?

El sonido de la voz de Tomasz me hizo dar un respingo. Me giré y, al verlo plantado en la puerta, me sequé rápidamente los ojos.

–Esta estúpida cebolla me ha hecho llorar –murmuré–. Me temo que ya es tarde para hacer las bolas de *matzah*, pero quizá podría ayudarme a preparar una sopa de pollo… sin pollo.

–¿Sopa de pollo sin pollo? –repitió arqueando una ceja. –Sí, es el

último grito en la maldita cocina de racionamiento. –Bueno, estoy acostumbrado a esa escuela –dijo mientras le pasaba un par de zanahorias.

Cuando se puso a cortarlas, me imaginé a Aurélie en su cocina de Pigalle, fantaseando con que había conocido a un boxeador en uno de sus espectáculos y que él se había ofrecido a prepararle la cena. No iría vestido con una bata de seda rosa, claro está. Creé un personaje tomando a Tomasz como referencia, pero ataviado con pantalones de vestir y en manga corta, de modo que los músculos de los brazos palpitasen al cortar las verduras. «¡Deja de pensar en Aurélie!», me regañé mentalmente.

–¿Así que es de Polonia? –le pregunté mientras ponía una sartén al fuego.

–Sí, pero vine a Francia al cumplir los dieciocho. Mis padres me mandaron con mi tío, que es… era sastre en la Pletzl…, en Le Marais –añadió por si acaso yo no estaba familiarizada con el apelativo yidis para el barrio judío, en el distrito IV. –Ah, vale –contesté como si lo supiese, aunque, a decir verdad, solo me había adentrado en la Pletzl en una ocasión, con el fin de investigar una escena para una de mis novelas, en la que Aurélie iba buscando sopa de pollo tras un virulento episodio de gripe–. Entonces, ¿cuánto hace que vive aquí? –pregunté, en parte, para averiguar su edad.

–Siete años. Irónicamente, mis padres me mandaron aquí para librarme del creciente antisemitismo en Polonia.

–Ironía de la buena, sí. –Eché a la sartén las verduras cortadas. Así que tenía veinticinco, los mismos que yo…–. ¿Tan mala era la situación allá?

–Mucho –sonrió, pensativo–, aunque no todo era malo. Me sirvió de inspiración para hacerme boxeador.

–¿Y eso?

–A medida que iba creciendo, ver a mi gente maltratada por el simple hecho de ser judíos me empujó a querer defenderme a mí y a los otros. Pero usted sabrá mucho de eso, siendo toda una experta en *krav magá*…

Me maldije por haber contado aquella mentira; debería haber sabido que se volvería en mi contra.

–Ese es el motivo por el que Imi Lichtenfeld se dedicó a promoverlo –prosiguió–: para que los judíos pudiesen defenderse de los fascistas de Bratislava.

–Ya lo sé –dije, desafiante.

–Tendrá que enseñarme alguno de sus movimientos –dijo sonriendo.

–No creo que esta noche sea el momento adecuado. Se supone que

estamos pidiendo perdón y perdonando.

–Cierto.

Pero su sonrisa llena de razón era la prueba de que me tenía bien calada.

En cuando la sopa estuvo lista, nos la llevamos a la mesa del comedor en unos cuencos humeantes. El aroma de la cebolla hizo que mi estómago gorgotease de hambre. Gracias a mi dramática salida del Café de la Paix hacía un rato, llevaba sin probar bocado desde el desayuno.

–¿No tiene ningún pariente en París con quien pueda pasar el Yom Kipur? –preguntó Tomasz cuando nos sentamos. –No tengo familia de ningún tipo –contesté.

Se quedó parado con la cuchara a medio camino de la boca. –¿A qué se refiere? Todo el mundo tiene una familia.

–Mi madre murió cuando yo era una niña y mi padre murió hace un par de años. Ambos eran hijos únicos y mis abuelos también están todos muertos.

–Lo siento.

–No lo sienta. Yo no lo hago. –Pero aquella bravuconada mía escondía el pellizco de soledad que sentía en lo más profundo de mi ser–. Lo más parecido a una familia que tenía era mi vecino Levi, que vive… vivía arriba, pero puso pies en polvorosa cuando supo que los alemanes venían de camino.

–¿Y no tuvo la tentación de marcharse también?

–¡No! ¿Por qué? ¿Para ir adónde? La Francia de Vichy no es más libre que la Francia ocupada.

Él asintió.

–Además, he trabajado muy duro para conseguir esto. –Hice un gesto señalando hacia el piso–. ¿Por qué iba a permitir que los alemanes se lo quedasen?

–¿Corre usted con los gastos?

–Pues claro. ¿Cómo cree que lo he conseguido si no?

–No sé. Me había hecho a la idea de que venía de una familia de posibles… o estaba casada con un hombre rico. –Hace tiempo que decidí que no me casaría nunca –respondí, desafiante.

–¡No me diga!

Arqueó la ceja, y yo tomé nota mentalmente de que aquel gesto podía servirme como señal de atractivo en un personaje… si algún día conseguía volver a escribir ficción.

–Pues sí.

–¿Puedo preguntarle por qué?

–No quiero verme nunca en las manos de un hombre que me

controle.

–Interesante –asintió, pensativo–. Pero ¿y si conociese a un hombre que no quisiese controlarla?

–Prefiero no correr el riesgo. De todas formas, me enorgullece decir que corro con mis propios gastos.

En ese punto, cambió el modo en que me había estado mirando hasta entonces. Como si dejase de ver a la alocada que hablaba con personajes imaginarios y lanzase muñecas al río en un arrebato. Su mirada era ahora de curiosidad y respeto.

–Es usted una mujer muy interesante, Claudette Weil.

–Gracias. Pero ¿cómo sabe mi nombre completo?

–Le eché un vistazo a su librería mientras estaba en la cocina.

–Ah, claro.

–La admiro por quedarse –dijo adoptando una expresión tremendamente seria.

–¿De verdad?

Aunque no sabía nada de Tomasz, su admiración prendió un rayo de esperanza en mi interior.

–Sí, y más sabiendo que es escritora.

–¿Qué quiere decir?

Me puse inmediatamente a la defensiva. ¿Estaba insinuando que los artistas no tendrían el valor suficiente para enfrentarse a los nazis?

–Usted tiene un motivo real para quedarse.

Dejé a un lado la cuchara.

–¿Lo tengo?

–Pues claro. Olvídese de las historias de la bailarina de Pigalle… –Estaba claro que también había leído la publicidad que aparecía en las cubiertas de mis libros–. Cuando todo haya pasado, será usted quien le cuente al mundo lo que nos hicieron. Podría escribir un libro sobre eso.

–Ya, supongo que sí. –Me quedé pensando en el hecho de que había caracterizado a Aurélie como católica y no como judía a propósito y sentí una punzada de culpabilidad. De niña, la Iglesia católica me había parecido siempre tan melodramática y cautivadora… Con todo ese incienso, los sermones sobre la culpa y el pecado, la excitante perspectiva de dar rienda suelta a los más oscuros secretos de una ante un sacerdote oculto en un confesionario…–. Pero me temo que ella no es judía.

Y apunté hacia la muñeca de Aurélie, que estaba ahora colocada en el centro de la mesa, apoyada en los candelabros. –¿Y qué?

Tomasz me miró desconcertado.

–Ah, ¿quiere decir que debería escribir algo que no fuese una

novela?

–No sé, no creo que importe demasiado siempre y cuando le muestre al mundo lo que sucedió aquí.

Terminamos la sopa en silencio; luego, Tomasz miró hacia el reloj que había en la repisa de la chimenea.

–Debe de estar a punto de anochecer. ¿Qué le parece si encendemos las velas?

–Sí, claro. –Mi mente me llevó hasta Levi, un año atrás. Él había encendido tres velas: una en recuerdo de los muertos y dos para celebrar la festividad. Ojalá pudiese recordar las bendiciones. Cogí las cerillas y una vela con su soporte de cristal–. Yo las enciendo y usted pronuncia las bendiciones.

–Perfecto.

Tomasz apartó los platos hacia un lado.

Encendí primero la vela en el soporte de cristal mientras murmuraba lo que recordaba del *kadish* y trataba de alejar de mi mente todo recuerdo de mi padre. A continuación, saqué de en medio a Aurélie y encendí dos de las velas de los candelabros.

–Barukh ata adonai eloheinu melech ha-olam asher kiddis-hanu b'mitzvotav v'tzivanu l'hadlik ner shel shabbat v'shel yom ha-kippurim –entonaba mientras las prendía.

Su voz era grave y melancólica como un chelo; otro agradable rasgo para un personaje. Lo anoté mentalmente antes de sacudirme aquel pensamiento.

–¿Le parece si recitamos la *shehecheyanu*? –preguntó.

–Sí, claro, por supuesto –respondí rezando por que no se me hubiese olvidado–. *Barukh ata adonai eloheinu melech ha-olam shehechenayu, v'kiyumanu, v'higiyanu la-zman hazeh* –repetí cada palabra que él pronunciaba medio segundo después de que la hubiese dicho, dando así la impresión de que no había perdido la fluidez.

–Supongo que no iremos a la sinagoga para la *kol nidre*… –dijo Tomasz con una sonrisa triste.

–No –respondí, aliviada de evitar otra potencial fuente de vergüenza, pues era incapaz de recordar el texto de las oraciones.

–De todas formas, podría cantarla ahora –prosiguió.

Hice un esfuerzo por no fruncir el ceño. Si en algún momento Tomasz decidía abandonar el boxeo, su vocación alternativa bien podía ser hacerse rabino.

–Sí, claro. Sería estupendo.

Me senté muy tiesa en la silla; sentía la imperiosa necesidad de echarme a reír de lo estrafalaria que era aquella situación. Tenía a un hombre desconocido sentado a la mesa vestido con una bata de seda

rosa y a punto de cantar la oración que daba inicio al Yom Kipur. Pero era muy consciente de que no debía reírme bajo ningún concepto. La *kol nidre* era tan solemne que habría sido de lo más inconveniente.

–¿Puedo utilizar su mantel? –preguntó Tomasz.

Me quedé mirándolo, desorientada.

–¿Para qué?

–Como *talit*. Es blanco –añadió a modo de explicación. Justo cuando creía que aquello ya no podía ser más surrealista…

–Por supuesto.

Apartamos los platos, y yo sujeté el candelabro, de manera que él pudiese coger el mantel y cubrirse los hombros como si fuese un chal para la oración.

–Si quiere, puede ponerse algo blanco también –dijo señalando mi vestido verde esmeralda–. Y si tuviese algo que hiciese las veces de kipá…

–Por supuesto que sí. –Me puse de pie con dificultad–. Vuelvo enseguida.

Corrí a mi dormitorio, donde la mitad del contenido de mi armario estaba todavía esparcido por el suelo de resultas de mi anterior búsqueda. La única cosa que tenía de color blanco era una camisa que había usado de funda durante una breve fase de pintora que tuve tras coincidir con Pablo Picasso en el Café de Flore. No había conseguido sacarle las salpicaduras de azul y carmesí, pero, con un poco de suerte, sería lo suficientemente blanca para que la aprobase. ¿Y qué podía darle a modo de kipá? Se me fue la vista a un tapete de ganchillo que me había hecho Madame Bellamy y que decoraba la cómoda. Aunque tenía margaritas bordadas, al menos era circular.

Me puse la camisa por encima del vestido y volví a la sala de estar. Tomasz estaba de pie en la cabecera de la mesa, vestido con mi bata y el mantel; me vi obligada a disfrazar de ataque de tos la risa traicionera que me entró.

–¿Se encuentra bien? –preguntó.

–Sí, sí, perfectamente –farfullé. Nunca pensé que podría verle la cara divertida al día más horrible de mi vida, así que le estaba agradecida–. ¿Qué le parece esto como kipá? –Le ofrecí el tapete–. Espero que no le importen las margaritas. Y, otra vez, tuve que reprimir las ganas de reírme.

–Me gustan las margaritas –respondió bruscamente.

–¡Ay, a mí también! –exclamé mientras él se ajustaba el tapete en la cabeza.

–¿Le parece si empiezo? –preguntó con un arrebato repentino de timidez.

–Claro, empiece.

Me quedé en la otra punta de la mesa, incómoda, con las velas parpadeando entre nosotros.

Sin embargo, en cuanto comenzó a cantar, la incomodidad desapareció y se me pasaron las ganas de reír. Cantando sonaba aún más parecido a un chelo; me cautivó al instante. Las palabras estaban tan cargadas de emoción que se le quebraba la voz por momentos. Era más emotivo y bonito que ninguno de los cantores que había escuchado de niña. Cerré los ojos y, de repente, volvía a estar allí, en mi ciudad natal, Marsella, rodeada de adultos que entonaban aquellas mismas palabras en hebreo. La *kol nidre* original había sido escrita en la Edad Media, cuando los judíos sufrieron persecuciones y fueron obligados a convertirse a otras religiones. Trataba sobre la necesidad de liberar a la gente de cualquier voto que pudiese haber hecho a otras confesiones so pena de muerte.

Cuando era más joven, me resultaba un tanto insulsa y enrevesada, pero ahora que la voz de Tomasz iba llenando el cuarto sus palabras me parecían dolorosamente apropiadas. ¿Nos harían renunciar a nuestra fe los nazis para unirnos a ellos en la exaltación de la que llamaban «raza superior»? La indignación iba apoderándose de mí a medida que la voz de Tomasz subía de tono. Pensé en los judíos que habían cantado la *kol nidre* a lo largo de la historia y, por primera vez, sentí algo en mi interior que tiraba de mí, una sensación de honda conexión y de lealtad para con mi pueblo. Cuando Tomasz llegó a la parte en la que la congregación se suma al canto, me puse a cantar instintivamente. El sonido de nuestras voces unidas en armonía, desafiantes, era tan agridulce, tan conmovedor, que me corrían las lágrimas por la cara. En cuanto cantó la oración las tres veces de rigor, dejé de ver la ridícula bata rosa o el mantel a modo de chal. Lo único que veía era su mirada buscando la mía entre los candelabros parpadeantes; lo único que sentía era una presencia en medio de nosotros que nos sobrepasaba, como si hubiese invocado al mismísimo Dios mediante el fuego y la pasión de su voz. Tomasz se aclaró la garganta y miró hacia otro lado, como si, de repente, le diese vergüenza.

–Bueno –dijo–, no ha estado nada mal.

Me sequé las lágrimas de la cara. Lo que había sucedido era tan puro y tan real que sentí el impulso de liberarme de toda máscara.

–He de confesarle algo.

–¿En serio? –Me miró con curiosidad–. Bueno, supongo que no hay mejor momento para la expiación que el Yom Kipur.

Y nos echamos a reír a la vez que tomábamos otra vez asiento.

–Es cierto, pero la cuestión es que… –empecé diciendo. –¿Sí? –dijo por lo bajo.

–Hace años que no voy a la sinagoga.

–¿Cuántos?

–Desde que me escapé… que me marché de casa. Ocho años. –Uf.

–En realidad, no he practicado nada en todo este tiempo. Estaba intentando…

Me miró con gesto interrogante.

–Estaba intentando olvidar.

–¿Olvidar a Dios?

–No, sí, no. No lo sé.

Se rio ante mi falta de decisión.

–Estaba tratando de olvidar a mi padre, a decir verdad; pero, en mi cabeza, estaba tan íntimamente ligado a Dios, a ir a la sinagoga, que no era capaz de separarlos.

–Lo entiendo –contestó.

Lo miré llena de esperanza.

–¿En serio?

–Sí. –Se quedó mirando la luz parpadeante del candelabro–. Hay cosas que a mí también me gustaría olvidar. ¿Usted lo ha conseguido? ¿Ha sido capaz de olvidarlo?

Me asaltó el recuerdo de una de mis pesadillas más recurrentes. Mi padre echándoseme encima y gritándome por ser un incordio monumental y el mayor error que había cometido. Y yo, encogida de miedo en un rincón, cubriéndome la cabeza con las manos.

–Casi –murmuré.

–Lo siento –dijo Tomasz con aire azorado.

–¿El qué?

–Haberle hecho encender las velas y cantar la *kol nidre*. Yo no…

–No, no pasa nada –lo interrumpí–. Ha sido bonito. Y tan conmovedor… Me he sentido… –me interrumpí, pues me costaba expresar mis sentimientos.

–¿Cómo?

–Me he sentido como si hubiese vuelto a casa, pero no a la casa familiar, sino a una casa más profunda, aquí, en mi corazón. Ay, ¡qué difícil es expresarlo con palabras!

–Y eso que es escritora… –bromeó.

–Sí, bueno, era.

Me encogí de hombros.

–Y lo es. –Se le borró la sonrisa–. Me alegro de haberla ayudado a sentirse así. Nuestra fe es más importante ahora que nunca. No se trata solamente de una fuente de fortaleza: es otra forma de impedir

que los alemanes triunfen. No les permitimos que borren nuestra identidad.

Asentí, pensativa. Hasta el momento, había visto el judaísmo como la religión de mi padre. Pero, desde la óptica nazi –y desde la de mi propio Gobierno–, yo era judía. Quizá hubiese llegado la hora de reivindicar mi fe y hacer de ella una honorable insignia.

–¿Sabe qué? Si no le va bien con el boxeo, debería considerar seriamente meterse a rabino o a cantor.

La expresión de Tomasz se tornó adusta.

–No, no creo que caiga esa breva.

–¿Y por qué no? –pregunté, azuzada por la curiosidad.

–Digamos que he hecho cosas que un rabino nunca haría. –Entiendo.

Me revolví en la silla. A juzgar por su tono grave, se refería a algo más que a trabajar durante el *sabbat* o a comer pan fermentado durante la Pascua.

–No pasa nada, no tiene de qué preocuparse; pero tengo mucho que expiar.

–Todos tenemos –bromeé tratando de mantener la alegría–. Estoy segura de que nada de lo que haya hecho se acerca ni de lejos a lo que los nazis están haciendo.

Para mi sorpresa, asintió con la cabeza.

–¿Hay manera de que se disculpe por lo que hizo? –pregunté, teniendo en mente el significado de la *teshuvá*–. ¿Está en disposición de solicitar el perdón de la persona concernida? –Es imposible.

–Sé lo duro que puede ser pedir perdón. El año pasado tuve que disculparme ante un *boulanger* por chillarle porque una tarta que había encargado para una fiesta sabía a ajo. No caí en la cuenta de que no había lavado el cuchillo que luego usé para cortar la tarta después de haber estado picando verduras. Así que, cuando me acordé, me sentí fatal y quise aclararlo; con todo, no me resultó fácil disculparme ante él en la tienda, delante de tantos clientes y, sobre todo, viendo cómo se regodeaba con mi incomodidad sin disimular ni una pizca. Pero luego me sentí mucho mejor, me quité un peso de encima. Si alguien decide negarle el perdón al recibir su disculpa, es su problema. Siempre y cuando usted…

–No puedo disculparme ante esa persona… –me cortó Tomasz en un tono tenso– porque la maté.

Capítulo 4

París
Octubre de 1940

Instintivamente, reculé en la silla.

–¿La mató?

Tomasz se puso de pie y se dirigió al otro extremo de la mesa, desconsolado.

–¿Qué hago yo contándole esto?

–¿Fue… fue en una de sus peleas de boxeo? –pregunté con la esperanza de poder rebajar la gravedad de su confesión. –No.

La desconfianza crecía en mi interior. ¿Estaba a punto de confesarme un asesinato a sangre fría, cosa que haría que tuviese que matarme a mí también en calidad de único testigo con vida? El impulso de echar mano del cuaderno de notas más cercano se mezclaba con el miedo que sentía. Sin duda, que Aurélie se encontrase con un asesino le daría a la colección un enfoque más oscuro y jugoso.

«¡No va a haber más libros de Aurélie, y tu propia vida podría estar en peligro!», me gritaba la voz de mi conciencia.

–¿Le apetece una taza de té? –solté de repente, desesperada por cambiar de tema y por salir del cuarto.

Hubo un paréntesis de silencio, y eso hizo que mi pregunta fuese cobrando un tono todavía más ridículo. Tomasz acababa de contarme que había matado a alguien y yo le proponía poner la tetera al fuego. Nuestras miradas se cruzaron y ambos nos echamos a reír. Era una de esas risas que rozan la histeria, al menos en lo que a mí respecta.

–Lo siento, no sé por qué le he contado eso –dijo lleno de vergüenza.

–No pasa nada. Olvídese de lo que ha pasado. Yo ya lo he hecho. Y no voy a contárselo a nadie, ni qué decir tiene. Nunca.

Crucé los dedos por debajo de la mesa con la esperanza de que aquello bastase para aplacarlo.

Me miró con la ansiedad reflejada en el rostro.

–No tiene de qué preocuparse. No voy a hacerle nada.

–Ni siquiera se me ha pasado por la cabeza tal posibilidad –mentí.

–No soy… No se trataba… –empezó a decir mientras se apretaba el cinturón de mi bata de seda.

Esperé a que continuase, en parte nerviosa por lo que pudiese revelarme y en parte ávida de que me proporcionase más información. Nunca había tratado con un asesino –al menos, no que yo supiese–, y, cual urraca, estaba constantemente al acecho de detalles brillantes con los que adornar mis libros. Pero Tomasz se quedó callado. Parecía tan hecho polvo y había sido tan amable que me costaba imaginar que pudiese constituir una amenaza para mí.

–La verdad es que no me esperaba que mi día acabase así –dijo al rato repasando abochornado la bata de seda rosa y el mantel a modo de chal.

–Yo tampoco, pero he de admitir que ha sido el día más interesante que he tenido en mucho tiempo.

Tomasz rio, se quitó el mantel y lo colgó en el respaldo de una silla.

–Lo mismo digo. –Y me sonrió–. Me alegro de que tirase su muñeca al río –dijo en un susurro.

–Y yo.

Nos quedamos mirando a la pobre Aurélie, cuyo pelo rojizo se había encrespado al secarse.

Tomasz y yo pasamos horas contándonos una versión resumida de la historia de nuestras vidas hasta llegar al punto en que nos encontrábamos. Compartí con él algunas de las anécdotas menos crueles de mi infancia y algunos cotilleos de la escena literaria francesa. Y él me lo contó todo sobre su pasión infantil por la pesca y sobre el mentor que le había enseñado a boxear. Sin embargo, corrió un tupido velo sobre su inesperada confesión. Cuanto más lo conocía y más me acostumbraba a su mezcla de sabiduría mundana y humor infantil, más me picaba la curiosidad.

Al final, rondando la medianoche, me fue imposible disimular el cansancio que se iba apoderando de mí y dejé escapar un bostezo tremendo.

–Debería dejarla descansar un poco –dijo Tomasz al momento. –Vale. ¿Estará… estará cómodo durmiendo aquí, en el diván?

Pasaba mucho de la hora del toque de queda, así que no había otra opción.

–Claro que sí –aceptó sin problema.

Fui a buscarle unas mantas y unas almohadas.

–Gracias por todo –dijo mientras las colocaba en su cama improvisada.

–No, gracias a usted –contesté, y me embargó una oleada de tristeza por que aquella velada tan extraña como mágica estuviese a punto de terminar–. Lo veré por la mañana.

–Sí. Que descanse.

Antes de salir, miré por el encima del hombro y vi la silueta de Tomasz dibujada a la luz del candelabro, de pie, como perdido en sus pensamientos.

Nada más entrar en mi habitación, abrí el cajón superior de la mesilla y cogí el cuaderno que tenía allí guardado por si acaso la inspiración me llegaba de noche. Busqué una hoja en blanco y escribí arriba de todo: «Tomasz Zolanvari», subrayándolo para que quedase bien marcado.

A la mañana siguiente, me desperté con el tintineo de una risa de mujer que venía de la calle. Por un delicioso momento, fue como cualquier mañana antes de la ocupación, dejándome llevar como una pluma al viento en ese estado confuso entre el sueño y el despertar. Pero los acontecimientos de la víspera empezaron a colarse en mi conciencia: Anton me había abandonado, ya no tenía editorial, ya no era una escritora. Había tirado a la pobre Aurélie al río. Tomasz Zolanvari la había salvado…

Tomasz Zolanvari.

Salté de la cama a toda prisa, me eché un chal sobre el camisón y salí corriendo de la habitación. La puerta de la sala de estar estaba abierta. Puede que Tomasz ya estuviese despierto. Entré a comprobarlo, y se me encogió el corazón. Las mantas estaban perfectamente dobladas sobre las almohadas en una esquina del diván, al lado de mi bata. El tendedero junto al fuego estaba vacío. Lo único que quedaba de nuestra noche mágica eran los cabos quemados de las velas, la cera derretida que había goteado por los candelabros de plata formando estrías a su paso. Reparé en un trozo de papel en la otra punta de la mesa, prendido en la muñeca de Aurélie. Al acercarme, vi que era la portada de mi manuscrito. Tomasz había escrito con una letra pulcra y diminuta:

Gracias por todo. No olvide nunca que siempre sera una escritora y que hoy más que nunca es necesaria. Tiene que contar lo que nos están

haciendo. Tomasz No me había dejado su dirección ni había sugerido que volviésemos a vernos, lo que me supuso una desilusión mayor de lo que estaba dispuesta a admitir.

Leí su nota una y otra vez, como si tratase de estirar la conexión entre nosotros. Luego, miré a Aurélie y sentí una punzada de preocupación. ¿Estaba abocada a sumirme de nuevo en el estado depresivo en el que me había encontrado Tomasz, encaramada al puente, ahora que había expirado el paréntesis temporal que habíamos compartido y que ya nada me distraía de mi nueva y difícil realidad? Me alivió comprobar que dentro de mí brotaba una semilla de arrojo. Cogí a Aurélie y la devolví a su sitio en la repisa de la chimenea. Me gustaba el hecho de que ahora se la viese enfangada, como de vuelta de todo. En cierto sentido, aquello era un símbolo. Aunque había estado cerca de acabar en una tumba acuática, había sobrevivido; y, en cierta medida, ese espíritu iba a ser mi referente. Puede que, a corto plazo, lo de escribir sobre Aurélie no fuese posible, pero, después de conocer a Tomasz, me había marcado un nuevo objetivo. Y, quién sabe, a lo mejor terminaba escribiendo historias mucho más importantes que las de mi estrella de los salones de baile.

En cuanto me vestí y desayuné los restos de la sopa, bajé a sacar mi querida bicicleta del trastero que había en la entrada. Nada más salir y ponerme a pedalear, mi recién estrenada resolución floreció en todo su esplendor. Desde

muy niña, ir en bicicleta era lo único que me hacía sentir mejor, además de evadirme en los libros. Cuando tenía unos ocho años, encontré una vieja bicicleta abandonada en un callejón cerca de mi casa y me apoderé de ella sin contemplaciones. Estaba oxidada y era demasiado grande para mí, pero no me importó. Paseando montada en ella me sentía libre como un pájaro. Mi desbordante imaginación transformó aquella bicicleta en muchísimas cosas: en un automóvil, en un avión, en un caballo y hasta en un dragón. Las posibilidades eran infinitas, y me sentía más libre que nunca dándole a los pedales para escapar de casa, con el viento agitándome el pelo y una canción en los labios. Ojalá pudiese seguir pedaleando ahora y marcharme lejos, muy lejos de la guerra. Pero, como una niebla traicionera, los nazis habían ido abriéndose paso por toda Europa y lo habían cubierto todo de terror y dolor. Gran Bretaña era el único sitio al que todavía no habían llegado, pero ni mi poderosa imaginación era capaz de hacerme pedalear sobre el agua. Aceleré, con la cabeza hecha un hervidero de

recuerdos de la noche anterior: las velas, el canto, la conversación a corazón abierto. Y, en medio de todo eso, el elemento más extraño: la confesión de Tomasz de que había matado a alguien. ¿A quién? ¿Cómo? ¿Por qué?

Quién, cómo, por qué, dónde y qué son las cinco preguntas que sirven de punto de partida para cualquier historia. Pero Tomasz me había dejado con todas las preguntas y muy pocas respuestas. Al menos, conocía la respuesta a la pregunta de quién era él. Sabía su nombre y a qué se dedicaba. El problema era que yo no tenía ningún conocimiento de boxeo, así que no podía comprobar si lo que Tomasz me había contado era cierto. Aunque sabía de alguien que sí. Frené con un chirrido y di media vuelta, rumbo otra vez al Barrio Latino. –¿Tomasz Zolanvari? –dijo Bruno, asintiendo entusiasmado–. Pues claro que he oído hablar de Tomasz Zolanvari. Bruno era el propietario de un bistró llamado Once Upon a Time, situado en pleno Barrio Latino. Hacía muchos años, una noche sofocante de agosto, me había llamado la atención el nombre y había entrado. Supuse que un bistró que utilizaba así el principio de un cuento de hadas ofrecería una experiencia cuando menos interesante y que cualquiera que escogiese ese nombre tendría una personalidad fascinante. Y no me equivocaba. Bruno y yo simpatizamos de inmediato. Él era un apasionado del trabajo de Albert Camus, una de esas personas que viven en un estado de asombro permanente, fascinadas por el mundo que las rodea, y que a mí me resulta contagioso. También le encantaba el deporte. –¿Así que es boxeador? –pregunté.

–Sí, claro. Ganó el título francés de peso medio hace un par de años, pero luego dejó de pelear. –Bruno se pasó la mano por el pelo, negro y rizado–. Una pena. Tenía talento para llegar lejos. ¿Quiere un café? –Cogió un cazo de detrás de la barra–. Este es del bueno –susurró–. He conseguido un poco en el mercado negro.

–¿Ah, sí? ¡Pues póngame uno, gracias!

Se me dilataron las pupilas ante la perspectiva de tomarme un café de verdad. Desde que los alemanes nos habían impuesto su racionamiento a modo de castigo, nos habíamos visto avocados a beber un sucedáneo que no sabía a nada y del que se decía que estaba hecho con bellotas. Y eso que siempre me habían gustado los robles, pero, como materia prima para el café, eran un fiasco absoluto.

Bruno llenó un pocillo de porcelana blanca de aquel líquido denso y oscuro y me lo pasó.

No pude evitar que se me escapase un gemido de placer al tomar el primer sorbo. «¡Ay, café, cómo te he echado de menos!». Uno de los aspectos positivos de la ocupación era que placeres sencillos que hasta

entonces habíamos dado por sentados nos llevaban ahora a un estado rayano en el éxtasis. Bruno soltó una risita mientras se servía también una taza. –¿Así que no sabe por qué se retiró Zolanvari de los combates? –pregunté en cuanto se me pasó el embelesamiento. Bruno sacudió la cabeza.

–No. ¿Por qué lo pregunta?

Afortunadamente, viniendo en bicicleta me había dado tiempo a inventarme una excusa.

–Estoy investigando para un proyecto de escritura que tengo. –Ah, vale. ¿Así que el nuevo estatuto no le ha afectado todavía a su trabajo? Temí por usted cuando me llegó la noticia.

El entusiasmo que me había producido el café se diluyó. –Me ha afectado, sí. Ya no puedo escribir mis novelas.

–¡Venga ya! –Dio un golpe con la mano, carnosa, en la barra; y me emocionó ver que lo lamentaba de corazón, teniendo en cuenta sobre todo que *Las aventuras de Aurélie* no era precisamente su estilo de lectura. Luego, frunció el ceño en señal de confusión–. ¿Y ahora va a ponerse a escribir sobre boxeadores? –No exactamente. –Suspiré–. A decir verdad, no sé sobre qué voy a escribir. Lo único que tengo claro es que tengo que escribir. No puedo permitirles que me roben mi identidad. –Así se habla. –Bruno miró a derecha e izquierda antes de acercárseme por encima de la barra y bajar así la voz–. El otro día, me hablaron de algo para lo que quizá quiera escribir. –¿Qué es?

Me quedé mirándolo, esperanzada.

–Es para la Resistencia –susurró.

–¿La Resistencia? –susurré yo también mientras un escalofrío de emoción me bajaba por la espalda.

–Sí. La gente de París está saliendo de su letargo y empezando a combatir a esa escoria nazi.

–Ay, ¡gracias a Dios!

Había visto indicios de que la gente podía estar cambiando, pero se trataba más que nada de carteles alemanes pintarrajeados.

–Podría ponerla en contacto con ellos si tiene interés –continuó Bruno–. Aunque correría un gran riesgo.

–No me importa –respondí, desafiante.

Y no era mentira: no me importaba. Estaba convencida de que no tenía nada que perder. Para mí, la oportunidad de volver a escribir valía más que ningún peligro.

–De acuerdo. Ya me encargo yo. Venga a verme de nuevo el lunes. Tenga mucho cuidado, los alemanes tienen espías y colaboradores por todas partes. Cuando venga, debe asegurase de que no la sigan. Y, si ve a alguien sospechoso acechando fuera, vaya por la parte de atrás y

llame tres veces a la puerta de la cocina.

Levanté las cejas. Esa manera intrigante y misteriosa de comportarse era más propia de una novela de espías, sin duda. Era más como estar en un sueño surrealista que asistiendo a aquello en la vida real, en París; pero Bruno seguía mirándome con seriedad.

–Claro, claro. –Me tomé de un trago el café y me levanté para marcharme, no sin antes darle un beso en la mejilla sin afeitar–. Gracias.

Pedaleé de vuelta a casa, feliz como un pajarillo y con la cafeína y el entusiasmo corriéndome por las venas. Aunque Anton me hubiese abandonado, cabía la posibilidad de que pudiese seguir escribiendo gracias a Tomasz y Bruno. Y la perspectiva de escribir para esa especie de movimiento de resistencia me llenaba de esperanza.

Capítulo 5

París
Noviembre de 1940

«Vengo a la reunión de Les amis d'Alain-Fournier», repetía mentalmente mientras pedaleaba por la Avenue de New York rumbo a los Jardines del Trocadero. Habían pasado cuatro semanas desde que Bruno me había hecho aquella tentadora oferta y, por fin, me habían dado instrucciones para asistir a una reunión. Con gran secretismo, el encuentro tendría lugar en el Museo del Hombre, en el que había pasado un par de tardes antes de la guerra recorriendo sus gabinetes de curiosidades, asombrada por tantos artilugios fascinantes traídos de los cinco continentes. Por aquel entonces, el museo me había parecido un canto a la humanidad. Al observar pasmada las máscaras tribales de las llanuras africanas y los antiguos recipientes provenientes de excavaciones en los desiertos asiáticos, no podía ni imaginarme el giro siniestro que nos esperaba a los humanos a la vuelta de la esquina: la calamidad de Europa era una amenaza para la civilización tal como la conocíamos.

«Vengo a la reunión de Les amis d'Alain-Fournier», practiqué de nuevo para mis adentros mientras ponía a buen recaudo mi bicicleta a las puertas del museo. Supuse que la convocatoria de una sociedad literaria para homenajear a uno de los más laureados escritores franceses era una simple tapadera. O puede que fuese una especie de prueba muy bien urdida para comprobar si yo estaba a la altura de la labor, fuese cual fuese. Por suerte, yo era una gran admiradora de la novela de Alain-Fournier *El gran Meaulnes*, y me veía capaz de hablar de las idas y venidas en los amores de Augustin e Yvonne durante horas si hacía falta.

«No hables mucho», iba sermoneándome a mí misma mientras subía las escaleras que daban acceso a aquel formidable edificio de piedra blanca, tratando de no mirar a la torre Eiffel, que despuntaba a lo lejos. Aquella torre había sido para mí todo un símbolo de libertad desde los tiempos en que soñaba con escaparme a París. Pero, desde que los nazis habían llegado e izado sobre ella su terrorífica esvástica, se me encogía el corazón con solo divisar el entramado de hierro. La hazaña de la ingeniería de Koechlin y Nouguier se había convertido en un símbolo de la tiranía.

«Pero puede que estés a punto de descubrir cómo ayudar a combatir la tiranía», me recordé.

–Vengo a la reunión de Les amis d'Alain-Fournier –le dije a la mujer que estaba en el mostrador de la entrada.

Me miró de arriba abajo como si estuviese calibrando una chuleta de cordero en la carnicería y, durante un instante que se me hizo eterno, creí que me declararía «no apta» y me pediría que me marchase por donde había venido. La esperanza de poder volver a escribir había sido mi única motivación durante las últimas semanas, eso e imaginarme historietas protagonizadas por el misterioso Tomasz Zolanvari. Después de lo que me pareció otra eternidad, asintió con sequedad y dijo:

–Espere un momento, por favor.

Descolgó el auricular de su teléfono y masculló algo en voz tan baja que no oí nada. Devolvió el auricular a su sitio y volvió a asentir.

–La sociedad literaria está reunida en el sótano, sala 213. Puede usar el ascensor.

–Muchas gracias.

Y me fui a toda prisa antes de que cambiase de opinión. En contraste con las luminosas y ventiladas salas superiores del museo, aparecer en el sótano era como entrar en la madriguera de un conejo. Y la guinda para aquel ambiente de misterio era el laberinto de pasillos oscuros y fríos que olían a libros antiguos y mohosos.

Di por fin con la sala 213 y llamé a la puerta. Dentro, el murmullo de voces se detuvo de repente.

Se entreabrió la puerta, y un hombre se asomó a echar un vistazo. Me resultaba extrañamente familiar, pero no conseguía ubicarlo.

–Hola, vengo a la reunión de Les amis d'Alain-Fournier –solté como una cotorra antes de bajar el tono–. Soy Claudette. Nuestro amigo en común Bruno me puso en contacto con ustedes.

–Ah, ya. –El hombre asintió y abrió la puerta de par en par. En el interior, había dos mujeres y otro hombre sentados a una mesa–. Por favor, pase.

Entré en la sala, consciente de que todas las miradas estaban puestas en mí.

–Según Bruno, usted es novelista –dijo el hombre, indicándome con una seña que me sentase en una de las sillas vacías. –Sí, o, al menos, lo era. Gracias a los alemanes, mi editor ya no está autorizado a publicar mis libros –dije, ávida de mostrar mis credenciales de resistente–. Escribo una colección titulada *Las aventuras de Aurélie*. –El hombre permaneció impasible, pero me alegró comprobar que una de las mujeres presentes asentía en señal de reconocimiento–. El estatuto

establece que ya no tengo autorización para escribir… de forma oficial –añadí, tratando de dejar claras mis intenciones.

–Es terrible –murmuró la mujer, y se lo agradecí con una sonrisa.

–Según Bruno, le gustaría seguir escribiendo –dijo el hombre y recuperó su asiento en el lado opuesto del círculo respecto a mí.

–Sí, por supuesto. –Estaba empezando a sentirme como en una partida de póquer. ¿Quién mostraría primero su mano?–. Sobre todo, si puedo escribir algo que vaya a tener un impacto positivo –y ahí bajé la voz– contra los ocupantes. El hombre miró a los demás como buscando su aprobación. Uno a uno, fueron asintiendo.

–Soy Jean Cassou –dijo.

–¿Qué? ¿El mismísimo Jean Cassou? –respondí, dejando a un lado las ganas de que me tomasen en serio y abriendo la boca ante el célebre novelista, poeta y crítico de arte como una niña embobada.

Con razón me resultaba tan familiar… Me dio vergüenza pensar en cuánto había deseado que Aurélie llegase a sus oídos. Porque, a pesar del enorme éxito de mis libros, todavía me sentía como una impostora en presencia de autores de más peso; y me aterraba que se sintiesen molestos con la joven advenediza de Marsella que invadía su espacio con relatos de peripecias en los salones de baile y demás frivolidades. Y allí estaba yo, cara a cara con un auténtico representante de la alta literatura.

Cassou soltó una risita.

–Soy Jean Cassou, el escritor, sí.

–Encan… encantada de conocerlo –tartamudeé antes de girarme para mirar al resto del grupo en busca de algún otro mito literario.

–Y yo soy Yvonne Oddon –dijo la mujer–. Soy la librera jefe de este museo. Y esta es la historiadora del arte Agnès Humbert. –Hizo un gesto señalando a la mujer que tenía al lado y nos sonreímos–. Y este es Boris Vildé –siguió diciendo Yvonne–. Es un etnógrafo del museo.

–Es un placer conocerla –dijo Vildé con un acento que sonaba a ruso.

–Lo mismo digo –respondí, pletórica.

–Bruno habla muy bien de usted –dijo Cassou con una sonrisa.

–¡Y yo hablo muy bien de él también! –solté sin pensar, llevada por el entusiasmo–. Y de su café.

«¿Por qué has tenido que decir eso? –se lamentaba la voz de mi conciencia–. Pareces una cotorra estúpida».

–¿Su café?

Cassou levantó una ceja.

–Sí, pone el café más delicioso… O, por lo menos, lo ponía –añadí, pues no estaba segura de que a Bruno le gustase que la gente se

enterase de sus reservas salidas del mercado negro, por muy compañeros que fuesen en la Resistencia. Me alivió ver que Cassou sonreía. Había escrito varias novelas de éxito, sí, pero me sentía muy poquita cosa en presencia de un grande de la literatura.

–Tengo su palabra de que es de fiar –prosiguió Cassou.

–¡Claro que sí! –exclamé–. No puedo soportar lo que está sucediendo en este país, lo que les están haciendo a los judíos. Creo que acabaré volviéndome loca si no hago algo para enfrentarme a ellos.

–Es justo lo que le dije a Jean –intervino Agnès, la historiadora del arte.

Cassou asintió, y ambos me sonrieron amigablemente. Me inundó una sensación de alivio, como si acabase de pasar un examen importante.

–¿Ha escrito para algún periódico? –preguntó Cassou.

–No. –Y se me cayó el alma a los pies. ¿Significaba eso que estaba fuera?–. Pero fui autodidacta a la hora de escribir novelas, así que no veo por qué no iba a poder hacerlo. Aprendo rápido.

–Me gusta su entusiasmo. –Cassou se quedó pensando un momento–. ¿Y si escribe sobre las dificultades de los judíos que viven en París? Desde el anonimato, por supuesto.

–Por supuesto –repetí, y sentí un cosquilleo por la espalda. –¿Vamos a contarle en qué estamos trabajando? –preguntó Yvonne.

Me alivió ver que el resto del grupo asentía.

–Vamos a poner en marcha un periódico –me explicó Cassou–, un periódico clandestino contra los fascistas que han invadido nuestra ciudad.

Se me puso la piel de gallina. La idea de un periódico clandestino y de formar parte de él fue como una especie de descarga de adrenalina directa a mi corazón. La impotencia que había sentido empezaba a disiparse.

–Echaremos mano de la imprenta que hay aquí, en el museo –explicó Yvonne.

–Pero es un gran riesgo, obviamente –añadió Vildé–. Así que ni palabra de esto a nadie.

–Claro.

–Podría escribirme quinientas palabras sobre la experiencia de los judíos en París –me dijo Cassou– y, si es pasable, lo incluimos en el primer número.

–No… no sé qué decir –tartamudeé.

No sabía qué esperar de aquella reunión misteriosa, y aquello superaba con mucho mis expectativas. De repente, y para mi

vergüenza, me eché a llorar.

–Ay, ¿le pasa algo? –dijo Agnès acariciándome el hombro. –No me pasa nada, o, más bien, me pasa algo bueno –respondí–. Las mías son lágrimas de felicidad, se lo prometo. Sienta tan bien sentirse otra vez útil… Supongo que no era consciente de cuánto daño me había hecho que me quitasen aquello que consideraba mi vocación y que mi editor me abandonase. Que me tirasen a la basura y me señalasen como ciudadana de segunda en mi propio país.

–Escriba sobre eso en su artículo –dijo Cassou a media voz–. La gente tiene que saberlo. Hay que avivarles los sentidos. La experiencia me dice que las historias en primera persona son una de las mejores maneras de llegar al corazón de la gente. –Así lo haré, gracias. –Saqué un pañuelo del bolsillo y me soné la nariz–. ¿Cómo se lo haré llegar?

–Déselo a Bruno. ¿Tendrá suficiente con una semana?

–Desde luego. Hoy por hoy, no es que tenga mucho más que hacer, por desgracia.

–Gracias.

Cassou se levantó, y deduje que con eso me estaba indicando que me marchase.

Me puse de pie al momento y nos dimos un apretón de manos.

–Ha sido un placer conocerlos.

Miré al resto, agradecida.

–Lo mismo digo –dijo Yvonne, y los demás la secundaron asintiendo.

Salí del museo con la moral en plena remontada, como en el entusiasta movimiento final de una sinfonía. Pensar que aquella gente se había unido de esa manera para plantarle cara a la ocupación alemana desde el sótano del Museo del Hombre me había devuelto mi fe en la humanidad en un sentido casi poético. Estaba en la gloria, y se me ocurrió hacer algo a lo que le había estado dando vueltas desde hacía semanas: ir en bicicleta hasta la Pletzl, en el distrito IV, y tratar de localizar a Tomasz.

Al igual que Aurélie, mi creación literaria, yo no era el tipo de mujer que perseguía a un hombre, o que iba pedaleando detrás de él, para ser exactos. Pero Tomasz había dejado tal huella en mi vida en las pocas horas que habíamos pasado juntos que tenía ganas de más. Y ahora se me presentaba la excusa perfecta para ir en su busca: agradecerle que me hubiese hecho ver que podía usar mi escritura como un arma contra los alemanes.

Mientras iba en la bicicleta por la carretera, creía estar oyendo a Aurélie mofarse de mí. «Una mujer realizada no necesita seguir los pasos de un hombre –parecía que me perseguía una de sus frases más

populares y citadas–. Una mujer realizada está demasiado ocupada dedicándose a lo que le apasiona y creando sus propias aventuras».

«Déjalo ya, sabelotodo», murmuré entre dientes, deseando en parte haber creado una de esas heroínas cursis con un escote seductor y nada de cerebro que aparecían en casi todas las novelas románticas. Lo malo de los personajes que viven en la cabeza de una es que no se puede escapar de ellos, menos aún cuando son tan fieros como Aurélie. Me puse a tararear *La marsellesa* para intentar distraerme. Cuando llegué a la Place Saint-Paul, me bajé de la bicicleta y la até a una farola. La palabra *pletzl* es el equivalente yidis de «plazoleta»; recorriendo las callejuelas que rodeaban la plaza, daba la impresión de que la ciudad se había plegado sobre sí misma. A un lado y otro de la calle, las paredes mugrientas de aquellos edificios de cinco pisos parecían abrazarse y hacían que el pálido sol de invierno se quedase en nada. Las estrellas de David en los escaparates de los carniceros y los panaderos me hicieron sentir tan agradecida como incómoda. Me resultaba reconfortante estar rodeada de tantos símbolos en representación de esa gente que no pretendía juzgarme, pero también me preocupaba por ellos. Comparada con la próspera y opulenta calle en la que vivía junto al río, allí todo eran muestras de pobreza: desde los rostros demacrados de las personas con las que me cruzaba hasta la ropa que les colgaba del cuerpo. Al menos, yo podía pasar desapercibida en mi zona. Esta gente era un blanco fácil para los alemanes.

«Y ese es el motivo por el que debes escribir sobre ellos en tu artículo», proclamó con total serenidad una voz dentro de mi cabeza.

Le di un repaso a mi abrigo ribeteado de piel, dolorosamente consciente y un tanto avergonzada de mi condición de privilegiada en comparación con ellos. No era de extrañar que a Tomasz le sorprendiera la perspectiva de que yo viviese sola en un piso espacioso, teniendo en cuenta a lo que él debía de estar acostumbrado.

Al ver una librería, frené en seco. Muchos de los libros expuestos en el escaparate estaban en hebreo; se trataba principalmente de textos religiosos. Traté de abrir la puerta, pero estaba cerrada. Cómo no. Si a mí me habían prohibido escribir por ser judía, de ninguna manera iba a permitir nuestro nuevo y odioso Gobierno que se vendiesen libros judíos. –¿Necesita algo? –me llamó una vocecilla aflautada desde algún lugar por encima de mi cabeza y me hizo dar un brinco. Miré hacia arriba y vi a un hombre con la barba blanca y puntiaguda de un duende asomándose a una ventana en el tercer piso. En el aire, se balanceaban unas gafas con montura de alambre colgadas de su cuello con una cadena. –Mmm… Me preguntaba si podría comprar un libro,

nada más. Pero ya veo que la tienda está cerrada –contesté. –En eso se equivoca –me corrigió–. La tienda no está cerrada, pero la puerta sí lo está.

–Ah, ya entiendo. –No pude reprimir una sonrisa–. Y supongo que usted no sabrá cómo puedo hacer para abrir la puerta, ¿o sí?

Casi me esperaba que me anunciase que tenía que decirle la contraseña secreta.

–Un momento –dijo y desapareció de mi vista; la ventana se cerró de un golpe a sus espaldas.

Pasó un minuto largo y yo ya empezaba a plantearme si me había gastado una broma cuando el hombre apareció por un callejón que daba al lateral de la tienda. Visto de cerca, tenía aún más aspecto de duende; delgado como un palillo, con los hombros encorvados, se diría que medía poco más de metro y medio. Sus ojillos oscuros y brillantes fueron moviéndose de un lado a otro hasta posarse en mí.

–Buenos días. ¿Quién se supone que es usted?

–Soy Claudette Weil –contesté tendiéndole la mano.

No dio muestras de reconocer mi nombre, pero tampoco esperaba que lo hiciese. La suya no era la típica tienda en la que se ponía a la venta mis libros.

Me agarró la mano y me dio un apretón con mucho brío. Tenía mucha fuerza para lo pequeño que era.

–Encantado de conocerla. Soy Solomon Finkelstein. –Se sacó del bolsillo un manojo enorme de llaves y sacudió la cabeza, cosa que me desconcertó–. Soy el guardián de los libros, el cuidador de las historias, el anfitrión de los poemas. –Me sonrió por encima del hombro mientras abría la puerta–. Supongo que suena más interesante que «propietario de una librería», ¿no?

–Sí, claro. ¡Mucho más!

Solté una risita y lo seguí adentro. Solo había pasado unos minutos con él, pero ya me había encandilado. Sentía que tenía ante mí a mi alma gemela.

–¿Estaba buscando algo en concreto? –preguntó antes de cerrar la puerta detrás de mí–. Para mantener a raya a los indeseables –dijo a modo de explicación.

–Me hago cargo. –Sentí un hormigueo en la piel. Después de la reunión de aquella mañana, qué bien sentaba asistir a otro pequeño acto de rebeldía–. Me gustaría echar un vistazo, nada más, si no le importa –dije, demasiado abochornada para reconocer mis ansias de textos que me ayudasen a reencontrarme con mi ascendencia. Desde el mismo instante en que Tomasz me había hablado de la necesidad de evitar que los alemanes siguiesen borrando la identidad judía, sumado

a la sensación mágica que había tenido al escucharlo cantar la *kol nidre*, algo en mí me empujaba a volver a conectar con la fe de mi infancia–. También me preguntaba si conocería a un hombre llamado Tomasz Zolanvari…

–¿Es escritor? –inquirió Solomon.

–No, es boxeador; o, al menos, lo era hasta hace un par de años. Creo que vive aquí, en la Pletzl.

Lo miré esperanzada.

Solomon se quedó pensando un momento; luego, sacudió la cabeza.

–Me temo que no.

–No se preocupe –contesté, restándole importancia para disimular mi decepción–. Voy a mirar algún libro.

–Busque, busque. Si me necesita, estaré por ahí. –Señaló hacia un sillón que había junto al mostrador–. Fumando mi pipa. –Lo tendré en cuenta –respondí con una sonrisa.

Dejando al margen los libros en hebreo –pues sabía que no los entendería–, abrí un libro de oraciones en francés y lo acerqué a la nariz para inhalar su aroma a tierra. Oí la risita ahogada de Solomon y, cuando me giré para mirarlo, me estaba observando a través de una nube de humo de tabaco. –Rutinas propias de una verdadera amante de los libros –comentó.

Me eché a reír.

–Así es. Siempre me ha gustado el olor, ya de niña. Para mí, es a lo que huelen las historias.

–¡Ajá! –exclamó dando una palmada con sus manos artríticas–. Y no hay nada más importante que las historias, siempre y cuando sirvan para transformarnos, claro está.

–¿A qué se refiere?

–¿Conoce al Baal Shem Tov?

Negué con la cabeza.

–Fue un rabino del siglo XVIII originario de mi país, Polonia, y fundador del judaísmo jasídico.

Asentí.

–Una vez, le pidieron a uno de sus discípulos, un hombre mayor tan derrengado que apenas podía moverse, que contase una historia sobre su maestro. Y él relató la manera que tenía el Baal Shem de saltar y bailar mientras rezaba. No pude evitar sonreír al imaginármelo. Bailar durante el rezo le daba un toque mucho más divertido.

–El viejo se metió tanto en la historia que estaba contando que se levantó de un brinco y se puso a bailar a modo de demostración. Y, en menos de lo que canta un gallo, se curó de su cojera.

–¡Hala!

–Sí. –Solomon le dio otra chupada a la pipa–. Toda historia debería tener la facultad de transformar tanto al que la recibe como a quien la cuenta.

Me quedé pensando en cómo las novelas de Aurélie me habían cambiado, dándome el valor para ser tan decidida como mi heroína. Y, a juzgar por las cartas de los lectores que había recibido, se diría que también les había cambiado la vida a muchos de ellos.

–Nunca lo había visto de esa manera. Me encanta –dije y le tendí el libro para que me lo cobrase–. ¿Cuánto le debo? Saqué la cartera del bolso.

–Ni un mísero franco –respondió.

–¿Cómo dice? Pero tengo que darle algo…

Negó con la cabeza.

–Será mi buena obra del día.

–Pero…

–Insisto –me cortó–. ¿Sabe a qué se refiere la expresión *tikún olam*?

–Sí. –Fruncí el ceño tratando de recordar la definición–. Significa «reparar el mundo».

–Exacto.

–Mediante la oración –completé al venirme el recuerdo. –Y las buenas acciones –añadió Solomon.

–Ah…

Me había olvidado de esa parte, y él debió de notar mi desconcierto.

Rápido como un rayo, saltó de su asiento y se puso a buscar en una de las estanterías.

–¿Dónde estás tú, eh? –dijo a modo de llamada cantarina mientras se calzaba las gafas en la punta de la nariz.

Una vez más, reprimí las ganas de echarme a reír. Un hombre hablando con libros era el tipo de persona que me gustaba.

–¡Aquí! –Se giró y, con aire triunfal, puso un libro en el mostrador, justo delante de mí. Era una antología de cuentos jasídicos–. ¿Tiene tiempo para otra historia muy cortita? –preguntó.

–Siempre tengo tiempo para una historia –respondí.

–¡Perfecto! –Se le iluminó la mirada–. Hubo una vez, en el principio de los tiempos, estando el Creador ocupado creando el mundo, en que perdió el control sobre el proceso. –¿Dios perdió el control? –pregunté, y la idea de un Dios propenso a los accidentes me resultó extrañamente reconfortante.

–Sí. Y se esparcieron chispas de su ser sobre el mundo de los sentidos, quedando atrapadas en él y reduciendo de algún modo el poder de aquel, haciendo el mundo vulnerable al caos y las fuerzas del mal.

–¿Como los nazis? –pregunté, y Solomon asintió. Una cuestión que me había perseguido desde que los alemanes habían empezado a perseguir a los judíos era cómo Dios podía permitir tamaña crueldad. Pero un Dios debilitado tenía su lógica–. ¿Así que no nos queda ninguna esperanza? –pregunté, medio en broma, medio en serio.

–¡Por supuesto que sí! –respondió triunfalmente–. Podemos reconducir el mal y sanar el mundo.

–¿Y cómo?

–Mediante el *tikún olam*. Cada vez que realizamos un acto de contemplación religiosa, ya sea orando o dedicándole a alguien una buena acción, una de esas chispas de luz se libera y consigue regresar a Dios, reforzando la bondad en este mundo. –Apuntó hacia el libro de cuentos jasídicos y me sonrió–. De ese modo, chispa a chispa, el mundo será reparado y la armonía restaurada.

Me imaginé las chispas cayendo como una lluvia de estrellas, incrustándose en el mundo y esperando a ser liberadas. Cuando Solomon me entregó los libros, pensé en una mota de luz volando libre desde sus páginas y ascendiendo en un torbellino.

–Me encanta esa historia –murmuré.

–A mí también. Me ayuda a mantenerme cuerdo frente a toda esta locura.

Asentí. Cuánta razón tenía en lo que decía.

–Permítame que se los envuelva –dijo sacando un rollo de papel de estraza de debajo del mostrador–. Por si la paran y la registran.

Que el hecho de llevar un par de libros inofensivos pudiese causarme un problema en París, una de las cunas de la literatura mundial, constituía una bofetada de realidad. –Gracias. Pero déjeme que se lo pague de alguna forma. –Prométame que, día tras día y pase lo que pase, seguirá liberando chispas de luz. Ese es, sin duda, el mejor regalo que puede hacerme a mí… y al mundo.

Levantó la vista hacia mí mientras envolvía los libros.

–Sí, desde luego.

Me dio los libros y me sonrió. Sus ojos castaños se habían ido aguando con la edad, pero bien podía imaginármelos en su juventud, titilando como estrellas.

–Ha sido un placer conocerla, Claudette.

–Mis amigos me llaman Etty –dije.

–Y los míos me llaman Solly, Etty –contestó.

–Adiós, Solly. Espero que nuestros caminos se crucen de nuevo algún día.

–Adiós, Etty. Yo también lo espero.

Salí a la calle conmovida por aquel encuentro tan bonito y

desgarrador. Y, de nuevo, tenía que agradecérselo a Tomasz Zolanvari. Las conexiones que se establecían entre nosotros parecían cada vez más cosa del destino, lo que aumentaba mis ganas de verlo.

Divisé una pastelería que hacía esquina al final de la calle y me puse a la cola. El marco de la puerta era un mosaico de teselas cuadradas de color azul y blanco; en el exterior, habían colocado un puñado de mesitas redondas. Decidí comprar algo de comer y quedarme a ver a la gente pasar. Obviamente, era mucho pedir encontrarme así con Tomasz, el tipo de cosa que nunca pondría en una novela porque resultaría demasiado previsible y nada creíble. Con todo y con eso, la realidad tenía por costumbre superar a la ficción; y yo tenía la corazonada de que estábamos destinados a vernos ese día. En cuanto puse un pie dentro, me invadió la nariz un olor que me devolvió a mi infancia, cuando esperaba impaciente junto a Madame Bellamy mientras removía en el fogón su famosa sopa de pollo y yo le tiraba del delantal para preguntarle con voz zalamera: «¿Ya está lista?».

Al otro lado del mostrador, una mujer delgada de pelo canoso colocaba una bandeja llena de roscas recién horneadas. Levantó la mirada y me sonrió.

–*Shalom*.

–*Shalom* –contesté. Sonaba raro saliendo de mi boca. Raro, pero no desagradable–. ¿Eso que huelo es sopa de pollo? –pregunté casi babeando.

–Sí, más o menos. He tenido que echarle nabos en lugar de pollo.

Me miró y levantó las cejas como diciendo: «Es lo que hay». –¿Puede ponerme un poco? Y una rosca.

–Claro.

Mientras me preparaba la comida, abrí el monedero.

–Creo que no la había visto antes por aquí –dijo sin mirarme.

–No, estoy de paso. Bueno, la verdad es que estoy buscando a alguien.

–¿Ah, sí? –dijo y levantó la vista.

–A Tomasz Zolanvari. Vive aquí, en la Pletzl. No sé si lo conocerá.

Su cara reflejó fugazmente el efecto que le había causado el nombre, pero negó con la cabeza.

–No, no me suena de nada.

Teniendo en cuenta el ambiente de terror que reinaba, no la culpaba por desconfiar.

–Es amigo mío.

–¿Y no sabe dónde vive?

Frunció el ceño mientras sostenía el cuenco de sopa como si estuviese valorando si me lo merecía.

–No exactamente. Sé que su tío era sastre aquí –dije tirando de la otra pista que tenía para identificarlo.

La mujer se encogió de hombros.

–No sé, lo siento.

Cogí la sopa y la rosca y fui a sentarme en una de las mesas exteriores. Ella conocía a Tomasz, estaba segura. Pero ¿por qué se había cerrado en banda con solo mencionar su nombre? ¿Sospechaba que yo podía ser una colaboradora de los nazis o había otro motivo por el que el misterioso Tomasz Zolanvari no quería que lo encontrasen? Sentí un escalofrío y me subí el cuello del abrigo; me vinieron a la mente sus palabras en la confesión de la *erev* del Yom Kipur: «No puedo disculparme ante esa persona… porque la maté». ¿Quién era aquel misterioso Tomasz Zolanvari que había dejado una huella tan profunda en mi vida? ¿A quién había matado?

Capítulo 6

París
Febrero de 1941

Hace mucho mucho tiempo, hubo un rabino llamado Yaakov Rabinowicz que vivió en Polonia en el siglo XVIII. Un día, estaba dando un paseo cuando se encontró con una carreta de heno volcada. La carreta era tan grande que bloqueaba por completo el camino y las gavillas de heno estaban esparcidas por todas partes. Junto a la carreta, había un campesino cristiano con gesto consternado.

–Por favor, señor, ¿podría ayudarme a enderezar la carreta?–le suplicó.

El rabino sabía que era un mitzvá *ayudar al campesino y que, con cada gesto de amabilidad, crece la luz del mundo; pero también era consciente de que no tenía la fuerza suficiente para levantar la carreta, así que negó con la cabeza.*

–Lo siento mucho, pero no creo ser capaz –respondió.

–Más bien debería decir que no quiere –contestó el campesino–. Que no está dispuesto a ayudarme.

La acusación caló hondo en el rabino y se apresuró a echarle una mano. Juntos, aquellos hombres idearon la manera de usar unos listones de madera para meterlos por debajo de la carreta y ponerla en pie. Luego, volvieron a cargar las gavillas de heno en la carreta y el campesino le dio las gracias antes de aprestarse a seguir su camino.

–¿Le importa si lo acompaño un trecho? –preguntó el rabino. –En absoluto, querido hermano –respondió el cristiano, y echaron a andar en armónico silencio.

Poco después, el rabino le hizo una pregunta a la que le había estado dando vueltas:

–¿Por qué contestó que yo no estaba dispuesto a ayudarle cuando le dije que no creía que fuese capaz?

–Uno no sabe si es o no capaz de hacer algo hasta que ha probado a hacerlo –contestó el cristiano.

–¿Y qué le hacía pensar que yo podría levantar la carreta? –preguntó el rabino.

–Que apareció en el lugar preciso y en el momento exacto en que yo necesitaba ayuda –respondió el cristiano con una sonrisa.

El rabino se echó a reír.

–Ahora me dirá que estaba escrito que estuviese allí para ayudarle.

–Justo, hermano —dijo el cristiano y soltó una risita.

Hoy, caminando por las calles de mi adorado París, en mi condición de judía, me siento como si la carreta de heno que era mi vida hubiese volcado. Allá donde voy, veo carteles que proclaman su odio hacia mí. Mi propio Gobierno ha decretado que no puedo seguir viviendo de mi profesión. Amigos y conocidos se han visto obligados a huir para ponerse a salvo. Me han instado a que haga lo mismo. Pero ¿por qué he de renunciar a la vida y al hogar que con tanto trabajo he conseguido? ¿Adónde podría ir, por otra parte? ¿Queda algún lugar seguro para los judíos en Europa?

Hoy más que nunca, necesito que hermanos o hermanas cristianos vengan en mi ayuda. Si está leyendo esto y siente que no hay nada que pueda hacer para ayudar, tome por favor como ejemplo aquel antiguo cuento jasídico. ¿Cómo va a saber si puede ayudar a alguien antes de intentarlo? Piense en el amor y en la esperanza que ese gesto suyo de consideración puede generar. ¿Y si la vida lo hubiese puesto aquí en París, en este preciso momento, para que ayude a un hermano o a una hermana necesitados?

Mientras leía mi artículo, publicado en el tercer número de *Résistance* –el periódico clandestino que habían lanzado Cassou y los suyos–, me recorrió un entusiasmo más intenso que el que había sentido al ver mis libros por primera vez. Pensar que aquel texto mío podía contribuir a que los parisinos se movilizasen en nuestra hora más crítica me llenaba de alegría y esperanza. De nuevo, pensé en Tomasz. Nuestros caminos se habían cruzado durante solo unas horas meses atrás, pero yo seguía sintiendo la onda expansiva de aquel encuentro. Estaba segura de que, al igual que el rabino y el cristiano del cuento, nos habíamos encontrado en el puente aquel día por un motivo. Por muy lejos que estuviese todavía de encontrarlo, él me había guiado hasta este punto presente. Recorrí con las yemas de los dedos la página mecanografiada. La cabecera rotulada y la tinta corrida hacían que *Résistance* pareciese hecho a mano en un sótano cualquiera. Lo cual no era mentira. Se me encogió el corazón al pensar en los hombres y mujeres del sótano del museo, que lo arriesgaban todo tratando de mantener viva la llama de la resistencia en nuestra ciudad.

Después de leerlo de punta a cabo tres veces, escondí mi ejemplar de *Résistance* bajo la tarima sobre la que descansaba mi bañera. También había puesto allí los candelabros para el *sabbat* de Madame Bellamy y su anillo de boda, mis más preciadas posesiones, por si los soldados entraban a saquear mi piso como habían hecho en el de Levi, arriba. Luego, me puse un toque de pintalabios y me cepillé el pelo.

Tocaba llevarle un nuevo artículo a Bruno.

Lo cogí de su sitio, recién salido de mi máquina de escribir, y doblé el folio en partes cada vez más pequeñas hasta que me cupo en el sujetador. En los últimos dos meses, me había acostumbrado a comportarme como en un *thriller*, pero, de cuando en cuando, lo demencial de la situación se hacía tan palpable que me desbordaba la indignación. ¿Cómo habíamos llegado hasta ahí? ¿Cómo había caído rendida mi querida Francia ante aquella plaga de odio y represión? Al menos, volvía a escribir para el público, aunque este nunca se enterase de que era yo la que lo hacía.

Rumbo al bistró de Bruno, me puse a pensar que, en un momento dado –y no hacía tanto–, me había encantado ser una autora publicada y que los lectores me hubiesen hecho un sitio en su corazoncitos. Convertirme en escritora me había valido en buena medida para borrar los años que mi padre había pasado minándome la autoestima con su torrente perpetuo de insultos. Y escribir para *Résistance* me había hecho darme cuenta de que ya no necesitaba tal aplauso. Solly –con el que había empezado a verme una vez a la semana– me había enseñado que lo único importante era aportar luz al mundo, sobre todo en tiempos sombríos. Había aprendido una lección vital: quien da su luz siempre acabará disfrutando de su brillo.

Para cuando llegué al Barrio Latino, ya canturreaba llena de optimismo y pensando en mi nueva misión. Eché un vistazo a la calle delante del bistró. Había un hombre apoyado en la pared justo al lado, fumando un cigarrillo. Llevaba el cuello del abrigo subido y el sombrero calado de modo que le tapaba la cara. ¿Sería un espía de los alemanes? Cuando giró la cabeza para mirarme, sentí un escalofrío bajándome por la espalda.

No podía correr el riesgo, así que pasé por delante de él y di una vuelta hasta el final del bloque. El corazón me latía con fuerza. Al doblar la esquina, me quedé mirando el escaparate de un sombrerero como si me fascinasen los tocados que tenía expuestos y esperé a ver si el hombre me seguía. El artículo doblado dentro del sujetador me quemaba la piel. A saber qué castigo me esperaba si me cogían con él encima. Aquel pensamiento me devolvió a la realidad.

Di la vuelta al bloque, parándome aquí y allá para comprobar que nadie me seguía, hasta que llegué al callejón que daba a la parte de atrás del bistró. Bajé a toda prisa y llamé tres veces a la puerta. Noté un olor rancio que provenía de los cubos de la basura; a lo lejos, oí el golpeteo rítmico de las botas de los soldados alemanes.

«¡Vamos, vamos! –supliqué para mis adentros–. ¡Abran la puerta!»

Tras lo que me pareció una eternidad –y puede que no fuesen más

que unos segundos–, la puerta se entreabrió y asomó la cabeza de un chico en delantal.

–Vengo a ver a Bruno –dije muy bajito–. Me está esperando. El chico miró al patio por encima de mi hombro y, luego, abrió la puerta lo justo para permitir que me colase dentro. –Vaya a la oficina –me siseó apuntando hacia una puerta al otro lado de la cocina.

A toda prisa, pasé junto a un cocinero que removía una olla al fuego y enfilé un pasillo a oscuras. Llegó hasta mí un rastro del humo del cigarro de Bruno y lo seguí hasta una puerta entornada en el otro extremo del pasillo. Me encontré a Bruno encorvado sobre su escritorio y con una arruga profunda marcada en su rostro.

–Ha ocurrido algo terrible –susurró en cuanto me vio, invitándome a pasar.

Se me encogió el estómago.

–Cuénteme.

Bruno cerró la puerta detrás de mí.

–Los han arrestado.

–¿A quiénes? –pregunté como en trance, sin querer realmente escucharlo.

–A los fundadores de *Résistance*. Alguien que trabaja en el museo los denunció.

–¡No!

Me entraron náuseas solo de pensar en mi visita a aquel lugar. No había vuelto a ver a nadie del grupo del museo desde ese primer encuentro –consideraban que estaría más segura si me mantenía al margen–, pero su valentía me había impresionado mucho. Me horrorizaba pensar en Jean Cassou, Yvonne, Agnès y Boris pudriéndose en la cárcel y enfrentándose a una posible condena a muerte.

Bruno se pasó la mano por el pelo, denso y oscuro.

–Lo siento muchísimo. Será mejor que se vaya y que mantenga las distancias durante un tiempo por si los alemanes descubren mi implicación.

–¡Ay, Bruno! –Lo cogí del brazo, como si aferrándome a él pudiese evitar que todo saltase por los aires. Me negaba a aceptar la idea de que los alemanes pudiesen arrestar a una de las pocas personas en las que todavía podía confiar en París–. ¿Qué se supone que debo hacer con mi último artículo?

–Destrúyalo. –Se acercó a su escritorio y cogió una caja de cerillas–. Lo haré yo en su lugar si quiere.

Me di la vuelta y rescaté el trozo de papel de mi sujetador para entregárselo. Lo cogió y lo echó a la chimenea; luego, le prendió

fuego. Al ver el papel curvarse y arder hasta que mis palabras se convirtieron en humo, tuve que hacer un esfuerzo por no llorar.

–Tiene que eliminar cualquier otra prueba de su trabajo para *Résistance* –dijo girando la cara hacia mí.

Pensé en las copias que había escondido debajo de la bañera. Me había sentido tan orgullosa de ellas, de hacer algo para combatir… Pestañeé para disipar las lágrimas que ya asomaban.

Bruno me estrechó entre sus enormes brazos y me abrazó fuerte.

–Lo siento mucho, Etty.

Inhalé el aroma a ajo y a cigarros mezclado con la tela de su camisa, tratando de retenerlo en mi memoria. Y al propio Bruno. Luego, me acompañó a la salida a través de la cocina. Cuando la puerta de atrás se cerró a mis espaldas, fue como si alguien me hubiese clavado un tornillo en el corazón y estuviese apretando hasta sacarme la última gota de mi recién recobrada esperanza. Bajé la vista al lóbrego callejón y sentí cómo la soledad se arrastraba avanzando hacia mí como una neblina gélida. No podía soportar pensar en volver a casa, así que puse rumbo al distrito IV. A la Pletzl.

Al llegar al local de Solly, me metí por el pasadizo junto al edificio y llamé a la puerta que daba a su piso, encima de la tienda. Habíamos cogido la costumbre de celebrar nuestras reuniones semanales allí arriba, ya que era más seguro que arriesgarnos a que nos vieran en la librería. Igual que con Bruno, habíamos ideado un código de llamada que a Solly le permitiese saber que era yo.

Por un momento, pensé horrorizada que no estaba en casa o, peor aún, que la Policía o los alemanes se lo habían llevado; entonces, oí sus pasos en las escaleras y la puerta se abrió con un chirrido.

–Etty, querida –me saludó con su voz vacilante y haciéndome una seña para que pasase.

–Ay, Solly, ha sucedido algo terrible. ¡Otra vez!

–Querida, querida, querida… Si me diesen un franco cada vez que oigo esas palabras…

Se quedó callado mientras subíamos las escaleras.

Los libros se habían apoderado de la sala de estar de Solly, a excepción de dos huecos que había reservado en una esquina del sofá y en uno de los sillones para que la gente pudiese sentarse. Me encaramé al sofá junto a una pila de volúmenes de poesía encuadernados en piel y junté las manos.

–Han arrestado a la gente para la que he estado escribiendo. Alguien los ha denunciado.

A Solly no le había contado nada sobre mi trabajo para *Résistance* al margen de que la escritura me estaba sirviendo para ayudar a Francia.

–¡Ay! ¡Cuánto lo lamento! –Abrió de par en par sus ojos neblinosos en señal de alerta–. ¿Necesita un sitio donde esconderse?

–No lo sé. Espero que no.

Aparte de Bruno, Cassou y los demás, nadie sabía que escribía para *Résistance*, y estaba segura de que ellos no iban a delatarme, pero ¿y si los torturaban?

La preocupación debió de reflejarse en mi rostro, porque Solly me dio unas palmaditas en el hombro.

–Siempre puede quedarse aquí si lo necesita. Aunque no sé si estaremos a salvo mucho tiempo más.

–Gracias, pero, a no ser que consiga reducirme al tamaño de un marcapáginas, no creo que entre –bromeé intentando sin éxito alegrarnos un poco. Olisqueé el ambiente. A pesar de no haber rastro de comida, me olía a algo con pimienta–. ¿Eso que huelo es mostaza? –pregunté.

–Son mis pies –contestó Solly remangándose los pantalones. Se había quedado tan delgado que se le resbalaban por las caderas por mucho que se apretase el viejo cinturón de cuero hasta el último agujero.

–¿Qué quiere decir con eso?

Me quedé mirándolo, perpleja.

–Que me he puesto mostaza en los pies.

–¿Por qué?

–Para tratar de conservar el calor. Todos los parisinos estilosos lo están haciendo este invierno, ¿sabe? –rio.

Pero a mí me entraron ganas de llorar. Miré mi abrigo de piel y sentí vergüenza. ¿En qué estaba pensando al venir a verlo haciendo tal ostentación de riqueza? Me quité el abrigo y se lo ofrecí.

–Quiero que se lo quede.

–No estoy seguro de que combine con mi atuendo –bromeó arqueando las cejas, blancas como la nieve.

–No me refería a que se lo ponga; al menos, no en la calle. Podría utilizarlo como manta.

Frunció el ceño.

–¿Y usted qué va a ponerse?

–Tengo otros abrigos –dije encogiéndome de hombros.

–Pero ¿de aquí a su casa, hoy? Hace mucho frío.

–No me pasará nada. Ando rápido, eso me hará entrar en calor.

Solly miró el abrigo en mis manos.

–No me diga que va a privarme de liberar una chispa de luz divina –dije recurriendo a mi as en la manga.

Se echó a reír y cogió el abrigo.

–Creo que la he educado demasiado bien.

Se acercó a su raída butaca, que había ido cogiendo forma hasta adaptarse como un guante a la curvatura de su espalda. En cuanto se acomodó, remetió el abrigo alrededor de sus piernas y en su cara se dibujó una sonrisa de alivio. El destello de agradecimiento que había en su mirada parecía lanzar un torbellino de chispas de luz por toda la habitación. Luego, me vino a la cabeza lo que les había pasado a los fundadores de *Résistance* y se me encogió otra vez el corazón. –Odio a los alemanes, odio lo que nos están haciendo. Y también odio a nuestra Policía y a nuestro Gobierno por ser sus cómplices.

Esperaba que Solly asintiese y me apoyase, pero, para mi sorpresa, negó con la cabeza.

–No debemos odiar –dijo en un susurro.

A esas alturas, conocía a Solly lo suficiente para saber que las suyas eran siempre palabras sabias, el tipo de reflexiones que invitan a meditar sobre ellas y que ofrecen consuelo andado el tiempo. Aun así…

–Pero si los alemanes están llenos de odio…

–Exacto, y por eso mismo debemos amarlos.

–¿Amarlos?

Las palabras se me atragantaban.

–Sí, para compensar la falta de amor que traen a este mundo.

–¿Habla en serio?

–Totalmente. Esa fue una de las enseñanzas más importantes del gran rabino Pinhas de Korets.

–Lo siento, pero no veo manera de amar a esos… –De milagro, conseguí morderme la lengua para no maldecirlos–. No puedo.

Pensé en las almas aguerridas que había detrás de *Résistance* y los horrores que les aguardaban. La idea de que debía amar a sus captores y a la víbora que los había denunciado me parecía simplemente ridícula.

Solly me miró y dejó escapar una risita.

–Hace mucho tiempo, yo era igual que usted, tan lleno de fuego e indignación por un buen motivo… –Teniendo en cuenta que Solly había pasado a ser una de mis personas favoritas en tiempo récord, la comparación me alegró el corazón–. Pero luego se me curó –prosiguió.

Me quedé mirándolo, indignada.

–¿Me está diciendo que estoy enferma?

Volvió a reírse entre dientes.

–En cierto sentido, sí. –Se inclinó hacia delante–. Dígame una cosa: ¿cómo le hace sentir todo ese odio hacia ellos?

–Enfadada –respondí.

–¿Y?

Me imaginé aquel odio en mi interior, amargo, cuajándoseme en el fondo del estómago.

–Amargada.

–¿Cree usted que la amargura le hace bien?

–No, pero no podemos permitir que se salgan con la suya con lo que están haciendo.

Se reclinó en su asiento.

–¿Quién ha hablado de dejar que se salgan con la suya?

–No lo entiendo.

–Podemos seguir combatiendo las injusticias, pero, si luchamos desde el amor, no acabaremos envenenándonos a nosotros mismos.

Lo miré sin comprender.

–¿Puedo contarle una historia?

Aquello me animó un poco. Les había cogido el gusto a las historias de Solly.

–Claro.

Me acomodé en el sofá, lo que hizo que los libros de poesía que había junto a mí se me cayesen en el regazo.

Solly cogió la pipa de la mesa que había al lado de su silla y la encendió.

–Hace mucho, mucho tiempo, hubo un sabio llamado Hillel, célebre por no perder nunca los papeles y mantener la calma en cualquier circunstancia.

Instintivamente, cerré los ojos y me asaltaron los recuerdos de Madame Bellamy –esas pequeñas reservas de amor y ternura de mi infancia que guardaba como oro en pañoleyéndome cuentos antes de dormir.

–Hillel era tan conocido por su paciencia que un día un hombre de la zona apostó cuatrocientos *zuzim* con un amigo a que era capaz de hacerle perder el control –dijo Solly.

–¿*Zuzim*? –respondí y lo miré con curiosidad.

–Antiguas monedas hebreas hechas de plata. –Solly volvió a tirar de la pipa antes de continuar–. Así que el hombre acudió a la casa de Hillel un viernes por la noche antes del *sabbat*, consciente de que estaría haciendo sus abluciones. Llamó a la puerta y esperó mientras Hillel se secaba y vestía una bata antes de salir a su encuentro. Tratando de poner a prueba su paciencia, el hombre le hizo una pregunta que sabía que era ridícula: «¿Por qué los babilonios tienen la cabeza redonda?».

»Pero, en lugar de mostrarse impaciente, Hillel alabó al hombre por plantear tan interesante pregunta y le contestó lo mejor que pudo.

Luego, continuó con su baño. El hombre esperó justo hasta que empezó a lavarse el pelo y lo llamó diciendo que tenía otra pregunta para él. De nuevo, Hillel pasó por la molestia de salir del baño, ponerse una bata y enrollarse una toalla en el pelo. Y, una vez más, el hombre le planteó una pregunta absurda. Hillel se lo agradeció, contestándole con calma y volviendo después a su baño. Incluso cuando el hombre lo interrumpió en una tercera ocasión con una pregunta igual de ilógica, siguió mostrándose sereno. –¿De verdad?

Yo miraba atónita a Solly. Si alguien me hubiese interrumpido tres veces con sus absurdas preguntas mientras trataba de lavarme el pelo, probablemente le hubiese tirado encima un cubo de agua sucia.

–Pues sí. Y cuando el hombre informó con gran enfado a Hillel de que, gracias a su indestructible paciencia, había perdido una apuesta por valor de cuatrocientos zuzim, Hillel le sugirió que controlase su temperamento y le dijo que más le valía perder ochocientos zuzim que hacerle perder los nervios a Hillel o a cualquiera.

Solly dio una chupada a la pipa.

–¿Y ya está? –Fruncí el ceño, decepcionada con aquel final–. Si yo hubiese escrito la historia, le habría hecho beberse el agua del baño a aquel fantoche de Hillel.

–Sí.

–¿Y si uno no ha nacido con la paciencia de Hillel?

–No creo que ni el propio Hillel hubiese nacido con ese nivel de paciencia –contestó Solly–. Optó por cultivarla, y también por analizar las situaciones de manera que no le supusiesen una molestia. En lugar de ver a aquel hombre como un incordio, quiso verlo como una persona deseosa de aprender y aprovechó la oportunidad de enseñarle.

–De acuerdo. Ojalá los nazis estuviesen haciéndonos preguntas absurdas mientras nos lavamos el pelo en lugar de persiguiéndonos y culpándonos de todos los males de este mundo… –Pero ¿es que no lo ve? –Solly se me quedó mirando fijamente–. En ambos casos, rige el mismo principio.

–¿Cómo?

–Podemos verlos como odiosos opresores o como gente que ha elegido el mal en lugar del amor y cuyas almas están corrompidas.

–Pero…

–«Lo que no quieras para ti, no se lo hagas a otro. En eso se resume toda la Torá. El resto no son más que comentarios»: he aquí la mayor lección de Hillel –añadió Solly a modo de explicación.

Me habría gustado tener la paciencia de Hillel y la sabiduría de Solly, pero, cada vez que pensaba en lo que les había sucedido a Cassou y los demás, se me revolvía el cuerpo de la rabia y la

impotencia. Me quedé mirando el viejo reloj que daba la hora desde la repisa de la chimenea. Si quería llegar a casa antes del toque de queda, más me valía marcharme. –Debería irme –dije, y me levanté.

–¿Está segura?

Solly me miró preocupado.

–Sí. Gracias por la historia.

–Hay historias que tardan un poco en hacer efecto –me advirtió mientras se le escapaba un gesto de dolor al ponerse de pie–. De hecho, diría que las mejores historias son de efecto retardado.

–Sí, bueno… Espero que esta funcione antes de que acabe por retorcerle el cuello a un alemán –murmuré cuando me acompañó hasta la puerta.

–Rezaré por usted –dijo Solly, y le devolví una sonrisa forzada para que no pensase que era una desagradecida–. ¿Seguro que no necesita el abrigo? –preguntó al abrir la puerta y sentir un escalofrío al contacto con la brisa gélida que entraba.

–Seguro. –Me di la vuelta y le planté un beso en la mejilla–. *Bonne chance*, Solly.

–*Bonne chance*, mi querida Etty.

Escaleras abajo rumbo a la puerta principal, oí a Solly cerrar con llave y pasar el pestillo; había algo en aquel sonido que inspiraba pena. Pena por que un hombre viejo tuviese que vivir de aquella manera, untándose los pies con mostaza para conservar el calor, sin poder abrir su amada librería, obligado a vivir instalado en el miedo. Y aquello me ponía furiosa. ¿Cómo no iba a querer hacerles a los nazis lo mismo que ellos nos hacían a nosotros? ¿Cómo iba a mostrarles el más mínimo cariño?

Llovía a cántaros, y las gotas me azotaban la cara, haciéndome temblar de frío. Todo parecía tan difícil, tan inútil… Me metí por la callejuela que daba al río. Más adelante, se oía la cháchara procedente de un bar; lo demás era silencio. El ruido fue en aumento al abrirse la puerta y salir fuera una silueta envuelta en humo de tabaco. Yo solo fumaba cuando estaba bebida, lo que era prácticamente nunca –menos aún en los últimos tiempos–, pero, de repente, me entraron ganas de tomar un vino que me calentase el estómago vacío y anestesiase mis miedos. Sin pensármelo dos veces, empujé la puerta y entré. Era un bar pequeño, y me pareció más claustrofóbico aún cuando todos se giraron y se quedaron mirándome. Siguiendo la estela del vino como un sabueso, me abrí paso hasta el mostrador, al fondo. Allí plantado había un hombre alto y delgado que me observaba a la vez que secaba un vaso. –Un vino tinto, por favor –dije y, afortunadamente, la gente retomó sus conversaciones.

Mientras el hombre me servía, eché un vistazo a mi alrededor. Este era exactamente el tipo de local al que me imaginaba que iría Tomasz. Puede que el tabernero lo conociese. –Estoy buscando a alguien –le dije al pagarle el vino–. Tomasz Zolanvari.

No sé si fue una simple coincidencia, pero los dos hombres que había en la barra se quedaron en silencio.

–No me suena de nada –dijo muy rápido, puede que demasiado, el tabernero.

Me maldije por ser tan estúpida. Por aquel entonces, la ciudad estaba plagada de traidores y soplones. ¿Acaso era de extrañar que la gente del barrio judío sospechase de las caras nuevas? Cogí el vaso y me senté en una mesa que hacía esquina. El hombre que había a mi lado en la barra le dijo algo a su compañero y se marchó, no sin antes dirigirme una mirada inquisitiva.

«¡No soy el enemigo, soy una de vosotros!», quería gritar, pero lo cierto era que ya no estaba segura de cuál era mi sitio. Ni siquiera me quedaba el sentimiento de comunidad que me había dado escribir para *Résistance*. La soledad –que había tratado de mantener a raya a base de libros, de paseos en bicicleta y ensoñaciones a la luz del día– iba creciendo en mi interior hasta dejarme casi sin aliento. ¿Y si nunca recuperaba mi antigua vida? ¿Y si estaba destinada a estar sola y aislada para los restos, sin una válvula de escape para mi imaginación y mis deseos?

Bebí un buen trago de vino, con ganas de salir de allí y volver a casa lo antes posible. Tendría que ir corriendo parte del camino para llegar antes del toque de queda.

En cuanto terminé el vino, me apresuré a marcharme. El viento frío me dio en la cara como una bofetada y el alcohol en mi estómago vacío me hizo sentir mareada. Eché a andar y oí pasos a mi espalda, cada vez más cerca. Me detuve para dejar pasar a quien quisiera que fuese con aquellas prisas, pero, en lugar de eso, noté un brazo que me cogía por la cintura y, sin darme tiempo a reaccionar, me arrastraba a un portal oscuro.

Capítulo 7

París
Marzo de 1941

Traté de darle un codazo en las costillas a mi asaltante, pero me tenía bien sujeta y no podía moverme.

–¿Por qué va por ahí preguntando por Tomasz Zolanvari? –me gruñó al oído una voz de hombre–. ¿Qué quiere de él? ¿Quién la envía?

–Yo misma –contesté.

Relajó un poco la tensión con la que me agarraba, y yo le lancé un nuevo codazo con todas mis fuerzas.

–¡Au! –aulló el hombre. Sin embargo, en lugar de dejarlo a mi merced como yo había previsto, aquello hizo que me sujetase más fuerte–. ¿Quién es usted? –preguntó.

–Claudette Weil –respondí–. Y que sepa que Tomasz es un muy buen amigo mío.

–¡No me diga!

El hombre me hizo girarme y quedamos frente a frente. Llevaba el cuello del abrigo subido y una boina calada, pero pude distinguir en su mejilla el final de una cicatriz en zigzag y un hoyuelo en su mentón.

–¡Ay!

–¿Qué pasa? ¿No le alegra encontrarse con un muy buen amigo suyo? –preguntó Tomasz soltándome por fin.

–Lo he visto vestido con una bata de seda rosa, creo que eso implica cierto grado de intimidad –repliqué, y me alivió ver que sonreía.

Llevaba meses soñando con volver a ver a Tomasz, pero, ahora que lo tenía delante de mí, no sabía qué hacer ni qué decir.

–¿Qué está haciendo aquí? ¿Por qué me busca? –preguntó. Aquello no casaba con mis fantasías sobre nuestro reencuentro. En mis sueños, él se mostraba encantado de verme, no desconcertado.

–Que… quería darle las gracias –tartamudeé.

Había querido dárselas durante meses, cuando todavía escribía para *Résistance*. Antes de que los traicionasen.

–¿Por qué?

Bajé la voz.

–Hice lo que me sugirió. Me puse a escribir sobre lo que está sucediendo en París. Sobre lo que les está pasando a los judíos.

–¿Lo hizo? Pero ¿y el estatuto?

–Escribía para un periódico clandestino –susurré–. Para la Resistencia.

–Eso es estupendo –respondió, pero parecía distraído.

–Lo era…, hasta que arrestaron a la gente para la que escribía.

–¡No!

No paraba de mirar a un lado y a otro de la calle con gesto ansioso, como si le preocupase que a él también lo arrestasen por estar en mi compañía.

Me embargó una profunda desilusión. Me sentía estúpida por haber fantaseado con nuestro encuentro como si fuese cosa del destino, algo trascendental; por poner tantas esperanzas en un final feliz.

–Tengo que irme –murmuré–. Se acerca el toque de queda. –¿Le dará tiempo a llegar? –Me miró preocupado–. ¿Y no tiene frío sin un abrigo?

–Sí. No. Estoy bien.

–¿Quiere que la acompañe?

–No, no pasa nada. No va a pasarme nada.

¡Nada, nada, nada, nada! Aquella palabra planeaba sobre mí en la oscuridad como una amenaza. Distaba mucho de no pasarme nada. Mi estúpida imaginación y su gran capacidad para seducirme con finales de cuento imposibles me iban a llevar a la tumba.

Eché a andar para que no pudiese verme las lágrimas que pugnaban por salir.

–La acompaño –dijo Tomasz corriendo para darme alcance–. No es seguro para usted andar por ahí, aunque sea en su ciudad, por muy diestra que sea en *krav magá*. Y, hablando de eso, me sorprende que no fuese capaz de librarse de mí antes.

–En circunstancias normales, lo sería –respondí adoptando un tono envarado, aliviada por aquella pequeña tregua en su actitud–. Me cogió por sorpresa.

–Mmm… Me esperaba que una luchadora de su talla estuviese más que preparada para responder al factor sorpresa –rio.

Pero, antes de que pudiese responderle, se produjo un alboroto a lo lejos, en la calle, y una voz masculina gritó:

–¡Sal de ahí, cerdo judío!

–¡Mierda! –maldijo Tomasz–. Es la Policía.

Me cogió del brazo y me arrastró hasta un callejón junto a una panadería.

–¿Qué se supone que están haciendo? –susurré.

–Acosándonos. Es su nuevo deporte favorito –siseó.

Corrimos hasta el fondo del callejón y Tomasz se asomó para comprobar que no había moros en la costa. Volvieron a oírse más golpes y gritos.

–Rápido –dijo guiándome por otra callejuela. Se detuvo a medio camino y abrió una puerta junto a lo que antaño había sido una joyería y ahora estaba tapiada–. Entre.

Me indicó por señas que lo siguiese.

La puerta iba a dar directamente a un empinado tramo de escaleras similar al de la casa de Solly. Lo seguí hasta arriba; sacó otra llave y abrió.

–Bienvenida al paraíso –dijo en tono seco mientras me cedía el paso.

Lo único que pude distinguir en la oscuridad fue una pila de cajones y cajas. El aire, frío, olía a moho y humedad.

–¿Qué sitio es este? –susurré.

–Mi casa –contestó Tomasz.

Oí el sonido de una cerilla al prenderse, y la habitación se llenó del parpadeante brillo ambarino de una lámpara. Miré a mi alrededor y vi que habían tapiado las dos ventanas desde dentro.

–¿Vive aquí? –pregunté sin poder disimular mi estupor. –Sí. Perdón por no tener candelabros ni bañeras con grifos de oro.

–Lo siento, no quería decirlo así. Es solo que… me ha cogido por sorpresa. ¿Dónde duerme?

–¿Quiere que le muestre mi cama?

Se quitó la boina y me miró inquisitivamente. Llevaba el pelo algo más largo que cuando nos conocimos y su mandíbula mostraba la sombra de una barba incipiente.

Se me subieron los colores al instante.

–No… Yo… yo… solo… Es que no parece que haya mucho sitio –dije y señalé hacia las cajas.

–Hay sitio suficiente para mí y las ratas.

Me miró con actitud desafiante, como si quisiese provocarme un ataque de histeria. A mí, que, de niña, había tenido por mascota varias ratas…

–Muy agradable –respondí–. Según mi experiencia, las ratas pueden ser unas compañeras excelentes. Cuando era pequeña, agradecía mucho su compañía.

Me dedicó una mirada huraña.

–¿Se crio entre ratas?

–Sí, bueno, ellas vivían más bien bajo el piso de madera. Mi favorita era mi buena amiga Rat-a-tat-tat. No he vivido siempre en un mundo de grifos dorados y candelabros, para que lo sepa –añadí movida por la necesidad de ganarme su respeto y mostrarle de una vez por todas que no era ninguna princesa mimada.

Se echó a reír.

–Es una caja de sorpresas.

–Espero que agradables.

Lo miré, y asintió antes de darse la vuelta.

–Bueno, parece que hoy me toca a mí el papel de anfitrión. ¿Quiere tomar algo?

–Sí, gracias.

Desapareció tras el muro de cajas de la esquina y volvió a aparecer con una botella de vino en la mano y dos tacitas. –Por aquí…

Me hizo un gesto para que lo siguiese por un pasillo de cajones hasta la otra punta de la habitación, donde había un pequeño colchón tirado en el suelo. En la cabecera de la cama improvisada había puesto un libro y un reloj. Me picaba la curiosidad de saber qué libro era. Era consciente de que no debía guiarme por la cubierta a la hora de valorarlo –aunque todos lo hacemos, o, al menos, yo sí–; de todas formas, estaba demasiado oscuro para descifrar el título.

–Lo siento, esto es lo único que tengo para sentarme –dijo un tanto incómodo.

–Está bien.

No se me ocurrió nada mejor que decir mientras me acomodaba en una punta del colchón. La ropa de cama desprendía un ligero olor a sudor que, sin embargo, no me desagradaba. Por fin, la cosa parecía ir mejorando. Puede que aquella no fuese ni de lejos la cita con la que había soñado, pero se estaba animando.

Tomasz se sentó al otro lado del colchón y sirvió dos tacitas de vino. Luego, dejó la botella sobre el libro y me pasó una. –*Mazel tov* –dijo, cortante, a la vez que levantaba su taza. –¿Por qué brindamos? –pregunté entrechocando la mía con la suya.

–Por los viejos amigos –rio con timidez.

–¿Se refiere a mí? –me lancé, demasiado alegre a aquellas alturas como para andarme con remilgos.

–Claro –respondió, y se le borró la sonrisa. Se quedó mirando su regazo–. He pensado mucho en usted desde el Yom Kipur.

–¡Yo también he pensado mucho en usted! –exclamé.

–¿De verdad?

Nuestras miradas se cruzaron, y sentí una pequeña revolución en la

boca del estómago.

–Sí. Como intentaba explicarle antes, le estoy profundamente agradecida.

–¿Por animarla a seguir escribiendo? –preguntó.

–Y no solo eso.

–¿Por salvar a su muñeca?

–¡No! Y no me malinterprete: le estoy agradecida por haberla rescatado de su tumba acuática, pero usted ha hecho mucho más que eso. Desde que lo conocí, todo ha cambiado a mejor. –Tomé un trago de vino para envalentonarme y así contarle con todo lujo de detalle cuánto me había servido sin saberlo al poner en mi camino a mi nuevo amigo, Solly, que le había dado a mi vida una profundidad de la que hasta entonces carecía–. Me ha hecho sentir mucho mejor –terminé diciendo, con la esperanza de no haberme excedido y hacerlo sentir incómodo. La experiencia me decía que los hombres preferían a las mujeres que mantenían a raya su lado más emotivo. Y, por supuesto, mi heroína literaria, Aurélie, nunca se habría mostrado tan efusiva y parlanchina en una situación de ese tipo. Me había costado tanto dar con Tomasz… Y quién sabía si volvería a verlo después de aquella noche. No podía darme el lujo de andarme con juegos. Miré en su dirección y, para mi sorpresa, vi que se estaba secando los ojos–. ¿Está llorando?

–¡No! –exclamó rehuyendo mi mirada.

–Espero de corazón no haberlo disgustado. Pero es que, tal y como están las cosas, no le veo sentido a no ser sincera con la gente, sobre todo teniendo algo bonito que decir.

Asintió.

–Hace mucho tiempo que…

–¿Que qué? –pregunté bajando la voz.

–Que nadie dice nada bueno sobre mí.

Su voz era apenas un susurro.

–Bueno, yo he dicho lo que siento –respondí.

El aire gélido que nos rodeaba se templó de repente. Agradecía tanto haberlo encontrado por fin, tener la posibilidad de darle las gracias, verlo tan conmovido… Quise pensar que una chispa de la bondad de Dios había prendido y se había derramado entre nosotros.

–Gracias –murmuró cambiando ligeramente de postura para estar frente a mí.

–A usted.

Aquella calidez que nos envolvía fue en aumento, y sentí una punzada de deseo muy dentro de mí. Ni siquiera creo que fuese algo sexual, aunque no voy a negar que me resultaba atractivo. En ese

momento, lo único que quería era que me estrechase en sus brazos. Llevaba demasiado tiempo combatiendo los envites de la soledad y el miedo. Llevaba demasiado tiempo intentando ser fuerte. Me embriagaba el deseo de que me abrazase, de absorber algo de su fuerza. Apoyó la mano en la cama, entre nosotros, e, instintivamente, puse la mía al lado. Se movió ligeramente hacia mí, y las puntas de nuestros dedos se rozaron haciendo, saltar una lluvia de chispas que me recorrieron el cuerpo.

–Etty –susurró, y el sonido de mi nombre en su boca, así como la urgencia en su voz, me hicieron perder la cabeza. Era evidente que a él le pasaba lo mismo.

Juntamos las manos y entrelazamos los dedos. Lo oí jadear. Luego, nuestros cuerpos se unieron y nuestras bocas se buscaron para expresar con un beso lo que éramos incapaces de decirnos con palabras.

En cada libro de Aurélie, había escrito apasionadas escenas de amor proyectando en ellas mis ilusiones. Había tenido unos cuantos encuentros amorosos desde que había llegado a París, pero nunca había experimentado aquella clase de atracción electrizante. Estaba convencida de que solo existía en la ficción, en la poesía o en las películas.

Tomasz me rascaba la piel con el mentón y su barba incipiente, haciendo más intenso el momento. Me rodeó con sus brazos y fue atrayéndome hacia él hasta que caímos rendidos en el colchón.

–Ay, Etty –volvió a susurrar mientras me recorría el pelo con la mano.

Apoyé la mía en su pecho y sentí el latido de su corazón. Eso era lo que tanto había echado de menos, lo que tanto había anhelado: estar así de cerca de otro ser humano, sentir que por muchos horrores que se nos presentasen saldríamos adelante, porque nos tendríamos el uno al otro.

–Me siento tan feliz –susurré moviendo la mano para acariciarle la mejilla.

Y eso lo cambió todo. Reculó como si lo hubiese abofeteado.

–Lo siento. No sé qué… –Se incorporó bruscamente–. No la he traído aquí para…

Me quedé tumbada sin poder reaccionar. ¿Qué era lo que había provocado tal cambio en él? ¿Había hecho yo algo mal?

Tomasz miraba sin mirar en dirección al libro que había junto al colchón. Me fijé en que de su interior sobresalía la esquina superior de una foto.

–No tendría que haber… Lo siento –murmuró saltando de la cama.

Verlo mortificarse de aquel modo me hizo sentir vergüenza. Claramente, ese tipo de cosas no pasan en las películas. Murmuró algo sobre ir al baño antes de desaparecer entre las cajas.

Me senté y me coloqué el pelo; luego, cogí el libro y repasé la cubierta. Era una copia de la Torá. La abrí por la página de la fotografía, y lo que me encontré me revolvió el estómago. Eran Tomasz y otra mujer. Ella le pasaba el brazo por los hombros y lo miraba con cariño. Él se reía frente a la cámara. Parecía tan contento y relajado, tan enamorado… Era como ver a una persona distinta.

Solté el libro como si fuese un trozo de carbón ardiendo, sintiendo en el fondo una mezcla de vergüenza y rabia. ¡Qué estúpida había sido explayándome sobre lo que Tomasz había significado para mí! ¡Qué estúpida había sido fantaseando con un final feliz para nosotros cuando era evidente que él estaba enamorado de aquella mujer! Pues claro que no había querido volver a verme, a pesar de que sabía dónde vivía. Si hubiese vuelto, me habría encontrado esperándole, pero no lo había hecho. La soledad y el miedo me habían convertido en una estúpida desesperada y él había estado a punto de aprovecharse de mi vulnerabilidad. Pero nunca más.

Me levanté del colchón y salí a toda prisa por entre el laberinto de cajas. Afortunadamente, no había ni rastro de Tomasz. Silenciosa como un ratoncillo, salí de allí y bajé las escaleras de puntillas hasta que me fundí con la noche cerrada y fría. A esas alturas, debía de haber pasado el toque de queda, pero me daba igual. Prefería vérmelas con la Policía y los alemanes a enfrentarme a la incomodidad de quedarme con Tomasz y la mujer escondida como un secreto dentro de su libro.

Capítulo 8

París
Septiembre de 1941

Volví a casa sin incidencias desde la Pletzl, pegándome como una sombra por las esquinas, y pasé meses tratando de olvidarme por completo de Tomasz y de aquella mirada suya de sufrimiento después de besarme. Desesperada por dar con una rutina cualquiera y privada de la motivación que suponía *Résistance*, empecé a pasar las mañanas en la biblioteca y las tardes en el Café de Flore, que los alemanes habían respetado y era aún punto de reunión de escritores, artistas y filósofos. Era agradable estar en compañía de los pocos escritores que se habían quedado en París, a pesar de que había días en que los celos me hervían por dentro como la lava de un volcán al oírlos hablar de sus próximas publicaciones. Cada viernes, le hacía una visita a Solly para seguir tomando ejemplo de su espiritualidad. La vergüenza por lo que había pasado con Tomasz no había tardado en degenerar en inquina, y, cada vez que me acercaba a la Pletzl, una parte de mí deseaba cruzárselo para poder leerle la cartilla por haberme tratado de un modo tan rastrero. Pero, como parecía que no tenía que ser, no volví a verlo.

Un día, camino a casa desde el Café de Flore por la Rue Saint-Benoît, me detuve delante del edificio en el que Madame d'Aulnoy vivió y dirigió su tristemente célebre salón literario allá por el siglo XVII. Madame d'Aulnoy había sido siempre un referente literario para mí. De niña, me encantaba su libro *Cuentos de hadas*, y cuando, ya de adulta, supe de su extraordinaria existencia, mi pasión por ella no hizo más que aumentar. Con solo trece años, se casó con un barón que le sacaba treinta. Cuentan que el barón era una alimaña; tanto que, a los dieciocho años, Madame d'Aulnoy conspiró para implicarlo en un delito de alta traición penado con la muerte. Su plan falló, y ella acabó en la cárcel, pero por poco tiempo: la perdonaron por falta de pruebas sobre su implicación. Terminó regresando a París y

comprándose una casa en la Rue Saint-Benoît, donde abrió su salón y se convirtió en la primera escritora en reivindicar el cuento de hadas como género literario. Lo que más me gustaba de esos cuentos eran sus heroínas intrépidas y peleonas. Mientras admiraba el edificio en el que Madame d'Aulnoy había tramado sus historias, me hice el firme propósito de volver a leerlas en busca de inspiración. Y, al llegar a casa, desempolvé mi ejemplar de *Cuentos de hadas* y me puse al día con mis amiguitos de la infancia.

Luego, vino el verano como si fuese otra de esas amistades a las que hace tiempo que les hemos perdido la pista. Animada por aquel sol espléndido, añadí a mi rutina una vuelta en bicicleta a primerísima hora, en cuanto se levantaba el toque de queda a las cinco en punto. La sensación de estar en la calle antes de que la ciudad se hubiese despertado de su sueño era maravillosa, y me refugié de nuevo en mis fantasías de niña imaginando que mi bicicleta era desde un garañón salvaje a una cuadriga alada. Obviamente, debería haber sabido que, con el juego del gato y el ratón de los alemanes, mi libertad imaginaria tenía los días contados.

En mayo, habían detenido a miles de judíos tras las redadas en el distrito XI. Se los habían llevado a un nuevo campo de internamiento en un suburbio de París llamado Drancy, creado sobre un complejo de viviendas a medio construir teóricamente destinado a ser un modelo para la arquitectura moderna, el primer rascacielos al estilo americano que se construía en Francia. Al complejo lo habían llamado con anterioridad la Cité de la Muette –algo así como la «ciudad muda»–, un nombre que adquiría connotaciones siniestras ahora que el Gobierno lo estaba utilizando para secuestrar gente.

A finales de agosto, introdujeron un montón de leyes con el único propósito, o eso parecía, de desmoralizar a los judíos. La primera fue la confiscación de las radios. Yo había vendido mi gramófono en mayo para sacar algo de dinero, y me desquiciaba pensar en vivir sin música y sin la compañía de la radio, sola como estaba. No me agradaba la perspectiva de no contar con más respaldo que el de mi mente desbocada.

Pasaba cada vez más tiempo montando en bicicleta por las calles de París, pero, por muy rápido que pedalease o por muy creativos que fuesen mis trayectos imaginarios, no conseguía escapar de mis miedos.

Así hasta que, una mañana de septiembre, circulando por el Boulevard des Italiens vi de refilón algo que me aterrorizó y me enfureció a partes iguales. En un lateral del Palais Berlitz habían colgado un cartel enorme anunciando una exposición titulada «Le Juif et la France», «El judío y Francia». Debajo, una imagen que mostraba a

un viejo con una inmensa nariz ganchuda y unas manos como garras cerniéndose sobre el globo terráqueo. Los alemanes nos odiaban y estaban preparando una exposición para proclamar su odio sin ambages. Ver aquello me revolvió tanto el cuerpo que a punto estuve de estrellarme contra un hombre que cruzaba la calle.

–Mira por dónde vas, zorra de mierda –me soltó.

Era como si el odio empezase a supurar por cada grieta de la ciudad que tiempo atrás me había recibido y aplaudido. Seguí pedaleando a pesar de que las lágrimas me empañaban la vista. A un lado y otro del bulevar, vi carteles anunciando la exposición pegados en farolas y edificios. ¿Cómo habíamos llegado a aquello? ¿Cómo podíamos haberlo permitido? A medida que recorría las calles y veía más y más carteles, mi pena iba dando paso a la furia. ¿Cómo podía la gente ser tan débil? ¿Por qué se comportaban como ovejas? Entendía que estuviesen asustados, pero ¿cómo podían recibir con los brazos abiertos a aquellos que, hacía poco, habían matado a tantos soldados y hecho prisioneros a cientos de miles más en la batalla de Francia?

Nada más llegar a casa, abrí por una página cualquiera el libro de los cuentos jasídicos que Solly me había regalado en busca de inspiración: «Un hombre debería ser como una vasija, que acepta de buen grado cuanto su propietario echa en ella, ya sea vino o vinagre». Me imaginé a los alemanes derramando su amargura en mi interior. ¿Por qué iba a estar dispuesta a soportarlo? ¿Por qué habíamos de estarlo ninguno de nosotros? No me cabía en la cabeza. Estampé el libro contra el suelo, frustrada.

Tras un penoso almuerzo consistente en media barra de pan duro, salí otra vez con la bicicleta. Ardía en deseos de volver al Palais Berlitz, arrancar aquellos carteles y ponerme a chillarle a cualquiera que estuviese haciendo cola para ver la exposición. Sin embargo, me obligué a ir en dirección contraria. Podía fingir que era Belle-Belle, el famoso personaje de Madame d'Aulnoy, montada sobre su caballo parlanchín, Comrade, y preparada para batallar con el dragón. De niña, era mi fantasía favorita.

Iba circulando por la carretera con la cálida brisa acariciándome el pelo cuando vi a dos policías apostados ante mí en la esquina.

–¡Alto! –gritó el más mayor levantando la mano.

Tenía la cara roja y le brillaba con el sudor.

A regañadientes, apreté los frenos y me detuve.

–Documentación, por favor –me ladró, mientras que el otro, el más joven, se limitaba a mirar.

Saqué del bolsillo mi identificación y se la entregué, tratando de controlar la oleada de indignación que sentía por que me hubiesen

interrumpido una fantasía estupenda de aquellos modos.

–Judía, ¿eh? –dijo el policía al ver la letra «J» estampada en los papeles.

Aquello colmó el vaso de mi paciencia. Ese día no estaba el horno para bollos; lo mejor sería no ponerme a prueba. –Bicicleta, por favor, señorita –dijo el otro policía dando un paso hacia mí y extendiendo la mano.

–¿Qué quiere decir? –Fruncí el ceño.

–A los judíos ya no les está permitido tener bicicletas –anunció el gendarme sudoroso alzando la voz como si estuviese dándome un sermón.

–¿Cómo dice?

Me quedé mirándolo, horrorizada.

–Lo siento –dijo el más joven, que, al menos, tuvo el tacto de apoyarse sobre un pie y luego sobre el otro, mostrando su incomodidad.

–Pero usted no se da cuenta: necesito mi bicicleta –supliqué. En ese momento, mi vieja amiga Aurélie cobró vida en mi cabeza. «Mándalo a paseo y lárgate con la bicicleta», me apremió. Es lo que ella habría hecho. Pero no estábamos en una novela en la que yo pudiese garantizarme una salida segura con solo escribirla.

–Entréguela de inmediato –ordenó Cara Sudada sin mostrar el más mínimo arrepentimiento.

Me quedé mirándolo, incrédula. Tan solo dos años antes aquellos hombres no me habrían hablado así. Jamás. Habrían considerado que su obligación era proteger a ciudadanos como yo. ¿Cómo había conseguido Hitler emponzoñar tan rápido tal cantidad de mentes?

–¡Bájese de la bicicleta! –gritó Cara Sudada, y, sin darme tiempo a reaccionar, me dio un guantazo.

No sé cómo, conseguí mantener el equilibrio; cuando se me pasó la sensación de mareo, me pareció oír a Aurélie gritar: «¡No dejes que te gane! ¡No dejes que se la lleve!». –¡Váyase a la porra! –le chillé y volví a montarme en la bicicleta.

Me largué de allí pedaleando a toda velocidad.

Oí sus pasos corriendo por la calle detrás de mí. Me imaginé que era la valiente Belle-Belle a lomos de Comrade. No me cogerían. Pedaleé cada vez más rápido hasta que el sonido de sus pisadas fue desvaneciéndose. Iba a lograrlo. ¡Me estaba zafando de ellos! Puede que me hubiesen quitado las radios, pero no iba a permitir que le echasen el guante a mi bicicleta. Y entonces, como salido de la nada, un bulto negro y brillante entró en mi campo de visión dando bandazos. Un coche venía de frente a gran velocidad por una calle

adyacente. Oí el chirrido de los frenos cuando el coche hizo contacto con mi rueda delantera y me lanzó por los aires; aterricé en el suelo con la bicicleta encima y la rueda delantera todavía girando. Los pasos de los policías volvieron a sentirse cada vez más cerca. Oí abrirse la puerta del coche y a un hombre que gritaba algo en alemán. Sudando como nunca, el policía mayor me dio alcance.

–Es judía –farfulló sin aliento tras la persecución.

Unas manos me agarraron y me levantaron. De repente, me vi cara a cara con un soldado alemán. Me había raspado el brazo, me dolía un lado de la cadera.

–Íbamos a confiscarle la bicicleta y se largó con ella –lloriqueó el gendarme como un niño enfurruñado.

El soldado alemán me miró a los ojos.

–Usted no ya permitidas bicicletas –dijo en un francés macarrónico–. ¿Usted entiende?

Asentí jadeando de la impresión.

–¿Quiere que la arreste? –preguntó el mayor de los gendarmes, ávido como un perro tras un rastro de sangre, mientras el más joven recogía del asfalto a mi preciado corcel.

El alemán se lo pensó un momento; luego, negó con la cabeza.

–No, solo coger su bicicleta. –Se volvió a mirarme sin mostrar emoción alguna–. Ahora, vaya casa antes saltarse toque queda.

Me costó un esfuerzo andar, aturdida como estaba, y el dolor hizo que el espíritu revolucionario del que había hecho gala se esfumase por completo. Si se habían llevado mis radios y mi bicicleta, no tardarían en venir a buscar todo lo demás. ¿Y qué haría entonces?

Capítulo 9

París
Mayo de 1942

A medida que pasaban los meses, las leyes contra los judíos se volvían más restrictivas. Hacia finales de 1941, nos habían ampliado una hora el toque de queda, a las ocho de la tarde en lugar de a las nueve; no es que tuviese importancia, considerando que ya no nos permitían acudir a sitios públicos. Se me hacía rarísimo pasar por delante de salones de baile, teatros, cafés y parques a los que solía acudir y a los que ahora tenía prohibida la entrada. Era igual que si me hubiese muerto y hubiese vuelto en forma de espectro, vagando por mis rinconcitos favoritos y totalmente invisible a ojos de aquellos que antes me recibían con los brazos abiertos. Me entraban ganas de gritarles: «¡Sigo aquí! ¡Aún estoy viva!».

Por suerte, mi visita semanal a Solly me ayudaba a mantener viva la llama de la esperanza. Cada semana, me preguntaba cómo había contribuido a esparcir más luz por el mundo, lo que implicaba que, cada semana, me tocase buscar ejemplos para presentárselos. Al poco tiempo, lo tenía tan interiorizado que iba dándoles alegremente los buenos días a los transeúntes de manera espontánea o escribía frases de ánimo –como «NO TE OLVIDES DE QUERER», «ERES MÁS VALIENTE DE LO QUE CREES»– en trozos de papel y los dejaba por toda la ciudad para que la gente los encontrase metidos en los bancos o escondidos debajo de las piedras. La alegría que sentía al imaginar que alguien pudiese encontrar las palabras adecuadas en el momento justo proyectaba también sobre mí mi luz interior. A finales de la primavera de 1942, empecé a servir como voluntaria en una organización benéfica para niños judíos cuyos padres habían sido asesinados o enviados por los alemanes a la cárcel o a Drancy. Aunque mi tarea allí era ayudar a dar las comidas, no tardé en encontrarle una salida a mi afición a contar historias. Siguiendo el ejemplo de Madame d'Aulnoy, cada día después de almorzar, reunía a los niños en un corro y les contaba los cuentos que escribía pensando en ellos. En la mayoría, aparecían niños tremendamente valientes que derrotaban a monstruos con nombres medio alemanes. Y, así, mis jornadas iban adquirieron una nueva cadencia: por la noche, escribía historias en casa, y, al día siguiente, cruzaba la ciudad andando para ir a contárselas a mi «salón literario»

de enanitos maravillados. Me encantaba su entusiasmo y su capacidad para dejarse llevar por los cuentos, aquella manera suya de ahogar un grito del susto y de reír a carcajadas con cada peripecia, regando de luz el ambiente. En mis visitas semanales a Solly, le había relatado anécdotas sobre las historias que contaba; y hasta él les había cogido cariño a aquellos niños a pesar de no haberlos visto nunca. Un día, me dijo un proverbio jasídico:

–«Cuando un niño va caminando, una corte de ángeles se adelanta a él proclamando: "Abrid paso a la imagen del Señor"». Y lo mismo podría decirse de usted, Etty. Lo que hace, la ayuda que está prestando, es un reflejo de Dios.

–Bueno, yo no diría tanto –bromeé, pero en mi fuero interno sentí que en el pecho me florecía una rosa de un amarillo deslumbrante. Durante toda mi infancia, había ansiado obtener una mínima muestra de aprobación de mi padre, pero solo había recibido desdén y burlas. Así que notar que Solly estaba orgulloso de mí fue como un bálsamo para mi alma; le estaba muy agradecida.

Pero entonces, una vez más, los alemanes nos asestaron un golpe amargo al obligarnos a coser una estrella amarilla con la palabra «JUIF» en el lado izquierdo del pecho de nuestros abrigos.

–¡Me niego a llevarla! –le anuncié a Solly el viernes después de que la norma entrase en vigor–. No voy a dejar que me etiqueten como un pedazo de carne.

Esperaba que me apoyase sin reservas, pero, por la sonrisa que me dedicó mientras colocaba el *challah* en la mesa y la forma en que movió la cabeza, supe que estaba preparando una de sus perlas de sabiduría.

–¿Y si lo enfocase de otra manera?

Me senté y suspiré.

–¿Como diantre debería enfocarlo, entonces? ¡Ni siquiera usted es capaz de verle el lado positivo a algo tan miserable! Siguió sonriendo.

–¿Y si viese la estrella como un escudo? Al fin y al cabo, ¿no es eso la estrella de David, el *maguén David*, un símbolo de protección?

Me alcanzó una caja de cerillas para que encendiese las velas. A causa del toque de queda, en verano nos veíamos obligados a empezar el *sabbat* antes de la puesta de sol.

–¡Lo malo es que no creo que vaya a protegerme! –le rebatí–. Es como llevar una diana en el pecho.

–Si prefiere verlo así… –dijo bajando la voz.

Suspiré como de costumbre después de que Solly me soltase uno de sus sermones, aunque a esas alturas ya había aprendido a dejarlos siempre a mano.

Y he aquí que, al lunes siguiente, se me presentó la ocasión de usar sus enseñanzas en el centro de voluntariado. Varios de los niños estaban nerviosos y desconcertados por tener que llevar la estrella, así que, en el salón literario de después de comer, tenían muchas preguntas sobre el tema. Como no quería angustiarlos más, les conté la historia de un joven rey llamado David, que, antes de partir a la guerra, había preparado un escudo redondo con dos triángulos atados por detrás y conectados por una punta. Pero la batalla fue tan feroz que los triángulos se mezclaron y adquirieron la forma de una estrella. El joven David venció.

–Y, de aquel día en adelante, la estrella compuesta por dos triángulos pasó a llamarse *maguén David* o «escudo de David», como símbolo de una gran fuerza frente a la adversidad –les conté a los niños.

Viendo las caras de alivio a mi alrededor, recé en silencio una oración de agradecimiento a Solly.

A regañadientes, me cosí una estrella en la chaqueta. ¿Cómo iba a negarme a llevarla después de lo que les había contado a los niños? Al principio, me animó la respuesta de la ciudadanía parisina. Mucha gente se quedaba mirando la estrella y me sonreían en señal de solidaridad. Hasta hubo un hombre que se paró y me dijo que le repugnaba lo que estaba sucediendo y me aseguró entre susurros que había muchísimos franceses que estaban deseando liberar a nuestro país de los alemanes. Sin embargo, cada día llegaban noticias de más arrestos y deportaciones.

Una tarde abrasadora a principios de julio, me fui a la Pletzl después de mi jornada en la organización benéfica, deseosa de entretener a Solly con las últimas historias sobre mi salón literario infantil. Pero, al enfilar su calle, vi algo que me heló la sangre: un grupo de policías estaban reunidos en el exterior de la tienda. Habían destrozado la ventana y la acera a sus pies estaba cubierta de pedacitos de vidrio que brillaban al sol como si fuesen diamantes. De una belleza nauseabunda. Me paré en seco, incapaz de moverme, y observé a unos soldados alemanes que, desde dentro, se ponían a lanzar libros a la calle. «Ay, Solly, dime que te has puesto a salvo. Por favor, dime que estás bien», recé en silencio mirando a las ventanas de su piso, sin luz.

Oí a un hombre gritando algo en alemán y, al instante, aparecieron dos policías por la puerta de la vivienda. «¡Ay, no, no!», me dieron ganas de gritar al verlos llevándose a la fuerza a Solly, que iba tras ellos cargando con una maleta destartalada. Cuando Solly descubrió sus libros esparcidos por el suelo, se detuvo y oí que decía algo. Uno

de los policías que lo sujetaba le gritó que se moviese. Solly siguió hablando, aunque su voz era apenas un zumbido suave. Estaba rezando. Incluso en aquel instante de una oscuridad profunda, conseguía de algún modo concentrarse en la luz. Cuando al fin recuperé la movilidad en las piernas, eché a correr por la calle hacia ellos. Tenía que hacer algo. Tenía que evitar que se lo llevasen. ¿Pero qué? ¿Y cómo?

Al acercarme más, Solly levantó la vista y nuestras miradas se cruzaron. Con un movimiento rápido y casi imperceptible, asintió y miró hacia otro lado. Los policías lo empujaron al interior del coche. Desde el interior de la tienda, salieron despedidos más libros y me cayeron a los pies.

–¡Muévase! –me gritó uno de los policías.

No sé cómo, logré que las piernas recuperasen la movilidad; dejé atrás a Solly y seguí andando, a pesar de que cada partícula de mi ser deseaba fervientemente meterse con él dentro de aquel coche. Bajo mis pies, crujieron los cristales rotos, tan astillados y hechos trizas como mi corazón.

Capítulo 10

París
Julio de 1942

Al día siguiente –sin haber apenas dormido y con la barriga dolorida del hambre–, cogí el libro de cuentos jasídicos que Solly me había regalado. «Por favor, dime qué debo hacer –me dije antes de abrirlo por una página al azar y leer–: "Cada uno debería observar con atención en qué dirección lo guía su corazón y, luego, seguir por ese camino con todo su empeño"».

En ese instante, una fuerza poderosísima instó a mi corazón a ir en busca de Solly. La perspectiva de un mundo privado de su sabiduría y de su luz me resultaba demasiado deprimente para siquiera considerarla.

–¡Muy bien! –dije en voz alta para darme ánimos–. Me encargaré de dar con él.

Dado que era muy probable que lo hubiesen enviado a Drancy, decidí empezar por allí. Me partía el alma pensar que estuviese en ese sitio. Los demás trabajadores de la organización benéfica conocían un montón de historias sobre lo cruel que era el trato allí: los hacían dormir sobre paja y apenas les daban comida. Y con lo mayor que era él y lo frágil que estaba… ¿Cómo iba a soportarlo? ¿Cómo habíamos llegado a aquel punto? El mundo se había vuelto loco. Al marido de una de las voluntarias en la organización infantil lo habían llevado a Drancy hacía un mes; por eso, sabía que los reclusos podían escribir a sus seres queridos y recibir paquetes de su parte. Si conseguía confirmar que se encontraba allí, al menos podría escribirle y él me respondería si quería. Me senté en mi escritorio y me apresuré a preparar una carta para Solly en la que le proporcionaba mi dirección y le pedía que me comunicase cualquier necesidad que tuviese. Se la solucionaría con gusto. En cuanto firmé la carta y la metí en un sobre, me sentí vagamente reconfortada. Por lo menos, estaba haciendo algo.

De camino, llamé a la organización y les expliqué que me había

surgido un imprevisto y que contasen conmigo al día siguiente. Había estado evitando coger el metro para ir a ninguna parte desde que el Gobierno había puesto en marcha una ley que enviaba a los judíos al vagón de cola, pero aquel día no me quedaba alternativa. Drancy estaba a unos nueve kilómetros a las afueras de París, y, sin la bicicleta, no tenía la energía suficiente para ir y volver. Estaba demasiado débil a causa del hambre permanente.

Bajo tierra, el ambiente era pegajoso, hacía calor y olía a sudor rancio. Mientras me dirigía hacia el final de la plataforma, traté de controlar la indignación. ¿Por qué teníamos que viajar en un vagón separado como si fuésemos infecciosos? ¿A qué le tenía tanto miedo la gente? Si continuaba obcecándome en pensar en lo injusto que era todo, me volvería loca. Así que me sumergí en un cuento de Madame d'Aulnoy, *El pájaro azul*. Con todo, me costó concentrarme; de cuando en cuando, levantaba la mirada del libro para observar a los otros pasajeros y aquellas caras de aflicción que sobrevolaban las estrellas amarillas.

Cuando llegué a Drancy, tenía el estómago revuelto de los nervios. ¿Y si aquello era una misión imposible? ¿Y si, en realidad, Solly no estaba allí? ¿Qué pasaría si acababan haciéndome prisionera a mí? ¿Acaso poner rumbo a Drancy con una estrella amarilla en el pecho no era como meterse en la boca del lobo con un cartel que dijese: «Por favor, ¡cómeme!»? «Ay, no seas tan cobardica. –La voz de Aurélie resonó dentro de mi cabeza–. Yo no habría salido corriendo y tú tampoco deberías hacerlo». Así que seguí andando y me metí en la boca del lobo.

Después de tanto oír hablar sobre aquel lugar, se hacía raro ver en persona el campo de internamiento. El hecho de que originalmente hubiese sido proyectado como complejo residencial lo hacía, si cabe, más impactante, viéndolo tan desangelado, con sus vallas altas coronadas de alambre de espino, las torres de vigilancia y los guardias apostados en la entrada. Una vez más, me pareció descorazonador que el Gobierno francés y la Policía pudiesen hacerles algo así a sus propios conciudadanos.

«No pienses en eso, céntrate en Solly», intenté animarme pensando en la carta que llevaba en el bolsillo. Si quería seguir albergando una mínima esperanza de descubrir si estaba en aquel campo y de hacerle llegar la carta, más me valía ser correcta con los guardias para conseguir su ayuda. Haciendo de tripas corazón, me acerqué a la verja.

–¿Sí?

El guardia me miró de arriba abajo con desdén y entonces reparó en

la estrella amarilla de mi pecho.

–Buenos días. Creo que han traído aquí a un conocido mío. ¿Podría comprobarlo?

Suspiró como si aquello fuese la gota que colmaba el vaso, y sentí de nuevo que la indignación que llevaba dentro pugnaba por salir a la superficie. «Mantén la cabeza fría, tienes que ser más astuta que él», me susurró Aurélie.

–Sé que es una molestia y no sabe cuánto lo siento, pero mi tío abuelo está delicado de salud. Para serle sincera, nunca se repuso de la mordedura de aquel león, y me gustaría poder darle sus medicinas.

–¿Lo mordió un león?

Por fin, el guardia me miraba con algo de interés.

–Sí, aunque, por fortuna, salvó al niño que había caído en el recinto del animal, por lo que mereció la pena. Trabajaba de vigilante en el zoológico, ¿sabe?

¿De dónde me había sacado aquel cuento? Ni idea, pero había captado la atención del guardia… y eso era lo único que importaba.

–¿Cómo se llama ese tío suyo? –preguntó.

–Tío abuelo. Su nombre es Solomon Finkelstein.

–De acuerdo. ¿Y el suyo?

–Etty Weil.

El guardia se metió en la garita de la verja; crucé los dedos y esperé. El complejo tenía forma de plaza cerrada por tres lados. Desde donde me encontraba, podía ver el patio que había en medio. De vez en cuando, alguien pasaba cruzándose en mi campo de visión. Miré hacia arriba, a los que habrían sido los bloques de pisos. Obviamente, las ventanas no tenían cristales. Me estremecí al pensar en lo que eso significaría en los fríos meses de invierno.

–Sí, su tío abuelo está aquí –dijo el guardia al volver.

–¿Está? ¡Ay, cuánto me alegro! –exclamé. Saqué la carta del bolsillo del abrigo–. Por favor, ¿le importaría darle esto? Me espantó comprobar que la cogía y rasgaba el sobre para abrirla y ponerse a leerla. Afortunadamente, había tomado mis precauciones por si acaso revisaban las cartas, aunque él podía haber esperado a que yo me hubiese marchado.

Esperé con el corazón en un puño y mordiéndome el labio. Me había cuidado mucho de no escribir nada incriminatorio, pero, tal como estaban las cosas, ¡no tardarían en prohibir que los judíos usasen palabras tan inofensivas como «el» o «porque»! Después de lo que me pareció una eternidad, el gendarme volvió a meter la carta en el sobre y asintió.

–¡Muchas gracias, señor! –solté, zalamera, y me di asco a mí misma.

Me giré y fui arrastrándome hasta la estación mientras me aferraba a la esperanza de que el guardia cumpliese su palabra y le diese la carta a Solly.

De regreso en París, me bajé del metro antes de mi parada, deseosa de escapar de aquel aire denso como una buena sopa. Pero, en la superficie, no se estaba mucho mejor. A pesar de que una especie de velo blanco cubría el cielo ocultando el sol, la humedad funcionaba como un tapón que oprimía la tierra. Al pasar por Notre Dame, hice un esfuerzo por encontrar algo que agradecer y en lo que enfocarme, pero fue como buscar una aguja en un pajar. Y, cuando ya creía que la falta de esperanza y el hambre me harían claudicar, una mariposa pasó aleteando ante mí y se detuvo en mi brazo. Me asombró tanto que me quedé parada. Permanecimos así, sin movernos, durante unos segundos, hasta que la mariposa extendió las alas, finas como la gasa, como queriendo recordarme que la belleza todavía existía. Sus alas eran un caleidoscopio naranja, marrón y crema con el diseño más intrincado que había visto nunca. «No te rindas –parecía decirme–. Esto es posible. Este es el tipo de magia que la vida es capaz de producir». Y echó a volar otra vez. Fui tras ella, embelesada y temiendo que el encantamiento se rompiese. Dio vueltas ante mí como invitándome a avanzar. Fantaseé con llevármela a casa y que se quedase a vivir conmigo en el piso. La habría llamado Esperanza, y, cada día, habría descrito grandes círculos a mi alrededor tejiendo un rastro mágico de alegría y asombro. Me reí cuando voló hacia lo alto; la seguí mientras me iba guiando, hasta que terminó deteniéndose en un matojo delante de mí. Con cuidado de no asustarla, fui acercándome muy despacito. –Eh, tú. –Una voz masculina me arrancó de mi ensoñación–. ¡Judía! –gritó, y se me cayó el alma a los pies.

Me giré y vi a un gendarme que me ponía mala cara.

–No tienes permiso para estar aquí –me avisó a la vez que se acercaba.

Al principio, me costó entenderlo; luego, me di cuenta de que la mariposa me había llevado hasta el parquecito público que había detrás de la catedral. Había estado en él muchas veces. ¿Cómo era posible que, de repente, mi presencia allí supusiese un crimen? Una pareja de jóvenes que había sentada en un banco cerca de mí no me quitaba ojo de encima. –Tienes que marcharte –dijo el policía al llegar a mi lado. Sus ojos, demasiado juntos y encaramados a una nariz de patata, eran pequeños y mezquinos.

–Solo estaba observando a la mariposa –dije sin fuerzas. Como si acudiese a mi rescate, la mariposa alzó el vuelo del matojo y aterrizó a mis pies en el sendero. El gendarme sonrió con aires de suficiencia y,

sin darme tiempo a reaccionar, levantó el pie y dio un buen pisotón, estampando a la mariposa contra el suelo.

–¡No! –chillé, y, en un arrebato, me puse a darle puñetazos en aquel pecho de barrilete suyo–. ¿Cómo se le ocurre?

–¡Sal del parque! –gritó sacudiéndoseme de encima.

–¡No! –grité yo.

Por un espantoso instante, permanecimos en silencio mirándonos. Me prometí que un día, cuando todo aquello hubiese pasado, escribiría una novela en la que apareciese un personaje inspirado en aquel salvaje y le daría una muerte horripilante para vengar a la mariposa. Haría que un elefante le pasase por encima, tal vez.

–No pienso repetírtelo –dijo alzando la voz, en tono tenso–. Sal del parque, sucia judía.

No sabría decir si fue el calor o el hambre o tantos meses y meses de miedo y frustración, pero, en aquel momento, ya nada me importaba. Estaba tan harta de que me tratasen así… –¿Le hace sentir más hombre tomarla con una mujer a la que dobla en tamaño y con una mariposa? –le respondí.

La pareja del banco se había echado hacia delante, con la boca abierta, como si la película hubiese llegado a su apasionante desenlace.

–Y todo porque llevo este estúpido distintivo en el pecho –proseguí. Palpé la estrella y tiré de ella. Menos mal que la costura no era lo mío, así que fue fácil de arrancar. La tiré al suelo, y la pateé igual que él había pateado a la mariposa–. Ahora, soy libre de hacer lo que me plazca –chillé, atolondrada por la adrenalina.

Di la vuelta y eché a andar por el sendero, silbando alegremente. Al pasar a la altura del banco, vi que a la pareja se le ponían los ojos como platos por algo a mis espaldas; sentí una mano que me agarraba por el cuello y tiraba de mí. –Tú te vienes conmigo –gruñó el gendarme.

Fue una sensación de lo más extraña. Durante meses, me había dado un miedo terrible que me cogiesen en una redada o que me arrestasen, pero, en un arranque de lucidez, me di cuenta de que, sinceramente, ya no tenía nada que perder. La detención de Solly había sido la gota que había colmado el vaso. ¿Qué me quedaba en París?

–¿Lo están viendo? –Me dirigí a la pareja del banco–. Arrestada por dar un paseo por un parque. ¿Es esta la Francia en la que quieren vivir?

Miraron ambos hacia otro lado, y comprobé que –justo a tiempo– me había vuelto invisible para ellos, del mismo modo en que me había vuelto invisible al pasar por los bares y los cafés a los que solía ir. En

aquel momento, los odié más a ellos que al gendarme. Por cobardes. Tan solo un par de años antes puede que la mujer hubiese estado haciendo cola en una librería para que le firmase una de mis novelas. Y, ahora, ni siquiera se dignaba a mirarme a la cara.

El policía me hizo desfilar por el parque, dejando atrás los restos de la mariposa, convertida en una mancha de óxido a un lado del sendero. Así de sencillo resultaba borrar de un plumazo tamaña belleza. En cierto sentido, aquello tenía algo terriblemente simbólico. A la salida, me llevó con otro par de gendarmes que estaban plantados al lado de la catedral, charlando.

–He arrestado a esta judía por estar en el jardín –los informó el asesino de mariposas.

Me pregunté si alguno de ellos tendría una pizca de conciencia y le diría que se estaba excediendo, pero no. Se limitaron a asentir.

–De todas maneras, la habríamos trincado antes de acabar la semana –dijo uno de ellos.

–¿Qué quiere decir? –pregunté.

–Nada que te importe –rugió mi captor, agarrándome el brazo con más fuerza.

Se me puso la piel de gallina. Hacía semanas que circulaban rumores sobre más redadas. ¿A eso se refería? ¿Tenían más en mente? ¿Los franceses estaban planeando librar el país de toda su población judía? Machacarnos hasta que no quedase ninguno, como a la mariposa.

Capítulo 11

París
Julio de 1942

Tras un somero y, para qué andarnos con rodeos, ridículo interrogatorio en comisaría –donde el asesino de mariposas arguyó que yo, una mujer a la que doblaba en tamaño, lo había «atacado físicamente»– y una espera interminable en una celda, me despacharon a la parte trasera de una furgoneta con otra mujer y una muchacha. Deduje que eran madre e hija, pues tenían la misma cara ovalada y sendas melenas de un lustroso tono caoba. Se parecían tanto que me recordaban a esas muñecas rusas que se meten unas dentro de otras. Me preguntaba si mi madre y yo habríamos sido así de estar ella viva. –¿Por qué tuviste que decirle a aquel policía que se fuese al cuerno? –murmuró la chica de malos modos.

–Porque es lo que los gusanos como él se merecen –respondió la mujer, cortante, antes de dedicarme una sonrisa desganada. –Muy cierto –dije, asintiendo en solidaridad con ella.

La chica resopló y bajó la vista a su regazo. Por lo que podía observar, ambas vestían ropa cara. La chica iba con un vestido de verano estampado con nomeolvides en tono azul pálido, y la mujer llevaba un sencillo, a la par que clásico, vestido de corte recto. A pesar de la penumbra reinante en la parte trasera de la furgoneta, en su dedo anular brillaba una alianza con un diamante.

–Soy Marguerite –dijo echándose hacia delante y tendiéndome la mano.

–Etty –respondí, estrechándosela con firmeza, pues agradecía su compañía.

–Y esta es mi hija, Danielle –prosiguió mientras apuntaba hacia la chica, que seguía con la vista puesta en el regazo, malhumorada.

–Hola, Danielle –dije, pero no obtuve respuesta.

–Danielle, ¿qué modales son esos? –dijo Marguerite, visiblemente avergonzada.

–He decidido dejarlos de lado, ya que no sirven para absolutamente nada –respondió la chica en un tono teatral, y me mordí el labio para no reírme.

En el fondo, coincidía con ella. La verdad era que, llegados a aquel punto, las buenas maneras parecían estar de más. –Lo siento –dijo Marguerite con un suspiro.

–No pasa nada –respondí–. Se ve que yo también he debido de descuidar mis modales últimamente, sobre todo en lo que respecta al trato con la Policía.

Noté un sutil destello de interés en el rostro de la chica antes de que cerrase los ojos.

–¿Nos conocemos de algo? –Marguerite me miró fijamente–. Su cara me resulta familiar.

–No creo, a no ser que… –empecé a decir.

Aquel era el último sitio en el que me apetecía quedar como una escritora presuntuosa.

–¿A no ser que qué? –preguntó la mujer.

–Bueno, es que yo era escritora. –«¡Y todavía lo eres, que yo todavía existo!», me bramó Aurélie dentro de la cabeza–. Puede que haya visto una foto mía en un periódico o en una revista –añadí.

Vi a Danielle abrir los ojos y mirarme de soslayo.

–¡Justo! –exclamó la mujer–. ¡Usted es Claudette Weil! Es la autora de los libros de Aurélie.

Asentí, cohibida. Ser escritora sonaba tan banal en aquellas circunstancias…

–Me encantan esos libros. Pero ¿por qué hace tanto que no saca uno?

–Ya no me lo permiten –respondí, taciturna.

–¿Y por qué no? –preguntó Danielle, dejando atrás momentáneamente su mal humor.

–Porque soy judía.

–¿Ah, sí? –Marguerite parecía sorprendida–. No tenía ni idea.

–Sí, bueno, nun… nunca lo he mencionado en las entrevistas, a decir verdad –tartamudeé, un tanto avergonzada. Ahora que había vuelto a conectar con mi fe judía y que las enseñanzas y las oraciones que Solly había compartido conmigo me habían sido de tanto consuelo, me sentía culpable por haberle dado la espalda en el pasado.

–Odio a los alemanes –murmuró Danielle–. Y odio a nuestro Gobierno. Y odio ser judía.

–¡Danielle! –exclamó su madre.

–¿Qué? –Danielle se quedó mirándola, desafiante–. Si no fuésemos judíos, nada de esto habría pasado. No iríamos camino de la prisión –

gesticuló en dirección a mí–; y, si ella no fuese judía, aún podría escribir libros.

–No vamos camino de la prisión –respondió Marguerite sin fuerzas.

–¿No me digas? –refunfuñó Danielle–. ¿Y adónde se supone que nos llevan, entonces? ¿De vacaciones?

Por mucho que me gustase la actitud de la chica, no podía evitar compadecer a su madre. Criar a Danielle debió de haber sido como amansar a un potro salvaje.

Danielle se giró hacia mí.

–¿Adónde cree que nos llevan?

Me encogí de hombros.

–A Drancy, quizá.

–¡Qué te decía yo! –gritó Danielle, mirando otra vez a su madre.

Vi cómo Marguerite se estremecía. Ojalá pudiese decir algo, algo que hiciese que nuestra posición pareciese mejor. Si esta fuese una escena de uno de mis libros, ¿qué le haría hacer a Aurélie?

–Esto es lo que los escritores llamamos una «situación determinante para el personaje» –dije.

–¿Y eso qué quiere decir? –preguntó Danielle frunciendo el ceño.

–Bueno, cuando escribo mis novelas, siempre me gusta poner a mi personaje principal, Aurélie, en situaciones límite. –¿Por qué? –dijo; Danielle me miraba como si estuviese loca.

–Para darle un motivo para destacar.

Marguerite asintió.

–¿Como cuando la secuestró un marinero?

–Exacto. O cuando por fin se enfrentó al animal de su padre.

–Suena la mar de divertido –dijo Danielle en tono sarcástico. –Las novelas de Claudette son maravillosas. –Marguerite salió al instante en mi defensa–. Leer sobre Aurélie me inspiró la confianza necesaria para dar muchos pasos en la vida. Me enseñó que ser una mujer es algo poderoso, a pesar de lo que nuestro gran líder, Pétain, pueda pensar; él dice que deberíamos estar amarradas al fregadero y pariendo hijos… –se mofó.

–¡Ay, gracias! –Sus palabras me dieron alas, y le devolví la mirada a Danielle–. Imagínate que fueses un personaje de novela…

–No leo novelas –dijo con desdén.

–¡Danielle!

Marguerite sacudió la cabeza, dejando ver su desesperación.

–¿Qué? ¡No lo hago!

–Entonces, ¿ves películas? –pregunté, dispuesta a plantarle cara a aquella fiera adolescente.

–Sí –murmuró.

–Vale. Pues imagínate que eres la heroína de la última película llegada de Hollywood. Y que tu historia es vista por espectadores de aquí y de allá. Y que te están viendo ahora, metida en la parte trasera de esta furgoneta, rumbo a quién sabe dónde.

–Creía que había dicho que nos dirigíamos a Drancy… –replicó.

–Bueno, todavía no lo sabemos seguro. –«Mantén la calma», me dije a mí misma sin que, milagrosamente, se me borrase de los labios la dulce sonrisa–. ¿Qué tipo de heroína quieres ser? ¿Valiente y digna o…? –empecé a decir, y ganas me dieron de completar la frase con un «mimada y petulante», pero no quise hacerla enfadar más.

Danielle resopló y volvió a fijar la vista en su regazo.

–Gracias –articuló en silencio Marguerite.

Para cuando llegamos a nuestro destino, ya me había enterado de que Marguerite y Danielle habían vivido en la privilegiada Avenue Foch hasta que la Gestapo había requisado su edificio. Desde entonces, se habían alojado en casa de la hermana de Marguerite, en el distrito VI. Al marido de Marguerite y padre de Danielle lo habían matado en la batalla de Francia. No era de extrañar que Danielle se mostrase un poquito huraña: a sus catorce años, había tenido que enfrentarse a muchas cosas. A Marguerite la habían detenido aquel mismo día por vandalizar un cartel antisemita; cuando los policías descubrieron que sus padres eran de Austria, se las llevaron a ella y a Danielle a la misma comisaría que a mí.

La furgoneta se detuvo; al apagarse el motor, nos sumimos en el silencio. El miedo, que había conseguido mantener bajo control hablando con Marguerite, acechaba de nuevo; se me hizo un nudo en la garganta. Oí pasos fuera, y abrieron de golpe la puerta de la furgoneta. Estaba oscuro, pero supe de inmediato que estábamos en Drancy. Reconocí la silueta de los edificios proyectada por la luz de la torre de vigilancia. Me costaba imaginar que, apenas unas horas antes, había estado allí buscando a Solly. Lo único positivo de todo aquello era que ahora quizá podría dar con él. Algo más alegre ante aquella perspectiva, salí de la furgoneta y me encontré con tres guardias franceses. Cuando Danielle saltó detrás de mí, vi que temblaba. Le sonreí para infundirle ánimos, pero me miró sin verme. Era evidente que estaba muerta de miedo. Nos llevaron a una habitación iluminada por la luz cruda de una bombilla pelada. Uno de los guardias nos tomó el nombre y otro nos pidió que entregásemos cualquier objeto de valor que tuviésemos encima. Afortunadamente, la sarta de perlas que yo me había puesto era una imitación que le había comprado a un vendedor ambulante que conocía en Montmartre, así que se la entregué sin mayor problema. Danielle, sin embargo, se puso a

lloriquear mientras se agarraba la muñeca para intentar esconder el reloj de oro que llevaba. –Me lo compró papá –lloró.

–No se inquiete, ya se lo devolverán –dijo uno de los guardias–. Pero asegúrese de no perder esto, de todas formas –añadió tendiéndole un recibo a cambio del reloj.

Me percaté de que los otros dos guardias intercambiaban sonrisitas de superioridad, como si supiesen perfectamente que aquel recibo era papel mojado.

–Por favor, ¿puedo quedarme con mi anillo de boda? –suplicó Marguerite; los diamantes de la alianza brillaban más si cabe a la luz de la bombilla desnuda.

–Lo siento, pero no –dijo el guardia más joven–. Podrá recuperarlo si conserva esto. –Y le entregó un recibo.

–Es lo único que me queda de mi marido –lamentó Marguerite.

–Entregue el anillo –ladró uno de los guardias más mayores. –Lo mataron luchando por Francia. ¡Fue un héroe! –respondió Marguerite, sacándose el anillo de un tirón y plantándoselo al guardia en la palma extendida–. No como ustedes, ¡traidores!

–¡Mamá! –gritó Danielle, cogiendo a su madre del brazo. Sin embargo, a mí me daban ganas de aplaudir la valentía de Marguerite. Aquellas marionetas de Hitler eran traidores a la patria.

Los hombres nos entregaron unas estrellas amarillas y nuestros números de registro. Luego, nos condujeron al bloque principal, a uno de los futuros edificios de viviendas. –Vamos –dijo el guardia más joven, haciéndonos pasar a una amplia habitación.

Estaba demasiado oscuro para ver gran cosa, pero sentí el olor al instante. Era una mezcla de sudor rancio y orina. A juzgar por el grito de horror que ahogó Danielle, ella también lo notó.

–No pasa nada, cariño –susurró Marguerite, y sentí una punzada de nostalgia.

La muerte de mi madre cuando yo no tenía ni un año me había privado de recuerdos de ese amor maternal; con todo, hacía tiempo que había aprendido que era muy posible echar de menos algo que nunca se había tenido.

–Aquí es donde van a dormir –dijo bruscamente el guardia, guiándonos hasta un grupo de catres de madera.

Se oyeron ligeros ronquidos provenientes de las cuatro esquinas de la habitación.

Nuestros catres estaban junto a una ventana abierta, y por ella entraba un pálido rayo de luna que iba a dar a lo que parecía paja extendida sobre listones de madera. Una vez más, Danielle ahogó un grito de pánico. Hasta entonces, había pensado en mi miserable

infancia como algo negativo y que quería olvidar a toda costa, pero, nada más llegar a Drancy, empecé a darme cuenta de que me podía ser de gran ayuda: una preparación para las penurias que me esperaban. Ocupé el catre de arriba, y Marguerite y Danielle se quedaron con el de abajo. Al tratar de acomodarme sobre los duros listones de madera, la paja me picaba la piel. Así que esto era lo que nos tenían reservado, la humillación final: hacernos dormir en la paja como los animales. Pero ¿quiénes eran los verdaderos animales? ¿Nosotros o nuestros carceleros, por tratarnos de aquel modo?

Oí a Danielle resoplando debajo de mí en la oscuridad, y recé por que sacase fuerzas para hacerse un caparazón. Iba a necesitarlo. A lo mejor, podía ayudarla. ¿Y quién me ayudaría a mí? Cerré fuerte los ojos. «Tienes que ser como una semilla de diente de león», me susurró una voz dentro de mi cabeza. Sonaba tan diferente a mi vocecilla interior de siempre o a la de Aurélie que abrí los ojos para comprobar si alguien se había colado en mi catre, aprovechando que estaba oscuro. Pero no había nadie.

Volví a cerrar los ojos y me imaginé una semilla de diente de león dejándose mecer por la brisa. De niña, estaba convencida de que eran hadas con su fronda mágica en forma de estrella. «Deja que la vida te lleve donde considere…», susurró de nuevo la voz. ¿Hacía yo realmente falta allí? ¿La hacía alguno de nosotros? La simple idea me parecía un disparate.

Fue conseguir sumirme en un sueño ligero y, prácticamente al instante, despertarme un sol cegador entrando en tromba por los agujeros de las paredes en los que se suponía que debían estar las ventanas. En los catres que me rodeaban, las mujeres empezaron a moverse. Nada más incorporarme, una mujer alta y delgada con calenturas en los cantos de la boca vino hacia mí.

–Sangre fresca –dijo a modo de saludo–. ¿De dónde viene usted?

–De París –susurré frotándome los ojos y poniéndome de lado. –¿Y cómo están las cosas fuera? –inquirió otra mujer desde el otro lado de la habitación–. ¿Es verdad que están haciendo más redadas contra los judíos?

–Eso es lo que se rumorea –respondí–. Soy Etty –le dije a la mujer que estaba junto a mi catre–. ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

–Yo soy Valérie, y llevo aquí tres meses –respondió–. Así que puedo ponerla al corriente de la rutina.

–Sí, por favor.

Me puse de pie, y la paja se me escurrió por las piernas a través del vestido de algodón.

–A las siete, nos levantamos; a las ocho, pasan lista –dijo Valérie en

tono oficioso–. De ocho a diez, calistenia afuera. Y a las once y media, sopa. A las cinco y media, sopa.

–¿Y qué hacemos entre tanta sopa? –pregunté.

–Morirnos del aburrimiento –gritó una bromista desde un catre al otro lado de la habitación.

–O jugar al *bridge* –apuntó otra.

–Lo que viene a ser lo mismo –dijo otra, y arrancó unas cuantas risas desganadas.

Aquello aplacó un poco mis temores. Por lo menos, las otras presas parecían amigables y tenían sentido del humor. –Mamá, no quiero estar aquí –susurró Danielle desde el catre de abajo.

–¿Y quién quiere? –le respondió alguien en voz alta.

–¿Podremos ver a los hombres cuando salgamos fuera para hacer ejercicio? –pregunté, pensando inmediatamente en Solly.

–Por favor, no me diga que viene buscando el amor… –replicó frunciendo el ceño.

–Si buscase el amor, me compraría un perro –contesté, y, en el catre de al lado, se oyó una risita–. Estoy buscando a un amigo muy querido para mí que creo que está aquí.

–¿Cuándo lo trajeron? –preguntó Valérie–. Puede que lo hayan mandado fuera.

–¿Cómo que «mandado fuera»?

–Que se lo hayan llevado al este –dijo adoptando un tono más sombrío.

–¡Uf! –gimió Danielle desde el catre de abajo.

–No pasa nada, *ma chérie* –la consoló Marguerite.

–Pero si el este significa Polonia o Alemania… –se quejó Danielle.

–Lo trajeron aquí hace solo dos días –dije, tratando de mostrarme optimista.

–En ese caso, es posible que aún esté aquí… por ahora. –Valérie se giró y se marchó, y a mí me recorrió un escalofrío. –Necesito ir al baño –gimió Danielle.

–¿Les han enseñado dónde están las letrinas? –voceó Valérie.

Negué con la cabeza.

–Vale, vengan conmigo.

Marguerite, Danielle y yo salimos renqueando de nuestros catres y seguimos a Valérie hasta el exterior. El sol pegaba fuerte y el césped que había en el centro del patio había ido perdiendo color hasta adoptar un tono marrón pálido. A través de los agujeros de las ventanas del bloque de pisos del otro lado, nos llegaban las voces de los hombres. ¿Era Solly uno de ellos? ¿Se encontraba allí, en alguna parte? Me aferré a esa esperanza para darme fuerza.

–Pues aquí es –anunció Valérie casi con alegría al acercarnos en la esquina del patio a una plataforma de madera un poco elevada con una fila de agujeros.

No había separación entre los agujeros, y un par de hombres estaban agachados aliviándose.

–¡Ay, no! –lanzó un grito ahogado Danielle, agarrando por el brazo a Marguerite, horrorizada–. No puedo ir ahí, con todo el mundo mirando.

–No pasa nada –dije, intentando controlar la repugnancia que a mí misma me causaba la situación–. Nos quedaremos a tu lado formando una pantalla.

–¡No puedo, es horrible! –gritó Danielle.

–Bueno, la única alternativa es el cubo que hay en los dormitorios –respondió Valérie, angustiando todavía más a Danielle.

Con la vejiga a punto de reventar, decidí predicar con el ejemplo y me dirigí a uno de los agujeros. Me bajé la ropa interior y me senté.

–¡Buenos días! –les deseé alegremente a los hombres que estaban más allá en la fila–. Una mañana espléndida, ¿no les parece?

Soltaron una risita, pero, por desgracia, el tiró me salió por la culata y, en lugar de animarse, Danielle fue a refugiarse en los brazos de su madre.

–¡Prefiero ir al cubo antes que hacer el payaso como ella! –gritó.

Marguerite se disculpó con la mirada y sacó de allí a su hija. –Entiendo que no hay papel higiénico… –le dije a Valérie. Negó con la cabeza.

Suspiré y cogí del bolsillo el recibo que me habían dado por mis perlas. De todas formas, solo servía para limpiarse el pompis con él.

Me subí la ropa interior y me alejé de las letrinas.

–Que pasen un buen día –les voceé a los hombres por encima del hombro, decidida a mantener la bravata hasta el final.

Sobre las ocho de aquella misma mañana, estaba lista y deseando de nuevo largarme de aquel dormitorio. Visiblemente traumatizada por haber tenido que hacer de vientre en un cubo, Danielle no había parado de llorar, y, por mucho que simpatizase con ella, su angustia estaba empezando a afectarme a los nervios. En cuanto salí fuera, rastreé el patio. En una esquina, unos hombres en camiseta y pantalón hacían flexiones. Otros habían formado grupos y charlaban aquí y allá. Pero no había rastro de la larga barba de Solly o de su figura encorvada. El pánico se apoderó de mí. ¿Y si ya se lo habían llevado de allí? ¿Y si no volvía a verlo nunca más?

Una mujer enjuta llamada Béatrice dirigía la sesión de gimnasia de las mujeres.

–Es importantísimo que trabajemos la fuerza –proclamó mientras unas veinte nos arremolinábamos en torno a ella–. Un cuerpo fuerte supone una mente fuerte.

Nunca había sido amiga de hacer ejercicio, prefería la libertad que me daban el andar o el ir en bicicleta, pero, en cuanto Béatrice nos fue encarrilando y consiguió que hiciésemos sentadillas –arriba y abajo, arriba y abajo, como una ristra de muñecas bamboleantes–, le cogí el gusto a la liberación que aquello suponía. Era como si con cada sentadilla echase fuera un poco de la tensión acumulada desde el arresto; me aliviaba la rigidez, producto de dormir sobre los tablones de madera del catre. Además, me hacía bien contar con una serie de instrucciones que me distrajesen de tanto pensar. Béatrice acababa de pedirnos que nos tumbásemos de espaldas en el suelo polvoriento para prepararnos para una serie de abdominales cuando se armó un jaleo en la otra punta del patio. Me senté para ver a qué se debía el alboroto. Un grupo de hombres había formado un círculo y gritaban y jaleaban llenos de entusiasmo.

–¿Qué pasa? –pregunté.

–Bah, no es nada –respondió Béatrice sin darle importancia–. Es que uno de los prisioneros era boxeador profesional, y los guardias lo ponen a boxear para divertirse y a cambio de ciertas prebendas.

Se me puso la piel de gallina. No podía ser…

–Vuelvo en un segundo –murmuré y me levanté como pude para atravesar el patio. A medida que me acercaba, podía oír los porrazos y los jadeos entre gritos de ánimo del resto de los hombres. Me abrí paso entre el gentío hasta que vi un corro de guardias en la primera fila. Uno de ellos tocó un silbato y anunció: «¡Fin del asalto!». Me metí entre dos y me encontré cara a cara con un Tomasz sudoroso y jadeante.

Capítulo 12

París
Julio de 1942

—¡Usted! –soltó respirando con dificultad.

–Es un placer volver a verlo –respondí, cortante. –¿Qué está haciendo aquí? –me gritó uno de los guardias–. Váyase junto a las mujeres.

–Es amiga mía –dijo Tomasz rápidamente.

–No, no lo es –murmuré de forma que solo Tomasz pudiese oírme–. Conque se ha convertido en su juguete… Debería haber sabido que usted no tenía principios.

–¿Cómo?

Tomasz frunció el ceño.

El guardia tocó el silbato: «¡Segundo asalto!».

–Espero que le salgan a cuenta los privilegios que obtiene siendo su marioneta boxeadora –dije entre dientes antes de darme la vuelta y marcharme de allí.

Toda la furia que había ido acumulando tenía ahora un foco, y sentía tal odio hacia Tomasz que me faltaba el aliento. Pasé andando junto a las mujeres que hacían gimnasia y me metí en el dormitorio. Ya no me apetecía hacer ejercicio. Tenía el cuerpo demasiado revuelto. En su catre, Danielle seguía llorando y Marguerite se deshacía en cuidados como una gallina clueca. «Por el amor de Dios, ¡espabila!», ardía en deseos de gritarle a la chica.

El despliegue de amor maternal de Marguerite me hacía sentirme ahora más resentida que melancólica. Y me odiaba a mí misma por ser tan odiosa. Si al menos pudiese encontrar a Solly… Necesitaba más que nunca el poder reparador de su sabiduría.

–¿Se encuentra bien? –me preguntó Marguerite mientras me encaramaba a mi catre.

–Creo que necesito dormir un poco más –contesté, cortante.

Pero era imposible dormir con el sol quemándome a través del agujero que había justo encima de mí en la pared.

Pensé en la voz sabia que me había hablado entre susurros la noche anterior y me había animado a ser como una semilla de diente de león. ¿Por qué se empeñaba la vida en poner a esa rata de Tomasz en mi camino, eh? Por si no había tenido suficiente con su reacción al

besarme –ni que se hubiese tragado un veneno–, encontrármelo allí entreteniendo a los guardias para tratar de salvar el pellejo me resultó nauseabundo.

«¿Qué te esperabas? –me reprendió la voz de mi conciencia–. Él mismo te dijo que había matado a una persona. La culpa es tuya por imaginártelo como una especie de héroe romántico. Sácatelo de la cabeza».

Pero, en cuanto lo hice, me puse a pensar en lo que había dicho antes Valérie sobre las deportaciones desde Drancy. ¿Adónde los enviaban? ¿Seríamos las siguientes? Había hecho el paripé fanfarroneando en las letrinas, sí, pero ¿cuánto más podría aguantar si estábamos abocadas a dormir en la paja y a cagar en un agujero?

Se me cayó el alma a los pies cuando nos dieron la primera sopa del día. Era una cosa aguada con repollo. Según Valérie, el pasaporte para una diarrea segura. Puede que suene ridículo, pero, siendo como era una amante de la buena mesa, me ofendió profundamente que nos diesen aquella porquería. Más tarde, me senté en mi catre mirando sin mirar por la ventana. Me costaba imaginar que, al otro lado de la alambrada, nuestros conciudadanos parisinos anduviesen paseando libremente y siguiesen con su rutina al margen por completo de lo que sucedía allí. O fingiendo estarlo.

Por la tarde, Marguerite, Danielle y yo nos cosimos las estrellas a la ropa. Nos anunciaron que podíamos escribir una carta a un familiar o a un amigo. Escribí a mi jefe en la organización benéfica infantil para contarle que estaba en Drancy. Me partió el corazón pensar en mi salón literario juvenil. ¿Cómo se me había calentado así la boca? A los niños les habían venido muy bien mis historias. ¿Quién les iba a enseñar ahora a verse como héroes?

En un momento dado, hacía tanto calor que me entró un sopor intermitente en el que soñé con una deliciosa y abundante sopa de cebolla. Estaba a punto de tomarme una cucharada cuando una de mis compañeras me despertó sin miramientos.

–¡Han cogido a cientos de judíos! –gritó desde la puerta. –¿Quién los ha cogido? –voceó alguien.

–La Policía. Vienen de camino cientos de ellos. A otros se los han llevado al Velódromo de Invierno.

–¿Al velódromo? –murmuré para mis adentros, anonadada. Me heló la sangre pensar que ahora usaban el estadio que había albergado las populares maratones de ciclismo para encarcelar a gente.

Fuera, fue aumentando el ruido de las conversaciones. Eché un vistazo por la ventana y vi una marea de gente con gesto aturdido entrando en tromba en el patio. Algunos se agarraban a sus maletas;

otros solo tenían la ropa que llevaban encima.

–¿Adónde van a ir? –pregunté al aire; nadie respondió.

El campo estaba ya abarrotado. ¿Cómo iban a hacer sitio aquí para cientos de personas más? Me acordé de lo que había dicho Valérie sobre las deportaciones al este y me embargó el pánico de nuevo. ¿Iban a deportarnos para dejar sitio para aquella nueva remesa? ¿Y adónde exactamente iban a mandarnos?

No tardaron mucho en traer a nuestro dormitorio a un grupo de mujeres con el terror escrito en los ojos. Afortunadamente, Danielle había dejado de llorar y estaba sentada en silencio, como aturdida. Observamos a Valérie mientras les daba su discurso de presentación; luego, bombardearon a preguntas a las mujeres. En general, se resumían en qué estaba pasando en París y si eran ciertos los rumores sobre el velódromo. Era imposible imaginar que un estadio construido con fines deportivos, para el disfrute, pudiese ser usado de aquel modo. Aunque, pensándolo bien, ¿acaso no se suponía que el campo de Drancy iba a ser lo último en urbanismo en la periferia? Ya me estaba endureciendo. Ojalá tuviese a Solly.

Aprovechando que las mujeres se habían puesto a hablar, me retiré discretamente y bajé por las escaleras. El patio estaba lleno de recién llegados. Vi a un viejo renqueante apoyado en un bastón y aferrándose a una maltrecha maleta de piel marrón. Uno de los guardias le gritó, y él se quedó parado mirando a su alrededor, desconcertado. El guardia le dio una patada al bastón para tirárselo y otro guardia, que había estado observando, se echó a reír. Y la dureza que había crecido en mí dio paso a la indignación; sin pensármelo dos veces, me abalancé sobre ellos y recogí el bastón.

–¡Suéltalo! –me chilló el guardia que le había dado la patada.

Me di la vuelta para hacerle frente, blandiendo el bastón como si fuese una porra.

–Pero ¿qué les pasa? –grité–. ¿Dónde está su humanidad? En menos que canta un gallo, el guardia me cogió por los hombros. Allí plantados, cara a cara, oí que el viejo murmuraba algo tras de mí; entonces, sin más, el guardia se echó a reír como si se hubiese cansado de jugar a torturarnos. Me empujó y le lanzó el bastón al hombre.

–Vuelve adentro –me dijo.

Me giré y vi a Danielle plantada en la entrada. Me esperaba que se pusiese a llorar otra vez, pero, para mi sorpresa, me dedicó un esbozo de sonrisa.

–Eso ha sido muy valiente –susurró cuando llegué a su altura; estaba pálida y su precioso cabello cobrizo le colgaba en mechones sin brillo a ambos lados de la cara.

–No quiero que me acusen nunca de haber mirado para otro lado frente a la crueldad –le dije pensando en la pareja del jardín de Notre Dame que había asistido a mi arresto sin decir ni una palabra–. Ya hay demasiada gente en este país que lo hace.

–¿Podría…? –empezó a decir y bajó la vista al suelo lleno de polvo.

–¿Si podría qué? –respondí suavizando la voz.

–¿Podría enseñarme a ser valiente?

Su propia voz era poco más que el chillido de un ratón.

Aunque la pregunta me cogió por sorpresa, me llenó de entusiasmo aquel avance con ella. No estaba del todo segura de tener las credenciales necesarias para dar clases de valentía; aun así, gracias a las enseñanzas de Solly, era capaz de reconocer una oportunidad de liberar una chispa de luz cuando se me presentaba. Lo único que tenía que hacer era buscar la manera.

–Puedo intentarlo. Venga…

Me la llevé arriba, a nuestro dormitorio. La mayor parte de las mujeres, incluida Marguerite, habían hecho un corrillo en un lado de la habitación y hablaban entre susurros. La guie hasta nuestros catres, en la punta opuesta. Por fortuna, de vuelta a los dormitorios se me había ocurrido una forma de dar respuesta a lo que me había pedido.

–Voy a contarte una historia –dije y me senté a su lado. Hizo una mueca al instante, como si fuese demasiado mayor y supiese demasiado del mundo para ese tipo de infantilidades.

–Una historia sobre ti –proseguí con la esperanza de apelar a su vanidad.

–Pero si no me conoce –dijo.

–Aún no –respondí–. Sin embargo, si contestas a cinco sencillas preguntas, estaré en disposición de contarte lo que te depara el futuro.

–¡De eso nada! –exclamó, pero parecía interesada.

–Bueno, si no quieres saberlo…

Me levanté.

–Vale, ¿qué preguntas son esas? –se apresuró a decir, y volví a sentarme.

–La primera pregunta es: ¿cuál es el logro del que estás más satisfecha?

Se lo pensó un poco.

–Que me eligiesen la chica más guapa de mi clase. Dos años seguidos –añadió en tono solemne.

Me obligué a sonreír, pero por dentro solté un quejido.

–Estupendo. Bien hecho. ¿Y cuál dirías que es tu mejor cualidad?

–Mi pelo –contestó al instante.

–Me refería más bien a un rasgo de tu personalidad –dije, y me miró

abatida–. Pero no pasa nada, tienes un pelo realmente bonito.

Asintió, conforme.

–Entonces, ¿cuál dirías que es tu característica más representativa?

–Mi pelo.

–No, ya has dicho tu pelo. Busca algo más relacionado con…

–Mis ojos –contestó antes de darme tiempo a redirigirla más allá de los atributos físicos.

–Estupendo –la halagué, intentando mantener la calma. Aquellas eran las preguntas que siempre les hacía a los nuevos personajes cuando iban tomando cuerpo en mi cabeza para tratar de darles más profundidad. Por desgracia, no parecían funcionar tan bien con Danielle–. ¿Y cuál es la asignatura que mejor se te da en el colegio? –pregunté, yendo por otro camino.

Frunció el ceño.

–La escuela me parece muy aburrida.

–¿Qué es lo que más te gusta hacer en la vida, entonces? Una vez más, la paciencia se me iba agotando hasta quedar en la reserva. Si se le ocurría decir que le gustaba mirarse el pelo y los ojos en el espejo, tendría que admitir mi derrota. Esperé mientras se lo pensaba un poco.

–Me gusta bailar –dijo al final con cara de estar soñando despierta.

–¡Perfecto! –exclamé aliviada. Ya tenía algo de lo que tirar–. ¿Qué tipo de baile?

–El ballet.

–¿Y qué es lo que más odias?

–A los alemanes –se apresuró a decir.

–¿Por qué?

Me miró como si yo estuviese loca.

–Por lo que nos están haciendo.

–¿Y qué es lo que nos están haciendo? –la sondeé, intentando que dijese algo más.

–Perseguirnos, claro está.

–¿Así que odias a los abusones?

–Sí.

–¿Y qué es lo que más admiras en la gente?

–La belleza… y el talento –añadió, como si acabase de ocurrírsele.

Suspiró, y me di cuenta de que estaba perdiendo interés. Muy a mi pesar, tendría que empezar mi historia con una protagonista más bien plana.

–Hace mucho, mucho tiempo, hubo una bellísima muchacha llamada Danielle Très Belle… –comencé, y en sus labios se dibujó una ligera sombra de sonrisa–. Adondequiera que fuese, la gente alababa

su belleza, sus ojos, comparables a las más raras esmeraldas, y su lustroso cabello cobrizo. –Caoba –interrumpió.

–Su lustroso cabello caoba. Aunque Danielle no solo era hermosa, sino que también era tremendamente talentosa… –Cerré los ojos y me imaginé a Danielle en el estudio de baile, ataviada con un tutú rosa pálido y apoyada *en pointe* en la barra–. Era *primo ballerina*…

–*Prima* –corrigió Danielle.

–Efectivamente. –Me contuve para no buscarle a mi Danielle ficticia un desgraciado accidente con un arabesco demasiado largo de por medio–. Pero, por desgracia, ser tan talentosa y hermosa convirtió a Danielle en el objetivo de unos cobardes desgraciados que odiaban tanto a los demás como a ellos mismos. En otras palabras: unos abusones –proseguí.

Danielle asintió entusiasmada, como si aquello le hubiese pasado de verdad a ella.

–Y uno de esos matones era una niña que se llamaba… Tomaszetta.

–Qué nombre más raro… –apostilló Danielle.

–Tomaszetta era una chica rara. Mentía y era mezquina y dada a tener arrebatos violentos.

–¿Y qué aspecto tenía? –preguntó Danielle.

En mi cabeza, fue cobrando forma la extraña imagen de Tomasz en femenino.

–Era muy musculosa, ancha de espaldas y con el pelo corto y negro.

Tal como esperaba, Danielle estaba horrorizada.

–Tomaszetta se moría de ganas de representar el papel principal en la adaptación de *El lago de los cisnes*, pero Danielle había estado maravillosa en la audición. Además, no habría resultado creíble un cisne que más parecía un *bulldog*. Por primera vez desde que nos conocíamos, Danielle se rio. Y verla y escucharla me hizo absurdamente feliz. Me apresuré a seguir, no fuese a perder el favor de mi público. –Tomaszetta se puso furiosa cuando se enteró de que Danielle había conseguido el codiciado papel y que, para más inri, a ella le había tocado ser el diabólico Von Rothbart.

Eso hizo que a Danielle le entrase otro ataque de risa. Ya saboreaba la victoria, ¡estaba a un paso de metérmela en el bolsillo!

Envalentonada, mi imaginación empezó a fluir y seguí urdiendo una trama en torno a los métodos, cada vez más desesperados, a los que recurrió Tomaszetta para intentar sabotear la *très belle* representación de Danielle.

–Por desgracia, y al contrario que Danielle, Tomaszetta no tenía el don de la inteligencia –dije sonriendo para mí con suficiencia. Aquella historia no solo le estaba levantando el ánimo a mi público, sino que

estaba siendo tremendamente terapéutica también para quien la contaba. Sonreí al recordar la primera lección de Solly, sobre cómo una historia ha de ser transformadora tanto para el narrador como para el oyente–. Al contrario que Tomaszetta, Danielle tenía «fabulosidad», fuerza y astucia de sobra.

En un momento dado, Marguerite volvió a nuestro catre, pero Danielle la mandó callar. Cuando llegué al emocionante desenlace de mi historia, en el que Tomaszetta trataba de sabotear la actuación de Danielle la noche del estreno untándole mostaza dentro del traje, oí risas provenientes de los catres de alrededor y me di cuenta de que también me habían estado escuchando otras mujeres. Terminé la historia con Danielle haciendo el papel de su vida, a pesar de que no paraba de sudar y de que olía a pollo con mostaza. Mis compañeras de dormitorio me hicieron una ovación, aunque el mejor premio fue la sonrisa radiante de Danielle. Era increíble lo que ganaba cuando no fruncía el ceño. Era como si tuviese una luz interior. Ver su transformación me recordó el poder de contar historias y me hizo resplandecer a mí también. –Ha sido maravilloso –exclamó Marguerite–. ¡Y qué divertido!

–Se ha inventado esa historia para mí –la informó Danielle, orgullosa.

–No hay duda de que tiene una imaginación portentosa –comentó otra mujer.

–Cómo no iba a tenerla, si es la escritora Claudette Weil, la autora de las novelas de Aurélie –anunció Marguerite con orgullo.

Cuando lo dijo, se me escapó una mueca de dolor; pero me alivió comprobar que las mujeres acogían la noticia con una alegría sincera.

–Me encantan esos libros –dijo una de ellas.

–Aurélie es mi ídolo –dijo otra sonriéndome desde el lado opuesto de la habitación–. Ojalá pudiese ser tan fuerte como ella. Bien sabe Dios que ahora mismo me iría bien algo de su carácter peleón.

Y aquello despertó un coro de susurros de aprobación.

–Todas podemos ser como Aurélie –dije sin pensar.

–¿A qué se refiere? –preguntó Marguerite.

–Pues a que todas tenemos la oportunidad de sobreponernos a la adversidad.

–Siempre y cuando pongamos en práctica nuestra «fabulosidad», fuerza y astucia –dijo Danielle, repitiendo como un loro aquella frase de su historia.

–¡Justo! –exclamé, feliz de haberle dejado huella.

–¿Puede inventarse una historia para mamá? –me preguntó Danielle apuntando a Marguerite–. ¡Por favor!

–Sí, venga, cuéntenos otra historia –rogó la mujer del catre de al lado–. Nos ayudaría a sacudirnos el aburrimiento.

–Bueno, si insiste…

–Insistimos –dijeron a dúo Danielle y Marguerite.

–Primero, tiene que hacerte unas cuantas preguntas –le explicó Danielle a su madre, atribuyéndose el papel de mi asistente–. Son preguntas para definir al personaje –añadió dándose importancia.

–Qué curioso –contestó Marguerite sonriéndome agradecida y articulando un «gracias» por encima de la cabeza de su hija.

No se imaginaba hasta qué punto les estaba yo agradecida. De alguna forma, sentía que mi antiguo yo contador de historias recuperaba la chispa en aquella habitación asquerosa donde no había más que piedra y paja. Y era como reencontrarse con un amigo del alma al que hacía tiempo que no veía.

Capítulo 13

París
Julio de 1942

Durante dos días, añadimos un nuevo elemento a la rutina diaria en Drancy y a mi tristemente infructuosa búsqueda de Solly. Por la tarde y por la noche, las mujeres de nuestro dormitorio se reunían en torno a mi catre y yo elegía a una a la que hacerle las preguntas para definir al personaje. Luego, creaba una historia a partir de ellas. Muy pronto, vi en esas preguntas una oportunidad para recordarles a mis compañeras quiénes eran fuera de aquel lugar y añadí a la lista: «¿Cuál es tu mayor sueño?» y «¿qué te suscita curiosidad?».

Al principio, algunas mujeres se mostraban reticentes. El miedo parecía haber estrangulado sus sueños y su curiosidad. Pero mi recién estrenada asistente, Danielle, acudió al rescate dándoles un empujoncito o sugiriéndoles preguntas. Luego, yo me encargaba de tejer una historia con sus respuestas, una historia que las convirtiese en heroínas cortadas por el mismo patrón de Aurélie: llenas de «fabulosidad», fuerza y astucia.

Antes de ponerme a ello, siempre me entraba el miedo a que la inspiración me abandonase cuando más la necesitaba, aunque confiaba en el proceso. Era como si las historias tuviesen vida propia y yo fuese una simple transmisora, como cuando escribía sobre Aurélie. Y daba gracias por tener algo que me distrajese de todo lo que estaba sucediendo. Con tanta gente como estaba llegando tras la redada, flotaban en el aire dos preguntas que rebotaban por el patio: ¿cuándo tenían pensado reubicarnos? ¿Dónde lo harían?

Había rumores de todo tipo sobre el destino de los anteriores detenidos en Drancy. Algunos –a menudo, los más mayores– insistían en que el Tercer Reich les había concedido a los judíos una patria en el este de Europa. Yo no le otorgué el más mínimo crédito a aquello. Hitler y sus nazis habían dejado claro lo que opinaban de nosotros; bajo ningún concepto iban a perder el tiempo proporcionándonos un

territorio en el que asentarnos. Otro rumor decía que los habían enviado a campos de trabajo. Y aquello sí que me resultaba más creíble. El tercer rumor –que traté de apartar de mi mente– apuntaba a que los habían conducido a la muerte. Por muy segura que estuviese de que los alemanes no tendrían escrúpulos en matarnos, no lo veía factible. ¿Cómo se suponía que iban a matar a tantos judíos a la vez? Y entonces, una mañana de finales de julio, nuestros peores temores se hicieron realidad. Al pasar lista, nos informaron de que habían seleccionado a algunos de nosotros para «reubicarnos». Un silencio aturdido se extendió por el patio, roto únicamente por el sonido de una risa infantil suspendida en el aire caliente y calmo, más allá del campo. Un doloroso recordatorio de que al otro lado de la alambrada la vida seguía su curso normal. Noté que Danielle, que estaba a mi lado, se echaba a temblar e, instintivamente, enlacé su dedo meñique con el mío. Me lo apretó fuerte a modo de respuesta.

Sin sentir ni padecer, escuché con los músculos agarrotados como leían cientos de nombres, esperando y preguntándome si le llegaría el turno al mío. Y así fue: Claudette Weil. Danielle hizo más fuerza con el dedo. Luego, leyeron su nombre y el de Marguerite. Al menos, estaríamos juntas. Aunque eso no suponía ningún consuelo. Hubiera preferido que se quedasen en Francia, seguramente habría sido más seguro. El resto del recuento se me pasó volando. A las que habíamos sido seleccionadas para el traslado nos indicaron que fuésemos a coger nuestras cosas y que acudiésemos a una zona acordonada junto a la alambrada.

En el dormitorio, no había rastro de la cháchara mañanera habitual. Todas estaban pálidas como la cera, hasta las que no habían sido seleccionadas, pues sabían que solo era cuestión de tiempo que nos deportasen a todas. Que las dejasen estar por ahora no haría sino prolongar su agonía.

Miré a Danielle, preocupada por que los últimos acontecimientos la sumiesen en su versión lacrimógena, pero me sostuvo la mirada con entereza a la vez que se mordía el labio inferior.

–¿Estás bien? –susurré.

Asintió. Luego, negó con la cabeza.

–Tengo miedo –susurró.

–No pasa nada por tener miedo, siempre y cuando no te olvides de que eres Danielle Très Belle y de que estás llena de «fabulosidad», fuerza y astucia –respondí.

–No lo haré –contestó, convencida, y le di un abrazo.

Marguerite, que se había encargado de guardar sus escasas pertenencias en la maleta, me cogió la mano.

–Tenemos que permanecer unidas las tres –dijo.

–Por supuesto. Como las tres mosqueteras –respondí.

–Con tal de que me dejéis ser D'Artagnan… –dijo Danielle. –Pues claro –contesté, encantada de cederle mi ansiado papel de heroína de capa y espada para tenerla contenta. Nos despedimos de las mujeres que se quedaban. Había intentado no pensar en Tomasz desde que nos habíamos visto en el patio, pero no pude evitar preguntarme si, en calidad de juguetito de los guardias, se habría librado de que lo seleccionasen también. En ese caso, nuestros caminos no volverían a cruzarse. «Y menos mal», pensé con un poso de amargura.

Una vez fuera, nos condujeron a la zona demarcada. Los guardias nos ladraban órdenes: primero, que nos moviésemos rápido; luego, que nos quedásemos quietas. Supervisando la operación, había una masa gris de soldados alemanes que nos miraban desde la distancia. Me revolvió el cuerpo ver a los guardias franceses golpeándonos con la culata de sus fusiles y montando un despliegue para sus jefes supremos, los nazis, como queriendo decirles: «¿Veis? Podemos ser tan odiosos como vosotros».

Les eché un vistazo a los demás deportados. Algunas de las personas más mayores se habían vestido con sus mejores galas. De la cadavérica percha de aquellos hombres colgaban trajes anchos; y las mujeres llevaban sombreros y vestidos elegantes a pesar de las arrugas. Algunas hasta habían hecho el esfuerzo de pintarse los labios. Me preguntaba si la edad madura volvía más optimista a la gente; quizá, simplemente se resistiesen a creer que el mundo se había convertido en un lugar así de horripilante. No había rastro de Solly, pero no perdía la esperanza de que, si aún estaba allí, su nombre no estuviese en la lista.

Aparcada en la carretera que daba al frente del campo, vi una fila de viejos autobuses y camiones del ejército con sus lonas de camuflaje en tonos grises y verdes. Así era como tenían pensado sacarnos de aquel sitio. Levanté la vista hacia el guardia de la torre de vigilancia más cercana, y me sorprendió de nuevo el aire de pesadilla de aquel panorama. ¿Cómo podía la gente de Drancy pasar de largo ante tal espectáculo? ¿Cómo podían tolerar que aquello sucediese delante de sus narices? ¿Tanto nos odiaban? ¿O era solo cobardía? Puede que fuese un poco de todo. Me hervía la sangre ante tamaña injusticia.

Entonces, de refilón, vi algo que me infundió nuevos ánimos: un hombre mayor, plantado de espaldas a mí un poco más allá y apoyado en un bastón. Había algo en la curvatura de sus hombros que me resultaba familiar. ¿No sería…? ¿Podía ser…?

Fui avanzando metiéndome entre la gente.

–¿Solly?

El hombre ni se inmutó.

–¿Solly? –lo llamé otra vez, un poco más alto, y noté que se sobresaltaba. Al darse lentamente la vuelta, vi su larga barba blanca y grité de alegría–: ¡Solly!

–¡Etty! –pronunció mi nombre con su voz temblorosa–. ¡Etty, mi querida Etty!

Un segundo después, estaba abrazándolo con todas mis fuerzas. Luego, me separé de él para estudiar su rostro. Afortunadamente, no se le veía mucho más frágil que la última vez.

–¡Ay, qué contento estoy de verla y cuánto lo siento! –exclamó.

–Lo mismo digo –respondí–. Me puse a buscarlo en cuanto supe que lo habían detenido. Hasta vine aquí. Antes de que me trajesen, me refiero. Le escribí una carta.

–Ah, sí, la recibí. –Sonrió–. Y me costó no pocas explicaciones…

–¿A qué se refiere? –pregunté, temiendo haberle causado algún problema.

–Sobre mi pasado como vigilante de leones.

–¡Ay!

Me eché a reír. Con todo lo que había pasado desde entonces, se me había olvidado mi arranque de imaginación para ganarme al guardia.

Marguerite y Danielle consiguieron abrirse paso hasta nosotros y se las presenté a Solly. Ojalá no hubiese sido en tales circunstancias. Me encantaba la idea de que pudiesen llegar a conocer y querer a Solly tanto como yo. Sobre todo, Danielle. Le habría venido muy bien su mirada sabia sobre las cosas de este mundo.

–Tenemos que estar juntos –dije cogiéndolo del brazo–. Ahora que lo he encontrado, que no se les ocurra volver a separarnos.

–Veremos –dijo en su habitual tono enigmático–. Pero, pase lo que pase, será para bien.

Me quedé mirándolo, pensando en cómo podía ser tan optimista en un momento así. ¿Qué parte de todo aquello sería para bien?

–¡Moveos, judíos de mierda! –gritó un guardia que, obviamente, quería quedar bien con los alemanes.

Me centré en ayudar a Solly a mantenerse en pie en la avalancha que se produjo a continuación, mientras que Marguerite le pasaba el brazo por los hombros a Danielle para protegerla.

Fue un alivio que nos arreasen a los cuatro hasta el mismo camión. Estaba tan contenta de haber encontrado a Solly que ni siquiera me importaba que fuésemos tan apiñados que no pudiéramos ni sentarnos o tener idea de adónde íbamos. –Apóyese en mí si le hace falta –le dije.

–Gracias, querida.

Cuando el camión echó a andar a trompicones calle abajo, atisbé por una grieta que había en un lateral y vi a una mujer con pañoleta que caminaba a paso ligero a nuestro lado y cargaba una cesta en el brazo. Un niñito correteaba junto a ella cogido de su mano. Señaló el camión y le dijo algo a la mujer. Ella negó con la cabeza, cortante, y miró fijo al frente. Hubo algo en aquella escena que me caló hasta el tuétano. Para nuestros convecinos parisinos, no solo nos habíamos vuelto invisibles: era como si nunca hubiésemos existido. Minutos más tarde, alguien se animó con una emocionante ejecución de *La marsellesa*. Al ir uniéndose más voces, quise ver un rayo de esperanza. Quizá si hacíamos suficiente ruido los habitantes de Drancy ya no podrían ignorarnos. Quizá les tocase la fibra sensible.

«A las armas, ciudadanos –canté con todas mis fuerzas–. ¡Formad vuestros batallones! ¡Marchemos, marchemos!». Pero, claro está, no pasó nada. El camión siguió circulando y nuestras voces fueron apagándose. No creo que haya oído nunca un silencio tan lleno de temor como el que vino después.

Unos minutos más tarde, llegamos a Bourget-Drancy, una pequeña estación anodina en la que esperaba un único tren, un tren de mercancías formado por vagones para transportar ganado. –Me niego a creer que vayan a hacernos viajar en eso –dijo una mujer en algún punto a mis espaldas.

Oí que alguien se echaba a llorar.

Me giré para mirar a Danielle y vi que tenía la vista fija en el frente. Se mostraba sombríamente decidida. Le di un apretón en el brazo, y me sonrió agradecida.

–¿Adónde cree que nos llevan? –susurró Marguerite.

–A Pitchipoi –respondió alguien.

–¿Qué es Pitchipoi? –pregunté.

Sonaba a lugar mágico, como sacado de un cuento de hadas. –Es un nombre imaginario que se inventaron los judíos polacos –me explicó Solly.

–¿Un nombre imaginario para qué? –pregunté, confundida. –Para denominar ese sitio al que van a mandarnos –respondió.

Se me paró el corazón. El nombre «Pitchipoi» sonaba demasiado alegre para lo que los alemanes nos tenían preparado, fuese lo que fuese. Quizá se trataba de eso: de que sonase tranquilizador.

–Tenemos que permanecer juntos –insistí cogiendo del brazo a Solly por un lado y, por el otro, a Danielle.

Delante de nosotros, una mujer en avanzado estado de gestación se puso a gemir cuando la sacaron a empujones del camión.

–¡Cállate! –le gritó un guardia.

Y, como seguía llorando, la zurró en el estómago con la culata del fusil.

–¡No! –grité y di un paso al frente, pero Solly tiró de mí–. Tengo que hacer algo –dije entre dientes.

–¿Y que le peguen a usted también… o algo peor? –respondió.

Sentía que estaba entrando en un círculo vicioso, mezcla de miedo, indignación y terror, y me iba sumiendo en la desesperación más profunda.

–Recuerde lo que le conté sobre las enseñanzas del gran rabino Pinhas de Korets: debemos compensar su falta de amor –susurró Solly.

Guardé silencio un momento.

–De acuerdo. Pero si esos bestias le ponen un dedo encima, no respondo de mis actos. Lo siento.

Soltó una risita, y, para mi sorpresa, vi que tenía los ojos empañados de lágrimas.

–Me alegro tanto de que hayamos vuelto a encontrarnos, Etty. Usted es como una hija para mí. Aunque, con los años que llevo a cuestas, quizá sería más preciso decir «nieta». –¡No! Yo quiero ser su hija –solté con los ojos también empañados–. Gracias.

En cuanto bajamos todos del transporte, los guardias empezaron a arrearnos en grupos de cien. Afortunadamente, los cuatro mosqueteros conseguimos mantenernos juntos; a lo lejos, en la plataforma, se montó una algarada cuando separaron a una pareja que parecían ser hombre y mujer. –¡Por favor! –suplicó la mujer de rodillas–. Por favor, déjenme viajar con él.

Pero, en lugar de apiadarse de ella, uno de los guardias se puso a remedar sus lamentos y le dio un puntapié para que se levantase. Al negarse, cargó el rifle; la gente contuvo el aliento. –Súbete al tren o te mato, judía de mierda –gritó el guardia. Tratando de seguir el consejo de Solly, me giré para mirar a Danielle. Le temblaba el labio inferior.

–Recuerda: «fabulosidad», fuerza y astucia –le susurré, y ella asintió.

Por fortuna, la mujer hizo lo que le ordenó el guardia. Sin embargo, un silencio horrible se apoderó de la plataforma mientras todos nos imaginábamos lo que podría haber ocurrido y lo que todavía podía ocurrirnos a cualquiera de nosotros.

Nos dieron a cada uno un trozo de pan reseco y grisáceo; luego, fueron metiendo a empellones a los grupos en los vagones de ganado. En la cola para montarnos, Marguerite me agarró la mano.

–Si me pasa algo, cuide de Danielle, por favor –me dijo muy bajito al oído.

–No va a pasarle nada –dije con más convicción de la que sentía–.

No si puedo evitarlo. Además, usted es Marguerite la Magnífica –añadí para recordarle la historia que había inventado para ella en Drancy.

Marguerite me devolvió una sonrisa apagada y nos subimos al vagón. Mis ojos tardaron un instante en acostumbrarse al contraste entre aquella oscuridad y el sol resplandeciente del exterior. Estaba tan abarrotado como el camión que nos había conducido a la estación. O puede que más. Aunque no teníamos ni idea de adónde nos llevaban, estaba segura de que era fuera de Francia. ¿Seríamos capaces de sobrevivir a un viaje en aquellas condiciones?

Un guardia colgó un cubo en la pared detrás de nosotros. –La letrina –anunció con una risita.

–Ay, no –murmuró Danielle.

–No pasa nada, no pasa nada –respondí, no tanto para ella como para mí.

En cuanto mis ojos fueron acostumbrándose, eché un vistazo a mi alrededor. La única luz provenía de dos ventanitas: una en la parte delantera del vagón, hacia la derecha; la otra, en la parte de atrás, a la izquierda. Ambas estaban atravesadas por barrotes.

–Creo que no puedo respirar –boqueó Danielle.

Afortunadamente, los cuatro habíamos ido a parar cerca del lateral derecho del vagón. Encontré una grieta en la madera y se la señalé a Danielle.

–Céntrate en mirar hacia fuera –le dije con la esperanza de que aquello la distrajera de los horrores del interior.

–¿Dónde está Dios? –lamentó alguien cuando cerraron la puerta de un golpe a nuestras espaldas y oímos que pasaban el pestillo.

Instintivamente, miré hacia Solly.

–Dios no nos ha hecho esto. Han sido los hombres.

Con el vagón cerrado y bloqueado, costaba cada vez más aguantar el calor del sol del mediodía.

–¡Agua, necesitamos agua! –empezó a pedir la gente, pero no sirvió de nada.

Cuando el tren por fin se puso en marcha con una sacudida, casi sentí alivio. Por lo menos, al movernos, nos entraría algo de brisa por las dos ventanitas.

–Creo que necesito sentarme un poco –dijo Solly. Le ayudé a deslizarse hasta el suelo apoyando la espalda en la pared y me acuclillé a su lado–. Ay, Etty, casi se me olvida: me encontré con ese hombre al que andaba buscando –añadió, y se le iluminó la mirada.

–¿Qué hombre? –lo miré sin mirar.

–El boxeador, Tomasz. Me preguntó por él la primera vez que nos vimos, ¿se acuerda?

–Ah, sí –dije y se me encogió el corazón.

–¿Qué sucede? –preguntó Solly al ver la expresión de mi cara.

–Digamos que ya no me interesa encontrarlo.

Frunció tanto el ceño que sus pobladas cejas blancas se convirtieron en una.

–¿Y eso por qué?

–Pues porque es una persona despreciable.

Solly negó con la cabeza.

–Quizá me esté equivocando de persona. ¿Tomasz Zolanvari? –Sí, el mismo. ¿Dónde se encontró con él?

–En Drancy. Me pareció un hombre estupendo.

–¿Un hombre estupendo? –Sentí una punzada de celos infantiles. ¿Cómo podía dejarse embaucar por Tomasz un hombre sabio como Solly?–. Entiendo, por supuesto, que no estaba al corriente de los tejemanejes que tenía con los guardias de allí: peleaba a cambio de prebendas.

–Sí, lo sé –asintió Solly.

–¿Y aun así piensa que es un buen hombre?

Me quedé mirándolo, incrédula.

–Claro que sí.

–Pero ¿acaso no lo convierte eso en un egoísta? ¿No era una forma de traicionarnos a los demás?

Ahora era Solly el que se mostraba perplejo.

–Es que no usaba esas prebendas en beneficio propio.

–¿Qué quiere decir?

–Las utilizaba para ayudar a otros. Para salvarme a mí.

Capítulo 14

Francia
Julio de 1942

—¿Qué quiere decir con que las usó para salvarlo? –pregunté mientras el vagón de ganado seguía con su traqueteo.

–Me salvó la vida poco después de que yo llegase a Drancy –respondió Solly–. Me había enfrentado a un guardia que estaba pegándole a una mujer. Sacó la pistola y a punto estaba de pegarme un tiro cuando intervino Tomasz.

–¿Cómo?

–Le dijo al guardia que parara, cosa que hizo. Más tarde, descubrí que era un boxeador reputado y que ello le proporcionaba cierto poder. A partir de entonces, se hizo cargo de mí. Los guardias le daban más comida a cambio de combates, pero siempre nos la distribuía a mí y a otros dos de los más viejos de nuestro dormitorio.

Bajé la vista a mi regazo. El calor y las sacudidas del tren me revolvían el cuerpo.

–No era consciente de eso –murmuré–. Cuando me enteré de que estaba consiguiendo prebendas, perdí los estribos. Le dije cosas horribles.

–Ay, querida mía. –Solly negó con la cabeza–. Se alegró tanto de saber que la conocía… Me preguntó muchas cosas sobre usted.

Fruncí el ceño. Si Tomasz tenía tanto interés en saber de mí, ¿por qué se había comportado de una manera tan horrible después de nuestro beso? No tenía ningún sentido.

–Apuesto a que no le contó que hace tiempo mató a alguien –le espeté.

Sabía que era poco cortés por mi parte sacar aquello a colación, pero no pude evitarlo: estaba enfadada y confusa. Solly acusó el golpe.

–No, no me lo contó.

–Pues lo hizo, sí. –Se me subieron los colores–. Es que no me gustaría que creyese que era un héroe sin tacha, nada más –añadí tratando de no sonar tan petulante.

–¿Y quién lo es? –Solly me dedicó una sonrisa melancólica–. Nada ni nadie es así de perfecto. Como en la historia del granjero y los caballos.

–¿Qué historia? –pregunté, ansiosa de repente por perderme en una

de las historias moralizantes de Solly. Al otro lado del vagón, se había desatado una discusión porque alguien ocupaba demasiado espacio. Las tiré de la falda a Marguerite y a Danielle y les hice un gesto para que se sentasen y nos acompañasen–. Solly va a contarnos una de sus historias –les dije en cuanto se agacharon a nuestro lado, con las rodillas contra el pecho.

–¿Y son tan buenas como las suyas? –preguntó Marguerite. –Mucho mejores –respondí–. Más sabias.

–Bah, eso es mucho decir. –Solly esbozó una tímida sonrisa y, a continuación, se aclaró la garganta–. Hace mucho, mucho tiempo, hubo un granjero que tenía solo un caballo. Pero, un buen día, el caballo se escapó. «Qué desgracia», dijo el vecino del granjero al enterarse de lo que había pasado. «Gracia o desgracia, quién sabe», respondió el granjero.

–¡Justo lo que usted diría! –le dije a Solly.

Sonrió.

–Gracias. Con todo, al día siguiente, el caballo del granjero estaba de vuelta y traía con él un bonito semental salvaje. «Ahora tiene dos caballos, ¡qué agraciado!», exclamó el vecino. «Gracia o desgracia, quién sabe», respondió el granjero. Y, poco después, el hijo del granjero estaba montando fuera el caballo cuando este corcoveó y lo tiró al suelo. Así, se partió una pierna. «Qué desgracia», dijo el vecino cuando se enteró.

–Déjeme adivinar –interrumpí–. El granjero dijo: «Gracia o desgracia, quién sabe».

–Es asombroso: ¿cómo lo ha sabido? –bromeó Solly, y le sacó una sonrisa a Danielle–. Entonces, estalló una guerra y, como el hijo del granjero tenía la pierna rota, evitó que lo llamasen a filas.

–Eso es tener suerte –dijo Danielle.

–Buena suerte, mala suerte, quién sabe –dijimos a coro Solly y yo, y los cuatro nos echamos a reír.

–¿Lo ve? –dijo Solly, mirándome directamente–. Es imposible adivinar qué puede ocurrir con algo o alguien. Yo pensaba que marcharme hoy de Drancy era una muy mala noticia, pero me he encontrado de nuevo con mi querida Etty, y ahora tengo a tres mujeres maravillosas que me escuchan contar una historia; con lo cual, bien podría decir que, sin embargo, ha sido una muy buena noticia.

Sin venir a cuento, se me empañaron los ojos de lágrimas. –Le quiero mucho, Solly –susurré, acercándome a él.

Cogió mi mano entre las suyas.

–Y yo a usted, querida mía.

Cuanto más se alargaba el viaje, más necesitaba confiar en el relato de Solly. Al aumentar el calor, también lo hizo el hedor proveniente del cubo que hacía las veces de excusado; la cháchara dentro del vagón fue perdiendo fuelle. «Gracia o desgracia, quién sabe», repetía en mi cabeza una y otra vez al ritmo del retumbar del tren en las vías. «Pero ¿cómo es posible que de esto salga algo bueno?», intervenía la voz de mi conciencia. De cuando en cuando, me levantaba para estirar las piernas y mitigar los calambres. Me asomaba por los barrotes de la ventana y miraba aquel trocito de cielo a lo lejos. Pensé en lo que Solly me había contado sobre Tomasz. Al margen de lo desagradable e hiriente que hubiese sido conmigo al besarnos, lamentaba lo que le había dicho en Drancy. Ojalá no hubiese ido a buscarlo a la Pletzl. Si me hubiese conformado con nuestro primer encuentro, habría guardado de él un bonito recuerdo. Ahora, cualquier pensamiento relacionado con él estaba teñido de amargura.

«¿Qué haces pensando siquiera en él? –me regañé a mí misma–. Tienes problemas más acuciantes de los que encargarte. Como, por ejemplo, qué va a ser de nosotros en este viaje». Hacía horas que no nos daban de beber, y yo no paraba de imaginar torrentes y cascadas de agua cayendo a borbotones. Lo único positivo de estar deshidratada era que no tenía ganas de ir al baño. Aunque tampoco hubiese podido. El cubo está lleno ya y su contenido salpicaba por el borde con cada sacudida del tren.

–No me encuentro bien –murmuró Danielle, verbalizando así lo que estábamos pensando el resto.

El tufo a sudor, excrementos y orina se estaba volviendo insoportable. Fue decirlo y oí a alguien vomitando al otro lado del vagón, lo que provocó un grito ahogado entre la multitud, horrorizada.

–¡Me ha vomitado en el vestido! –se quejó una mujer, y se armó una pequeña disputa.

Era curioso ver lo rápido que la camaradería desaparecía en circunstancias así de adversas. Curioso… y deprimente. –¿Creen que van a matarnos? –preguntó una mujer mayor. *–Ribono shel olom, ribono shel olom…*

Un hombre de barba larga y negra empezó a rezar con los brazos en alto, como si intentase bajar de los cielos a Dios para que viniese a socorrernos.

«Gracia o desgracia, quién sabe», repetí para mí una vez más.

Por fin, el crepúsculo se impuso e hizo que cayesen las temperaturas. Como también cayó el silencio a medida que la fatiga se fue abriendo paso. Mordisqueé el pan que me quedaba, y la boca se

me secó todavía más. Entonces, el tren empezó a aminorar la marcha.

–¿Nos estamos deteniendo? –preguntó alguien.

–¿Ya estamos en Alemania? –voceó otro.

El tren se paró y oí voces de hombre en alemán que venían de fuera. Esperamos y esperamos, pero no pasó nada. La gente empezó a pedir agua a gritos. Entonces, se oyó un grito desde el siguiente vagón y una voz femenina que gritaba: «¡Está muerta!». ¿Quién estaba muerta?

Marguerite, Danielle y yo nos miramos con ansiedad. Luego, desviamos la mirada hacia Solly, como si él pudiese darnos una respuesta o, al menos, unas palabras de consuelo. Pero se limitó a cerrar los ojos. En la oscuridad creciente, su piel llena de arrugas había adquirido un tono cetrino; y fue horrible, porque, por un momento, dio la impresión de que también él se había muerto. Se me pasó por la cabeza un pensamiento terrorífico: ¿y si no había tales campos de trabajo?, ¿y si nos habían metido en aquellos vagones para ganado con el objetivo de dejarnos allí hasta que nos muriésemos de hambre?

«¡No seas ridícula! –me regañé a mí misma–. ¿Cómo van a deshacerse de tantos cuerpos?».

Después de lo que me pareció una eternidad, oímos que descorrían el pestillo y abrían las puertas.

–Ay, gracias a Dios –voceó un hombre entre las tinieblas. –Necesitamos agua –gritó alguien con un hilo de voz.

Un guardia nos chilló algo en alemán. No sabía lo que decía, pero, por su tono agresivo, intuía que no era nada bueno. Sin embargo, nos permitieron salir fuera, lo cual fue un alivio. La mayoría de nosotros gemía de dolor y se frotaba las extremidades tras pasar tanto tiempo agachados. Uno de los soldados alemanes plantó un cubo de agua en el suelo a nuestros pies y nos entregó un par de tacitas. Cuando la gente empezó a pelearse por las tazas, se echó a reír. El odio se apoderó de mí, negro y denso como el alquitrán.

Rodeando a Solly con un brazo para intentar protegerlo de la marabunta, conseguimos por fin abrirnos paso hasta el cubo. Apenas quedaba agua, pero pude rebañar media taza y se la pasé. Tomó un sorbo y me la devolvió.

–Tome un poco más –insistí.

–No, tómesela usted. Yo estoy bien.

Aunque no daba la impresión de que lo estuviese. Parecía una planta que ha estado expuesta demasiado tiempo al sol y empieza a languidecer.

Afortunadamente, llegó un soldado con otro cubo de agua y pudimos beber una taza cada uno. De todas formas, me conmovió

profundamente que hubiese estado dispuesto a sacrificar su agua por mí. En medio de tanta oscuridad, Solly se las había apañado para liberar una chispa de bondad y amor. Me resultaba inspirador, y me hice el firme propósito de esforzarme más en no dejar que el odio se apoderase de mí.

En un suspiro, volvieron a meternos en el vagón. Tras haber respirado el aire fresco del atardecer, el hedor a vómito y excrementos era más difícil de soportar si cabe. Me costó dominar las arcadas. Menos mal que mi grupo de cuatro mosqueteros consiguió hacerse de nuevo con un sitio relativamente cómodo en la parte delantera del vagón, aún más cerca de la ventana. Mientras nos acomodábamos, Danielle se giró hacia mí con los ojos abiertos de par en par, desesperanzada.

–¿Cuánto cree que va a durar este viaje? –preguntó.

–No lo sé –respondí buscando su mano para darle un suave apretón–. Pero va a salir todo bien. Nos tenemos los unos a los otros.

Una mujer mayor se echó a llorar a mis espaldas.

–Tengo las piernas cansadas, me duele tanto la rodilla… –sollozó.

–Siéntese en mi sitio, anda –dije ofreciéndole mi puesto al lado de Solly junto a la pared. Entonces, se me ocurrió que, en medio de aquel caos, quizá podríamos dar con la forma de ayudarnos mutuamente–. ¿Por qué no hacemos sitio a la gente mayor en los laterales para que se arrimen? –voceé. Casi esperaba la callada por respuesta o alguna protesta, pero, para mi regocijo, hubo murmullos de aceptación y, poco a poco pero con decisión, fuimos organizándonos hasta alcanzar cierto orden: los mayores y los discapacitados sentados junto a las paredes; la gente joven, de pie en el centro. Me las apañé para buscar un punto desde el que pudiese ver a Solly, y la mirada orgullosa que me dedicó me hizo olvidarme de lo que me dolían las piernas.

En cuanto el tren se puso de nuevo en marcha, un hombre propuso que los jóvenes nos turnásemos para estar de pie, ya que había margen para que la mitad de nosotros se sentase a la vez. Así, dimos por inaugurado un sistema de turnos: dos horas sentados y, luego, dos horas de pie, que pasaron a ser tres durante la noche. Mientras el tren seguía con su traqueteo, a mí me reconfortaba pensar que, a pesar de todo, habíamos encontrado la manera de conservar la dignidad y de cuidarnos los unos a los otros.

Por desgracia, para cuando llevábamos dos días de viaje, los ánimos habían empezado a flaquear. Habíamos conseguido otro cubo como «letrina», pero no tardaron en llenarse ambos. La pobre Danielle, que estaba de pie a mi lado, había aguantado tanto que terminó orinándose encima.

–No pasa nada, solo es orina –le susurré, tratando de consolarla, pero era evidente que estaba al límite de sus fuerzas, y eso me preocupaba.

Acabé contándole una historia fantástica sobre nuestro destino, Pitchipoi, un país lleno de castillos, unicornios y dragones en el que vivía una princesa guerrera y valiente llamada Danielle Courageuse. Afortunadamente, le sirvió de distracción. Ojalá no estuviese arrullándola con una falsa sensación de seguridad. Tuve el presentimiento de que en el Pitchipoi real no nos esperaban más que monstruos.

Al final, nuestro viaje duró tres días y tres noches. No hicimos más paradas para tomar agua ni nos dieron más comida. Hacia la noche del segundo día, estaba ya convencida de que el tren seguiría circulando hasta que todos estuviésemos muertos. Para cuando se paró –chirriando y con una sacudida que hizo que los que estábamos de pie perdiéramos el equilibrio–, nos hallábamos en un estado de estupor confuso, gravemente deshidratados y débiles a causa del hambre.

–¿Hemos llegado a Pitchipoi? –inquirió Danielle con la voz quebrada.

–No lo sé –respondí sin querer alimentar sus esperanzas. –Espero que sí –susurró Marguerite.

Me giré y vi su cara iluminada por un rayo de sol que entraba por los barrotes del ventanuco. Estaba tan pálida y demacrada que era como ver un fantasma.

Solly estaba sentado con los ojos cerrados murmurando una oración.

Un hombre que estaba de pie a nuestro lado echó un vistazo a través de un grieta en el lateral del vagón.

–¿Qué lugar es este? –susurró sin aliento.

Oí el gruñido de un perro y se me encogió el estómago. Dimos un brinco cuando sentimos un golpe contra el lateral del vagón, como si alguien le hubiese dado con una barra metálica. Entonces, descorrieron el pestillo y abrieron la puerta de par en par. El sol inundó el interior. Pestañeé para acostumbrarme a él tras horas y horas en la penumbra. Cuando recobré la visión normal, vi a un soldado alemán vestido con el uniforme negro de las SS que reculaba tapándose la boca con la mano, sin duda, por culpa del hedor que él mismo había liberado. Otro guardia, que llevaba de la correa a un perro que gruñía, nos gritó en alemán. Una vez más, fui incapaz de entender lo que decía, pero quedaba claro que quería que saliésemos del tren. Cogidas de la mano, Danielle, Marguerite y yo nos acercamos a Solly.

–¿Se encuentra bien? –pregunté, ayudándole a incorporarse.

–Sí, querida, estoy bien. –Me sonrió. Sin embargo, cuando vio nuestro comité de bienvenida entre gritos y gruñidos, se le apagó la sonrisa–. Así que esto es Pitchipoi.

–Debemos permanecer juntos. Que no nos separen –dije, y me tembló la voz intentando mantener bajo control mi creciente sensación de pánico.

–Etty, siempre estaremos juntos. –Solly levantó su mano artrítica y nudosa a la altura del pecho–. Para eso está el amor. Nos mantiene unidos, incluso en la muerte.

–No diga eso –protesté, pero él siguió sonriendo con su calma y su astucia habituales.

–El amor no lo miden los relojes, Etty; lo mide el corazón. Que no se le olvide.

Estaba demasiado aturdida para ponerme a pensar en lo que me decía.

Lentamente, nos dirigimos hacia la puerta. Teníamos los miembros entumecidos y los ojos deslumbrados por el sol. Esperaba que el tren se hubiese detenido en una estación, pero nos habíamos parado en una vía única en medio de ninguna parte.

–Habéis llegado a vuestro destino: el *Arbeitslager* de Auschwitz –anunció en francés con acento alemán uno de los guardias con un megáfono–. Dejad vuestras pertenencias en el vagón. Las recuperaréis luego, en el campo.

–¿Y si no nos las devuelven? –susurró Danielle mientras Marguerite dejaba su maleta en el suelo–. Llevo ahí toda mi ropa, y necesito cambiarme.

Bajó la mirada a la mancha de orina seca en su vestido.

–Estoy segura de que lo harán –respondió Marguerite–. Al fin y al cabo, no creo que quieran encargarse de vestirnos a todos, ¿verdad?

Danielle asintió.

–¿Lleva en ella algo de valor que pueda guardar en el bolsillo? –le pregunté a Solly mientras dejaba la suya.

Negó con la cabeza.

–Lo único que tengo de valor es usted.

Fue tan bonito que lo expresase así, y a mí me gustó tanto oírselo decir, que me imaginé de nuevo una chispa de amor revoloteando entre nosotros.

–Gracias. Lo mismo digo –susurré a modo de respuesta. –¡Poneos en filas de cinco! –vociferó el guardia por el megáfono cuando nos apeamos del tren.

Suspiré aliviada. Con un poco de suerte, los cuatro mosqueteros podríamos seguir juntos.

–Los hombres, a la derecha; las mujeres, a la izquierda –prosiguió el guardia.

Agarré bien fuerte a Solly de la mano, tan frágil; pensar en que teníamos que separarnos y él se quedaría solo en aquel sitio se me hacía insoportable.

Un hombre vestido con algo parecido a un pijama de rayas azules y blancas a juego con un gorro se abrió paso entre la multitud en nuestra dirección y entró en el vagón del que acabábamos de bajarnos. ¿Quién era? ¿Y por qué llevaba vestido aquel pijama sucio? Empezó a lanzar las maletas fuera del vagón. Marguerite hizo un gesto de dolor cuando la suya golpeó contra el suelo.

–Los hombres, a la derecha; las mujeres y los niños, a la izquierda. En filas de cinco –repitió el guardia.

Apareció otro hombre vestido con aquel extraño pijama y le gritó algo a Solly en alemán. Me fijé en que llevaba un triángulo verde cosido en la pechera de su camiseta y, sobre él, una tira de tela blanca con un número impreso.

–¡Basta! –chillé cuando el hombre trató de empujar a Solly hacia la derecha.

–Shh –me susurró Solly–. No pasa nada. Estaremos juntos aquí, no lo olvide.

Se dio unos golpecitos en el pecho.

Asentí. Aunque, cuando se fue arrastrando los pies para unirse a los hombres, tuve que morderme el labio para no echarme a llorar.

Aparecieron más guardias con perros que no paraban de darles dentelladas a sus correas y de tirar de ellas entre gruñidos. ¿Adónde nos habían traído? Miré a mi alrededor, pero era difícil saberlo: no veía nada más que el tren y una masa de gente aturdida tratando de formar una fila.

Marguerite y yo flanqueamos a Danielle, que parecía estar a punto de desmayarse. La mujer de la rodilla dolorida que se había sentado junto a Solly se pegó a nosotras, así como una joven embarazada a la que no había visto antes. Me sonrió asustada, y no pude evitar un escalofrío solo de pensar en estar embarazada en aquel lugar.

Un joven que llevaba puesto un pijama con manchas de suciedad pasó a nuestro lado. Luego, se detuvo y dio la vuelta. –¿Cuántos años tienes? –le preguntó a Danielle en francés. –Catorce –respondió ella.

–Si te preguntan, di que tienes dieciocho –murmuró él antes de volver con los compañeros que estaban sacando del tren el equipaje.

–¿Por qué iba a decir que tengo dieciocho? –preguntó Danielle.

–No lo sé, pero creo que deberías hacer lo que te ha dicho –contesté–. Parecía que intentaba ayudar.

–Vale –contestó Danielle sin convencimiento.

Despacio, fuimos avanzando como pudimos siguiendo las instrucciones de nuestros carceleros. Miré más allá de las filas que teníamos delante y vi una línea de guardias, hombres y mujeres, que dirigían a la gente a izquierda y derecha. Por lo que deduje, a la izquierda iban, básicamente, las mujeres y los niños. Allí, los esperaba una caravana de camiones. Los hombres iban a la derecha. Supuse que nos llevarían a barracones separados. Pero, al llegar Solly a la cabeza de la fila que teníamos delante, uno de los guardias tiró de él y le ordenó que fuese a la izquierda, con las mujeres. A pesar de todo, aún cabía lo posibilidad de que pudiésemos estar juntos. Sin embargo, vi que enviaban a dos mujeres que iban delante de mí a la derecha, con los hombres.

Al llegar al frente de la fila, traté de mantener la cabeza erguida ante la mirada de los guardias, aun sabiendo que tenía un aspecto horrible y que, probablemente, olía igual de horrible. Me recordé que los animales allí eran los guardias y no nosotros.

Una guardia se acercó y repasó nuestra fila de arriba abajo. –¿Cuántos años tienes? –le preguntó a Danielle.

Aguanté la respiración. ¿Qué le contestaría? ¿Haría esa respuesta que nos separasen?

–Dieciocho –tartamudeó Danielle.

La guardia frunció el ceño durante un segundo, como si le costase creerla.

–Nació en junio de 1925 –intervino Marguerite.

–¿Y tú eres…? –preguntó la guardia, mirándola de arriba abajo.

–Su madre –contestó Marguerite con ímpetu.

–De acuerdo. Tú, a la izquierda. –La guardia le hizo un gesto a Marguerite antes de volver su gélida mirada hacia Danielle–. Y tú, a la derecha.

–A la derecha –me dijo a mí un guardia–. Y vosotras dos, a la izquierda –les dijo a la embarazada y a la mujer mayor. –No –gritó Danielle–. Quiero ir con mi *maman*.

–No pasa nada –dije cogiéndola del brazo–. Estoy segura de que volveremos a reunirnos pronto. –Le dediqué una sonrisa tranquilizadora a Marguerite–. No pasa nada. Yo cuidaré de ti hasta que nos reunamos otra vez.

–Gracias –respondió Marguerite antes de dejarse arrastrar hacia la izquierda.

Por lo menos, ahora podría cuidar a Solly. Lo imaginé diciendo: «¿Gracia o desgracia?».

–Pero no quiero dejar a *maman*…

A Danielle le empezó a temblar el labio inferior.

–¡A la derecha! –ladró el guardia y le zurró a Danielle con la porra.

–¡Shh! –le susurré–. Tenemos que hacer lo que nos mandan. No va a pasar nada. Se llevan en esos camiones a la gente más vieja y más débil, simplemente.

Sabía que debía confiar en que cuidarían de ellos, pero, en el fondo, no podía evitar sentir pánico ante la perspectiva de separarnos.

Miré hacia la izquierda, desesperada por ver por última vez a Solly, aunque fuese de refilón. Localicé su silueta encorvada moviéndose con dificultad hacia los camiones. «Por favor, que se dé la vuelta –deseé con todas mis fuerzas–. Por favor». Necesitaba ver su sonrisa tranquilizadora por última vez. Y, como si pudiese escuchar mis pensamientos, miró por encima del hombro y me sonrió.

«Volverás a verlo –dije para mis adentros mientras dos guardias lo aupaban a la parte de atrás del camión–. Pues claro que sí». Sin embargo, y a pesar de aquel calor asfixiante, me recorrió un escalofrío.

Capítulo 15

Auschwitz
Agosto de 1942

Aquellos a quienes nos habían ordenado que fuésemos hacia la derecha estuvimos caminando a trompicones durante no sé cuánto tiempo hasta que al fin surgió ante nosotros una extensa estructura de ladrillo rojo. Al acercarnos a la verja, vi que sobre ella había una inscripción con las letras en hierro forjado: ARBEIT MACHT FREI. En esa época, yo no sabía qué significaban aquellas palabras, claro está. De haberlo sabido, me habría chocado la ironía de dicha proclama: «El trabajo nos hace libres». Todo ello, rodeado de torres de vigilancia y de vallas coronadas de alambre con un sinfín de espinas. –¿Qué clase de lugar es este? –susurró Danielle cuando estábamos llegando a la verja.

Oí una melodía de música clásica, y descubrí una escena de lo más extraña: formando un semicírculo, una banda, cuyos miembros iban todos ataviados con aquellos raídos pijamas, tocaba una pieza conmovedora mientras caminábamos a su encuentro. La presencia de todavía más guardias de las SS con sus caras de perro me hizo entender que la música no estaba pensada para darnos la bienvenida por todo lo alto. El aire estaba saturado de un olor horrible, peor incluso que el del tren, que se intensificaba a medida que nos acercábamos. No sabría decir a qué olía.

–Primero, iréis a ducharos –dijo en francés uno de los guardias cuando cruzamos la verja.

Danielle y yo nos sonreímos aliviadas. La perspectiva de eliminar de la piel el hedor y la tensión de los últimos tres días me parecía un sueño y les dio fuerzas a mis cansadas piernas para seguir avanzando. Caminamos más allá de unas filas de edificios bajos y largos, y nos hacinaron en un gran patio cuadrado. Allí, nos ordenaron de nuevo que formásemos filas de cinco. Danielle me cogió de la mano tan fuerte que sentí sus uñas clavándoseme en la palma. Otro hombre en

pijama con un parche en forma de triángulo colgado del pecho y un brazalete que decía «Kapo» se nos echó encima y nos separó las manos con su porra.

–¡Au! –protestó Danielle.

Él le gritó algo en alemán y, a continuación, señaló una chimenea alta que planeaba sobre los edificios que teníamos al lado. Vomitaba al cielo una nube densa. Detrás de mí, oí que alguien soltaba un grito ahogado, y me pregunté qué habría dicho el hombre para desencadenar tal reacción. A esas alturas, ya me había quedado claro algo: iba a tener que aprender alemán si quería sobrevivir en aquel lugar.

Uno de los guardias de las SS vino y se dirigió a nosotros, otra vez en alemán. Luego, nos condujeron a los hombres y a las mujeres a nuestros respectivos edificios.

–Debe de tocarnos ahora pasar por la ducha –le murmuré a Danielle con la esperanza de animarla.

Tenía la boca tan reseca que solo pensaba en abrirla bajo el chorro de agua y tragarme toda la que pudiese. Pero, en cuanto entramos en el edificio, se me cayó el alma a los pies. Blandiendo un látigo, una guardia les gritaba a las que ya estaban allí mientras se quitaban la ropa.

–¿Dónde están las duchas? –preguntó Danielle mirando a su alrededor desesperadamente–. ¿Por qué se desnudan? –Creo que primero tenemos que desvestirnos –respondí. –Pero…

–Es lo que hay –dije, cortante.

Odiaba verme obligada a hablarle de aquel modo, pero no me gustaba nada la pinta de aquella salvaje del látigo.

Paralizada por la impresión, empecé a desabotonarme el vestido y me quité los zapatos. A regañadientes, Danielle hizo lo propio. Había confiado en que nos dejarían quedarnos en ropa interior, pero otra guardia –en este caso, con pijama a rayas– le arrancó la braga a una mujer y se rio al verla intentando cubrirse el pecho. Unos cuantos guardias entraron en la habitación y se pusieron a burlarse y a gritarnos, riéndose cada vez que alguien se echaba a llorar.

Vestida solo con la ropa interior, cogí a Danielle por los brazos y la miré a los ojos.

–Imagínate que estás en otra parte –siseé apretando los dientes–. Imagínate que estás en una historia de Danielle Très Belle. Tienes que echar mano de tu fuerza.

No supe qué más decirle. En aquellas circunstancias, ella necesitaba imperiosamente a su madre. Desesperada, miré a nuestro alrededor, esperando ver a Marguerite. Por desgracia, no había rastro de ella.

Danielle se quitó la falta y la blusa. Le temblaban muchísimo las manos. ¿Por qué había tenido que insistirle en que mintiese sobre su edad? Si no lo hubiese hecho, aún estaría con su madre. Le sonreí para infundirle ánimos y se quitó el sujetador. Uno de los hombres le dedicó una sonrisita llena de suficiencia y me voceó algo, pero fingí que no lo había oído. Me acordé de una escena que había escrito en la que Aurélie se estaba cambiando en el camerino durante un espectáculo en el Moulin Rouge y había un mirón escondido detrás del biombo que la observaba mientras ella se ponía otra ropa. Aurélie reaccionaba manteniendo la calma y pidiéndole que se desnudase él también. Aquello lo cogió tan desprevenido que salió huyendo. En nuestro caso, ni en broma nos serviría, aunque bien podía echar mano del descaro de mi heroína. Me quité la ropa interior y me quedé plantada con los brazos cruzados sobre el pecho. Le hice un gesto a Danielle para animarla y siguió mi ejemplo tímidamente. La idea de que la hiciesen desnudarse a sus catorce años en una habitación llena de extraños, entre los cuales había algunos hombres, me resultaba repulsiva, pero podía oír a Solly dentro de mi cabeza implorándome que mantuviese la calma. Nos condujeron a empujones hasta el fondo de la sala, donde nos esperaba una hilera de mujeres de pelo rapado vestidas con pijamas y con tijeras en ristre. Cuando empezaron a trasquilarle el pelo a las primeras de la fila, oí que Danielle soltaba un grito ahogado.

–Por favor, Etty –suplicó.

–No te preocupes, volverá a crecer –murmuré.

Fue lo mejor que se me ocurrió. Entre el susto, la fatiga y el hambre, la cabeza me daba ya vueltas.

Un guardia me agarró y me empujó a una de las sillas. A mi espalda, una mujer comenzó a trasquilarme el pelo a mechones. Miré impasible mientras los rizos oscuros iban cubriendo el suelo. Por mi bien y por el de Danielle, no pensaba permitir que me minasen la moral.

–¡Muy *chic*! –proclamé en cuanto terminó, toqueteándome los pinchitos.

Un par de mujeres me sonrieron entre lágrimas, pero Danielle siguió poniendo cara de horror.

Un guardia se acercó y me hizo levantarme, separándome las piernas con su porra. La bravuconería se me acabó al instante. ¿Qué van a hacer conmigo? Una mujer con una cuchilla se agachó delante de mí y se puso a afeitarme el vello púbico, haciéndome cortes en la piel. Encogiéndome de miedo, intenté pensar en la historia del granjero de Solly, pero no veía la manera de hacer pasar aquello por

«buenas noticias». Apareció otra mujer con un trapo viejo que olía a gasolina y me embadurnó con él mi ahora yerma zona púbica. Me revolvió el cuerpo pensar que Danielle lo estaba viendo todo, a la espera de que le hiciesen lo mismo. Costase lo que costase, no debía dar muestras de debilidad. Sin embargo, cuando me giré con intención de transmitirle todo mi aliento, estaba mirando al vacío, sin duda catatónica de la impresión que se había llevado.

Una vez rapadas, nos llevaron a otra habitación. Instintivamente, nos pegamos a las paredes, tan desnudas y sin pelo como un maniquí de una tienda de ropa. Lo único que quedaba del precioso pelo caoba de Danielle eran unos penachos de color que se le desprendían del cuero cabelludo. Traté desesperadamente de pensar en algo motivador que decirle, rezando para que el espíritu de mi buena amiga Aurélie se apoderase de mí.

–El pelo te volverá a crecer –dije cogiéndole la mano–. Pero a esos monstruos nunca les irá a más su nivel de humanidad. A mi lado, una mujer murmuró dándome la razón y empezó a tararear *La marsellesa* por lo bajo. Me fijé en que tenía en el estómago una marca de nacimiento del tamaño de un franco. Qué raro se hacía estar desnuda delante de una extraña. –Además, ahora llevas el pelo tan corto que podemos apreciar esos pómulos magníficos que tienes –añadí, girándome hacia Danielle.

–¿De verdad?

Una minúscula partícula de esperanza le devolvió un poco de vida a la mirada.

–¡Pues claro! Ya me gustaría a mí tener esa carita de corazón. Calva como estoy, seguro que parezco un huevo con patas.

Danielle sonrió sin demasiadas ganas.

–No se parece en absoluto a un huevo, y sus ojos parecen más grandes que nunca.

–¿Me estás diciendo que me parezco a una rana?

Al verla sonreír más abiertamente, se me alegró el corazón y me imaginé que su risa liberaba una chispa de luz que iba flotando hasta el techo.

–Vamos a hacer lo siguiente: seguir apoyándonos la una a la otra, por muy mal dadas que vengan.

Danielle asintió.

Un par de guardias entró en la habitación y se pusieron a reírse de nosotras, señalando a algunas mujeres y haciendo comentarios en alemán.

«Mantén la calma. Tranquila», me insté a mí misma. Pensé en la historia que Solly me había contado sobre Hillel, el hombre que nunca

jamás perdió la paciencia. Me preguntaba qué habría hecho él en esta situación. Una cosa era que te hiciesen preguntas irritantes cuando estabas intentando lavarte el pelo y otra muy distinta la provocación que teníamos que soportar.

«Debemos compensar la falta de amor que traen al mundo. –Oí la voz de Solly dentro de mi cabeza–. Céntrese en Danielle». Enlacé su meñique con el mío y apreté fuerte. Una guardia entró y nos ladró algo en alemán.

–Nos llevan a las duchas –dijo la mujer de la marca de nacimiento al ver mi desconcierto–. Le ahorraré lo demás. –Gracias. Creo que puedo suponerlo –respondí mientras la guardia continuaba gritando una sarta de insultos, obviamente.

Nos metieron a empujones en otra habitación y, sin previo aviso, empezó a chorrearnos agua encima. Abrí la boca, reseca, y a punto estuve de echarme a llorar del alivio que sentí. Pero, en cuestión de segundos, cortaron el agua y se acabó la ducha.

–*Raus! Raus*! –gritó la guardia desde la puerta. Tomé nota mentalmente de que *raus* debía de significar «daos prisa» o «salid».

Nos llevaron afuera –completamente desnudas como estábamos–, y el calor del sol no tardó en secarnos la piel húmeda. Luego, formamos una sola fila y entramos en otra habitación, en la que nos esperaban sentados hombres y mujeres vestidos con aquel extraño pijama cochambroso. Esta vez, me tocó ser la primera de la cola, con Danielle justo detrás. Me ordenaron que me acercase a uno de los hombres, que llevaba un triángulo rojo cosido en el pecho con la letra «P» en el centro. Se me puso la piel de gallina al verme obligada a sentarme delante de él completamente desnuda y no fui capaz de mirarlo a la cara. Cogió un instrumento metálico y me sujetó el brazo izquierdo. Al acercarme el instrumento al brazo, empezó a emitir un zumbido y sentí una especie de quemazón.

–¿Qué me está haciendo? –pregunté, tratando de disimular el dolor.

Me dijo algo en una lengua extranjera que me pareció polaco. Al contrario que el resto de la gente que me había encontrado hasta el momento en el campo, su tono era amable y me sujetaba el brazo con suavidad. Cuando terminó, vi que me había grabado en la piel un número con tinta negra.

–Este número… Esto usted ahora –me dijo en su precario francés–. Esto su identidad.

De la impresión, me quedé mirándolo fijamente hasta que Danielle se echó a llorar del dolor al empezar otro hombre a hacerle el tatuaje. Así que, además de transportarnos en vagones para ganado y de arrearnos como ovejas, nos marcaban como si fuéramos ganado. «Los

animales son los alemanes por comportarse de esta manera», me recordé a mí misma, pero me costaba cada vez más no dejarme dominar por el miedo y la desesperación. ¿Cómo era posible que sucediese aquello? ¿Cómo habían podido permitir que sucediese?

Afortunadamente, nos reuniríamos muy pronto con Marguerite y Solly. Algo era algo. Supuse que, dado que los habían devuelto al campo en camiones, ya habrían pasado por la humillación del proceso de registro. Temiendo que me entrase un arrebato de furia, intenté no pensar en el pobre Solly cubriendo su desnudez.

A continuación, nos llevaron a otra habitación en la que nos esperaba más gente en pijama –era así como pensaba en ellos– junto a pilas de, aparentemente, trapos por el suelo. El aire estaba cargado de un extraño olor rancio. No tardamos en darnos cuenta de que lo que parecían pilas de trapos eran, en realidad, nuestra nueva ropa… y la fuente de aquel olor. Nos dieron a cada una un par de mudas enormes y deformadas que se nos bajaban hasta las rodillas, una camiseta interior, una bufanda, un vestido y una chaqueta con las ya familiares rayas azules y blancas. Mi vestido estaba húmedo y olía a moho. Al ponerme la chaqueta, reparé en una salpicadura que tenía en el pecho de algo que parecía sangre. Nos despacharon con un par de zuecos de madera basta. Los míos llevaban una tira de cuero en el empeine que me cortaba la piel, ya que me quedaban algo pequeños. Pero no estábamos en una *boutique* de París y los guardias no tardaron en dejarnos claro que bajo ningún concepto admitirían cambios. La pobre Danielle nadaba en su chaqueta, varias tallas más grande de la que le correspondía. Finalmente, nos condujeron a una habitación en la que nos mandaron que nos cosiésemos una estrella de David amarilla en la pechera de nuestra chaqueta junto con una tira blanca que llevaba el número que nos habían marcado en el brazo. Cuando le dije *«merci»* a la mujer que me dio aguja y carrete, me devolvió una sonrisa triste.

–¿Ha venido desde Francia? –susurró en francés.

–Sí. ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

–Diría que un par de meses.

–A dos amigos que llegaron conmigo los metieron en camiones. –Eché un vistazo por encima del hombro para asegurarme de que no había ningún guardia aficionado a los porrazos mirándonos–. ¿Sabe adónde han podido llevarlos y cuándo volveremos a vernos?

Se le borró la sonrisa y se puso lívida.

–Lo siento mucho –susurró.

–¿Por qué?

–Porque no volverá a verlos.

–¿A qué se refiere?

Traté desesperadamente de mantener la compostura.

–Van de camino al cielo.

–¿Cómo que al cielo? –La miraba conmocionada–. ¿Cómo es posible?

–Las chimeneas –susurró antes de girarse para darle a otra persona una aguja y carrete.

Tuve que dominarme para no sacudirla y pedirle explicaciones, pero era tremendamente consciente de la presencia de Danielle a apenas unos pasos de mí, cosiéndose la estrella de David en su inmensa chaqueta. Por supuesto que no habían matado a Marguerite y a Solly. No tenía sentido. Repasé el proceso de selección intentando recordar a quién más habían mandado a la izquierda. La mayoría eran mujeres de mediana edad y los mayores y niños que habían transportado con nosotros. Se me encogió el estómago como si me hubiesen hecho un nudo en él. Por supuesto que no habían matado a niños inocentes.

Pensé en la chimenea que sobrevolaba el campo y escupía aquel humo denso, en el extraño y nauseabundo olor que planeaba sobre el lugar. Había supuesto que se trataba de una antigua fábrica. Si mi estómago no hubiese estado tan vacío, sin duda habría vomitado cuando tomé conciencia de la horrible realidad.

«¡Ay, Solly!», lloré en silencio con el corazón partido.

Capítulo 16

Auschwitz
Agosto de 1942

Como pude, conseguí controlarme y guardarme el duelo para mí. Ahora más que nunca, tenía que ser fuerte por Danielle; además, cabía la posibilidad de que aquella mujer estuviese equivocada. No había pruebas de que hubiesen matado a la gente de los camiones. Y había tanta… Era totalmente imposible que los hubiesen matado así de rápido. Sin duda, habríamos oído los disparos antes de que los enviasen al crematorio, si eso era realmente aquella extraña chimenea. ¿O no? Salimos fuera, y unos de esos que iban en pijama y llevaban la palabra «Kapo» en el brazo nos colocaron otra vez en filas de cinco. El hecho de que usásemos la misma ropa –aunque sus pijamas eran de la talla adecuada y estaban más limpios y aseados– podría indicar que también estaban presos, pero que, de algún modo, habían alcanzado posiciones de poder. Debía de tener algo que ver con el sistema de parches. La mayoría de ellos llevaba un triángulo verde. Me dio la impresión de que el olor acre que flotaba en el ambiente se había intensificado, pero no estaba segura de si era porque el humo era más denso o porque yo era más consciente de él a raíz de lo que me habían contado.

«No pueden estar muertos –me dije–. No pueden estarlo». Después de una eternidad, nos hicieron cruzar el campo y nos condujeron más allá de lo que parecían hileras y más hileras de edificios bajos y largos. De cuando en cuando, alguien tropezaba o se echaba a llorar del agotamiento y recibía por respuesta gritos de los Kapos y la amenaza de probar su porra. En algún punto del camino, nos encontramos con una procesión de hombres con el uniforme a rayas. Estaban tan delgados y pálidos que era como ver una procesión de marionetas esqueléticas articuladas por unos hilos invisibles. Se me pasó por la cabeza algo terrorífico: ¿y si aquello no era ningún campo de trabajo, sino una especie de campo de hambruna? A fin de cuentas, no nos

habían ofrecido ni un cuscurro desde que estábamos allí.

Por fin, nos detuvimos a las puertas de uno de los edificios largos de madera. Uno de los Kapos, una mujer baja y achaparrada, con los ojos demasiado juntos y enfundada en una versión mucho más limpia del uniforme a rayas, apareció en la entrada y empezó a ladrarnos instrucciones en francés con un fuerte acento alemán.

–Soy su Blockalteste, la líder de vuestro bloque. Estoy a cargo de estos barracones, vuestro nuevo hogar. A partir de este momento, comeréis, dormiréis y viviréis aquí.

Al mencionar la palabra «comer», sentí un alivio inmenso y a mi estómago se le escapó un gorgoteo en señal de protesta. –Dentro de un instante, os proporcionarán una cuchara y un *Schüssel* –prosiguió la Blockalteste–. Teniendo en cuenta que sois todas unas asquerosas ladronas judías, es muy probable que os los roben. En dicho caso, no recibiréis recambio alguno. Así que yo en vuestro lugar me ataría el *Schüssel* a la cintura y guardaría la cuchara en el bolsillo. ¿Entendido? Unas asintieron, otras murmuraron en señal de acuerdo. A mí me había quedado clarísimo. Si perdíamos nuestro cuenco, no nos darían comida. A esas alturas, casi deliraba del hambre y la simple idea se me hacía insoportable. Defendería aquel cuenco con uñas y dientes.

Cuando nos metieron en el edificio, lo primero que pensé es que parecía un establo, con sus marcos y vigas de madera. La única luz que entraba provenía de una serie de ventanucos en la parte alta de las paredes. En cuanto mis ojos se acostumbraron a la penumbra, vi un bloque de cemento que recorría el centro de la habitación a media altura y, a ambos lados, unas literas con tres catres de madera. Algunos aún estaban ocupados, y aquella gente nos miraba impasible. Al igual que los hombres con los que nos habíamos cruzado, sus rostros estaban macilentos.

–Cada uno a su catre. La comida se servirá dentro de poco –gritó la Blockalteste.

Sin duda, su posición de poder llevaba aparejadas raciones extra: tenía la cara más bien rellena.

Avanzamos por los estrechos pasillos que rodeaban el bloque central de cemento. Una mujer nos hizo señas desde uno de los catres de arriba para que siguiésemos hacia el fondo, donde había algunas camas vacías. No había suficientes para todas, así que tendríamos que apretarnos.

–Ven, vamos a coger ese –le dije a Danielle, enfilando hacia un catre bajo en la parte de atrás.

–¿Y qué pasa con mamá? –dijo cuando nos acomodamos. Entre el catre que ocupábamos y el de en medio, encima de nuestras cabezas,

había poco más de medio metro de distancia, así que tuvimos que encorvarnos para poder sentarnos–. ¿Adónde habrá ido? ¿Cuándo vendrá?

–Ya nos lo contará. Estoy segura de que pronto la tendremos aquí –contesté con la mandíbula tensa y rezando por que lo que había oído no fuese cierto y que en cualquier momento apareciese Marguerite por la puerta.

Desde el centro del barracón, alguien dejó escapar un lamento tan angustioso y desgarrador como el de un animal en su estertor final. Danielle se hizo un ovillo, y yo la rodeé con el brazo.

–Dígame que no es cierto –vociferó una mujer mientras otra entonaba ya el *kadish*.

–¿Qué sucede? –preguntó la mujer de la marca de nacimiento en el estómago, que se había instalado en el catre de arriba.

–Dicen que han matado a toda nuestra familia –contestó alguien–. A los que montaron en los camiones. Se los llevaron para matarlos. De ahí viene el olor. Están quemando sus cuerpos.

–¡No! –Danielle lanzó un grito ahogado–. ¡No, no, no!

La Blockalteste irrumpió en el barracón blandiendo su porra.

–¿Qué pasa aquí? –gritó–. ¡Silencio!

Todo el mundo se calló, a excepción de la mujer que estaba diciendo el *kadish*, que siguió cantando en voz baja.

–Él, que hace reinar la armonía en los cielos, nos dará paz a nosotros y a todo el pueblo de Israel –entonó–. Y decid: «Amén».

–Amén –sonó a coro en el barracón.

Qué bien sentaba pronunciar aquella palabra en alto, como un pequeño gesto de desafío.

La Blockalteste se plantó ante la mujer que rezaba y, cogiéndola del cuello de su chaqueta a rayas, la tiró del catre y le estampó la porra en la cabeza. La mujer se desplomó en el suelo entre gemidos.

–Llévensela –les ordenó la Blockalteste a dos Kapos con sus triángulos verdes que habían aparecido en la puerta detrás de ella.

Danielle empezó a sollozar en silencio.

Las Kapos levantaron a la mujer y la sacaron del edificio. Tenía los ojos cerrados y le corría la sangre por un lado de la cara. Me quedé mirando la mancha de sangre de mi chaqueta. ¿Era así como había llegado hasta allí? ¿Uno de aquellos presos todopoderosos le había pegado en la cabeza a su anterior propietaria? ¿Llevaba puesta la ropa de una muerta? ¿Sería verdad que Solly y Marguerite estaban muertos? Tenía la cabeza llena de preguntas que clamaban por una respuesta.

–¿Es eso cierto? –sollozó Danielle–. ¿Mamá está muerta? –¡Shh! –

siseó alguien–. Si quieres salir con vida, más te vale no hacer preguntas.

Abracé a Danielle y le di un beso en su cabeza esquilada. ¿Cómo iba a estar muerto Solly? Si acabábamos de reencontrarnos… Ojalá pudiese volver a aquel momento en el camión y decirle lo mucho que lo quería. ¿Se lo había dicho? Empezaba a tener lagunas. «El amor no lo miden los relojes, Etty; lo mide el corazón». El recuerdo de sus palabras apenas me aliviaba. La posibilidad de que Solly y Marguerite hubiesen muerto era demasiado terrorífica para aceptarla.

–¿Cómo puede permitir esto Dios? –murmuró alguien.

–Dios no existe. Los alemanes lo han demostrado –respondió otra mujer.

Pensé en lo que me había contado Solly sobre Dios y su pérdida de control al crear el mundo, haciéndolo vulnerable al caos y al mal. ¿Se trataba de una antigua leyenda o tenía algo de cierto? ¿Era más importante que nunca el *tikún olam* ahora que parecíamos haber descendido a los infiernos?

–No pasa nada, aún nos tenemos la una a la otra –le susurré al oído a Danielle.

–¡Pero yo no te quiero a ti! ¡Quiero a mi mamá! –me espetó, deshaciéndose de mi abrazo–. Si no me hubiese dicho que mintiese sobre mi edad, aún estaría con ella.

Se separó de mí y se refugió en su sitio sin disimular el llanto. Me tumbé bocarriba y me quedé mirando los listones del catre de arriba. Tenía los ojos bañados en lágrimas. Estaba tan deshidratada que saqué la lengua para recogerlas y humedecer con ellas mis agrietados labios. Me pesaba el sentimiento de culpa por haber inducido a Danielle a mentir sobre su edad. Hasta que no se demostrase lo contrario, Marguerite podía estar sana y salva en alguna parte, sin pasar frío. Y Danielle podría haber estado con ella y ahorrarse el trauma. Pero nada de eso parecía muy probable.

«No puedes rendirte. No te rindas», oí a Aurélie animándome dentro de la cabeza. Pero su voz iba apagándose, como si la estuviese perdiendo. O como si me fallase el conocimiento. ¿De qué valía seguir adelante si Marguerite y Solly estaban muertos y Danielle me culpaba de haberla separado de su madre? Más me habría valido que me hubiesen llevado en los camiones. Por lo menos, habríamos estado todos juntos. –¿Se encuentra bien?

La mujer de la marca de nacimiento me observaba desde el catre de en medio.

Me limpié la cara rápidamente.

–No lo sé. ¿Y usted?

–Bueno, he estado en mejores hoteles –bromeó, y se me escapó una sonrisa–. Soy Madeleine –dijo.

Tenía los ojos castaños y almendrados, con toques de ámbar. Su nariz estaba salpicada de pecas.

–Yo Etty –respondí.

–Un nombre muy bonito. Yo odio Madeleine.

–¿Por qué?

–Porque es igual que llamarse como un pastelito. Aunque lo de que nos rebauticen con números me está haciendo ver el nombre de Madeleine con otros ojos. –Miró con aire taciturno el número que llevaba tatuado en el brazo–. Antes dejo que me llamen «Macarrón» que un número.

–Bueno, a mí no me importaría llamarla así.

Le entré al trapo, agradeciendo aquel inesperado paréntesis de luz en la oscuridad.

–Gracias, pero solo si me permite llamarla «Galletita». De esa manera, puede seguir usando Etty como diminutivo. ¿O es por eso por lo que se ha acortado el nombre? ¿También le pusieron el nombre de un dulce?

Y los ojos se le abrieron como platos.

–No es el caso –contesté–. Mi nombre real es Claudette, pero estoy más que dispuesta a cambiármelo por Galletita temporalmente. –Noté que Danielle había parado de llorar, probablemente distraída por nuestra absurda charla sobre pasteles–. Puede que nos sea útil para mejorar el ánimo ponernos de nombre el de nuestro dulce favorito –proseguí–. ¿Qué te parece, Danielle? A ti podríamos llamarte «Pastelito». –¡No soy un estúpido pastel! –dijo de malos modos intentando alejarse de mí.

–¿Son familia? –preguntó Macarrón.

–¡No, no lo somos! –replicó Danielle.

–La separaron de su madre cuando llegamos aquí –susurré. –Uf.

Macarrón me miró aterrorizada.

–¡Por tu culpa! –murmuró Danielle.

Quise puntualizarle que no era yo la única culpable y que, de hecho, había sido aquel francés el que le había recomendado que mintiese sobre su edad y que Marguerite le había dicho al guardia que Danielle tenía dieciocho. Todos habíamos tenido parte en aquel horrible giro de los acontecimientos, pero hacérselo ver a Danielle solo contribuiría a empeorar su estado. Así que mantuve la boca cerrada.

La puerta se abrió, y entraron otra vez dos de las Kapos de la Blockalteste, fortachonas ellas; a la luz de la vela que parpadeaba al fondo del barracón, su aspecto cobró un aire todavía más amenazante.

Una llevaba en las manos una pila de cuencos y un recipiente con cucharas; la otra, una gran olla metálica. La de los cuencos nos ladró algo en alemán. –Quieren que nos pongamos en fila para la comida –dijo Macarro, lanzándose desde su catre.

Nada más oír hablar de comida, me incorporé y salí del catre. –Danielle, nos han traído algo de comer –tanteé poniéndole una mano en el hombro.

–No tengo hambre –murmuró, sacudiéndose mi mano de encima.

–¿En serio? ¿No te apetece ni un cuenco de sopa ni una barra de pan recién horneada?

Le doré la píldora y hasta a mí se me hizo la boca agua.

–¡Qué mujer más irritante! –murmuró, pero se dio la vuelta y salió del catre.

Le hice señas para que se pusiese en la fila detrás de Macarrón y delante de mí con el objetivo de no perderla de vista y asegurarme de que no se metía en líos con el personal arisco que nos esperaba. Con todas las mujeres fuera de sus catres, apenas había sitio para moverse por los estrechos pasillos. –Se ve que hay que dar el número de cada una al llegar al principio de la cola –nos informó Macarrón por encima del hombro. –Vale, gracias –respondí–. ¿Te has enterado? –le susurré a Danielle.

–Pues claro que sí, no estoy sorda. Solo estoy enfadada.

–Bueno, bueno…

«Déjela que se enfade», imaginé que me aconsejaba Solly. «Necesita canalizarlo de alguna manera. Y mejor que sea con usted que con los alemanes».

Macarrón llegó al principio de la cola y leyó su número. Le dieron un cuenco esmaltado rojo y una cuchara y le indicaron que se dirigiese a la Kapo que estaba junto a la olla de hierro. Fuese lo que fuese lo que contuviese, desprendía un ligero olor a verduras, pero no tenía nada que ver con la aromática sopa de cebolla francesa.

Aguanté la respiración cuando le tocó a Danielle y murmuró su número. La Kapo de los cuencos –una mujer con pinta de mezquina, el pelo corto y oscuro y la cara chupada– se puso a gritarle.

–Creo que quiere que le hables más alto –le susurré al oído. Danielle levantó un poco la voz y le repitió el número.

La Kapo le hizo burla poniendo una vocecilla chillona. Se me estaban hinchando las narices, y esta vez no contaba con la voz de Solly para pedirme que fuese con cuidado –o, a lo mejor, la sangre que me bombeaba dentro de los oídos me impedía escucharla–. Di un paso adelante y le espeté el número que llevaba Danielle en la chaqueta.

La Kapo se quedó mirándome y le sostuve la mirada. Sentí

despertarse una parte de mí que tenía olvidada. La parte que había crecido en las calles más peligrosas de Marsella y se había enfrentado a diario con matones como aquella. Levantó la porra y me cruzó la cara. Danielle ahogó un gritó cuando trastabillé. Noté el sabor metálico de la sangre en la lengua y se me pasó por la cabeza si me habría saltado un diente. Afortunadamente, a Danielle le dieron un cuenco y una cuchara y fue a por su sopa.

Recuperé el equilibrio y me situé frente a la mujer con cara de hurón que me había golpeado. Le recité mi número con toda la calma. Al darme el cuenco, se echó hacia delante y escupió en él. Ay, cuánto me habría gustado estamparle el cuenco en la cara y borrarle así aquella sonrisa de suficiencia. Pero pensé en la imagen de la chimenea vomitando humo. Por mucho que Danielle me odiase en ese momento, si a mí me pasaba algo ya no tendría quien se ocupase de ella. «Gracias por el aderezo», imaginé que le decía a la Kapo, poniéndome en la piel de Aurélie, como si aquella fuese una escena escrita para ella. Me sentí un poquito mejor cuando pasé a la otra Kapo y recibí un cucharón de lo que parecía agua sucia de un charco con mondas de patata flotando en ella.

Volví a la litera notando pinchazos en la cara pero decidida a no dar ni una señal de debilidad. Danielle estaba encorvada sobre su cuenco engullendo la sopa. Tenía la esperanza de que se hubiese ablandado al ver que me pegaban, pero seguía negándose a mirarme a la cara y volvió a tumbarse nada más terminar. Por lo menos, había comido. Algo era algo.

Me senté en el borde del catre mirando fijamente el turbio contenido de mi cuenco. Obviamente, en condiciones normales, nunca me habría comido algo en lo que alguien hubiese escupido antes, pero tenía tanta hambre que no veía alternativa. Cogí una cucharada de aquel líquido tibio. Sabía a rayos, aunque el hambre podía más que cualquier cosa, incluido mi orgullo. Fui engulléndolo; me odié con cada cucharada que tomaba y odié todavía más a los monstruos que había en aquel lugar.

Capítulo 17

Auschwitz
Agosto de 1942

Al contrario que en nuestro dormitorio en Drancy, aquella primera noche en Auschwitz no hubo cháchara antes de dormir. Estábamos todas demasiado conmocionadas y exhaustas. Siguiendo la advertencia de la Blockalteste, me guardé la cuchara en el bolsillo y metí el cuenco debajo de la finísima almohada de paja. Lo mejor de estar muerta de agotamiento fue que ni reparé en los insufribles listones de madera sobre los que se extendía aquel colchón fino como papel de liar. Caí en un sueño profundo, y agradecí esa vía de escape.

En algún punto, empecé a soñar con Solly. Me llamaba en la oscuridad, pero no conseguía encontrarlo. Entonces, el sueño dio un salto hasta nuestra llegada al campo y al momento en que nos dijeron que nos quitásemos la ropa. Uno de los guardias empezó a señalarme y a reírse de mí para, a continuación, sacarse el sombrero y dejarme ver que era Tomasz. «¡Sabía que no eras de fiar!», grité. Él se limitó a reírse.

Me desperté sobresaltada por lo que sonaba a alguien saliendo del catre. Oí sus pasos recorriendo el barracón hasta la entrada y, luego, el tintineo del líquido en el metal. Antes de acostarnos, nos habían advertido que no estaba permitido recurrir a las letrinas durante la noche –ni que fuese un gran sacrificio: eran peores que las de Drancy–. Escuchar a alguien vaciar la vejiga hizo que me empezase a doler la mía. Lo cierto es que no me apetecía levantarme del catre, pero cada vez tenía más necesidad de ir al baño. Esperé hasta que quienquiera que fuese volviese a su litera y me escabullí de la mía con cuidado de no despertar a Danielle.

Recorrí de puntillas el barracón hasta llegar a la otra punta, donde estaba sentada una vigilante nocturna o Nachtwache –una prisionera con un triángulo rojo en el pecho–. En la mesilla junto a su silla, parpadeaba una lámpara. Señalé hacia el cubo y asintió. En cuanto me

senté, me entraron ganas de hacer aguas mayores. Tantas que no logré contenerme. Consciente de que la vigilante me estaba observando, se me subieron los colores de la vergüenza.

«Es ella la que debería estar abochornada, no tú», traté de consolarme mientras el eco de mi defecación se expandía en el silencio. Busqué por el suelo alrededor del cubo algo que me sirviese para limpiarme.

–¿Hay papel? –susurré sin caer en ese momento en que quizá no hablaba francés.

La mujer negó con la cabeza, y yo hice un mohín. A punto estaba de levantarme cuando metió la mano bajo su silla y me lanzó una especie de trapo. Lo cogí y vi que eran unos calzoncillos informes.

–Límpiate con eso –susurró.

–Gracias –contesté también entre susurros y me limpié a toda prisa–. ¿Y qué se supone que debo hacer ahora con ellos? –pregunté haciendo ademán de pasarle los calzoncillos.

–A mí no me los des –susurró–. Quédatelos para futuras ocasiones.

Creo que nunca había recibido un regalo de peor gusto, pero, con el paso del tiempo, me di cuenta de que, en Auschwitz, tener un trapo con el que limpiarse no era baladí. Le hice un gesto de agradecimiento y regresé a la otra punta del barracón. Los guardé debajo del catre con la esperanza de que no desprendiesen demasiado olor. Al volver a acostarme, recé para que el sueño se apoderase de mí, pero, después de la vergüenza que había pasado en el cubo, estaba totalmente despejada y con el corazón desbocado. ¿Cómo podríamos lograr sobrevivir a aquel infierno al que nos habían arrastrado? A tanta degradación y humillación… Pensé otra vez en Drancy y en cómo mis historias les habían servido de ayuda a las demás. Pero, por aquel entonces, estábamos todavía en Francia y aún albergábamos la esperanza de regresar un día a casa y recuperar nuestras vidas. Ahora, sin embargo, habíamos llegado a un punto de no retorno. Literalmente. ¿Cómo iba a inventarme historias que alimentasen la esperanza en aquel sitio? A lo sumo, ahondarían en la desesperanza y les recordarían todo lo que habían perdido.

Sentí a Danielle revolverse a mi lado. Tenía que seguir siendo positiva, por mi bien y por el suyo. Le había prometido a su madre –de la que había contribuido a separarla– que cuidaría de ella. Ojalá en su corazón hubiese espacio para perdonarme.

Oí algo de movimiento en la otra punta del edificio, y alguien empezó a repiquetear en los catres y a gritar sin cesar: *«Aufstehen! Aufstehen!»*.

La gente fue saliendo de los catres a trompicones y ocupando el

estrecho pasillo que había delante de las filas de literas. Sacudí a Danielle.

–Creo que es hora de levantarse.

Protestó un poco y se apartó de mí.

–Venga, Danielle.

–Aún es de noche –murmuró.

–Buenos días, Galletita –dijo Macarrón, columpiando las piernas por fuera de su catre.

–Buenos días, Macarrón –respondí–. Venga, Pastelito, hay que levantarse.

Volví a sacudirle el brazo a Danielle.

–¡Que no soy un pastel! –exclamó otra vez de mal humor, pero por fin se levantó.

La Kapo que me había golpeado el día antes estaba allí de nuevo y, en esta ocasión, traía un látigo. Mientras nos gritaba más consignas, vi que las mujeres que entendían perfectamente el alemán buscaban a tientas su ropa en la oscuridad. El pasillo entre las literas estaba ya tan abarrotado que costaba moverse sin darse empujones.

–Tenemos que vestirnos –le dije a Danielle–. Que no se te olvide guardar la cuchara en el bolsillo, y haz así con el cuenco. –Le enseñé a anudarse el cuenco con el cinturón de la bata y me giré hacia Macarrón, que me observaba con curiosidad–. Es el último diseño de Coco Chanel, ¿sabes? –dije tratando de animarla.

–En ese caso, me apuntaré a llevar el cuenco a modo de complemento –respondió echándose a reír y siguiendo mi ejemplo. La Kapo con cara de hurón nos sacó afuera, oscuro como estaba, espoleándonos con el látigo.

–¿Qué hora es? –susurré.

–Definitivamente, demasiado temprano para levantarse –respondió Macarrón.

¿Por qué nos hacían levantarnos en plena noche? Se me aceleró el pulso. ¿Nos llevaban a algún sitio para matarnos? Rodeamos el edificio y la seguimos hasta la letrina en campo abierto, detrás de la que no había más que un mísero grifo. La fantasmagórica luz blanca de la alambrada electrificada iluminaba aquella escena surrealista mientras unas mujeres hacían de vientre y otras se ponían a la cola para usar el grifo. Por turnos, fuimos llenando nuestros cuencos de agua. Algunas tenían tanta sed que se la bebían de un trago. Otras, usaban el agua para lavarse o, más bien, para hacer el gesto simbólico de que por fin se lavaban. Como aún me sentía sucia del viaje, empleé la mía en lavarme las manos y la cara. Macarrón y Danielle hicieron lo mismo.

La Kapo con cara de hurón se puso a gritar y a restallar el látigo a nuestros pies. Decidí sacarle partido al hecho de no entender lo que decía e imaginarme que nos gritaba cosas bonitas como: «¡Ay, qué guapa estás!» o «¡Me encantan los judíos!». Era una tontería, pero me sirvió para no desmoralizarme. Nos arreó de vuelta al barracón, donde nos esperaban la Blockalteste y su otra ayudante con algo de comida, una visión que me llenó de alivio. Nos dieron una rebanada de pan negro a cada una con un ligero rastro de margarina y un poco de achicoria que resultó ser todavía más insípida que la que teníamos en París. Pero qué importaba. Al fin y al cabo, era algo líquido que llevarme a la boca reseca; me lo tragué todo sin miramientos.

Cuando acabamos de comer, nos ordenaron que volviésemos a nuestros catres. Mi Kapo favorita se me plantó delante. Por un angustioso momento, creí que iba a emprenderla a golpes conmigo de nuevo, pero, en lugar de eso, señaló con su porra hacia el catre. Empezó a ladrar instrucciones en alemán sobre algo llamado *«Betten bauen»*, y Macarrón fue traduciéndome al oído.

–Nos está enseñando cómo tenemos que hacer la cama cada mañana.

La Kapo plegó la manta en un cuadrado perfecto y la colocó sobre mi finísima almohada de paja. Luego, ajustó el colchón hasta que lo dejó alineado al milímetro. Ya me estaba alegrando de no tener que hacer mi propia cama cuando le dio por ponerla patas arriba con la porra y, sonriendo con suficiencia, me dijo algo y dio unos golpecitos en su reloj. –¿Qué ha dicho? –le pregunté a Macarrón mientras la Kapo se daba la vuelta y se marchaba.

–Tenemos cinco minutos para hacer nuestras camas con el mismo esmero que ella –contestó Macarrón–. Pero ¿cómo voy a hacer la mía sin estropear la vuestra? Necesito apoyarme en vuestro catre para poder estirar el colchón.

–No pasa nada, hazla tú primero –dije, tuteándola, con la esperanza de que no le llevase mucho tiempo.

Cada segundo que empleaba era un segundo menos para mí, y no me apetecía comprobar lo que la Hurón era capaz de hacerle a quien tardase más de cinco minutos.

Danielle pudo ir empezando por su lado, donde no tenía puestos los pies Macarrón. Mientras aguardaba, parecía que los segundos pasaban cada vez más rápido. Por fin, Macarrón terminó y me puse a la faena. Nunca había puesto mucho empeño en aquella labor, y cuanto más trataba de estirar el colchón por un lado más parecía arrugarse por el otro. Consciente de que se me acababa el tiempo, me dediqué a doblar la manta y la coloqué sobre la almohada justo cuando la Kapo mandó

parar.

Nos plantamos las tres junto a nuestros catres; yo, con el corazón desbocado como si viniese de correr una maratón. Con calma, la Kapo fue recorriendo la sala en nuestra dirección. De vez en cuando, le arreaba un buen bofetón a alguien y le arrancaba un aullido de dolor. Noté que Danielle, a mi lado, se tensaba. Al final, la Kapo llegó hasta nuestras literas. Revisó primero la de Macarrón y le hizo una señal de aprobación casi imperceptible. A continuación, metió las narices en el catre de abajo. Examinó mi cama y vi con gran alivio que asentía. Luego, miró la de Danielle, señaló la manta sobre la almohada y gritó algo.

–Dice que la manta no está recta –me susurró Macarrón al oído.

La Kapo miró a Danielle y volvió a chillar.

–Quiere saber cuál de las dos duerme en ese lado –explicó Macarrón.

Miré a Danielle de soslayo y, antes de que pudiese abrir la boca, dije:

–Yo.

A la Kapo parecía que los ojos le hacían chiribitas del gusto ante la perspectiva de golpearme otra vez. Por mucho que me hubiese escocido, la bofetada no tenía ni punto de comparación con un porrazo suyo.

–Ay, Galletita –dijo Macarrón, apretándome la mano en señal de solidaridad cuando la Kapo se fue dando zancadas. –Está claro que le gusta pegarme –murmuré.

Entonces, sentí algo frío en la otra mano, y, al mirar hacia abajo, vi que Danielle me estaba agarrando.

–Gracias –susurró, y me bastó oír esas palabras y ver su sonrisa empañada de lágrimas para compensar todo el dolor del mundo.

En cuanto terminó la inspección de catres, nos hicieron formar afuera y colocarnos en filas de cinco otra vez. También pusieron a formar a mujeres de los barracones colindantes. Éramos filas y filas de mujeres allí plantadas como bolos en la oscuridad. ¿Cómo habían hecho para capturar a tantas y traerlas hasta ese lugar? ¿Qué tenían pensado hacer con nosotras? Me imaginé que venían soldados alemanes y nos pegaban un tiro con sus fusiles. Pero no apareció ninguno. Cada vez que alguien se salía de la línea o se tambaleaba del agotamiento, se oía restallar el látigo de una Kapo.

Me quedé mirando al cielo y vi una estrella que brillaba más que ninguna que hubiese visto antes. Puede que el agotamiento me hiciese alucinar, pero daba la impresión de que me hacía guiños. Me pareció que era la perfecta representación del consuelo: incluso en la noche

más oscura, se puede hallar una luz brillante que seguir. Mantuve la vista en la estrella mientras las Kapos merodeaban a nuestro alrededor como tigres siguiendo el rastro de una presa, haciendo restallar sus látigos y gritándonos insultos.

«El mundo necesita que compensemos la falta de amor que traen consigo –imaginé que me susurraba al oído Solly–. No deje de buscar la bondad. No deje de liberar chispas de luz». Miré de reojo a Danielle, plantada a mi derecha. Tenía la cabeza caída sobre el pecho. «Sé fuerte –le deseé mentalmente–. Sé fuerte, por favor».

Por fin, apareció la Blockalteste y empezó a pasar lista. Después de una eternidad y de que nos hubiese contado a todas, nos permitieron volver adentro. Suponía que nos habían hecho pasar por aquel embrollo porque era nuestro primer día en el campo, pero una de las mujeres que ya llevaba tiempo allí nos informó de que se trataba de una forma de tortura diaria.

De vuelta en el barracón, nuestra malencarada Blockalteste nos anunció que era hora de trabajar. Nos hicieron formar y marchamos atravesando el campo. El sol iba asomando, y unos tímidos haces de luz se colaban por los huecos que había entre las infinitas hileras de edificios. No había paisaje alguno en aquel lugar infernal ni naturaleza ni variedad de ningún tipo, solo kilómetros y kilómetros de alambrada interrumpida aquí y allá por una torre de vigilancia y más y más hileras de edificios bajos y anodinos. Una vez más, me horrorizaron las dimensiones de aquel sitio; tanto que acabé refugiándome en mi siempre eficaz fantasía y fingiendo que iba caminando por las calles de París. En lugar de torres de vigilancia, me imaginaba la torre Eiffel –quitándole la esvástica–; y, en lugar de barracones sosos y aburridos, me imaginaba bulevares con hileras de árboles y bonitos edificios de viviendas. Sin embargo, de poco me sirvió, como no fuese para recordarme todo lo que había perdido. Todo lo que me habían robado.

En la zona de la verja, nos esperaba una hilera de guardias de las SS. La mayoría llevaban perros que gruñían y enseñaban los colmillos. Algunos se salieron de ella para acompañarnos y nos sacaron del campo para llevarnos por unas tierras igualmente desangeladas. Toda la energía que había ganado con el desayuno se me agotó al poco y empecé a notar las piernas cansadas y pesadas. Sin embargo, no había manera de pararse a descansar; las Kapos y sus látigos y los guardias con los perros, gritando continuamente *«Links! Zwei! Drei!»*, ya se encargaban de eso. Me pregunté una vez más si caminábamos hacia nuestra propia muerte. Pero ¿por qué iban a tomarse la molestia de vestirnos y darnos de comer, de ponerse quisquillosos con la manera de hacer la cama, si su intención era matarnos? Esa era mi forma de

infundirme calma.

En algún punto del camino, nos cruzamos con una procesión de prisioneros similar a la que habíamos visto la víspera. Estaban tan delgados que parecía que su osamenta se replegaba sobre sí misma. ¿Era eso lo que nos esperaba a nosotras? ¿Una proyección de nuestro futuro? Para cuando llegamos a nuestro destino –un terreno pantanoso en medio de ninguna parte–, llevaba los pies sangrando y hechos polvo por culpa de aquellos zuecos que no se me ajustaban bien. Le eché un vistazo a Danielle, a mi lado, con la esperanza de poder ofrecerle una sonrisa de ánimo, pero tenía la mirada vacía y fija en el suelo. Los guardias ladraron unas instrucciones y las Kapos nos dieron a todas una pala y un capacho. Nos dijeron que teníamos que llenar de piedras y lodo unas carretillas sin ruedas y, luego, vaciarlas en una zanja que había al fondo de aquel terreno.

Cuanto más calentaba el sol, más parecían pesar nuestros capachos. No había sombra ni descanso. El sudor se me pegaba a la piel formando una fina película y las palmas de las manos se me pusieron en carne viva. Mientras cavaba y acarreaba lo cavado, me preguntaba si era este el método que habían concebido los alemanes para matarnos, lenta y dolorosamente, siguiendo un programa de trabajo extenuante y malnutrición cuidadosamente diseñado.

Pensé en Solly y Marguerite y me pregunté de nuevo qué habría sido de ellos. Si los habían matado nada más llegar, ¿les habían ahorrado un destino aún más aciago, ese que Danielle y yo estábamos padeciendo? La miré de soslayo, cavando a mi lado con el rostro lívido. Frágil como era, el cuerpo de Solly no habría podido soportar un trabajo tan extenuante. Me revolvía el estómago que hubiésemos llegado a aquel punto y que me sintiese aliviada por que lo hubiesen matado pronto. Lo peor era no saber si se conocía aquel infierno en los confines del mundo. Pero, si sí, me cabía duda de que ya se le habría puesto fin.

De repente, me vino un *flashback* del día que conocí a Tomasz en la víspera del Yom Kipur y de cuánto me había animado a echar mano de mis dotes de narradora para informar a la gente de lo que estaba sucediendo. Ni en mis sueños más locos podría haber imaginado que un día escribiría sobre un horror de tal calibre. Pero, si algo me quedaba claro, era que cuanto mayor era el horror mayor era la necesidad de hacérselo saber al mundo. Mientras hundía la pala en el lodo, me juré que haría todo lo que estuviese en mi mano para seguir con vida y poder así proteger a Danielle, además de para contar el más terrible de los cuentos.

Capítulo 18

Auschwitz
Septiembre de 1942

Las siguientes semanas estuvieron envueltas en una neblina de hambre y fatiga extrema. Macarrón, Danielle y yo formamos una burbuja, una familia de circunstancias, y, por muchos horrores que nos encontrásemos a lo largo del día en el Valle de la Muerte –así llamaba Macarrón al campo–, por la noche, en nuestros catres, nos resguardábamos en ella. Macarrón y yo nos contamos cosas sobre nuestras respectivas vidas. Resultó que Macarrón había sido la propietaria de una galería de arte en Montparnasse y que la habían arrestado al descubrir la Policía que seguía acogiendo visitas privadas, saltándose la prohibición de que los judíos tuviesen negocios. Tratando de sacar a Danielle del cascarón en el que se había metido desde la desaparición de su madre, hablamos de nuestras etapas adolescentes. Lástima que no mordiese el anzuelo –ni siquiera cuando les conté la desternillante historia de cuando me hice un esguince en ambos tobillos por calzarme unos Mary Jane a los trece años para impresionar, sin mucho éxito, a un chico– y optase por el silencio. Pero no perdía la esperanza de que nuestros relatos pudiesen, al menos, darle consuelo y distraerla. Aunque distraerla de las omnipresentes chimeneas escupiendo su espantoso humo sobre el campo no estaba ya en mi mano.

Cada día daba gracias por que el destino hubiese puesto a Macarrón en mi camino. Era la hermana mayor chistosa que siempre había querido tener; su mordaz sentido del humor y su corazón de oro me resultaban balsámicos. Me encantaba la manera que teníamos de acicatearnos.

Hasta que, un día lluvioso de agosto, Macarrón perdió la chispa. Ya cuando nos llamaron a gritos para pasar lista parecía apagada. Al principio, no le di muchas vueltas, claro está. Que te arranquen de tu descanso a las tres y media cada mañana no ayuda precisamente a

sentirse alegre. Pero el hecho de que apenas abriese la boca de camino a la zona de trabajo fue indicio suficiente de que algo le pasaba a Macarrón. Normalmente, nos habríamos puesto a hacer algún comentario sarcástico sobre la marcha, murmurando cosas como: «Dicen que la arquitectura por estos lares se conoce como "*chic* de barracón", todo un avance respecto al *art déco*» o «¿No son un encanto nuestros anfitriones protegiéndonos desde sus torres de vigilancia?». Y lo hacíamos tanto por el bien de Danielle como por el nuestro. Sin embargo, aquel día no fui capaz de que Macarrón dijese ni pío. Cada vez que le preguntaba si se encontraba bien, asentía; pero, por la manera en que se mordía el labio inferior, más parecía que estaba intentando no echarse a llorar. No pude sonsacarle nada hasta que volvimos a los catres, a última hora del día. –Macarrón, por favor, dime qué te sucede. Estoy preocupada por ti –imploré hablándole al catre de arriba.

Aunque Danielle no había dicho nada, su gesto ansioso me indicaba que también estaba preocupada.

–¿Y si no salimos nunca de este sitio? –respondió Macarrón–. ¿Y si ni siquiera tenemos la oportunidad de…?

Y se derrumbó.

Me levanté de mi catre y me puse a su lado.

–¿De qué? –pregunté bajito.

–De arreglar las cosas –contestó.

Las dos mujeres que compartían catre con ella, Michelle y Hannah, se incorporaron y, apoyándose en los codos, me miraron esperanzadas, como si ellas también necesitasen resolver aquel dilema.

–Pero ¿arreglar qué cosas? –pregunté.

–Las que lamentamos haber hecho –murmuró, y le resbaló una lágrima por la cara.

–Ay, Macarrón.

Alargué la mano y le apreté su escuálido brazo. Al igual que la de las demás, la piel se le había endurecido y la tenía llena de ronchas de las picaduras.

–Pronto será Yom Kipur y no vamos a poder hacer la expiación –dijo entre sollozos–. Y no habrá forma de cambiar nada si no podemos disculparnos con la gente a la que hemos hecho daño.

Michelle y Hannah asintieron, apenadas.

–¿Estás pensando en alguien en particular? –pregunté.

Macarrón asintió.

–En mi amiga Paulette. Mi mejor amiga. Me comporté horriblemente mal con ella la última vez que la vi, antes de que me arrestasen. No era consciente de que sería la última vez que la vería.

Si lo hubiese sabido, nunca habría dicho lo que dije. ¡Y no le habría tirado pintura verde en su abrigo de visón!

Me quedé mirándola, atónita.

–¿Le tiraste pintura verde en el abrigo?

–Sí, y en medio de la galería, para más inri –lamentó–. ¡Delante de una monja!

Miré a Danielle, en el catre de abajo. Tenía los ojos abiertos como platos de la sorpresa.

–Pero… ¿por qué? –titubeé.

Michelle y Hannah no le quitaban ojo de encima a Macarrón, cautivadas por igual por aquel inesperado giro de los acontecimientos.

Macarrón cerró los ojos y suspiró.

–Porque estaba celosa.

–Bueno, por lo menos la pintura verde pegaba con el tema –bromeé.

–¿En qué sentido? –preguntó Hannah.

–Verde de envidia… –murmuré, y me arrepentí al instante de tomarme tan a la ligera la aflicción de Macarrón.

Me entraron ganas de darme un coscorrón por mi falta de sensibilidad.

Abrió los ojos y se quedó mirándome; menos mal que, a renglón seguido, se echó a reír.

–¡Ay, Galletita, gracias!

Hannah y Michelle soltaron unas risitas nerviosas y, al mirar hacia el catre de abajo, vi que Danielle también sonreía. Aquella imagen y aquel sonido me llenaron el corazón de alegría.

No tanto a la vigilante nocturna, por desgracia. Al oír las risas, lanzó un grito hasta el fondo del barracón para que me metiese en el catre.

–¿Por qué no nos cuentas tu historia con Paulette? –le dije a Macarrón mientras me acomodaba junto a Danielle–. La historia de cómo os hicisteis amigas.

–Sí, a mí también me gustaría escucharla –dijo Danielle. Hannah y Michelle murmuraron en señal de aprobación. –¿Estáis seguras? –preguntó Macarrón.

–Sí. Háblanos de vuestra amistad en los buenos tiempos –contesté.

Y así fue como Macarrón nos contó la historia de cuando ella y Paulette se conocieron en la escuela de artes, a los dieciocho años. Cuanto más se metía en la historia, más ligero se iba haciendo su tono –sobre todo, al ofrecernos algunos coloridos relatos de sus veinte años, cuando compartían un piso al pie del Sagrado Corazón, en Montmartre–. La Paulette que nos pintaba era una mujer cariñosa y divertida, la clase de amiga que lo dejaría todo para estar al lado de

una en caso de necesidad, y eso hacía que lo que Macarrón había dicho sobre la pintura y el abrigo de piel resultase aún más intrigante. ¿Cómo habían pasado de ser dos mujeres que lo compartían todo, desde ropa hasta joyas o sus secretos más secretos, a tener una pelea así de dramática en público? Macarrón terminó contándonos que, hacía dos años, le había ofrecido un trabajo a Paulette en su galería de arte después de que su marido se largase con una florista de Saint Germain. –Suena a amistad de la buena –dijo Danielle.

–Y lo es… lo era –respondió Macarrón, desolada.

Decidida a impedir que se hundiese de nuevo en la melancolía, me subí a su catre y le apreté una mano.

–¿Te importaría contarnos cómo tuvo lugar el incidente de la pintura verde?

Macarrón se aclaró la voz.

–Fue antes de que aprobasen el estatuto que prohibía que los judíos tuviésemos negocios. Todos sabíamos lo que se estaba gestando. Habíamos visto lo que les habían hecho a los judíos en Austria y en Alemania; yo me estaba volviendo loca de la preocupación y de la rabia. Me había volcado en cuerpo y alma en aquella galería, era el trabajo de una vida, la pasión de mi vida. No lograba entender cómo iban a poder quitármela sin más. Era tan injusto…

Pensé en cómo me había sentido el fatídico día en que Anton me dijo que no podía seguir publicando mis libros. –Te entiendo –le dije–. Es una tremenda injusticia.

–Más o menos en esa época, Paulette se había enamorado perdidamente… –Macarrón hizo una pausa– de un policía. –Uf.

Se me encogió el corazón al pensar en las consecuencias que aquello debió de tener para su amistad.

–Así que, mientras yo estaba en un sinvivir, ella estaba en las nubes. Loca de amor, vamos.

–Y por eso mismo tenía usted celos de ella, ¿verdad? –preguntó Hannah–. Porque había encontrado el amor… –No, no. Yo estaba celosa porque ella no era judía –respondió Macarrón–. Estaba celosa de que pudiese enamorarse libremente. Estaba celosa de que aún pudiese ver a los policías como figuras de protección y no como sus enemigos. Estaba celosa de que… –empezó a decir con gesto dolorido. –¿Sí? –pregunté con tacto.

–El día del incidente de la pintura verde, se había presentado en la galería con un nuevo abrigo de piel que su amante, el policía, le había comprado. Y me dijo que había tenido una idea estupenda: por qué no le transfería a ella la propiedad de la galería; de esa manera, podría seguir abierta con ella al frente.

Ay. No era difícil imaginar cómo le había sentado eso a Macarrón. Como si alguien me preguntase si podía escribirle libros para luego publicarlos con su nombre. No era plato de buen gusto.

–Así que le dije que no –continuó Macarrón– y ella me dijo que estaba siendo una cabezota, y era cierto, visto con perspectiva, pero, en aquel momento, me pudo la conciencia de lo injusto que era todo aquello. ¿Por qué ella podía tenerlo todo, incluida mi preciosa galería, y a mí, a nosotros, me dejaban sin nada?

–Creo que tenías derecho a sentirte así –le dije, y Danielle murmuró en señal de acuerdo.

–Quizá, pero lo de tirarle la pintura no estuvo bien.

–¿Cómo sucedió exactamente? –pregunté–. ¿Y cómo es que una monja acabó siendo testigo?

–La hermana María era una visitante habitual de la galería y coincidió que estaba echando un vistazo cuando llegó Paulette –explicó Macarrón–. Yo había estado pintando de verde una de las paredes de la galería para intentar distraerme; el verde siempre me ha parecido un color muy relajante. Pero, cuando la cosa se fue caldeando, perdí los papeles y, frustrada, cogí el bote de pintura y lo lancé en dirección a Paulette. No pretendía que le diese en todo el abrigo.

–Y, entonces, ¿qué pasó? –preguntó Danielle, a todas luces fascinada.

–Entonces, Paulette se marchó de la galería llorando. –La voz de Macarrón empezó a temblar–. Lo peor es que no fui tras ella, no intenté ponerme en contacto con ella después de eso. Nunca me disculpé. Y, ahora, puede que ya no tenga ocasión.

Me quedé pensando. Si yo fuese la encargada de escribir la historia de Macarrón y Paulette, me gustaría darle un final feliz, sin duda. Tras tantos años de amistad, sería una tragedia que no fuesen capaces de hacer las paces.

–Ojalá pudiese volver a ese día –suspiró Macarrón–. Ojalá hubiese hecho las cosas de otra manera.

En mi cabeza, empezó a tomar forma una idea.

–Quizá sea posible.

Oí el crujido de los listones de madera al moverse Macarrón en el catre de arriba.

–¿Y cómo?

–Sí, ¿cómo? –susurró Danielle.

–¿Por qué no recreamos la escena aquí mismo? –sugerí–. Yo haré de Paulette y tú de ti misma.

–¿Puedo ser la monja? –preguntó Danielle.

–No veo por qué no.

Esperé ansiosa la respuesta de Macarrón. No quería que pensase que me estaba tomando sus problemas a la ligera. –¿Qué sentido tiene recrearla aquí? –preguntó Macarrón; a pesar de eso, sentí que se incorporaba, y eso significaba que había captado su atención.

–A veces, cuando somos incapaces de controlar las cosas que suceden en nuestra vida, ayuda reescribirlas en nuestra mente –respondí pensando en la cantidad de veces que había recreado escenas de mi infancia para que mi padre no bebiese y me maltratase y mi madre no muriese y ella y yo fuésemos uña y carne–. Confía en mí, he recurrido a eso muchas veces. –Vale –dijo Macarrón sin sonar muy convencida.

–Así que tú estás pintando la pared de la galería y la monja está echando un vistazo –dije para preparar el escenario.

–Sí –respondió Macarrón.

–Ay, en el dulce nombre de Jesús, cuánto me gustan estos cuadros –exclamó Danielle.

–¿Qué?

Me quedé mirándola, desconcertada.

–¡Estoy haciendo de monja! –siseó.

–Ah, sí, claro. –Tosí para disimular la risa–. Y, entonces, entro yo, Paulette, por la puerta. –Me imaginaba a Paulette con voz cantarina, aniñada–. Hola, hola, amiguita –gorjeé–, ¿te gusta mi abrigo nuevo? Me lo ha comprado el agente Cabeza-de-traidor.

La oí reírse por la nariz en el catre de arriba.

–Es visón auténtico, ¿sabes? Ay, madre mía, estoy enamoradita perdida. Soy tan feliz. Mi vida es tan maravillosa. –¿Hablaba así de verdad? –dijo Danielle frunciendo el ceño.

–Para ser sincera, Galletita no se aleja demasiado de la realidad… –respondió Macarrón en un tono ya más ligero. Alentada por su comentario, proseguí y fui metiéndome en el papel de la algo insensible amiga que está ebria de amor. –El caso es que no solo me he enamorado hasta las trancas, sino que se me ha ocurrido una idea fabulosa.

–¿Ah, sí? –respondió Macarrón.

–Sí, sí. ¿Por qué no pones tu trabajo, el de toda una vida, a mi nombre? De ese modo, los alemanes no podrán cerrar la galería. Claro está, tendrás que lidiar con la ligera molestia que supondrá verme apoderarme de tu vida entera. Por no hablar de mi chachareo sobre la suerte que tengo y lo enamorada que estoy de esa marioneta de los alemanes que va a dedicarse a perseguir a gente como tú. Pero…, bueno…, *c'est la vie*!

Oí a Hannah y a Michelle soltar unas risitas.

–Creo que yo también le habría tirado la pintura, sinceramente –dijo Michelle.

–¿De verdad? –preguntó Macarrón esperanzada.

–Sí. A ver, soy consciente de que la gente puede perder un poco la cabeza cuando se enamora por primera vez, pero podría haber tenido un poco de tacto.

Le di las gracias mentalmente a la del catre de arriba.

–Gracias –contestó Macarrón.

–Ahora, finjamos que Paulette no salió corriendo de la galería –dije–. Finjamos que ella, yo, se quedó. –Me aclaré la garganta–. ¿Por qué has hecho eso? –pregunté con mi chirriante voz de Paulette–. ¿Por qué me has tirado pintura? –No se preocupe, hija mía, yo intercederé por su alma de pecadora –metió baza Danielle.

–¿Cómo? –dije mirándola, de nuevo desconcertada.

–¡Que soy la hermana María! –exclamó, impaciente–. Estoy ayudando a Macarrón a arrepentirse de sus pecados. Oí que a Macarrón volvía a escapársele la risa por la nariz. –Gracias, hermana María –enunció hacia el catre de abajo. –No se merecen, hija mía. –Danielle me sonrió–. Por favor, continúe.

–Gracias –murmuré antes de volver a meterme en mi papel de Paulette–. ¿Por qué me has tirado encima pintura?

–Lo siento, es que me siento tremendamente frustrada. –Macarrón hizo una pausa–. Y estoy muy asustada.

Sentí que se me hacía un nudo en la garganta.

–¿Asustada de qué? –pregunté con mi voz normal.

–De perderlo todo… Y verte a ti tan feliz me hace…

Guardó silencio.

–Lo siento mucho –dije, y no sé si lo hacía en mi nombre, en el de Paulette o en el de ambas.

–Yo también –dijo Macarrón con voz queda.

Danielle se limpió una lágrima.

–No tienes por qué disculparte –proseguí–. No debería haber sido tan insensible. Tú eres mi mejor amiga. Te quiero mucho. Y nunca haría nada adrede para hacerte daño.

Oí un sollozo ahogado que venía del catre de arriba.

–A mí tampoco me gustaría hacerte daño.

–Una amistad como la nuestra no se acaba por una bobada de discusión –dije pensando en mi último almuerzo con Anton y la sopa de cebolla–. Una amistad como la nuestra es mucho más profunda que todo eso. Ni siquiera nos hace falta estar físicamente juntas para darnos cuenta. Siempre estaremos la una en el corazón de la otra.

Tragué saliva. No estaba preparada para la carga emotiva que aquel ejercicio estaba adquiriendo para mí.

–¿De verdad crees que ella puede sentirlo? –preguntó Macarrón–. ¿De verdad crees que sabe lo arrepentida que estoy?

–Por supuesto –contesté–. Y, con suerte, tú podrás sentir lo mucho que lo siente ella también. ¿Cómo no iba a sentirlo? –Sí, estoy de acuerdo –dijo Hannah–. Me imagino que estará muy arrepentida.

–Muchas gracias –dijo Macarrón, y, de repente, se asomó cabeza abajo desde su catre.

Tenía la cara, del revés, bañada en lágrimas, pero sonreía. –No hay de qué –extendí la mano y le pellizqué una mejilla, húmeda.

–Etty… –se aventuró Michelle con voz dubitativa.

–¿Sí?

–Me preguntaba si podrías hacer algo parecido conmigo. Lo cierto es que lamento profundamente cómo dejé las cosas con mi marido.

–A mí también me gustaría que me dieses esa oportunidad –dijo Hannah–. Me encantaría disculparme por la manera en que le hablé a mi vecino de al lado cuando me cogieron en la redada. Pensé que me había denunciado, pero ahora veo que estaba equivocada y que reaccioné de un modo exagerado por culpa del miedo.

–Para mí sería un placer ayudaros –respondí, cambiándome de posición para sentarme. Se me había pasado todo el cansancio. Por mucho que los alemanes me encarcelasen el cuerpo, sentía que mi mente y mi sentido del propósito estaban más fuertes y libres que nunca.

Y así fue como pasamos las siguientes dos horas: ayudándonos mutuamente a contar nuestras historias de otra manera y transformando el dolor y el arrepentimiento en amor y reparación.

Capítulo 19

Auschwitz
Yom Kipur, septiembre de 1942

Según se iba acercando el Yom Kipur, surgió un nuevo tema de debate que preocupaba a los judíos de los barracones: ¿debíamos o no debíamos respetar el ayuno? –Cada día en este sitio es Yom Kipur –apuntó Macarrón, cortante, mirando su desayuno: una rebanada mustia de pan negro–. La verdad, no creo que Dios espere que hagamos ayuno aquí. Llevamos semanas ayunando ya.

–Pero ¿no te parece que así cobraría aún más sentido? –dije antes de tomarme un sorbo de aquella porquería tibia que los alemanes llamaban «café»–. Ayunar cuando estamos medio muertos de hambre es una muestra de auténtico compromiso. –O de auténtica estupidez –murmuró Danielle–. ¿Por qué habríamos de seguir pasando hambre por Dios después de lo que nos ha hecho?

–Dios no nos ha hecho esto, sino la gente –dije delicadamente, y sentí una punzada de nostalgia al pensar en Solly. –Pero Dios lo ha permitido –contraatacó Danielle alzando la voz.

Me quedé callada para no causarle más disgusto, pero tenía en mente un plan que estaba a punto de caramelo: una manera de combatir a nuestros opresores. Nos habían quitado muchas cosas, tenían mucho poder sobre nosotras, pero en mi mano estaba negarme durante todo un día a comer las migajas que nos ofrecían. Sería mi elección y una declaración de orgullo judío, así como una forma de conectar con Solly y con Marguerite y con todas aquellas vidas que habían segado por la fe que profesaban. La idea de hacer la *teshuvá* a pesar de que estuviese prohibida me reanimó un poco el cuerpo, cansado y dolorido.

En la víspera del Yom Kipur, me tomé mi escasa ración de cena haciendo como que era mi fiesta de antes del ayuno y me tumbé en mi catre recordando cómo Tomasz había cantado la *kol nidre* la noche en

que nos conocimos y lo mágico que había sido a pesar de que él llevase puesto un tapete en la cabeza y mi bata de seda rosa. Habíamos demostrado que se puede encontrar a Dios en cualquier parte, no solo en la sinagoga. Y, ahora, yo me disponía a llevar esa teoría hasta sus últimas consecuencias intentando encontrar a Dios en el Valle de la Muerte.

–¿Me cuentas una historia? –susurró Danielle, dándose la vuelta para quedar frente a frente conmigo.

–Claro.

Y le conté la historia que no se me iba de la cabeza, la de cómo nos conocimos Tomasz y yo y pasamos juntos la víspera del Yom Kipur, omitiendo su confesión de que había matado a alguien. Cuando llegué al final del relato, me sorprendió ver que, por primera vez desde que nos habían traído al campo, en la mirada de Danielle había un destello de curiosidad. –Y, luego, ¿qué pasó? –preguntó haciendo un gesto de dolor al impulsarse apoyándose en el codo.

Me hacía sufrir verla así de delgada y frágil.

–Nada –respondí, demasiado abochornada para hablarle de la segunda vez que nos habíamos encontrado Tomasz y yo. –¿No volviste a verlo?

Negué con la cabeza.

–¿Y no te apetecía? –preguntó con los ojos como platos. –Sí, pero algunos encuentros es mejor dejarlos en relatos que estirarlos en una novela.

–¿Por qué?

Por muy feliz que me hiciese ver a Danielle interesándose por algo, ya me habría gustado que fuese algo menos humillante para mí.

–Porque, si se quedan en relatos cortos, tienen un final feliz –respondí.

–Pues yo creo que este es un final triste, de todas formas. –Danielle volvió a tumbarse y suspiró–. Quería que te enamorases.

–Sí, bueno… Lamentablemente, no era una de mis historias.

–Si la escribiese yo, haría que él se presentase en tu piso y te declarase su amor eterno –prosiguió Danielle.

Pensé en lo que había pasado en realidad cuando Tomasz y yo volvimos a vernos e intenté irme por las ramas, pero Danielle no estaba dispuesta a soltar su presa.

–Y te diría: «¡Mi querida Etty, desde el mismo instante en que salvé a su muñeca de una muerte segura en el agua no he podido dejar de pensar en usted!».

–Mmm… No sé hasta qué punto constituye un aliciente para el enamoramiento que a uno le hagan tirarse al Sena para rescatar a una

muñeca –repliqué.

–¡Shh! Soy yo la que cuenta la historia –dijo Danielle, malhumorada.

–Muy bien; si insistes…

Cerré los ojos y sonreí cuando sus palabras fueron dibujando escenas dentro de mi cabeza como en la pantalla de un cinematógrafo. Tomasz y yo yendo a dar románticos paseos a las orillas del Sena y preparando cenas a la luz de las velas. Tomasz agasajándome con un sinfín de regalos. En la visión de Danielle, Tomasz tenía menos aristas y hablaba como un lord inglés del siglo XVII, pero así era más entretenido. Y cuanto más se alejaba esa versión de la realidad, menos dolorosa y bochornosa me parecía esta. De hecho, era bastante divertido colarme en una cabeza ajena y su mundo.

–Y entonces sucede lo peor –anunció Danielle con dramatismo–: te arrestan y te llevan a Drancy. Y, cuando no te presentas a vuestra cita para cenar, Tomasz piensa que lo has abandonado.

–¡Oh, no! –exclamé sin querer, dejándome arrastrar por la historia.

–Él vaga por las calles de París como un alma en pena, aullándole a la luna, desesperado –prosiguió.

Pensé en Tomasz aullándole a la luna como un lobo y me costó no reírme.

–Pero no tienes manera de hacerle saber a Tomasz dónde estás. –¿No podría haberle escrito desde Drancy?

–¡Shh! Esta es mi historia.

Me fulminó con la mirada.

–Lo siento.

–Quieres escribirle, pero no eres capaz de recordar su dirección.

–Vale.

–Luego, te mandan a este sitio, donde te hacen trabajar día tras día cavando en el lodo y transportando piedras.

–Espero que esta historia tenga un final feliz, la verdad –murmuré.

–Y lo tiene… –Hizo una pausa–. Solo me falta decidir cuál va a ser.

La escritora que llevaba dentro se moría por meter baza con posibles ideas, pero mantuve la boca cerrada. Aquello era lo máximo que Danielle había hablado desde que habíamos llegado; nunca la había visto tan entusiasmada. No quería arriesgarme a interrumpirla. Sabía muy bien la felicidad que reportaba el dejar volar la imaginación. Se quedó pensativa durante unos minutos y, luego, continuó.

–Entonces, un día, mientras estás trabajando, ves aparecer a un hombre al otro lado de la valla. Va vestido con un uniforme de soldado alemán, así que supones que es uno de los guardias. Pero

cuando él te hace una seña se te cae el alma a los pies. «Por favor, Dios, ¡dime que no es lo que parece!», gimes por dentro. «Mi pobre cuerpo debilitado no podría soportar mayor castigo que este» –susurró en un tono melodramático.

En la penumbra, le lancé una mirada de desaprobación. Yo nunca hablaría así ni pensaría de esa manera, pero, una vez más, me abstuve de decir nada para no cortarle la inspiración.

–Con todo, te acercas a la valla y levantas la vista para encontrarte con su mirada…

Danielle hizo una pausa.

–¿Y? –la apremié, deseosa de descubrir qué me tenía preparado.

–Y ves una cicatriz en forma de rayo a la altura de su mejilla. Y piensas para ti: «¡Repámpanos! ¡Es él».

–Muy shakespeariano –contesté.

–¡Shh! ¿Quieres que te diga lo que pasa después o no?

–¡Sí!

–«Mi querida Etty» –prosiguió–, «desde que descubrí lo que le había pasado, he estado buscándola por tierra, mar y aire». –¿Y cómo se enteró de que estaba aquí? –susurré.

–Mmm… Se lo dijo un policía francés amigo suyo –improvisó.

–Vale.

Decidí ignorar las más que evidentes lagunas que aquello creaba en la historia. Lo único que me importaba era animar a la nueva y entusiasmada Danielle.

–«Tenemos que darnos prisa, no hay tiempo que perder», sigue diciendo Tomasz con su voz profunda y viril. «Vamos, amor mío, trepe por la valla».

–Pero si está electrificada… –susurré–. ¿Qué quiere, matarme?

–¡No! Ha… ha encontrado una parte que no lo está –bufó, visiblemente irritada.

–Entiendo.

«Ojalá», pensé con todas mis fuerzas, imaginándome la escena.

–Así que trepas por la valla y vas a caer al otro lado, directa a sus fuertes y masculinos brazos.

Repasé la última vez que había estado entre los brazos de Tomasz, antes de que todo se torciese de la peor manera, y lo segura y protegida que me había sentido. En lo más profundo de mi ser, sentí una punzada de deseo.

–«Etty, amada mía», dice Tomasz poniéndose de rodillas, «¿me haría el gran honor de ser mi esposa? ¿Quiere casarse conmigo?».

Se me salían los ojos de las órbitas.

–¿Me pide matrimonio aquí?

–Sí –suspiró Danielle–. ¿No te parece romántico?

–Supongo que sí –dije, a pesar de que, por lo menos a mí, no se me ocurría un lugar peor para recibir una proposición matrimonial. Por no añadir que todo aquel enredo junto a la valla habría hecho que nos pegasen un tiro, un pensamiento que me devolvió a la realidad al instante–. ¿Cómo escapamos?

–Tomasz tiene un coche esperando cerca de aquí.

–¿Y no llamaría yo mucho la atención con mi estupendo conjunto a rayas?

Danielle volvió a soltar otro suspiro impaciente.

–Te ha traído ropa para cambiarte: el último modelo de Coco Chanel, un precioso vestido negro, con una estola de pelo y unos zapatos cómodos.

–Ah.

No pude evitar soltar un gemido de placer al pensar en librarme de los zuecos de madera que tanto me lastimaban. En aquel momento, unos zapatos cómodos me atraían más que un pretendiente de aires shakespearianos y brazos fuertes con una proposición matrimonial. Y a mis pies, también. –Así que te cambias de ropa y él te mira con lágrimas en los ojos –prosiguió Danielle–. «Etty, mi niña adorada, es usted la más hermosa de las criaturas que haya visto jamás», jadea. Me mordí el labio para no echarme a reír. No había visto mi reflejo desde que había llegado aquí, pero me aventuraba a decir que mi aspecto distaba mucho de ser atractivo o exquisito. Además, imaginarme a Tomasz hablando de aquella manera me resultaba cómico, por no decir otra cosa. –Y os marcháis juntos a disfrutar de una vida llena de amor, felicidad y libertad. Fin –anunció Danielle–. ¿Qué te ha parecido? –preguntó ansiosa y con los ojos haciéndole chiribitas.

–Creo que eres una narradora estupenda.

–¿De verdad?

Su voz denotaba tal esperanza que me resultaba al mismo tiempo estimulante y descorazonadora.

–Sin duda. Has hecho lo que todo buen narrador debe hacer: me has transportado con tus palabras al universo propio de la historia. Me has hecho olvidarme de mí misma por un instante… y eso que la historia trataba sobre mí. Gracias.

–No hay de qué. –Se tumbó de espaldas y se quedó mirando al catre de arriba, desde el que nos llegaban los suaves ronquidos de Macarrón. Pensaba que quizá Danielle se sentiría exhausta de tanto hablar, pero, justo entonces, se giró hacia mí–. He decidido celebrar yo también el Yom Kipur –susurró. –Eso es estupendo –susurré

también.

Busqué a tientas su mano y entrelacé mis dedos con los suyos.

–¿Podemos hacer como si hubiésemos encendido la vela *yahrzeit*? –preguntó.

–Pues claro –respondí, y sentí un hormigueo en la piel. ¿Quería representar la ceremonia del recuerdo por su madre? ¿Había aceptado por fin que Marguerite había muerto? Sentí una nueva oleada de desesperación por todo lo que aquella pobre chica había tenido que vivir–. A ver, la estoy encendiendo ahora –susurré mientras hacía como que prendía una cerilla–. Bendito eres tú, Señor, nuestro Dios, rey del universo, que nos has hecho de acuerdo con tu voluntad y que nos has mandado encender las velas del Yom Kipur –dije–. Voy a rezar una oración en recuerdo de Solly…

Respiré hondo a la espera de su respuesta.

–Vale –dijo tan bajito que me costó oírla.

–Querido Dios, espero que Solly esté en tu compañía y que su alma descanse en paz –susurré–. Gracias por el regalo de su amistad y de su amor. Gracias por mantenerlo siempre en mi corazón y por el modo en que él sigue cuidando de mí todavía.

Me quedé callada, los ojos me escocían de las lágrimas. Tenía la esperanza de que Danielle se sintiese reconfortada por mi oración y que le hiciese pensar en su madre de esa misma manera.

–Querida mamá –susurró, y me subió un escalofrío por la columna–. Te echo tanto de menos… Pero espero que hayas encontrado la paz y que ahora veles por mí como si fueses un ángel… –Le temblaba la voz. Le cogí la mano y se la agarré fuerte–. Querido Dios, por favor, cuida de mi *maman*. Y gracias por Etty.

Al principio, no estaba segura de haber oído bien, pero me dio un suave apretón en la mano antes de continuar.

–Gracias por enviarla para que cuide de mí.

Me acerqué a ella y le planté un beso en la frente.

–Te quiero mucho, Etty –susurró Danielle antes de abrazarse a mí.

–Y yo a ti –respondí con un nudo tan grande en la garganta que apenas podía respirar.

Aquella noche –y por primera vez desde que habíamos llegado a Auschwitz– tuve un sueño agradable en lugar de pesadillas. Trataba sobre comida –cómo no; al parecer, estaba presente en los sueños de todas nosotras–, pero, en lugar de faltarnos los alimentos, Danielle, Marguerite, Solly y yo disfrutábamos de la fiesta de la víspera del Yom Kipur. La mesa en torno a la que estábamos sentados estaba colmada de pan *challah* recién horneado y una sopa con abundantes trozos de pollo, patatas y otras verduras. Después de la sopa, Solly nos dio a

cada uno una rebanada del pastel de miel más dulce que habíamos probado y nos deseó buena suerte para el ayuno. En mi sueño, aparecía rejuvenecido: sin joroba y sin la hinchazón en los nudillos que le causaba la artritis. Estaba a punto de transmitirle mis buenos deseos cuando se produjo un sonido metálico y un repiqueteo y mi sueño se fundió a negro. Abrí los ojos. Aparentemente, estaba despierta, pero aún podía oler la sopa.

–¿Tú también notas el olor a comida? –le susurré a Danielle mientras se desperezaba.

–Sí –contestó olisqueando el aire–. Huele delicioso.

La habitación empezó a llenarse de murmullos de sorpresa, y Macarrón se tiró de su catre refregándose los ojos.

–¿A qué huele?

–Buenos días –voceó la Blockalteste en un tono inusualmente amistoso.

A esas alturas, ya me había quedado con algunas palabras y frases en alemán, pero no entendí nada de lo que dijo a continuación.

–Dice que entiende que hoy es un día señalado para nosotros, los judíos –explicó Macarrón–. Así que nos han preparado un desayuno especial.

–Pero se supone que debemos ayunar por el Yom Kipur… –respondí.

–A lo mejor se ha confundido de fecha y piensa que hoy es la víspera del Yom Kippur.

Vaya una ironía, y bien amarga, si hubiese sido el caso.

Cada vez olía más intenso y más rico a sopa; la boca se me hacía agua. La Blockalteste dijo algo más con una sonrisa de suficiencia pintada en la cara.

Macarrón suspiró y sacudió la cabeza.

–No es que haya confundido las fechas: lo están haciendo aposta para ponernos a prueba. Quien no se coma el desayuno recibirá un latigazo.

Danielle me miró con los ojos desorbitados de miedo.

–No pasa nada –susurré–. Creo que deberías comer. A Dios no le gustaría que te quedases sin fuerzas.

–¿Y tú qué piensas hacer? –me preguntó.

¿Que qué iba a hacer yo? En la cola para el desayuno, le di vueltas a la cabeza. Estaba tan decidida a defender mis convicciones… El caso era cómo salirme con la mía sin buscarme un castigo físico…, o algo peor.

En cuanto me sirvieron, me costó todavía más razonar. Por una vez, la sopa no era un caldo aguado e insípido. Era densa y estaba llena de verduras. El olor era divino. ¿Debería limitarme a comerla? Pero ver

la sonrisa de suficiencia en la cara de la Blockalteste me bastó para perseverar en mi determinación inicial. Cogí mi sopa y seguí a Danielle de vuelta a nuestro barracón. Mientras ella engullía la suya, yo fingí que comía con la cuchara vacía. Luego, en un momento en que lo guardias miraban hacia otro lado, me puse de espaldas a ellos y le hice una seña a Danielle para que se acercase. Antes de que pudiese decir nada, volqué el contenido de mi cuenco en el suyo.

–¡Etty! –exclamó.

–¡Shh! Limítate a comer –susurré.

No hizo falta insistirle más. Cuando nos dieron el aguachirle marrón que hacía las veces de café, levanté mi colchón de paja y lo derramé en el suelo por entre los listones de madera del catre. Era tan asqueroso que sabía que Danielle no querría tomarse mi ración. Afortunadamente, no olía a nada, así que no temía que me descubriesen. Seguí fingiendo que bebía más envalentonada que nunca por haber contribuido a alimentar a Danielle y haber hecho la *teshuvá* respetando el ayuno en las narices de los alemanes.

Me refugié en ese pensamiento mientras hacíamos la larga travesía hasta los pantanos para empezar nuestra jornada de trabajo, y me dio fuerzas para sobrellevar el aturdimiento propio de no haber comido. Vi chispas de la luz de Dios liberándose a cada paso y dejando huellas doradas en el lodo. Me imaginé a Solly sonriéndome desde arriba e infundiéndome ánimos.

A la hora de comer, nos dieron otra vez de aquella sopa que olía tan bien.

–A quien no coma, se le dará una paliza –gritó uno de los guardias.

Danielle y yo nos cruzamos una mirada, asentí y ella empezó a comer. En esta ocasión, escondí mi cuenco tras una pila de rocas y piedras. Siempre nos tenían trabajando hasta después de la puesta de sol, así que mi plan era comer en cuanto oscureciese y tuviésemos permiso para romper el ayuno. Mi plan funcionó, y, aunque la sopa se había puesto un poco mala por culpa del sol vespertino, no me importó. La engullí, y, en aquellas circunstancias, me pareció el manjar más rico que había probado nunca.

Volví a los barracones caminando más ligera. Me las había apañado para pasar por encima de los alemanes no una vez, sino dos. De hecho, había sido un día excelente. Pero, cuando llegamos a nuestro barracón, la Blockalteste estaba plantada en la entrada con el látigo en una mano y, en la otra, un pastor alemán tirando de la cuerda que lo sujetaba. Le murmuró algo a la Kapo con cara de hurón, que recorrió la fila hasta llegar a la altura de Danielle y de mí. La Blockalteste ladró nuestros números y la Kapo nos agarró del cuello y nos sacó de

la fila. La Blockalteste gritó algo en alemán que no entendí, pero vi que Macarrón se encogía.

–Dice que una de vosotras no ha bebido su café –gruñó la Kapo, y se me aceleró el corazón–. ¿Cuál de las dos ha sido? Con la moral por los suelos, di un paso adelante.

Capítulo 20

Auschwitz
Septiembre de 1942

La Kapo me condujo ante la Blockalteste, que se había puesto a chillar de tal manera que se le acumulaba la saliva en las comisuras de los labios.

–Quiere saber por qué no has bebido el café –me ladró al oído la Kapo.

«Porque sabe a pis», me entraron ganas de decir, pero me mordí la lengua.

–¡Díselo! ¿Por qué? –gritó la Kapo, dándome una bofetada. –No tenía sed –contesté.

No podía decir que estaba ayunando, porque, entonces, querrían saber qué había hecho con mi sopa.

La Kapo le transmitió a la Blockalteste lo que yo había dicho, desencadenando otra cascada de lo que, sin duda, eran insultos. Como si se alimentase de su cólera, el perro empezó a gruñir ferozmente. De niña, recuerdo que me decían que los animales pueden sentir nuestro miedo, lo que nos hace más susceptibles de acabar siendo su presa. «No muestres tu miedo, no muestres tu miedo», empecé a repetirme mentalmente. Era un viejo mantra que solía usar también con mi padre.

–Quiere saber qué has hecho con tu sopa –dijo la Kapo. Se hizo un terrible silencio. Tenía tantas ganas de decirle que se la había dado a otra persona, que había ayunado por el Yom Kipur, que me sentía orgullosa de ser judía y de haber encontrado una forma de acercarme a Dios en aquel agujero infernal… Pero si le decía la verdad ella iba a querer saber a quién le había dado mi sopa, y Danielle podría acabar teniendo problemas también. «¿Y qué importa lo que ella piense? –imaginé que me aconsejaba Solly–. Solo Dios conoce la verdad, y eso es lo único que cuenta».

–Me la comí –respondí mirando fijamente a la Blockalteste en

actitud desafiante.

Me fulminó con la mirada y, a continuación, les ladró algo a las dos Kapos. En menos que canta un gallo, se me echaron encima como unas bestias salvajes y me arrancaron la ropa hasta dejarme desnuda delante de todo el mundo. Luego, me condujeron hasta el centro del patio.

–Serás castigada por tu insolencia –me informó Cara de Hurón–. Y, dado que no tienes sed, mañana no se te dará nada de beber.

Oí un grito ahogado a mis espaldas y deseé con todas mis fuerzas que Danielle se estuviese callada.

La Blockalteste se acercó; se plantó detrás de mí y sacó el látigo. Los primeros chasquidos me escocieron muchísimo y se me llenaron los ojos de lágrimas. Sin embargo, estaba decidida a no llorar. Mientras seguía dándome latigazos, el dolor me hizo entrar en un estado próximo al delirio, pero no me derrumbé. Recordé lo que solía hacer cada vez que oía a mi padre desabrocharse el cinturón antes de golpearme: abandoné mentalmente mi cuerpo, consciente de que una historia me ayudaría a evadirme. Al instante, me vino a la cabeza el relato que Danielle había inventado la noche anterior. Me imaginé a Tomasz apareciendo en la valla. Pero, esta vez, no hablaba como un personaje de Shakespeare. Esta vez se limitaba a decir: «Lo siento. Por favor, perdóneme». «Yo también lo siento –imaginé que decía yo–. No debería haberlo juzgado tan a la ligera». Y, al darme cuenta de que estaba trabajando la expiación al más puro estilo del Yom Kipur, noté que las fuerzas acudían de nuevo a mí. «Puede golpearme el cuerpo, pero nunca quebrantará mi espíritu», le grité a la Blockalteste mentalmente. Una conclusión importante y liberadora para mí.

Por fin, los latigazos se detuvieron y oí sollozos quedos provenientes de la hilera de presas a las que habían obligado a mirar. Sonaba como si varias de ellas estuviesen llorando. Abrí los ojos y vi a Danielle y a Macarrón al final de la hilera. A Danielle le temblaban los hombros. Me reconfortó ver que Macarrón la cogía de la mano.

–¡Silencio! –les gritó Cara de Hurón antes de volverse hacia mí–. Te quedarás aquí y te mantendrás en pie hasta la mañana. De lo contrario, te pegarán un tiro.

«No muestres tu miedo, no muestres tu miedo», me recordé mientras se llevaban a las otras de vuelta al barracón.

Vi una rata pasar huyendo. En claro contraste con nuestros cuerpos de prisioneras, el suyo era tremendamente robusto. Traté de no pensar en qué le podía estar sirviendo de alimento. Daba la impresión de que el zumbido de la valla electrificada se hacía más y más fuerte, como un recordatorio de que la muerte estaba omnipresente y de que podía

venir a por mí en cualquier momento. Me dolía el cuerpo y la espalda me ardía de los latigazos, pero, milagrosamente, me mantuve en pie. Una brisa repentina me envolvió y me refrescó las heridas. Miré al cielo justo cuando la luna salía de detrás de una nube. Refulgía clara y anaranjada: era la luna de la cosecha –recordaba habérselo oído decir a Madame Bellamy cuando era una niña–. Sin embargo, nunca la había visto tan anaranjada. Brillaba tanto como el ámbar más claro. Mientras miraba al cielo extasiada, se me ocurrió un pensamiento maravilloso. Se suponía que debía recibir un castigo, pero, en realidad, la Blockalteste y sus secuaces me habían regalado una muestra de belleza como no había visto en meses. Y, entonces, reparé en otra ironía de la vida: por culpa de los toques de queda que habían establecido los alemanes en cuanto ocuparon Francia, era la primera vez en dos años que pasaba la noche fuera. Cierto es que no iba trastabillando por la orilla del Sena tras una velada de parranda y con la música, las risas y la cháchara aún bulléndome en la cabeza, pero… no dejaba de ser un regalo inesperado. Y estaba decidida a sacarle el máximo provecho. Al rato, se apagaron las luces en los barracones y la luna pareció todavía más brillante. Cada vez que me flaqueaban las piernas, sentía que tiraba de mí como tira de las mareas y me mantenía en pie. Entonces, oí voces de hombres y no pude evitar ponerme nerviosa. En la mancha de luz que proyectaba la torre de vigilancia, aparecieron las siluetas de dos soldados alemanes que venían hacia mí. Cerré los ojos igual que una niña pequeña, tratando de volverme invisible. «Por favor, que no me vean», rogué mentalmente.

Su conversación se oyó más y más fuerte hasta que, de repente, se callaron, como si hubiesen reparado en algo. Como si hubiesen reparado en mí.

«Por favor, por favor, por favor, que sigan su camino».

Los oí echar a andar de nuevo, cada vez más alto y más cerca. Abrí los ojos y miré a la luna, como queriendo probar un poco de esa fuerza suya, ardiente y anaranjada. Llegaron los hombres y se quedaron frente a mí mirando de arriba abajo mi cuerpo desnudo. Podía olerles el aliento, con sus efluvios de licor rancio. Intenté evadirme mentalmente metiéndome en una historia. Intenté imaginar al Tomasz del relato de Danielle saltando la valla y poniendo en práctica sus tácticas de boxeador para hacerles morder el polvo a aquellos salvajes nazis. Pero no funcionó. La luna se escondió tras una nube, como si no quisiese asistir a lo que estaba a punto de suceder.

Uno de los hombres le dijo algo al otro, que soltó una risita y –¡qué horror!– se desabrochó la bragueta. El otro no tardó en seguir su

ejemplo. Me lanzó una palabra que, a todas luces, era un insulto; como no sabía lo que significaba, me imaginé que iba a parar al suelo sin poder tocarme. De todas formas, en aquel momento, lo que menos me preocupaba eran las palabras. Toda la fatiga acumulada desapareció cuando la adrenalina se apoderó de mi cuerpo. Que me pegasen, que me hiciesen pasar hambre o que me dejasen sin agua tenía un pase, pero que me violasen era mi peor pesadilla; nada en la vida me había preparado para lo que estaba a punto de suceder.

Uno de los hombres dio un paso hacia mí, y vi que sujetaba con la mano su flácido pene. Una parte de mí se inclinaba por suplicarles clemencia, aunque sabía que eso no haría sino potenciar el placer de aquellos cerdos. Cerré los ojos y, en lugar de eso, recé pidiendo fuerza. Entonces, oí el sonido de un líquido y noté que algo caliente me salpicaba las piernas desnudas. Abrí los ojos y vi que estaban orinando encima de mí. Y siguieron y siguieron –estaba claro que a ellos no les racionaban la bebida– hasta que, por fin, el chorro pasó a ser un goteo y se abotonaron de nuevo los pantalones.

«No muestres ninguna emoción, no te muevas», me infundí ánimos.

Uno de ellos dijo algo y el otro se rio. Luego, se turnaron para plantarse delante de mí y escupirme en la cara.

«No des un paso atrás». Miré al vacío hasta que se cansaron de mí y siguieron su camino, dejándome el olor de su orina en la piel como si fuese una maldición.

Levanté la vista al cielo con la esperanza de que la luna volviese a aparecer, pero permaneció oculta. No se lo reprochaba. Pudiendo elegir, a mí tampoco me gustaría mirar las cosas horribles que estaban sucediendo en la Tierra. Me había esforzado mucho en mantenerme fuerte y desafiante, pero el desprecio con que aquellos hombres me habían tratado me causó heridas mucho más profundas que los latigazos de la Blockalteste y reabrió algunas que ya tenía. Me acordé de aquella vez que Madame Bellamy había intentado explicarme por qué mi padre me odiaba. «Es como una enfermedad –me dijo mientras me aplicaba una compresa fría en el ojo hinchado–, una enfermedad de la cabeza. Por eso, diga lo que diga, no te lo tomes nunca como algo personal. Cuando te dice que eres la causante de la muerte de tu madre, es la enfermedad la que habla y no él». Siempre me resultó difícil entender aquella teoría; puede que mi padre estuviese borracho cada vez que me soltaba una de sus peroratas sobre cómo mi nacimiento había desencadenado los problemas de salud que, tiempo después, le causaron la muerte a mamá; pero resultaba de lo más creíble. Al fin y al cabo, no iba desencaminado.

Un dolor lacerante me atravesó el corazón al pensar en la madre

que solo había conocido por un puñado de fotografías en sepia. Si no se hubiese quedado embarazada de mí, todavía estaría viva. Al igual que Tomasz, era culpable de haberle arrebatado la vida a alguien. Puede que no a sabiendas, pero me habían hecho responsable de su muerte. El olor ácido de la orina de los guardias me llenó los orificios nasales y se me pegó a la garganta. Había tratado con todas mis fuerzas de liberarme de mi pasado y de –literalmenteescribirme un futuro nuevo y dichoso; pero allí estaba otra vez: siendo objeto de insultos y malos tratos. Noté que me flojeaban las rodillas y me corrió por la cara una lágrima. Quizá lo mejor fuese dejarme caer al suelo y que me pegasen un tiro. A fin de cuentas, estaba claro que ninguno saldría de aquel lugar con vida. ¿Qué sentido tenía prolongar la agonía? Pero, entonces, pensé en Danielle y algo en mi interior se recompuso. No podía dejarla allí a su suerte. Yo era todo lo que tenía, lo más parecido a una familia. Qué ironía que, durante tantos años, hubiese anhelado tener una familia que me quisiera. Nunca habría imaginado que la encontraría en un sitio tan horrible como aquel.

Volví a mirar al cielo, y esta vez me acordé de que Solly me había contado que había dos tipos de pena: la buena y la mala. La mala se da cuando una persona se sienta en una esquina a darle vueltas a cualquier desgracia; la buena es la pena que siente una persona que ha perdido algo. «Es como un hombre que ha visto su casa reducida a cenizas –me parecía estar oyendo el eco de la voz de Solly desde el pasado–. Se siente realmente afligido por lo que ha perdido, pero, si está predispuesto a hallar la dicha en su alma, no tarda en ponerse a construir una nueva casa. Con cada piedra que pone, su pena disminuye y crece su alegría».

Desde los pantanos que rodeaban el campo, fue subiendo una neblina. Me rodeé el cuerpo con los brazos, tratando de ahuyentar el fresco que traía consigo. Habían arrasado con mi vida tal como era, pero, al igual que el hombre de la historia, podía optar por centrarme en ayudar a Danielle y a Macarrón y a cualquiera que me necesitase. Como si quisiese celebrar mi decisión, la luna reapareció por fin y derramó a mi alrededor su cálido brillo ambarino.

Capítulo 21

Auschwitz
Diciembre de 1942

—Hace mucho, mucho tiempo, hubo alguien que se dedicaba a cortar madera y que vivía en lo más profundo del bosque, allí donde los árboles son tan viejos y nudosos y con tanto carácter que bien podrían pasar por personas. –¿Y cómo se llamaba él? –preguntó Danielle, que estaba a mi lado en el catre.

Los dientes le castañeaban por culpa de aquel cortante viento de diciembre que soplaba a través de los listones de madera de los barracones.

–Ella, más bien, que la leñadora era una chica –contesté. –Estupendo –murmuró Macarrón, al otro lado de Danielle. En los últimos dos meses, habían llegado nuevas ocupantes a nuestro barracón y, a pesar de que habían muerto algunas mujeres –incluida Hannah, a la que habían mandado a la enfermería y no había regresado–, cada vez estaba más abarrotado. Macarrón se había trasladado a nuestro catre, cosa que me alegraba mucho. Las tres éramos inseparables, como hermanas, o, más bien, como dos tías excéntricas y su sobrina. Una mujer llamada Sophie se había instalado también en nuestro catre. Solo llevaba una semana en el campo y aún estaba en estado de *shock*, apenas hablaba. Miré hacia ella, que estaba tumbada al otro lado de Macarrón. Tenía los ojos cerrados, aunque –a juzgar por la manera en que sus párpados se crispaban– se notaba que no estaba durmiendo. Macarrón empezó a rascarse un brazo.

–Perdón, es que pican un montón –susurró.

El barracón no solo se estaba llenando hasta los topes de mujeres: la plaga de piojos iba a peor cada día.

–No te rasques, así lo único que haces es empeorarlo. Además, me están entrando ganas de rascarme a mí también –le instó Danielle–. Sigue contando la historia, Etty, a ver si dejamos de pensar en ellos.

–La leñadora se llamaba Ruth –proseguí, haciéndole un homenaje a

mi madre–, y había vivido sola en el bosque desde que sus padres habían muerto en trágicas circunstancias. –¿Qué les pasó? –preguntó Danielle.

–Mmm… A su padre se lo comió un lobo; y a su madre, un cochinillo enloquecido. –Afortunadamente, aquello le hizo soltar una risita a Danielle, y me pareció que a Sophie le asomaba a los labios un amago de sonrisa–. Cada día, Ruth iba a pescar para la cena a un arroyo que atravesaba el bosque. Y, cada tarde, cortaba leña para alimentar el fuego y calentarse, además de para hacer la comida.

–Ay, lo que daría por estar ahora mismo junto a la lumbre… –suspiró Macarrón.

–Y yo –murmuró Danielle.

–A ver: si escuchas mi historia, podrás aprender a encender un fuego sin ayuda y cada vez que lo necesites.

–¿En serio?

Danielle cambió ligeramente de posición para mirarme de frente.

–Sí, así que, por favor… ¡Shh! Deja que la narradora continúe. –Mejor haz lo que te dice –dijo Macarrón, cortante–. Ya sabes el genio que se gasta la gente creativa…

–Pues, un día, Ruth estaba concentrada cortando leña cuando apareció una vieja y malvada bruja llamada Zubata. –Zubata.

Otra vez, Danielle soltó una risita, un sonido que en mis oídos sonaba más dulce que un coro de ángeles.

–Sí. La llamaban así porque tenía dientes de caballo –susurré. Había llamado así a la némesis de mi relato por una de las guardias más veteranas del campo, la temida Aufseherin Dreschel, a la que los prisioneros rusos apodaban Zubata (que significa «la de los dientes grandes»)–. Era delgada y mezquina, e iba por allí con su despiadado sabueso. Nada le gustaba más que sembrar tristeza a su paso.

–¿Y qué le hizo a Ruth? –inquirió Danielle, visiblemente preocupada.

–Cuando se encontró con Ruth, le preguntó qué estaba haciendo. Ruth le contestó que estaba partiendo leña para el fuego. Zubata dejó escapar una risa siniestra y le echó una maldición al hacha de Ruth: «De ahora en adelante, no serás capaz de cortar más leña», dijo entre dientes, «y no conseguirás mantener vivo ningún fuego».

–No sé si me gusta esta historia… –murmuró Danielle.

–Sí, no me está ayudando mucho con los picores –coincidió con ella Macarrón.

–Venga, venga. –Suspiré con dramatismo–. Todo el mundo sabe que una buena historia ha de incluir siempre una dosis de triunfo frente a la adversidad. Tened paciencia. Esta es la adversidad, y el triunfo no

anda lejos.

–Vale –dijo Danielle.

–Así que la diabólica Zubata y su sanguinario sabueso se internaron en el bosque en busca de más vidas que arruinar mientras Ruth se metía en su cabaña, con frío y asustada. ¿Cómo iba a sobrevivir ahora que no tenía forma de calentarse? En el catre de arriba, una de las recién llegadas empezó a sollozar quedamente.

Danielle buscó mi mano y me agarró fuerte.

–Sigue contando –susurró.

–Ruth se sentó frente al hogar y miró los pocos troncos que le quedaban. Si los quemaba ya, no tendría más combustible para el resto del invierno. Pero hacía tanto frío… «Por favor», suplicó, «dime qué debo hacer».

–¿Con quién hablaba? –preguntó Danielle.

–Con quienquiera que la estuviese escuchando –contesté. –Pues espero que no fuese Dios, porque él seguro que no estaría escuchando –dijo Macarrón en un tono pesimista. Como tantos otros en Auschwitz, a lo largo de los últimos meses, su fe en la capacidad de Dios para escuchar nuestras plegarias se había esfumado. Cuando, mientras trabajaba, se me había ocurrido la idea para ese relato, había albergado la secreta esperanza de que le reavivase un poco la llama de la fe. Pero ya no estaba tan segura. El cansancio constante y el hambre le estaban pasando factura a mi imaginación. De todas formas, tenía que seguir adelante; no podía tener en vilo a mi auditorio. –Y, para sorpresa de Ruth, se oyó una voz que salía de la chimenea. –¿Qué decía? –preguntó Danielle.

–Decía: «Si me sacas de esta chimenea, te enseñaré a mantener vivo un fuego para siempre» –respondí poniendo una voz chillona y cómica.

–¿Quién era? –inquirió Danielle.

–¡Si me dejas contar la historia, pronto lo descubrirás!

–Lo siento.

Se acurrucó junto a mí.

–«Claro que sí», contestó Ruth, y echó una ojeada al interior de la chimenea, donde vio a un duendecillo de larga barba blanca y orejas puntiagudas.

–¿Había un duende en su chimenea? –dijo Macarrón.

–Sí. No te olvides de que esto es un cuento.

–Claro. Lo siento. Sigue, por favor.

–Gracias. Así que Ruth ayudó al duende a salir de la chimenea. «Mi nombre es Shalom», dijo él mientras se sacudía el hollín de su larga barba blanca.

–Pero ¿qué diablos hacía en su chimenea? –preguntó Macarrón. Danielle soltó una risita. Se divertía mucho con nuestro chachareo.

–«¿Qué estabas haciendo en mi chimenea?», preguntó Ruth. «Pues buscando a Papá Noel», contestó Shalom.

–¿Era Navidad? –preguntó Danielle, y a mí me entraron ganas de ponerme a chillar.

Me daba a mí que Madame d'Aulnoy no tenía que padecer tantas interrupciones en su salón literario. Con todo, hice gala de coraje y seguí.

–«Pero aún falta una semana para Navidad», dijo Ruth. «Me gusta adelantarme», contestó Shalom. –Menos mal que aquello pareció complacer a mi auditorio–. Así que Ruth le contó a Shalom con pelos y señales el maleficio de la malvada Zubata, y él se tiró de la barba en actitud pensativa antes de hablar…

Hice una pausa efectista.

–¿Qué dijo? –susurró Danielle.

–Le pidió a Ruth que encendiese el fuego. Luego, le enseñaría cómo asegurarse de que nunca se le apagaba –contesté–. Y Ruth hizo lo que él le había pedido y prendió los últimos troncos que le quedaban.

–¿Y…? –preguntó Macarrón, impaciente.

–Y Shalom le explicó que todos los días tendría que ir a sentarse delante del fuego y pensar en algo que la hiciese feliz. De esa manera, las llamas nunca se apagarían.

–Pero ¿cómo iba a mantenerse vivo el fuego solo con pensamientos felices? –preguntó Danielle.

–«Pero ¿cómo va a mantenerse vivo el fuego solo con pensamientos felices?», preguntó Ruth –dije, respirando hondo y pidiendo paciencia–. Shalom le lanzó a Ruth una sonrisa llena de sabiduría. Sus ojos, castaños, titilaban en la penumbra por reflejo de las llamas. «Prueba y verás», dijo él. Así que Ruth se sentó delante del fuego y pensó en el balbuciente riachuelo al que iba a pescar y en cómo el suspirar del agua sobre las piedras siempre le resultaba relajante. Y pensó también en las libélulas y en los pájaros cantores y en la manera en que el verdor de los árboles parecía envolverla como una manta reconfortante. Al evocar dichos pensamientos felices, las llamas que había en el hogar se pusieron a dar brincos cada vez más alto, y Ruth disfrutó de su calor.

–¿Y los troncos no ardieron? –preguntó Danielle.

–No. Shalom se despidió de Ruth recordándole que tenía que avivar el fuego cada día con pensamientos felices y siguió su camino. Por supuesto, Ruth hizo lo que le había mandado y el fuego no volvió a apagarse. Y nunca más tuvo que cortar leña, lo que la hacía todavía

más feliz, pues así tenía más tiempo para buscar cosas que la hiciesen feliz y en las que pudiese pensar para mantener el fuego encendido. –Lo que no veo es de qué nos sirve eso a nosotras –dijo Danielle sin más emoción.

–Con cada pensamiento feliz que tenemos, se nos calienta un poquito el corazón, ¿o no? –contesté, rezando para que viesen adónde quería llegar y que no les hubiese hecho añorar un fuego de verdad, empeorando el frío y los picores que sentían. –Voy a probar, a ver –dijo Macarrón–. Pensaré en el día que inauguré mi galería. ¡Qué día tan feliz!

–Estupendo –contesté sin estar totalmente segura de si hablaba en serio o solo intentaba ayudarme a animar a Danielle–. ¿Qué me dices, Danielle?

Aguanté la respiración y esperé.

–Voy a pensar en cuando Xavier Fortin me dio un beso –contestó finalmente.

–¡Olé! –exclamé–. ¿Y quién es ese Xavier Fortin?

–El chico más guapo de mi escuela –respondió con un deje de falsa modestia.

–Yo voy a pensar en el día en que di a luz a mi hijo –murmuró Sophie, y nos hizo pegar un brinco de la sorpresa. Era la primera vez que decía algo sin que se le preguntase. Abrió los ojos y me sonrió–. Fue el día más maravilloso de mi vida. –Me imagino –contesté–. Ser madre debe de ser increíble. –Lo es, la verdad.

Volvió a cerrar los ojos, y en sus labios afloró una sonrisa. –¿Y tú en qué vas a pensar, Galletita? –preguntó Macarrón. –Piensa en el día en que conociste a Tomasz –dijo Danielle, entusiasmada.

Me eché a reír.

–Si insistes…

Pero, al cerrar los ojos, pensé en aquella vez en que Solly, en quien me había inspirado para mi duende sabio, Shalom, me había dicho que yo era como una hija para él. Y sí, sentí que se me calentaba el corazón.

Danielle se puso de lado y Macarrón y yo hicimos lo propio hasta acoplarnos como un juego de cucharas dentro de un cajón. Me imaginé que nuestros pensamientos felices prendían una llama de esperanza y amor en nuestro interior. En un mundo en el que todo lo demás nos había sido arrebatado, resultaba reconfortante saber que todavía teníamos algo a lo que aferrarnos. Que todavía controlábamos las historias que nos contábamos a nosotras mismas y a los demás.

Capítulo 22

Auschwitz
Febrero de 1943

La primera vez que conté mi cuento del fuego feliz, no podía imaginar hasta qué punto llegaríamos a depender de él. Si los primeros meses en Auschwitz habían sido duros, la llegada del invierno no hizo sino empeorar las cosas. A pesar del frío polar, seguían sacándonos afuera para pasar lista a las tres y media de la mañana. Empecé a tener pesadillas en las que me quedaba clavada en el barro pegajoso o, peor aún, me caía en él. Si te caías en el barro o en la nieve, podías olvidarte de que te diesen ropa limpia y seca para cambiarte. Una de las mujeres de nuestro barracón se cayó tratando de evitar que la mordiese el perro de uno de los guardias mientras pasaban lista. El vestido, embarrado, se le congeló en la espalda mientras trabajaba en el campo ese mismo día y murió de hipotermia un par de días más tarde. La muerte y la posibilidad de sucumbir a su largo cortejo eran ahora una constante.

Cada vez que llegaba al campo una nueva partida de prisioneros, la chimenea se ponía a escupir su nauseabundo humo al cielo plomizo; al rato –en cuanto los supervivientes del proceso de selección se enteraban de lo que les había sucedido a los seres queridos de los que los habían separado–, se erguía un coro de angustiosos lamentos. A aquellas que llevábamos ya unos meses en el campo, sus lágrimas habían dejado de estremecernos. Al menos, de cara a la galería. Daba la impresión de que se había apoderado de nosotras una especie de insensibilidad, ya fuese por la conmoción o por el frío. Teníamos la abrumadora sensación de que todo se iba contrayendo, de que nos estábamos contrayendo. Pero, por la noche, Macarrón, Danielle y yo nos acurrucábamos en nuestro catre y nos turnábamos para compartir un pensamiento feliz que mantuviese viva la llama de nuestra esperanza. Cada día, rezaba mientras trabajaba, pidiendo llegar hasta la noche y poder así refugiarme en el nido de historias que

inventábamos. Estoy convencida de que el nido que construimos a base de palabras fue lo que me mantuvo con vida aquel invierno, especialmente aquel horrible día de febrero.

Cuando nos hicieron levantarnos más temprano que de costumbre y nos sacaron al campo para pasar lista y tener a todas las mujeres juntas y en filas, intuí que algo no iba bien. Mientras nos colocábamos en hileras sobre la gélida alfombra de nieve y formábamos con escrupuloso orden, los guardias y sus perros nos ladraban insistiendo en que guardásemos una fila perfecta. Hacía tiempo que había aprendido a evadirme al mundo de mis historias mientras pasaban lista; a veces, si los números no cuadraban, podíamos estar allí plantadas durante horas. Sin embargo, aquella mañana mi mente se empeñaba en interrumpir mis intentos de inventarme una historia haciéndose preguntas cargadas de inquietud. ¿Por qué nos habían levantado tan temprano y nos habían juntado a todas? ¿Por qué había guardias de las SS –cómodamente ataviados con capas calentitas y abrigos– que no movían un dedo para contarnos?

Pasaron las horas, y el sol empezó a despuntar, haciendo que la nieve lanzase destellos rosáceos dorados. Ya no sentía los pies dentro de mis zuecos de madera; las rachas de viento azotaban las filas y se nos colaban entre los harapos que llevábamos puestos. Vi que Danielle, a mi lado, se ponía a tiritar y le hice un gesto para que me cambiase el sitio cuando los guardias no estuviesen mirando; así yo estaría en la parte exterior, aunque no es que hubiese mucha diferencia. Le miré las manos y me fijé en que se le habían puesto moradas.

Y allí seguimos, de pie y en silencio, solo interrumpido por el graznido de los pájaros, un sonido que, con el tiempo, se volvía cada vez más siniestro e insoportable.

–¿Qué está pasando? –susurró Danielle.

–¡Shh! Tranquila –respondió Macarrón, al otro lado.

–Seguid alimentando el fuego –susurré en clave para referirme a los pensamientos felices.

Sophie, que estaba situada al otro lado de Macarrón, se echó hacia delante y me dedicó una sonrisa tímida y agradecida.

Oí el sonido de un caballo y, al girarme, vi que un oficial de las SS se acercaba cabalgando. Sujetaba las riendas con sus guantes de piel. Ay, lo que habría dado yo por un par de guantes o un sombrero o una capa. Pasó trotando a nuestro alrededor, y contuve el aliento. Ojalá aquel fuese el motivo de la espera y, a una seña suya, pudiésemos seguir con nuestra jornada. A esas alturas, hasta me resultaba tentadora la perspectiva de ir a trabajar a los campos helados. Por lo

menos, podríamos movernos y tratar de reactivar los brazos y las piernas, que se nos habían congelado. Pero el oficial se fue por donde había venido, y nosotros seguimos en formación.

Cuando salió el sol, la luz rebotó en la nieve y me nubló la vista. Con lo mucho que había deseado ver el sol en las últimas semanas, y ahora me causaba tamaña molestia. Me apoyé sobre un pie y luego sobre el otro para que me circulase la sangre, pero me dolía mucho.

La mujer que tenía delante empezó a bambolearse de un lado a otro.

–¿Se encuentra bien? –susurré, echándome hacia delante. Un segundo después, se cayó redonda al suelo. Al cabo de unos minutos, se desplomó otra mujer. Miré a mi alrededor, buscando una reacción por parte de los guardias, pero los cuerpos de las mujeres se quedaron allí donde habían caído. Se me pasó por la cabeza un pensamiento terrible: que quizá ese era el objetivo de aquel ejercicio. ¿Nos habían dispuesto como un dominó de miles de fichas perfectamente colocadas para que una tras otra fuésemos derrumbándonos y muriésemos congeladas? «¡No!», se alzó una voz en lo más hondo de mí. No podíamos morirnos. Teníamos que sobrevivir. Yo tenía que sobrevivir y contarle al mundo lo que había pasado para que no volviese a suceder nunca más.

Me vino una imagen de Tomasz sentado a mi mesa la víspera del Yom Kipur. Aquella noche, él había plantado una semilla en mí al darme un objetivo; no permitiría que los alemanes y sus crueles jueguecitos la destruyesen… o me destruyesen a mí.

–No pares de mover los pies –le susurré a Danielle–. Sigue alimentando el fuego –le susurré a Macarrón.

Al mediodía, cuando el sol alcanzó su cenit, el retumbo apagado de unos motores rompió el inquietante silencio. Levanté la vista y me encontré con una procesión de camiones avanzando con dificultad ante nosotros.

–¡Oh, no! –jadeó Danielle.

La parte trasera de los camiones iba cargada de cuerpos desnudos, un batiburrillo desastroso de cabezas afeitadas y miembros pálidos y escuálidos que sobresalían formando ángulos extraños.

–¡Alimentad el fuego! –las insté–. No miréis.

Cerré los ojos e intenté desesperadamente sacarme una historia de la manga. «Hace mucho, mucho tiempo…».

–¡Está viva! –gritó alguien.

Abrí los ojos y me horrorizó ver que algunos de los cuerpos que iban en el camión que nos pasaba por delante se movían y gemían.

–¡Algunas de esas personas están vivas! –protestó otra mujer ante uno de los guardias.

Nos quedamos mirando mientras el guardia echaba un vistazo al camión y, luego, se echaba a reír. No estoy segura de haber sentido un odio más profundo que el que sentí hacia ese guardia en aquel momento. ¿Qué estaba pasando aquí, en el Valle de la Muerte? Y no solo a nosotros, sino también a nuestros carceleros. Era consciente de que, en toda sociedad, hay gente capaz de cometer actos despreciables, pero, normalmente, era la inmensa minoría. En aquel lugar infernal debía de haber miles de guardias. ¿Cómo era posible que tal cantidad de ellos se hubiesen vuelto tan malvados y en tan poco tiempo? ¿Cómo podía aquel guardia soportar ver que estaban llevando al crematorio a gente viva y aún reírse? Pensé en lo que Solly me había dicho sobre que teníamos que amar con más fuerza para compensar el odio de los alemanes, pero a él también lo habían matado. No me cabía duda de que, a esas alturas, hasta Solly sentiría rabia. Lo único que tenía claro era que, en ese momento, el odio era lo que me reconfortaba y me motivaba para no derrumbarme en la nieve como una ficha de dominó. Como me motivaba que no se saliesen con la suya y hacer todo lo que estuviera en mi mano para clamar justicia. Anonadadas, observamos en silencio cómo los camiones se dirigían a la chimenea. La idea de que aquella pobre gente estuviese a punto de ser quemada viva se me hacía insoportable. Cerré fuerte los ojos y recordé una y otra vez mis conversaciones con Solly para evitar que se me partiese el corazón.

No nos dieron orden de volver a los barracones hasta que el sol se estaba poniendo tras los escuálidos árboles que marcaban la línea del horizonte. Para entonces, me había hecho pis encima –lo que tiñó de amarillo la nieve alrededor de mis pies– y era como si se me hubiese olvidado el mecanismo de funcionamiento de mis piernas. Con todo, Macarrón, Danielle y yo conseguimos ayudarnos las unas a las otras para no tropezar. Busqué con la mirada a Sophie, pero no había ni rastro de ella. Quise pensar que vendría más atrás. El suelo congelado estaba plagado de cadáveres, como si unos francotiradores hubiesen ido eliminándolos uno a uno a lo largo del día. Una vez más, me asombró el nivel de crueldad. Habría sido más humano pegarles un tiro que aquella muerte lenta y dolorosa delante de todo el mundo. La nieve, tan prístina por la mañana, estaba ahora teñida de manchas amarillas y marrones. El olor a diarrea impregnaba el viento gélido. Pero, al parecer, el sádico juego de los alemanes no había terminado. A medida que nos acercábamos a la entrada de los barracones, por la fila de mujeres llegó hasta nosotras un mensaje de alerta: «¡Al llegar a la entrada, corred!».

¿Qué querían decir con eso? Confundida, le hice una mueca a

Macarrón.

–Me cuesta andar –gimoteó Danielle, que parecía peligrosamente dispuesta a dejarse ir.

–Cojámonos de las manos –indiqué, y Macarrón y yo agarramos a Danielle cada una por un lado.

Desde la cabeza de la fila, nos llegaban alaridos de dolor y el eco de los guardias gritando: *«Schnell! Schnell!»*, que había aprendido que quería decir: «¡Rápido! ¡Rápido!». ¿Así era como tenían pensado matarnos al resto, haciéndonos entrar en una especie de carrera de locos?

Al acercarnos a la entrada, descubrí el motivo de tanto jaleo. Dos filas de guardias y sus ayudantes –porras y látigos en ristre– habían formado lo que parecía un túnel y teníamos que pasar por él mientras nos molían a palos. A las mujeres que se caían las sacaban a rastras los guardias.

–Ponte entre nosotras –le dije a Danielle mientras nos colocábamos en una fila única con Macarrón al frente y yo detrás–. No tengas miedo, estoy justo detrás –dije.

No sé de dónde sacamos las fuerzas, pero logramos pasar por aquel pasadizo infernal. Los golpes en la espalda, congelada, me dolieron muchísimo, pero hicieron que la sangre volviese a circular por mi aterido cuerpo.

Cuando regresamos a nuestro barracón, miramos a nuestro alrededor con los ojos desorbitados, como conejos aterrorizados. ¿Había vuelto todo el mundo? ¿Quién faltaba? Alguien se puso a contar cabezas.

–Faltan quince –se lamentó.

A esas alturas, estaba tan paralizada de la impresión que me limité a dar gracias por que Danielle y Macarrón hubiesen sobrevivido.

Nos sentamos encaramadas al borde de nuestro catre.

–¿Dónde está Sophie? –preguntó Danielle a la vez que se abrazaba el cuerpo, tembloroso, con sus brazos como palillos. –No lo sé –respondí mirando a nuestro alrededor con inquietud–. Pensé que venía detrás de nosotras.

–Necesitamos a gente que eche una mano –voceó la Kapo con cara de hurón desde la puerta.

Si no estuviese tan conmocionada, me habría echado a reír. No me lo podía creer: ¡después de todo lo que nos habían hecho pasar, ahora nos pedían ayuda!

–Tenemos que recoger a las mujeres que han caído –prosiguió.

«¡A las mujeres a las que han asesinado!», me hubiera gustado gritarle.

Permanecí impertérrita, pero Macarrón se levantó. Le lancé una mirada inquisitiva.

–Quiero encontrar a Sophie –susurró, y yo asentí.

Mientras Macarrón y un par de mujeres más salían de nuevo al exterior, le pasé el brazo por los hombros a Danielle y la atraje hacia mí. Me esperaba que llorase, pero se limitó a mirar al infinito con aire ausente, y eso era más preocupante, si cabe.

Macarrón regresó un poco más tarde con la mirada igual de perdida.

–¿La has encontrado? –pregunté con la esperanza de que se hubiese producido una especie de milagro.

Macarrón asintió.

–Ha… ha muerto –tartamudeó–. Ay, Galletita, ¡qué cantidad de cuerpos! Los están apilando junto a la enfermería. Y las ratas están…

Y rompió a llorar, pero no hacía falta que dijese nada más. –Ven –le dije haciéndole una seña para que se sentase entre Danielle y yo–. Te daremos calor.

Macarrón se acomodó entre nosotras y le frotamos la espalda y le acariciamos la cabeza. «Por favor, que no se rinda. Por favor, que no se rinda», no paré de rezar para mis adentros. Y, cuando el sonido de los sollozos llenó el gélido barracón, mi oración por Macarrón pasó a abarcarnos a todas nosotras.

Capítulo 23

Auschwitz
Marzo de 1943

Al igual que para la mayoría de las mujeres de nuestro barracón, el día de las muertas en la nieve supuso un punto de inflexión para Macarrón y Danielle. Sus ojos, las partes de sus cuerpos que habían conservado cierta vida, perdieron la luz que tenían y sus miradas se volvieron cada vez más ausentes. Puse mucho empeño en tratar de infundirles una chispa de vitalidad, pero me resultaba casi imposible inventarme historias llenas de esperanza viendo lo que sucedía a nuestro alrededor. Con el ahora omnipresente hedor a muerto, pensar en contarles una historia que les levantase la moral o en animarlas a tener pensamientos felices me resultaba de mal gusto, grosero. Para acabar de empeorar las cosas, nos habían cambiado la ración diaria de sopa del mediodía a después del recuento de la tarde y se nos había prohibido que llevásemos con nosotros nuestros preciados cuencos esmaltados de rojo. En el Valle de la Muerte, los cuencos equivalían a la supervivencia; no llevarlos siempre encima introdujo un nuevo factor de ansiedad.

Y, así, una noche mientras preparábamos nuestros maltrechos cuerpos para dormir una mujer con gesto severo llamada Dora vino hacia mí por el pasillo del barracón. Lucía un triángulo rojo en el pecho en lugar de la estrella amarilla, cosa que ahora sabía que significaba que se trataba de una presa política. A pesar de que, a aquellas alturas, estaba ya tan demacrada como el resto, Dora tenía una presencia imponente. Puede que fuese por su mirada de pocos amigos. No es que hubiese tenido mucho trato con ella, pero me daba la impresión de que no se andaba con bromas.

–¿Es usted la narradora? –me dijo a modo de saludo y sin rodeos.

–¿Cómo dice? –respondí.

–¿Es la que cuenta historias para ayudar a la gente a recordar quiénes son? –preguntó con la misma brusquedad que si me hubiese

dicho: «¿Es la que ha estado infestando de piojos la ropa de todo el mundo?».

Dejando a un lado el tono tajante, yo estaba encantada de que se refiriese a mí de aquella manera; me hacía tremendamente feliz que hubiese por lo menos un lugar en el que me conociesen por mi tarea y no solo me viesen como un número. –Sí, sí que es.

Danielle metió baza desde donde estaba sentada, en el borde del catre. Macarrón, que ya se había tumbado, asintió confirmándolo.

–Necesito que me ayude –prosiguió Dora, y estaba claro que era más una orden que una petición.

–Vale –respondí sin estar muy segura.

–Una de mis compañeras de catre lo está llevando tremendamente mal desde lo que sucedió aquel día en la nieve, ya sabe. Asentí.

–Todas lo estamos, ¿no le parece?

–Y he descubierto que hoy es su cumpleaños –prosiguió Dora– y quería prepararle algo, darle algún regalo.

Me miró expectante.

–Ajá…

–¿Podría contarle una de sus historias?

–Ah, bueno, sí… Claro. ¿Tiene algún tipo de preferencia, hay algo en particular que crea que le gustaría escuchar?

Dora me miro como si estuviese loca.

–Bueno, algo que le devuelva la esperanza, por supuesto. Miré a Macarrón y a Danielle y arqueé las cejas. Macarrón me lanzó una sonrisa comprensiva, y le dije que sí con la cabeza a Dora.

–Vale, voy a avisar a todo el mundo.

–¿A todo el mundo? –repetí.

–Sí.

Dora se giró y desanduvo el camino hacia la entrada del barracón. Cojeaba ligeramente.

–Pero… ¿qué…? –tartamudeé a su espalda.

–A ver, préstenme atención todas. Tengo algo que anunciar –voceó Dora, y el parloteo dentro del barracón fue perdiendo fuerza.

Me dio un vuelco el estómago; ¿no esperaría que le contase un cuento a todo el barracón y sin avisarme con tiempo? Pues sí, eso era exactamente lo que tenía pensado hacer.

–Como algunas de ustedes ya saben, hoy es el cumpleaños de Nicole. –Señaló hacia una joven de rostro cetrino que estaba sentada junto a ella en uno de los catres superiores. Todas las miradas se volvieron hacia Nicole, lo que la hizo retraerse–. Y me gustaría celebrar la ocasión dándole algún regalo. Pero ¿qué se le puede dar a una mujer que lo tiene todo? –dijo Dora en un tono seco que despertó

unas cuantas risas–. A ver: los diamantes y las fiestas de lujo están tan pasados ya… –Por el barracón se extendieron más risas–. Pero un pajarito me ha dicho que entre nosotras hay una narradora, una cuentacuentos profesional; ¡nada más y nada menos! Puede que algunas de ustedes ya la conozcan. –Se giró y me señaló, y todas las miradas la siguieron. Noté que me ponía colorada–. Y dicen por ahí que ha estado ayudando a mantener alta la moral de la gente con sus historias.

–Pues sí –voceó Macarrón desde nuestro catre y, para mi sorpresa y deleite, oí que unas cuantas mujeres más asentían entre murmullos a nuestro alrededor.

–Así que, sin más parafernalia, me gustaría presentar… –Miró en mi dirección, al fondo del barracón–. Lo siento, no sé su nombre.

–Soy Etty –respondí débilmente.

Se me fue la vista a la vigilante nocturna que estaba sentada junto a la puerta. No era hora de dormir aún, pero no estaba segura de que fuese a estar de acuerdo con que nos reuniésemos de aquella forma. En parte, esperaba que nos ordenase que nos metiésemos más temprano en nuestros catres y me ahorrase el calvario, pero, por desgracia, nos miró sin inmutarse.

–Siéntese aquí, en el centro –me indicó Dora a la vez que me guiaba hasta el bloque central de cemento.

Hice lo que me mandaba y me senté enfrente de la pobre Nicole, que parecía tan mortificada como yo.

«¡Socorro!», grité por dentro, rezando para que Solly me inspirase. Y, como si respondiese a mi plegaria, me vino el recuerdo repentino de una historia que me había contado cuando me planté en su casa fuera de mí del disgusto después de que los alemanes me requisasen la bicicleta. Había logrado animarme cuando más falta me hacía, así que, con un poco de suerte, también lo conseguiría con Nicole… y con todas las demás.

Respiré profundamente y me aclaré la garganta.

–Hace mucho, mucho tiempo… –empecé con voz temblorosa.

–No la oigo –voceó alguien desde el otro extremo del barracón.

–Hace mucho, mucho tiempo… –repetí más fuerte. Imaginé que Solly estaba detrás de mí, poniéndome su mano nudosa en el hombro–. Hace mucho, mucho tiempo, hubo un rey que, a pesar de vivir en un magnífico palacio rodeado de una familia que lo quería, no conocía la felicidad. Durante todo el día, sus sirvientes intentaban alegrarlo ofreciéndole festines, proporcionándole los ropajes más suntuosos, creando espectáculos… Pero seguía estando triste.

–Me recuerda a mi marido –bromeó Dora.

–Es como el mío –voceó alguien más, despertando unas cuantas risitas ahogadas.

–Obviamente, vivir en un estado de pena permanente no tenía nada de placentero. Y mucho menos para la pobrecita de su mujer, la reina, que llevaba tiempo padeciendo aquello –añadí por Dora, que movió la cabeza en señal de aprobación–. Así que decidió solicitar el consejo de uno de los sabios más sabios.

»"Haga lo que haga, coma o compre lo que sea, nada parece hacerme feliz", le contó el rey.

»El sabio acarició su largo bigote antes de contestar.

»"Tiene que encontrar al hombre más feliz del reino y llevar puesta su camisa durante un día entero", le dijo al rey. "Después de eso, y no antes, se habrá curado y hallará la dicha".

»El rey estaba tan desesperado por dar con la felicidad que aceptó al instante y, al día siguiente, se disfrazó con unas ropas comunes y se marchó a recorrer el reino en busca del hombre más feliz que pudiese encontrar. Pero ninguno de los que hallaba cumplía con aquel requisito. Por mucho que a primera vista pareciesen alegres, resultaba que todos tenían algo que los entristecía. El rey caminó sin descanso durante días y días hasta que le dolieron las piernas y las suelas de los zapatos se le desgastaron. Al final, llegó a un bosque a las afueras del reino. Al pasar entre los árboles, oyó el más alegre de los sonidos: el de un hombre cantando. Fue siguiéndolo hasta que encontró al hombre en un claro, cortando leña y cantando a pleno pulmón.

»"Disculpe", dijo el rey. "Estoy buscando al hombre más feliz del reino. ¿No será usted, por un casual?".

»"Ah, pues sí, lo soy", respondió el leñador con una sonrisa radiante.

»"¡Al fin!", exclamó el rey. "Me han dicho que tengo que llevar puesta su camisa durante un día entero para sentirme feliz. Así que me preguntaba si sería tan amable de prestármela".

»"Sería un placer", respondió el hombre, mostrándose voluntarioso, "pero hay un pequeño problema", y se abrió la chaqueta con una floritura, dejando a la vista su torso desnudo: "¡No tengo camisa!".

»El rey se quedó mirándolo durante un instante sin poder reaccionar, hasta que cayó en la enseñanza que el sabio había querido transmitirle con aquel periplo. El leñador no necesitaba nada para ser feliz. No necesitaba la mejor comida ni espectáculos ni ropas caras. ¡Ni siquiera tenía una camisa! Simplemente, era feliz. Al entender la lección, el rey se echó a reír sin parar. Y, al final, conoció lo que era la felicidad. Cuando acabé de contar la historia, miré hacia Nicole presa de la inquietud. Su rostro no reflejaba ninguna emoción. –No lo

entiendo –metió baza alguien a mi espalda–. ¿Cómo es posible que el leñador sea simplemente feliz, sin tener motivo? –Porque decide serlo –respondí notando un hormigueo en la piel.

¿La moraleja de mi historia pecaba de falta de sensibilidad en el contexto del campo? ¿Las había hecho sentir peor a todas, incluida la chica del cumpleaños?

–Pero ¿cómo puede una escoger ser feliz cuando se lo han quitado todo? –preguntó otra, y me desmoralizó todavía más. –Pues claro que puede –contestó Dora en su habitual tono cortante–. Y debe hacerlo, ¿no lo ves? –Le agarró la mano a Nicole, un gesto que me hizo pensar en Danielle y en mí y en nuestra relación. A pesar de sus aristas, era evidente que Dora se preocupaba por la chica–. Fiar nuestra felicidad a la intervención de otras personas o cosas es como… como… – Construir una casa en la arena –propuse.

–Exactamente –asintió Dora–. Pero si somos capaces de encontrar la felicidad en nuestro interior pues… tendremos unos cimientos sólidos.

–¿Y cómo la buscamos dentro de nosotras? –murmuró Nicole.

El hecho de que por fin mostrase interés prendió en mí una chispa de esperanza.

–Cuéntales el cuento del fuego feliz –dijo Danielle, y me causó un sobresalto.

Me había preocupado tanto de contar la historia que no la había visto acercarse y ponerse a mi lado. Le dediqué una sonrisa agradecida.

–¿Qué cuento es ese del fuego feliz –preguntó Dora.

Volví a mirar hacia la vigilante nocturna, pero tenía la vista fija en el suelo y no mostraba ni el más mínimo interés en lo que estábamos haciendo.

Así que me lancé.

–Hace mucho, mucho tiempo…

Acogieron aquella historia con mucho más entusiasmo. La mención del cochinillo enloquecido provocó muchas risas, al igual que las referencias a Zubata. El asunto que trataba había conseguido la aceptación incluso de Nicole; al llegar al final, me dijo que se iba a poner a repasar sus vacaciones infantiles en el sur de Francia.

–Mi hermano y yo nos pasábamos el día en la playa, construyendo castillos de arena y atrapando cangrejos en las charcas que se formaban en las rocas –me dijo con una sonrisa lastimera–. Fue una etapa mágica. Nunca me he sentido tan salvaje, tan libre.

–Puede volver a ese tiempo y reavivar dichos sentimientos a su antojo y siempre que lo necesite con solo evocar sus recuerdos –la animé–. Nadie puede impedírselo.

–Gracias –susurró.

Las otras mujeres fueron regresando a sus catres entre murmullos sobre los recuerdos que querían recuperar; me imaginé que sus palabras eran estrellitas fugaces que sobrevolaban el barracón. Cuando me giré para marcharme, Dora me agarró por el brazo.

–Gracias –dijo mirándome fijamente a los ojos–. Si necesita algo, no dude en decírmelo.

Asentí. Dora trabajaba en Kanada, el almacén donde los alemanes procesaban todas las pertenencias que requisaban a los recién llegados al campo. Enviaban la mayor parte del botín robado a Alemania, en tren; aunque era un secreto a voces que el personal que trabajaba allí podía rapiñar comida y algunos objetos sin valor, como velas o cucharas.

–Lo digo en serio –afirmó. Se pegó a mí y me susurró al oído–: Pensé que iba a perder a Nicole, creí que se había rendido; pero la ha ayudado a encontrar una fuente de felicidad, y no se me ocurre un mejor regalo de cumpleaños. Me plantó un beso en la mejilla con la fuerza de un puñetazo.

Me di la vuelta y desanduve el camino hasta mi catre. Al pasar, me llegaban a los oídos los murmullos agradecidos de las mujeres. Sabía que lo que había hecho solo les proporcionaría un alivio temporal. Sabía que mis historias no podrían detener la brutalidad de los alemanes. Con todo, la posibilidad de hacer algo, por pequeño que fuese, para contribuir a mejorar su ánimo era como dar con la estrella polar en la noche más tormentosa. Agradecía tanto haber encontrado un propósito que me sirviese de guía…

Capítulo 24

Auschwitz
Marzo de 1943

Poco a poco, el invierno fue retirándose y en los prados más allá del campo empezaron a brotar botones dorados como si fuesen pequeñas pinceladas de pintura amarilla brillante. Verlos me daba tanta alegría como congoja. Porque era maravilloso recordar la resiliencia y la belleza de la naturaleza, pero también me encogía el corazón pensar que podía ser que no volviese a coger flores en mi vida. Al igual que tantas otras cosas, también nos habían prohibido que arrancásemos flores. Cada día, de camino a los campos que cavábamos para que los alemanes pudiesen seguir expandiendo su Valle de la Muerte, me distraía liberándome de mi cuerpo enflaquecido, de mis doloridas piernas, de mis encías sangrantes y de mi piel llena de pústulas y dejándome llevar al mundo de la imaginación. Las mujeres de mi bloque solían pedirme ahora que les contase historias, así que me pasaba el día buscando nuevas ideas o recordando alguno de los muchos relatos que Solly me había transmitido para contárselo a ellas por la noche. Era muy gratificante ver el efecto de mis historias en mis compañeras de barracón, pues les hacía tener presente que, aunque solo fuese en su mente y en su corazón, seguían siendo las autoras y las heroínas de sus propias tramas. Pero los alemanes tenían tanto poder físico sobre nosotras que resultaba complicado conservar el optimismo frente a su implacable crueldad. Recé una y otra vez para que Dios me enviase una señal de que nada de aquello era en vano, de que aún cabía la esperanza. Y un estupendo día de marzo, cuando menos lo esperaba, mis oraciones obtuvieron respuesta.

Aquel día había empezado ya de maravilla. Al pasar junto al cercado en el que los guardias adiestraban a sus perros con monigotes vestidos con nuestros uniformes de rayas azules y blancas para que los hiciesen trizas, la temida Aufseherin Dreschel empezó a sacar a

mujeres de la fila. Delgada y lisa como una tabla y con dientes de conejo, Dreschel era el tipo de mujer que en otro contexto no tendría nada de amenazante. Pero allí, acompañada por su sabueso y respaldada por el poderío de las SS, era todopoderosa. Y disfrutaba como nadie demostrándolo. Sabíamos que cada vez que Dreschel elegía a una mujer al azar era muy probable que no volviésemos a verla. Una perspectiva que me resultaba terrorífica.

«Por favor, que no me escoja», recé para mí mientras miraba a Macarrón y a Danielle, que caminaban delante de mí. Macarrón tenía una llaga en el pie que la hacía cojear, y a mí me aterrorizaba pensar que aquello podía bastar para que la llamasen a capítulo. Al acercarnos, miré a Dreschel de reojo. Ay, ojalá pudiese verla transportada por arte de magia a las calles de mi infancia en Marsella, sin su sabueso ni sus secuaces nazis. No aguantaría ni cinco minutos. En mi interior, el odio le ganó la partida al miedo. La vi mirar a Macarrón y bajar la vista a su pie. «Por favor, por favor, por favor».

Parecía que Dreschel estaba a punto de decirle algo a Macarrón, pero la mujer que había a su lado le llamó la atención y la sacó de la fila de un tirón mientras apuntaba con el látigo a una protuberancia bajo su vestido. Otro guardia se echó encima de la mujer y dejó al descubierto lo que ocultaba: había metido su cuenco debajo de la camiseta. Dreschel lo lanzó al suelo y lo machacó con sus botas de suela gruesa hasta que lo hundió en el lodo. Mientras la observaba, la mujer lloraba como si se le hubiese muerto un familiar. Qué extraño era aquel nuevo mundo en el que el dinero y el prestigio no significaban nada y un mísero cuenco podía marcar la diferencia entre vivir y morir. Por suerte, permitió que la mujer siguiese adelante, cosa que hizo entre quedos sollozos. En cuanto Macarrón, Danielle y yo dejamos atrás a Dreschel, a punto estuve de desplomarme del alivio que sentí. Habíamos sobrevivido un día más, pero me pregunté hasta cuándo duraría nuestra suerte, si es que aquello podía llamarse así. «Por favor, Dios, ofréceme algo que me dé esperanza, algo que me haga fuerte», recé una vez más.

Al aproximarnos a la zona en la que teníamos que cavar zanjas, nos cruzamos con una procesión de presos.

«Por favor, Dios, por favor», seguí rezando para mí.

Y, entonces, algo me hizo levantar la cabeza. ¿Fue Dios o fue el destino… o fue pura coincidencia? No lo sé. Pero levanté la cabeza y mi mirada se cruzó con la de uno de los hombres. Como el resto, carecía de expresión. O casi, porque luego noté que parpadeaba como si hubiese identificado a alguien; un segundo después, me fijé en que tenía una cicatriz a un lado de la cara. ¿Sería posible? ¿Era…? Estaba

tan demacrado que no estaba segura. Hasta que me llamó por mi nombre.

–¡Etty!

Una sonrisa le iluminó el rostro y, por un brevísimo instante, para mí no hubo más que aquella hermosa sonrisa.

–¿Tomasz? –jadeé cuando se separó de la fila y corrió a saludarme–. ¡Tomasz!

–¿Tomasz? –oí a Danielle haciéndome eco antes de girarse para mirar.

Uno de los guardias de las SS que acompañaban a los hombres se puso a gritar. Sin embargo, lo único que veía yo y en lo que podía pensar y centrarme era en el milagro de encontrarme allí, ante él.

Tomasz tomó mi mano entre las suyas. Tenía los brazos muy muy delgados y la clavícula le sobresalía por el cuello de su camisa a rayas.

–Lo siento –se apresuró a decir.

–¿Cómo dice? –fue todo lo que conseguí articular.

Era como estar en un sueño surrealista.

–Siento lo que hice aquella noche.

Clavé la mirada en la suya y su aspecto fantasmagórico desapareció. Al mirar aquellos ojos oscuros, ya no vi al salvaje sin corazón que había creído que era. Solo veía el alma amable y cariñosa que había rescatado a Solly y a Aurélie. –No pasa nada. –Por el rabillo del ojo, vi que se acercaban unos guardias, pero no aparté la vista de él–. Yo también lo siento. Siento lo que le dije. Solly me contó que…

Me tiró de la chaqueta como si quisiese atraerme hacia él. Pero los guardias le echaron el guante, y yo sentí un golpe en la nuca. Trastabillé hacia delante del dolor, y noté unos brazos que trataban de agarrarme. Eran Danielle y Macarrón.

–¡Perra judía! –me escupió una de las Kapos, blandiendo su porra.

Al recuperar la visión, miré por encima del hombro y vi que devolvían a Tomasz a su fila y que seguía su camino.

–¡Ya llega la primavera! –me gritó.

No entendí por qué lo decía, pero me bastaba con la radiante sonrisa que se dibujaba en su cara.

–¿Ese era el Tomasz de verdad? –susurró Danielle al retomar la marcha.

–Sí –respondí con la cabeza dándome vueltas por la sorpresa y por el porrazo.

–¡Como en mi historia! –exclamó con los ojos como platos. –Bueno, a ver, más o menos.

–¿Qué te ha dicho?

–Te lo digo después –contesté para no diluir el momento que había

pasado hablando de él.

Necesitaba un poco de tiempo para saborearlo a solas, para volver a vivirlo y procesar cada segundo de aquel preciado encuentro.

Aquel día cavé con fuerzas renovadas. Tomasz estaba aquí, en Auschwitz, y, a juzgar por su delgadez, deducía que no se estaba dedicando a boxear a cambio de favores. Ahora que sabía la verdad sobre lo que había hecho en Drancy, aquello me ponía triste y me preocupaba. Además, se había disculpado por lo sucedido la noche en que nos encontramos en la Pletzl. Durante todo el día, repasé el momento –unos segundos de nada, probablemente–, alargándolo como si hubiese durado horas. «¡Gracias! –solté para mis adentros mirando el cielo del atardecer–. Gracias por ofrecerme un instante mágico que me sirva de sustento».

Cuando nos condujeron de vuelta a los barracones aquella tarde, metí las manos en los bolsillos para calentarlas y las puntas de mis dedos rozaron algo suave y aterciopelado. Lo saqué y vi un botón dorado de un amarillo brillante. A toda prisa, volví a guardarlo en el bolsillo antes de que nadie lo viese. ¿De dónde había salido? ¿Cómo había llegado hasta allí? Repasé la escena con Tomasz y recordé que me había tirado de la chaqueta. Creía que su intención era besarme, pero, en lugar de eso, ¿me había metido una flor en el bolsillo? ¿Por eso había gritado: «¡Ya llega la primavera!»? ¿Se refería a la flor que me había dado? Una vez más, Tomasz había aparecido en mi vida y se había marchado dejándome un misterio por resolver. Aunque, en esta ocasión, se trataba de un delicioso rompecabezas.

Cuando nos acostamos aquella noche, Macarrón y Danielle se morían de ganas de interrogarme; y yo estaba pletórica viendo que tal interés les ponía una chispa de vida en la mirada. –¿Qué te ha dicho Tomasz? –me susurró Danielle en cuanto apagaron las luces.

–¿Quién es ese misterioso Tomasz? –preguntó Macarrón, y soltó un gemido de dolor.

–¿Te encuentras bien? –pregunté.

–Sí, es solo el pie. Responde a lo que te preguntamos.

–Sí, respóndenos –metió baza Danielle.

–Me dijo que lo sentía –susurré.

–¿Y eso por qué? –preguntó Macarrón.

–Tuvimos un pequeño desencuentro la última vez que nos vimos.

–¿Cómo? ¿La víspera del Yom Kipur? –preguntó Danielle. –No, volví a verlo después de eso, antes de Drancy.

–¡No puedo creer que no me lo contases! –exclamó–. ¿Por qué no lo hiciste?

–Me daba demasiada vergüenza.

–¿Por qué?

–Es demasiado embarazoso para contártelo.

Al recordarlo, se me subieron los colores.

–Pero, entonces, ¿por qué se disculpaba? –preguntó Danielle.

Por mucho que me gustase ver que la curiosidad la reavivaba, no pude evitar desear que dejase de hacer preguntas. No quería que la magia de lo que había sucedido esa mañana se viese empañada por los recuerdos de antaño.

–Supongo que lamentaba que hubiésemos discutido –respondí–. Olvídate de todo eso… –Hice una pausa dramática–. Creo que me ha hecho un regalo.

–¿Qué significa eso? –dijo Macarrón cambiando ligeramente de posición en el catre.

–¿Qué tipo de regalo? –susurró Danielle.

–Una flor. Mirad.

Saqué el botón dorado del bolsillo y se lo tendí.

Danielle acercó la mano y le apretó los pétalos, brillantes y amarillos.

–¡Ay! ¡Esta es la cosa más romántica que he visto nunca! –exclamó–. ¿Y cómo te la dio?

–Sentí que me cogía por la chaqueta, justo antes de que el guardia se lo llevase. Luego, de camino aquí por la tarde, me la encontré en el bolsillo. Debió de ponérmela él ahí. No se me ocurre otra manera de que fuese a parar a ese lugar. –Esto es aún más romántico que mi historia sobre vosotros –murmuró Danielle.

–¿Por eso gritó algo sobre la primavera? –preguntó Macarrón. –Supongo que sí.

Guardé la flor con cuidado en el bolsillo. En aquel sitio, en el que no teníamos nada, me parecía más valiosa que todo el oro del mundo.

Nos quedamos en silencio durante unos minutos. Entonces, oí a Danielle sollozar.

–¿Qué pasa? –le pregunté, acariciándole la cabeza.

–No quiero que os muráis ninguno de los dos. Quiero que Tomasz y tú volváis a estar juntos.

–¡Ay, gracias! –La abracé contra mí y le susurré al oído–: Creo que Dios nos está manteniendo con vida por algo. A ti, a mí y a Macarrón.

–¿En serio?

–Sí.

–¿Y por qué?

–Puede que para que nos ayudemos las unas a las otras a sobrellevar esto –dije pensando en la historia que Solly me había contado, la que había usado para mi artículo de *Résistance*, sobre dos hombres y la

carreta de heno.

Sin embargo, Macarrón seguía tumbada bocarriba.

–¿Te encuentras bien, Macarrón?

–Sí, es solo que me noto un poco febril –respondió–. Con algo de suerte, me habrá bajado por la mañana.

–Eso espero –respondí, y la preocupación se mezcló con mi recién recuperada alegría.

–Galletita –susurró.

–¿Sí?

–Gracias.

–¿Por qué?

–Por ser como eres.

Busqué su mano en la oscuridad para darle un apretón. Tenía la palma húmeda y pegajosa del sudor frío.

Capítulo 25

Auschwitz
Marzo de 1943

Me despertaron los quejidos de Macarrón en plena noche. Tenía los ojos cerrados y la cara brillante. Con mucho mimo, le puse el dorso de la mano en la frente: le ardía la piel.

–Ay, Galletita –gimió–, ¿por qué hace tanto calor?

–Es la fiebre –respondí–. A ver si puedo traerte un poco de agua.

Me escurrí fuera del catre y recorrí el barracón hasta donde estaba la vigilante nocturna, en su asiento junto al cubo.

–Por favor, ¿podría darme agua para una amiga? –le pregunté–. Tiene fiebre.

La vigilante nocturna era la única Kapo con la que me había encontrado que hiciese gala de cierta humanidad; sin embargo, y para desesperación mía, negó con la cabeza. No sé si ver a Tomasz me había envalentonado o si estaba desesperada por ayudar a Macarrón; el caso es que me negué a agachar la cabeza y aceptar su negativa.

La miré a los ojos aprovechando la luz parpadeante de la lámpara.

–Espero que nunca se le ponga enfermo un ser querido y le nieguen el auxilio –le bufé antes de darme la vuelta y marcharme.

Acababa de llegar a nuestro catre cuando vi la silueta de la vigilante nocturna siguiéndome por el barracón. Me maldije por ser tan estúpida como para replicarle. No porque temiese lo que pudiese hacerme, sino porque tenía que cuidar de Macarrón. Esperé junto al catre para escuchar qué castigo me iba a infligir, pero, en lugar de eso, se acercó a mí y me tendió algo. –Aquí tiene –susurró ofreciéndome un trapo húmedo–. Póngaselo en la frente. Con un poco de suerte, le bajará la fiebre. Se giró y se marchó por donde había venido.

Me quedé paralizada un instante, pues aquel gesto de compasión me había cogido con la guardia baja. Luego, me metí en el catre y le puse a Macarrón el trapo en la frente. –Uf… ¿Cómo has…?

–Shh… –le susurré–. Vamos a intentar bajarte esa fiebre. –Gracias –

murmuró Macarrón–. ¿Galletita?

–Dime.

–¿Podrías contarme una de tus historias?

–Por supuesto –respondí, y, dado que estaba demasiado cansada para sacarme algo de la manga, le conté el relato de Solly sobre el rabino que había ayudado al campesino cristiano con la carreta de heno que había volcado.

Cuando llegué al final y los caminos de ambos se separaron, Macarrón me agarró la mano.

–El día de la ducha –murmuró–. El día que nos conocimos. –Ajá…

–Tú te encontraste conmigo y con mi carreta volcada.

–Más bien diría que fue al revés –contesté, recordando que Macarrón había empezado a tararear *La marsellesa* y me había explicado lo que los guardias alemanes decían, así como lo mucho que eso me había servido de ayuda.

–Supongo que no importa –susurró–. En la historia, los hombres acabaron ayudándose mutuamente.

–¡Totalmente cierto! –coincidí con ella–. Y seguiremos ayudándonos la una a la otra.

–¿Galletita? –susurró con un hilo de voz.

–¿Sí?

–Creo que me estoy muriendo.

–¡No!

Le apreté más el trapo sobre la frente, como si, de algún modo, aquello pudiese sacarle la fiebre del cuerpo.

–Lo de mi pie no pinta nada bien.

–No te rindas –insistí–. Por favor.

–Pero no sería una rendición, ¿te das cuenta? –Me miró con tal intensidad que me asusté–. Solo me estaría dejando ir –prosiguió antes de cerrar los ojos.

–Y yo no quiero que te dejes ir. Danielle y yo te necesitamos. –Me sentía patética, pero no podía soportar la idea de una vida en el campo sin Macarrón–. Te encontrarás mejor por la mañana, en cuanto te baje la fiebre –añadí confiando en que no detectase la desesperación que traslucía mi voz. –¿Galletita?

–¿Sí?

–Te quiero mucho.

–¡No me digas eso! –contesté.

Abrió los ojos y sonrió.

–¿Que no te diga que te quiero?

–No me digas adiós. –Le apreté el brazo, tan delgado. Su piel estaba llena de llagas–. Ahora, duerme un poco. Yo estaré vigilándote.

–Tú también tienes que dormir –dijo cerrando los ojos.

–Me toca a mí ayudarte a poner en pie tu carreta –contesté.

Me quedé despierta el resto de la noche, apretándole el brazo a Macarrón y presionándole el trapo húmedo contra la cara. «Por favor, que se ponga bien; por favor, que se ponga bien; por favor, que se ponga bien», entoné mentalmente sin parar, como una nana cargada de ansiedad.

Cuando los Kapos vinieron a pasar lista por la mañana, me carcomían el miedo y la preocupación. ¿Qué pasaría si Macarrón no era capaz de ponerse en pie? ¿O si no estaba lo suficientemente recuperada para trabajar? La enviarían a la temida enfermería del Bloque 25, y todos sabíamos que era la puerta de entrada al crematorio.

–Tenemos que cuidar de Macarrón –le susurré a Danielle en cuanto se despertó–. Ha pasado la noche con fiebre; tenemos que ayudarla a levantarse y prepararla para cuando pasen lista.

–Sí, claro –contestó frotándose los ojos.

Pero cuando intenté incorporar a Macarrón era como si estuviese borracha. Arrastraba las palabras y parecía incapaz de enfocar la mirada.

Cara de Hurón empezó a recorrer el barracón y fue sacando del catre a las rezagadas, agarrándolas por el cuello del pijama y golpeando en las literas con la porra.

–¡Macarrón! –siseé–. Tienes que levantarte.

Danielle y yo la cogimos por los brazos y tiramos de ella. Pero, en cuanto se puso de pie, soltó un quejido de dolor. Bajé la vista y vi que el pie se le había puesto negro.

–Rápido, ponle los calcetines –le dije a Danielle.

Así lo hizo, y no sé cómo pero conseguimos sujetar a Macarrón entre las dos justo cuando Cara de Hurón llegaba a nuestro catre.

–¿Qué olor es ese? –dijo arrugando la nariz.

Me mordí el labio para no contestarle.

–Judíos apestosos –escupió–. Bestias asquerosas.

A punto estaba de marcharse cuando Macarrón se recuperó. –*Casse-toi*! –chilló.

Cara de Hurón se quedó petrificada, y Danielle y yo nos miramos aterrorizadas. No sabía si Hurón sabía el suficiente francés para captar que le estaba faltando al respeto. De todas formas, por la forma en que había gritado quedaba claro que no era un halago.

–¿Qué ha dicho?

Cara de Hurón volvió sus ojos pequeños y malvados hacia Macarrón, dándose toquecitos en la mano con la porra.

–*Brûle en enfer*! –gritó Macarrón.

–¿Qué está diciendo? –chilló Cara de Hurón.

El resto de las mujeres, que habían estado preparándose para el recuento, se quedaron heladas y se hizo un silencio terrible en el barracón.

–*Salope*! –escupió Macarrón, y la Kapo se sacó el látigo del cinturón.

–Está delirando –me apresuré a decir–. No sabe lo que dice. –¿Conque esas tenemos? –Cara de Hurón le hizo una seña a otra Kapo–. Llévesela al Bloque 25.

–¡No! –soltó un grito ahogado Danielle, y me dio un vuelco el corazón.

–Estará bien dentro de nada –dije acudiendo al rescate a la desesperada.

–Si tanto la queréis, podéis llevarla entre las dos nos bufó Cara de Hurón a Danielle y a mí.

Le ladró a su compañera que nos acompañase.

–Por favor –intenté protestar–, no necesita ir allí. Ella… Cara de Hurón me dio una bofetada en la mejilla.

–¡Largaos!

Mientras Danielle y yo recorríamos el barracón medio sujetando, medio arrastrando a Macarrón, las mujeres que estaban formando a ambos lados del pasillo agachaban la cabeza. Su muestra de respeto me habría emocionado si no fuese porque me recordaba a la gente que asistía a un cortejo fúnebre. ¿Éramos Danielle y yo las portadoras del féretro, conduciendo a nuestra amiga desfallecida a una muerte segura? La mezcla de miedo y pena que sentía me dejaba sin aliento.

–Lo siento mucho –le susurré al oído a Macarrón en cuanto estuvimos fuera.

–No lo sientas. –Macarrón levantó la vista hacia mí con la cabeza desplomada hacia un lado–. Por fin, he podido decirle a esa zorra lo que pienso de ella; ya me puedo morir contenta.

–¡No digas eso! –protestó Danielle, e hizo que la Kapo que venía detrás de nosotras nos gritase que nos callásemos.

Al penetrar en la oscuridad, más allá de los innumerables barracones, tan largos y bajos, deseé que nos diesen tiempo para quedarnos allí de pie. Con cada segundo que pasaba, con cada paso que dábamos, estábamos un poco más cerca de perder a Macarrón.

–Se lo he dicho –murmuró Macarrón–, y qué condenadamente bien me ha sentado.

Muy pronto, demasiado, surgió ante nosotras el tétrico Bloque 25. En un primer momento, me dio la impresión de que el suelo junto al bloque se estaba moviendo, y me pregunté si yo también había

empezado a delirar. Pero entonces me di cuenta de que estaba plagado de ratas. Al acercarnos, Macarrón empezó a tararear *La marsellesa* por lo bajo, desafiante hasta el final.

«Esto no es el final», traté de convencerme a mí misma, pero algo me decía que sí lo era y –después de que me hubiesen privado de la oportunidad de despedirme con todas las de la ley de Solly y de Marguerite– no quería tener que lamentarlo.

–Macarrón –dije al llegar a la puerta.

–¿Sí, Galletita?

–Te quiero mucho.

Capítulo 26

Auschwitz
Abril de 1943

Un par de días después de llevar a Macarrón a la enfermería, mientras estábamos en la cola para la sopa de la noche, Dora me susurró que había muerto.

–Los vi meter su cuerpo en el camión al volver de Kanada –me contó–. Lo siento mucho.

Tuve que contener el absurdo impulso de darle a ella de puñetazos. A fin de cuentas, ni siquiera era su culpa; no era más que la mensajera. Por suerte, Danielle no estaba cerca para oírla. La verdad es que no sabía cómo iba a lidiar con una nueva pérdida. Le hice a Dora un gesto seco de asentimiento y me llevé mi sopa a nuestro catre. La víspera había llegado más gente, así que el sitio de Macarrón lo había ocupado ya una chica polaca que no hablaba francés.

Esa noche, al acostarnos, la ausencia de Macarrón se me hizo muy evidente. ¿Cómo iba a mantener el optimismo sin su ingenio para motivarme? ¿Cómo iba a seguir adelante sin el impulso de su cariño y de su camaradería? Quizá fuese por el tiempo que habíamos pasado juntas y en un espacio tan restringido, pero perderla me hacía sentir como si me faltase un miembro. El dolor era insoportable. Intentando dar con un consuelo, busqué en el bolsillo la flor que Tomasz me había dado. Había perdido su lozanía y se estaba secando y volviéndose quebradiza. Al tocarla, recordé su voz anunciando: «¡Ya llega la primavera!». Aunque ¿era eso cierto? Puede que hubiesen subido las temperaturas, pero ahora me sentía como si me hubiese quedado atrapada en un invierno perpetuo. Muy a mi pesar, se me escapó un sollozo.

–Ay, Galletita, no llores –susurró Danielle abrazándome–. ¡No llores!

Era la primera vez que usaba el apodo con nombre de dulce que Macarrón me había asignado, y me emocionó tanto que lloré más, si cabe.

–No pasa nada, aún nos tenemos la una a la otra –me susurró y me plantó un beso en la mejilla.

«¿Por cuánto tiempo?», repitió una voz agorera dentro de mi cabeza. Decidí ignorarla y la abracé fuerte.

–Eres una chica maravillosa, Danielle –susurré–. Eres tan valiente y tan fuerte… Tu madre estaría muy orgullosa de ti. –Puedes llamarme Pastelito si te apetece –me susurró a su vez–. Creo que es lo que Macarrón hubiese querido. –Hizo una pausa–. Está muerta, ¿verdad?

–Sí –dije, y se me quebró la voz.

–¿Por qué tuvo que gritarle a Hurón? ¿Por qué no podía guardarse esas palabras dentro de la cabeza? Así, quizá estaría aún con nosotras.

–La última noche me dijo que sabía que se estaba muriendo. Supongo que pensó que no tenía nada que perder. –Recordé a Macarrón gritándole a Cara de Hurón, en su arranque de chispa a modo de despedida–. Creo que quería que su historia tuviese un buen final –dije sonriendo entre lágrimas. –¿Y qué hay de bueno en morirse? –respondió Danielle con un resoplido.

–Me refiero a la forma en que le gritó a Cara de Hurón. Se despidió de la vida con valentía y verdad.

–Mmm… Puede ser –murmuró Danielle antes de ponerse de lado para dormir.

Me quedé mirando fijamente los listones del catre de arriba, pensando en cómo Macarrón se había asomado cabeza abajo aquel primer día para ver si me encontraba bien. Sí, la suya era una historia de valentía y de verdad; en silencio, le prometí que, si sobrevivía al Valle de la Muerte, no descansaría hasta contarla.

Aquella primavera llegó al campo una nueva guardia. Y destacaba no solo porque tenía la silueta, el pelo rubio y el estilo de una estrella de Hollywood, sino también porque trajo con ella el rastro de su perfume. La primera vez que la olí –pavoneándose al pasar junto a nosotras en el recuento de la tarde con el látigo doblado entre las manos–, me sacó al instante de mi agotamiento mortal. La idea de que aquella mujer había estado sentada en el sillón de su peluquero ondulándose el pelo, maquillándose y rociándose de perfume antes de venir a torturarnos me resultaba vomitiva. Según Dora –que parecía ser la principal fuente de información sobre cualquier tema–, la guardia se llamaba Irma y solo tenía diecinueve años. Lo que le daba un toque aún más espeluznante. ¿Cómo podía alguien tan joven querer un trabajo como aquel, en un lugar así, y disfrutarlo hasta aquel punto? Danielle le cogió manía al instante y la llamaba la «Hielicleta». –Cuéntame una historia en la que la Hielicleta tenga un final horrible –me susurró una noche después de acostarnos. Fue un

placer darle ese gusto.

–Hace mucho, mucho tiempo, había un rey y una reina que, por desgracia, vieron cómo les robaban su reino –empecé, y me embarqué en una adaptación del cuento de Madame d'Aulnoy *Finette Cendron*.

Pero, en mi versión, Finette pasó a ser Daniette y sus diabólicas hermanas se llamaban Zubata y Hielicleta.

Mientras le contaba la historia de cómo el rey y la reina habían tenido que abandonar a sus hijas porque no tenían con qué alimentarlas, se me olvidaron por completo los piojos y las pulgas que me estaban destrozando la piel; se me olvidó también aquel dolor en la cadera que no se me iba. Fue estupendo perderme en el mundo de la fantasía, y mucho más dándole aquel giro particular.

–Las hermanas de Daniette, Zubata y Hielicleta, eran maliciosas y vanidosas, y la trataban como si fuese su sirvienta –dije mientras Danielle cerraba los ojos y se acurrucaba junto a mí.

–¿Qué aspecto tenían? –preguntó en un murmullo.

–Bueno, Daniette era una criatura excepcional, una belleza natural y, por mucho que sus hermanas le hiciesen pasar hambre, su atractivo iba en aumento. Era como si en su interior brillase una luz que le daba un resplandor perlado como el de la luna. –Noté que a Danielle se le dibujaba una sonrisa en los labios–. Sin embargo, Zubata y Hielicleta, bueno…, digamos que eran las criaturas más espantosas que se hubiese visto jamás. Zubata tenía cara de caballo, de caballo al que había picado una avispa.

Danielle soltó una risita.

–Y Hielicleta estaba convencida de que era hermosa, pero no había entendido aún que la belleza es algo que se proyecta desde el interior; y, a decir verdad, su interior era tan feo como una cuba llena de culebras tratando de escabullirse. Danielle se estremeció.

–Un día, las diabólicas hermanas se enteraron de que el nuevo rey iba a dar una fiesta. Aquello las entusiasmó, ya que pensaron que quizá podrían hacerse con un marido.

–¿Y qué pasa con Daniette? –preguntó Danielle.

–Sus diabólicas hermanas la obligaron a quedarse en casa y le dijeron que le pegarían si a su vuelta no la tenía limpia y ordenada.

–Esto se parece a la historia de Cenicienta –dijo Danielle. –Sí, pero este cuento es mejor –respondí.

El popular cuento de *Cenicienta* era una versión de la *Finette Cendron* de Madame d'Aulnoy, aunque a mí me parecía mucho mejor el original.

–¿Y Daniette tiene un hada madrina? –preguntó Danielle. –No, pero, cuando sus hermanas se marcharon para ir al baile, encontró una llave

dorada que abría un antiguo baúl y dentro había los vestidos más bonitos que te puedas imaginar.

–¡Ay, cuéntame más sobre ellos, por favor! –jadeó Danielle–. Daría lo que fuese por encontrarme un baúl lleno de vestidos bonitos.

–Podrías describirlos tú –sugerí, deseosa de azuzarle la imaginación.

–Dentro del baúl, hay un precioso vestido de noche verde pálido. –Me tomó la palabra con gusto–. Y una tiara brillante confeccionada con diamantes y esmeraldas.

–Excelente. Y también hay un par de bailarinas de terciopelo rojo bordadas con perlas –añadí.

Danielle lanzó otro suspiro de satisfacción.

–Así que Finette…, quiero decir…, Daniette se puso un vestido y se dirigió al baile por su cuenta. Allí, se presentó como Cendron y todo el mundo cayó rendido a sus pies, incluido el hijo del rey, un príncipe de lo más atractivo.

–¿Cómo era? –murmuró Danielle con los ojos cerrados. –¿Por qué no me lo cuentas tú? –contesté.

–Era alto, con una abundante melena morena y rizada que le enmarcaba la cara –susurró, y me pregunté si se estaba inspirando en Xavier Fortin, el chico que le había dado un beso hacía tiempo–. Y tenía un hoyuelo en la mejilla izquierda. –Parece maravilloso –dije.

–Lo era… es –respondió ilusionada–. ¿Y qué pasó luego? –Bueno, el príncipe Xavier, pues así se llamaba, se quedó prendado de Daniette, o Cendron, como él la conocía, y bailaron juntos toda la noche, para disgusto de las diabólicas hermanas, Zubata y Hielicleta.

–¿Y no la reconocieron? –preguntó Danielle con cara de preocupación.

–No, su belleza era tan deslumbrante aquella noche que la hizo transformarse. Además, llevaban tanto tiempo viéndola solo con harapos que con su vestido se les hizo irreconocible. Danielle lanzó un suspiro de satisfacción.

–Pero, justo cuando el reloj dio las doce en punto, Daniette vio que sus hermanas se estaban preparando para irse y salió corriendo sin ni siquiera despedirse del príncipe.

–¿Llegó a tiempo a casa?

–Sí, pero, con las prisas, se le cayó uno de sus zapatos de terciopelo rojo.

–Como en *Cenicienta*…

–¡Shh! Nada de interrupciones, por favor. El caso es que el príncipe encontró el zapato, pero luego se puso enfermo y no podía levantarse de la cama.

–¿Qué le pasaba?

–Estaba enfermo de amor. Y ningún médico del lugar era capaz de dar con una cura para él, así que pidieron que todas las mujeres del reino fuesen a probarse el zapato. Las hermanas diabólicas se pusieron como locas de alegría al enterarse, pues ambas tenían la esperanza de que el zapato les sirviese y pudiesen casarse con el príncipe.

–¡Más les vale no casarse con él! –bufó Danielle.

–No te preocupes. Por suerte, Daniette encontró un caballo y se las arregló para llegar al castillo antes que ellas, hasta las salpicó de barro al pasar a su lado.

A Danielle se le escapó una risita.

–Y cuando se probó el zapato y el príncipe vio que le servía, se alegró muchísimo y le pidió que se casase con él.

–¿Y vivieron felices y comieron perdices?

–No tan rápido. Daniette rechazó su proposición de matrimonio.

–¿Qué?

Danielle abrió los ojos y frunció el ceño.

–Ya te dije que esto era mejor que *Cenicienta*.

–¿Cómo va a ser mejor así? –preguntó, claramente horrorizada–. ¿Por qué no se casó con el príncipe?

–Pues porque el padre de él era el que les había usurpado el reino a sus padres, por lo que le pidió que se lo restituyese antes de nada. Entonces, y solo entonces, se casaría con el príncipe. –¿Y el rey aceptó?

–Sí.

–¿Así que ella se casó con el príncipe?

–Al final, sí.

Danielle respiró aliviada.

–¿Y qué fue de Zubata y de Hielicleta?

Fruncí el ceño. En la historia original, la benévola Finette le buscaba un marido a cada una; sin embargo –y teniendo en cuenta las circunstancias–, no estaba muy segura de que ese final fuese a gustarle a Danielle.

–Pasaron a ser las sirvientas de Daniette y se dedicaron durante el resto de sus vidas a limpiar los retretes del palacio. Danielle soltó una risita.

Cerré los ojos, aliviada por haber conseguido levantarle el ánimo, al menos por aquella noche. Pero, entonces, oí un sollozo ahogado.

–¿Qué sucede? –pregunté–. ¿Qué te pasa? ¿Debería haberles buscado a las hermanas diabólicas un trabajo todavía más espeluznante?

–No, no es eso –dijo entre sollozos.

–¿Y qué es, entonces?

–Es que me pone muy triste pensar que nunca me casaré. –¿Qué quieres decir con que nunca te casarás?

–Ni tendré hijos…

–Pues claro que lo harás. Todavía eres muy joven. Tienes aún mucha vida por delante. Esta guerra no va a durar para siempre –dije con firmeza, aunque empezaba a dudarlo.

–Pero están acabando con nosotros –susurró–. Y ni siquiera tengo ya el periodo, ninguna lo tiene, así que ¿cómo voy a poder tener un bebé?

–Ay, Danielle.

La rodeé con el brazo y la atraje hacia mí.

–Y estoy tan horrible que ningún hombre se me acercaría. –No debes decir esas cosas. No estás nada horrible.

–¡Pues claro que lo estoy! ¡Todas lo estamos! Odio a Hielicleta. ¡La odio! –sollozó contra mi pecho.

Por un momento, me quedé en blanco, sin saber muy bien qué podía decirle para hacer que se sintiera un poco mejor. Era evidente que la lozanía de Hielicleta había tenido un efecto devastador en Danielle, como un recordatorio permanente de que ella también había sido una belleza arrebatadora. Me quedé desarmada, y, de nuevo, le pedí a Solly que me inspirase. Ojalá estuviese con nosotras: habría encontrado algo juicioso que decir.

«Sé su espejo –oí que me decía una voz dentro de mí–. Cuéntale lo que ves».

–Dices esas cosas porque no puedes ver lo que yo veo –dije–. Cuando te miro, lo único que veo es belleza.

–Solo lo dices para hacerme sentir mejor.

–No –respondí tajante–. Lo dijo porque es cierto. Y no solo veo belleza, sino valentía y sabiduría y un brillo tremendo. –¿Ah, sí?

–Por supuesto. Eres el tipo de persona en la que basaría a una de las heroínas de mis novelas, precisamente porque no solo eres bonita. También eres divertida e inteligente.

–¿En serio?

–Sí. Contigo cerca, no hay aburrimiento que valga. Pero Hielicleta…

Hice una pausa dramática.

–¿Sí? –preguntó, ansiosa.

–No tiene madera de heroína.

–¿Por qué?

–Porque necesita meterse con otros para sentirse bien consigo misma, al igual que el resto de las guardias. Y son todas horribles hasta el tuétano. –Le agarré las manos y se las apreté fuerte–. De ahora en adelante, voy a ser tu espejo –dije–. Y cada vez que te sientas

desanimada, quiero que me mires y digas: «Espejo, dime qué ves». Y yo te lo contaré encantada.

Aguanté la respiración, rezando para que mis palabras hubiesen servido de algo.

–Gracias –susurró.

Dejé escapar un suspiro de alivio.

–En este momento, somos como flores a las que han privado de la luz del sol y el agua. Puede que estemos marchitas y débiles, pero no siempre será así.

–¿A qué te refieres?

–En cuanto podamos volver a comer y a beber en condiciones, nuestros cuerpos se recuperarán. Nos crecerá el pelo de nuevo y nuestro periodo también regresará. Por eso es tan importante que no nos rindamos. Piensa en todas las increíbles aventuras que quizá te estén esperando. Podrías acabar casándote con Xavier Fortin y teniendo diez hijos.

–¡Etty! –exclamó, pero era evidente que estaba tratando de controlar la risa.

–Por favor, no te rindas –susurré con la voz quebrada.

–Haré lo que pueda –susurró ella también.

Guardamos silencio un momento. La mujer polaca que estaba al otro lado de mí cambió de posición y dejó escapar un suspiro.

Me quedé mirando en la oscuridad, y noté el latido del dolor en la cadera. Pensé en las llagas que me estaban saliendo por todo el cuerpo y en la forma en que los pechos se me habían desinflado hasta convertirse en dos pellejos de carne. ¿Era cierto lo que le había dicho a Danielle? ¿Éramos solo flores necesitadas de agua y luz solar? ¿O acaso nos habían hecho tanto daño los alemanes que estábamos, al igual que el botón dorado que Tomasz me había dado, abocadas a languidecer, marchitarnos y secarnos hasta quedar reducidas a polvo?

Las palabras de Tomasz resonaron en mi cabeza: «¡Ya llega la primavera!». ¿Se refería al final de la guerra? ¿Había oído algún rumor de que la victoria aliada estaba más próxima? De hecho, así lo creían algunos de los recién llegados al campo desde los trenes. «Por favor, que sea cierto».

Cerré los ojos y recé por que se apoderase de mí un sueño profundo, aferrándome, como si de un bote salvavidas se tratase, a la idea de que la guerra pudiese terminar de una vez.

Capítulo 27

Auschwitz
Mayo de 1943

Un día de principios de mayo, Dora se me acercó mientras hacíamos cola para usar el grifo. Eran poco más de las cuatro de la madrugada, y las estrellas se iban apagando y el cielo iba pasando del negro al azul marino. En mi vida anterior, ver aquello siempre me había entusiasmado por la perspectiva de tener un nuevo día por delante; sin embargo, ahora significaba un día más en el Valle de la Muerte.

–Me preguntaba si podría ayudarme con una cosa –murmuró. La falta de sueño me estaba dando náuseas, así que esperaba que no me pidiese que le contase una historia sobre la marcha.

–Sí, claro. ¿Qué ocurre?

–Mmm… Me… me preguntaba… ¿Cómo hace para ser tan optimista?

Bajó la vista al suelo como avergonzada de haber admitido una debilidad. De hecho, me impactó ver a Dora, normalmente tan echada para adelante, dar señales de vulnerabilidad. Y, a decir verdad, me puso nerviosa. Porque si una de las más fuertes de nuestras compañeras de barracón empezaba a desmoronarse, ¿qué futuro teníamos las demás?

–No hago nada –respondí sinceramente–. Supongo que simplemente trato de ser optimista al menos la mitad del tiempo, aunque solo sea el cincuenta y un por ciento del tiempo. ¿Ha pasado algo? –pregunté.

Siguió mirando al suelo y suspiró.

–Ayer encontré algo –susurró–. En Kanada. Algo que me dejó muy tocada.

–¿Qué era? –susurré yo también, inquieta ya por saber qué la había impactado tanto.

–Las pertenencias de alguien conocido. Alguien a quien ayudé… antes de que me arrestasen.

–¿De qué manera le ayudó?

–Le ayudé a escapar de los alemanes. Al menos, eso creía. Avanzamos un paso más hacia el grifo.

–¿Qué quiere decir?

Miró a nuestro alrededor; luego, se acercó más a mí.

–Cuando empezaron las redadas, mi marido y yo ayudamos a escapar a algunos judíos. Los escondimos en el ático que había encima de nuestra carnicería. Por eso, terminé aquí. Nos cogieron.

–Es increíble. –Por eso llevaba el triángulo rojo en el pecho. Mi respeto por Dora aumentó–. Hace falta ser muy valiente para eso.

Se encogió de hombros, como si arriesgar su vida para ayudar a otros fuese una insignificancia.

–Ayer, me tocó encargarme de una maleta, y estaba llena de cosas de alguien a quien había ayudado. Reconocí su ropa. Algunas prendas se las había dado yo. Habían sido mías.

Parecía desconsolada.

–¡Uf! Lo siento mucho.

Ya tenía que ser duro de por sí revisar las pertenencias robadas, sobre todo sabiendo que la mayoría de sus propietarios habían sido condenados a muerte, pero darse cuenta de que el dueño era alguien conocido debía de ser horrible. –No, si yo no me puedo quejar –dijo Dora en su habitual tono de «aquí no pasa nada»–; el caso es que… ver esa chaqueta mía y esos zapatos me afectó.

–No me extraña.

–Así que solo era… Quería saber si tenía una historia que pudiese ayudar a alguien que siente que se le está acabando la esperanza.

Aunque mi agotado cerebro iba demasiado lento como para juntar una frase –ya no digamos una historia–, asentí. Si Dora había arriesgado su vida por salvar la de unos extraños, bien podía yo sacarme de la manga las palabras adecuadas para ayudarla, así tuviese que remover cielo y tierra.

–Venga a verme esta noche y se la contaré.

Llegamos al grifo, y me hizo una seña para que pasase delante. Llené mi cuenco y lo usé para lavarme la cara. Parecía una locura, teniendo en cuenta las circunstancias y lo sucias que, por lo demás, estábamos; pero había algo en aquel simple gesto que me hacía sentir que no todo estaba perdido, como si me aferrase a una especie de vestigio de la civilización.

Mientras Dora llenaba su cuenco, me di la vuelta para marcharme. Me tocó en el hombro y me ofreció su agua.

–¿Qué? ¡Ah, no! De ninguna manera…

–Está decidido –dijo con firmeza.

Le cogí el cuenco y me eché el agua por la cabeza. Me resultó tan refrescante… El lujo de disponer de un cuenco a mayores era un preciado regalo, no cabe duda. Le puse la mano en el brazo a Dora.

–Le prometo que esta noche le contaré una historia que la ayudará a sentirse mejor.

Para variar, me quedé en blanco y estuve así durante gran parte del día. Tenía tantas ganas de ayudar a Dora que era como si la presión que sentía hubiese hecho que mi imaginación pusiera pies en polvorosa. La verdad es que no me costaba entender por qué ella tenía la impresión de que se le estaba agotando la esperanza. Hasta entonces, puede que encontrase consuelo en pensar que, al menos, había conseguido salvar a otros antes de que la arrestaran. Y en creer que todo lo que había pasado había servido para algo. Pero, descubrir que, como mínimo, una de esas personas había terminado cayendo en las garras de los nazis debió de ser para ella como un puñetazo en el estómago. Tenía que dar con algo que le devolviera la fe y la hiciese sentirse mejor. ¿Qué podía ser? Afortunadamente, al volver de nuestra jornada de trabajo, recordé una historia que Solly me había contado cuando implantaron los parches amarillos con la palabra *JUIF* y a punto estuve de bajar los brazos. Ojalá que a Dora le fuese tan útil como a mí.

Esa noche, en cuanto apagaron las luces, Dora se presentó en nuestro catre. Ya le había anunciado a Danielle que era probable que tuviésemos una invitada, y le hizo sitio en un periquete. Me daba la impresión de que se sentía un tanto intimidada por Dora y su lengua afilada, y no me extrañaba. Ahora que me tocaba contarle la historia, tenía la boca seca y se me habían disparado las pulsaciones.

–Voy a contarle una fábula judía –dije bajito en cuanto se acomodó a mi lado.

Así, si no le gustaba, al menos no podría cuestionar mi habilidad como narradora.

–Me encantan las fábulas –murmuró Danielle.

–Mmm… –masculló Dora–. A mí me resultan un tanto infantiles.

Tratando de ignorar su falta de entusiasmo, le recé una oración a Solly y empecé.

–Hace mucho, mucho tiempo, hubo un hombre muy pobre. Aunque solo era pobre en lo económico, pues en lo demás era en verdad rico.

–¿A qué te refieres? –preguntó Danielle.

–Bueno, no solo había sido agraciado con una esposa muy inteligente, sino que también había sido bendecido con cuatro hijas, todas ellas buenas, talentosas y hermosas.

–¿Y cómo se llamaban? –preguntó Danielle, y me hizo soltar una

queja para mis adentros.

No estaba segura de que Dora fuese a tolerar sus preguntas constantes. Además, los nombres de las hijas no aparecían en la fábula original, así que tuve que improvisar.

–Sus nombres eran: Esperanza, Fe, Amor y… Paciencia –respondí.

Dora soltó una especie de gruñido, aunque no estaba segura de si era para bien o de burla. En cualquier caso, seguí adelante.

–Cuando la hija mayor cumplió la mayoría de edad…

–¿Cuál era la mayor? –interrumpió Danielle.

–Paciencia –respondí, rezando para tener yo la paciencia suficiente de terminar la fábula sin amordazarla–. Vale. Pues, como iba diciendo, cuando Paciencia alcanzó la mayoría de edad, las casamenteras empezaron a llamar a su puerta para sugerirle pretendientes. Eran todos hombres respetables, estudiosos de la Torá, nada menos.

–Pues yo creo que preferiría casarme con un actor de Hollywood –masculló Danielle–. No sé si un estudioso de la Torá sería tan divertido…

–En la época en que está ambientada esta fábula, apuesto a que los estudiosos de la Torá eran el equivalente a las estrellas de Hollywood –respondí–. Volviendo a la historia, de nada sirvió aquello. En cuanto las casamenteras se enteraron de que el padre no tenía dinero para ofrecerles una dote, le dijeron que así no iban a poder ayudarle a casar a sus hijas.

–¿Y eso? ¿Aun siendo las hijas buenas, talentosas y bonitas? Danielle se apoyó en el codo y me miró indignada, como si yo fuese una de las casamenteras.

–Era como funcionaban las cosas en aquella época –respondí–, pero no importa demasiado en el desarrollo general de la trama.

–Pues a mí me parecería muy importante –resopló Danielle. –¿Y qué pasó luego? –intervino Dora.

–Gracias por preguntar –respondí, dándole un toque en las costillas a Danielle.

Suspiró y volvió a tumbarse.

–A continuación, el hombre fue a visitar a amigos y familiares para pedirles ayuda, que le diesen algo de dinero; sin embargo, ninguno estaba en disposición de echarle una mano, pues todos eran igual de pobres que ellos.

–Pues sí que es un cuento alegre… –masculló Dora.

Con sus bufidos en una oreja y las preguntas de Danielle en la otra, estaba empezando a sentirme como si tuviese a dos pájaros carpinteros taladrándome a ambos lados de la cabeza. Tragué saliva e intenté controlar la oleada de cansancio que, de repente, amenazaba

con sepultarme.

–De camino a casa, el hombre estaba tan vencido por la preocupación y la pena por sus hijas que no se percató de que se había equivocado de dirección en un cruce –traté de seguir adelante–. Estaba tan cansado después de aquel largo viaje que decidió sentarse a descansar bajo un árbol. –Hice una pausa medio esperando que Danielle preguntase qué tipo de árbol, pero mis pájaros carpinteros guardaron muy amablemente silencio–. Solo llevaba unos minutos allí cuando oyó que un hombre lo llamaba: «Oiga, ¿qué está haciendo? Está violando una propiedad privada».

–¿Quién era ese?

–El hombre abrió los ojos sobresaltado y descubrió con horror que se había adentrado en las tierras del señor del lugar y que, para acabar de rematarlo, era el propio señor quien lo había cogido en delito flagrante. «Lo siento mucho, mi señor», voceó el hombre. «He tenido un día muy difícil y me hacía falta un descanso. Su árbol parecía ideal… Solo quería sentarme un rato y apoyarme en su tronco para absorber un poco de su energía. Ya me marcho». Pero cuando el hombre hizo ademán de ponerse en pie el señor le indicó que no se moviese. «A juzgar por las líneas de su frente, veo que ha tenido algún padecimiento», dijo. «Cuénteme, si hace el favor, la causa de sus males. Quizá pueda echarle una mano».

–Está claro que no era alemán –apostilló Dora con ironía, y le arrancó una risita a Danielle.

–Está claro, sí –respondí antes de seguir–. Así que el hombre le habló de sus maravillosas hijas y de que sentía que las había fallado al no ser capaz de ofrecerles una dote; el señor lo escuchó, comprensivo, y, cuando el hombre terminó de contarle su historia, sacó del bolsillo un saquito lleno de monedas. «Le ruego que lo coja», dijo tendiéndole el saquito al hombre, «para que sus hijas puedan casarse y su familia sea feliz». El hombre empezó a protestar diciendo que era demasiado generoso, pero el señor sacudió la cabeza: «Tengo ya una edad y dispongo de todo el dinero que necesito. Me alegraría el corazón saber que les he servido de ayuda a usted y a su familia. Para mí eso merece todo el dinero del mundo».

–Definitivamente, no era alemán –masculló Dora.

–El pobre volvió como pudo a casa –proseguí–, aturdido por aquel increíble giro en los acontecimientos; y la noticia del golpe de suerte que había tenido no tardó en extenderse por toda la aldea. A dos de los paisanos que oyeron la historia, se les ocurrió que aquella podría ser una excelente manera de hacerse con un dinero sin esfuerzo y decidieron hacer la prueba. Así que pusieron rumbo a las tierras del

señor y se sentaron bajo uno de sus árboles. «¿Quién iba a pensar que sería así de fácil hacerse rico?», le dijo uno al otro, riéndose por lo bajo mientras se recostaban en el tronco. Al poco, apareció el señor y les preguntó qué estaban haciendo. «Ay, señor, tenga piedad de nosotros», gimió uno de los hombres. «Nos sentíamos tan pobres y miserables que decidimos arrimarnos a su árbol para intentar absorber un poco de su energía». El señor les puso mala cara y sacudió la cabeza. «No son más que un par de charlatanes», rugió. «¡Levántense y salgan de mis propiedades!».

–¿Y por qué les dijo eso a ellos y no al primer hombre? –preguntó Danielle.

–Ahora llegamos a eso –respondí–. Al levantarse para marcharse, uno de los hombres le preguntó al señor: «¿Por qué fue usted tan cortés y comprensivo con aquel amigo nuestro que vino antes, pero, sin embargo, se niega a creernos cuando le contamos una historia semejante a la suya?». «Muy sencillo», respondió el señor, «un hombre que se encuentra realmente perdido no halla consuelo más que en un árbol. Pero ustedes son dos, y pueden ayudarse mutuamente. Esa es la prueba de que no estaban tan desesperados como pretendían hacerme creer». Admitiendo que no andaba desencaminado, los hombres se encogieron de hombros y pusieron rumbo a casa. –Miré a Dora–. Y la moraleja de esta historia es que, mientras uno tenga un amigo en el que apoyarse, debe sentirse agradecido y no perder la esperanza. –Contuve el aliento confiando en que el mensaje de la fábula le alegrase el corazón como cuando Solly me la había contado–. Tiene en mí a una amiga –añadí–. Puede apoyarse en mí siempre que lo necesite.

–Y en mí –metió baza Danielle.

Hubo un silencio, y, entonces, Dora tosió, ¿o fue un sollozo? No estaba segura.

–Gracias –dijo bruscamente–. Gracias. –Se incorporó, pero, antes de regresar a su catre, me puso una mano callosa en la mejilla–. Se lo agradezco –susurró y se marchó en la oscuridad del barracón.

La fábula había dado resultado. Pensé en Solly, en la manera en que me había vuelto a apoyar en él –como si fuese el árbol más antiguo y más fuerte– y en el apoyo que gracias a eso podía yo brindarles a las demás. Se me anegaron los ojos de lágrimas del agradecimiento.

Capítulo 28

Auschwitz
Junio de 1943

A medida que la primavera iba dando paso al verano, el tifus empezó a propagarse por el campo con más virulencia todavía. Tanta que ni los alemanes pudieron librarse de él. El médico jefe, la mujer del comandante del campo y Dreschel acabaron cayendo víctimas de la enfermedad. He de admitir que la perspectiva de que nuestra principal torturadora, Zubata, estuviese sufriendo la fiebre, la diarrea y los calambres en el estómago que tantas de nosotras habíamos padecido aquel año me reportaba cierto placer. Y me sorprendí a mí misma pidiendo en más de una ocasión que aquello se la llevase. No me enorgullecía desearle la muerte a alguien así de alegremente –y estaba segura de que si Solly estuviese vivo habría tenido algo que decir–, pero si algo había aprendido a esas alturas era que de vivir con la amenaza constante de la muerte no se sale indemne. ¿Cómo no iba a cambiarnos?

Viendo a los alemanes caer a causa de la epidemia, el comandante del campo anunció que se encargaría él en persona de supervisar el próximo despiojamiento y que limpiaría de liendres el campo de una vez por todas. La mañana del despiojamiento, llenaron de agua unos enormes bebederos de hierro que apestaban a gas y los colocaron entre los barracones. Nos anunciaron que aquel día no iríamos a trabajar. En lugar de eso, nos ordenaron que nos desnudásemos y que sacásemos afuera la ropa para desinfectarla. Salimos arrastrando los pies y nos encontramos con la siguiente estampa: junto a los bebederos, había una hilera de hombres equipados con máscaras antigás. Nuestra Blockalteste nos indicó a gritos que dejásemos la ropa delante de aquellas cubas pestilentes. Danielle reculó al instante.

–No pasa nada –susurré–. Solo imagínate cómo será el campo sin piojos.

Asintió, aunque puso cara larga, y dejamos la ropa junto a las cubas con la vista fija en el suelo, intentando fingir que los hombres de las máscaras no podían ver nuestros cuerpos desnudos. Mientras empezaban a recoger nuestra ropa y a echarla en las cubas, nos condujeron a los baños en las ya habituales filas de cinco para que esperásemos allí a que nos despiojasen también a nosotros. Miré al

frente, y asistí al espectáculo surrealista de ver a cientos y cientos de mujeres desnudas, con sus esqueléticos torsos de un blanco nuclear en contraste con sus brazos y la parte inferior de sus piernas, morenos de tanto trabajar al sol. De sus antiguas curvas, solo quedaban el recuerdo en forma de pliegues de piel sin vida. Era, sin duda, una visión aleccionadora, así que hice lo que solía hacer cuando algo estaba a punto de sobrepasarme: echar mano de un pensamiento feliz. Y recordé mi encuentro con Tomasz. Pero poco me duraban a mí las alegrías.

–¡Oh, no! –jadeé.

–¿Qué pasa? –preguntó Danielle, a mi lado.

–El botón dorado… Lo he dejado en el bolsillo de la chaqueta.

–¡No! –gritó Danielle.

¿Cómo había podido ser tan estúpida? Durante meses, me había cuidado mucho de sacar la flor y guardarla bajo mi almohada cada vez que nos desinfectaban la ropa los domingos. ¿Por qué esta vez me había olvidado de hacerlo? El hambre y la fatiga hacían que mi cerebro fuese más lento, al igual que mi cuerpo.

–Con suerte, seguirá estando donde lo dejaste –dijo Danielle mientras me cogía de la mano.

–Pero ya has visto esas cubas. Y la poca delicadeza de esos hombres a la hora de manipular las prendas.

La flor estaba tan seca y quebradiza que no me cabía duda de que no quedaría ni rastro de ella.

Tras una interminable espera, nos llegó el turno de hacer cola para recibir nuestro «baño» y para que nos desinfectasen el pelo. Nada más acabar, volvimos corriendo a los bebederos. Esta vez, ni me inmuté por que los hombres de las máscaras antigás me viesen desnuda. Lo único que me importaba era encontrar mi preciada flor… o lo que quedase de ella. Como si era un único pétalo. Pero en los bebederos nos dieron más malas noticias: habían echado la ropa despiojada a una pila enorme y maloliente. Al acercarse, los efluvios de gas se hacían insoportables. Intenté dar con mi chaqueta, sin éxito. –Cojan cualquier cosa –gritó a mi lado una mujer que boqueaba buscando aire.

Incapaces de soportar el olor y la quemazón en los ojos y los pulmones, hicimos lo que nos decía: cogimos unas cuantas prendas mojadas y corrimos de vuelta a los barracones, parpadeando compulsivamente y tratando de recuperar el aliento. Al ponernos todas a ondear la ropa en el aire para tratar –en vano– de secarla y de sacudirle las liendres moribundas, se me partió el corazón. Era absurdo, sí, estar tan desconsolada por una flor. Pero, en los últimos

meses, se había convertido en un auténtico símbolo de la esperanza a la que seguía encomendándome. Y sabiendo que los dedos de Tomasz habían tocado antes aquel botón dorado, sentía que me conectaba a él. Algunas noches, al acariciar la flor, me imaginaba que a través de ella nos cogíamos la mano. Ahora, esa conexión había desaparecido. Y todo por culpa de mi estupidez.

–¿Te encuentras bien? –preguntó Danielle mientras peleaba para meterse en sus nuevos harapos.

Asentí, incapaz de hablar. Temía hacerlo y echarme a llorar para no parar nunca más.

–La flor siempre estará viva en tu memoria –dijo bajito mientras me cogía de la mano–. Como también lo estarán tus encuentros con Tomasz. Es lo que me digo sobre mamá, en todo caso –añadió bajando la vista al suelo.

Y, en ese instante, me inundó tal cariño y tal gratitud por aquella chiquilla que tantos horrores y pérdidas había sufrido que se recompusieron las piezas de mi corazón roto.

Capítulo 29

Auschwitz
Septiembre de 1943

Con el paso de los meses, nos inventamos un nuevo juego para pasar el tiempo por las noches y durante los interminables recuentos. Se llamaba ¿*Qué preferirías*?, y consistía básicamente en que alguien hiciese una pregunta enfocada a examinar qué echábamos de menos. ¿Qué preferirías: comer un delicioso filete o vestir un abrigo largo de piel? ¿Qué preferirías: ver una película protagonizada por su actor favorito o darse un lujoso baño de lavanda? Y todas resoplábamos con una mezcla agridulce de anhelo y deleite mientras sopesábamos las opciones.

–¿Qué preferirían: tener una caja de los bombones más deliciosos o dormir una noche en una cama calentita? –preguntó Dora una mañana de septiembre durante el recuento. El aire era fresco y una niebla baja pendía sobre el campo ocultando la base de las torres de vigilancia. Llevábamos más de una hora allí de pie, colocadas en hileras de cinco mientras las guardias nos contaban y nos volvían a contar sacando a las enfermas y a la moribundas de los barracones para tirarlas en el suelo a nuestro lado, de modo que sus maravillosos números cuadrasen.

–Una cama calentita –contestó la mayoría.

–¿En serio? ¿Y no el chocolate? –Dora, a mi derecha, estaba atónita–. Creo que echo más de menos el chocolate que a mi marido.

Unas cuantas nos echamos a reír. Desde que le había contado a Dora la fábula del hombre pobre y el árbol, había recuperado su natural imperturbable. Y yo lo agradecía muchísimo. –¡Silencio! –ladró una voz femenina detrás de nosotras. Me vino un rastro de perfume floral y se me heló la sangre. Era la Hielicleta. Como siempre, llevaba el pelo tocado con un sombrero y peinado en rulos bien marcados a la altura de la nuca; su chaqueta gris se le ceñía a la cintura gracias al cinturón que la abrochaba y marcaba su silueta de reloj de arena. Sostenía el

látigo en una mano y la correa de un perro en la otra. Al igual que Zubata, le había cogido el gusto a pasearse por el campo con perros; se rumoreaba que los hacía pasar hambre a propósito para que fuesen más propensos a atacar a los prisioneros.

–¿Qué es tan gracioso? –preguntó posando sus ojos azul pálido en Dora.

–Nada –masculló ella.

Sin mediar palabra, la Hielicleta sacó el látigo y se lo estampó en la cara a Dora, haciéndola bambolear hacia el lado y precipitarse contra mí. Rápidamente, extendí los brazos para agarrarla. El perro empezó a gruñir y a echar espuma por la boca, dejando a la vista sus colmillos, grandes y afilados. Dora se enderezó cubriéndose la boca con la mano; la sangre le corría entre los dedos. La Hielicleta se quedó mirándola como si estuviese sopesando si pegarle otra vez o no. Al final, levantó el látigo, pero para llamar a un par Kapos que había por allí.

–Llévensela –dijo fríamente.

–¡No! ¡Deténganse! –gritó Dora cuando la cogieron cada uno de un brazo y empezaron a tirar de ella.

Se me secó la boca por completo. No podía tragar. El cuerpo me pedía lanzarme sobre ellas para intentar salvar a Dora, pero la amarga experiencia me había enseñado que sería inútil y que lo único que lograría sería que me llevasen y me matasen a mí también. Y, en ese caso, ¿qué sería de Danielle? Nunca me había sentido tan impotente.

–¡Deténganse! ¡Por favor! –gritaba Dora mientras la arrastraban y el perro ladraba y gruñía tirando de la correa.

Le eché un vistazo a Danielle, que estaba a mi derecha, y vi la mancha oscura de orina que se extendía a sus pies. «Por favor, Dios, ¡no dejes que la Hielicleta se dé cuenta!». –En este sitio, no se permiten las risas –voceó la Hielicleta, y, a Dios gracias, fue hacia la otra punta de la fila–. Con la próxima a la que coja riéndose, no me andaré con tantas contemplaciones. En ese caso, dejaré que el perro se la coma. «¿Y en este?», me imaginé que la pregunta nos sobrevolaba a todas las allí presentes. ¿Cuál iba a ser el final de Dora?

Entonces, para acabar de empeorar las cosas, la banda que acompañaba la salida de los hombres al trabajo se puso a tocar; y la niebla nos trajo compases sueltos de una animada melodía propia para salir de excursión. Como si quisiese burlarse de nosotras.

Aquel día, caminamos hacia los campos en un silencio absoluto y trabajamos también sin cruzar ni una sola palabra. Mi esperanza era como las últimas hojas del otoño, frágiles, a las que ya les cuesta mantenerse pegadas al árbol. Aquella noche, cuando volvimos a los barracones, saltaban de la chimenea unas llamas voraces, a lo lejos. El

olor era más nauseabundo que nunca. Nos fuimos a nuestro catre, y allí nos encontramos a una nueva tanda de mujeres recién llegadas del tren. Una había ocupado ya el sitio de Dora en su catre, como si no hubiese existido.

–Odio a la Hielicleta –masculló Danielle en cuanto nos acostamos.

–¡Shh! –susurré mientras le acariciaba el pelo que le estaba saliendo–. No debemos pensar en ella. Tenemos que pensar en cosas más alegres.

Aunque, a decir verdad, yo no había hecho más que pensar en Dora durante todo el día.

–¿Como qué? –bufó Danielle–. No hay nada más alegre. Y se giró hacia su lado soltando un hondo suspiro.

Tumbada en la oscuridad, me puse a buscar palabras que sirviesen de consuelo, sin éxito. ¿Cómo habíamos llegado tan lejos? ¿Hasta el punto de que una mujer hiciese una broma inocente y la pagase con su vida? ¿Y cómo podía otra mujer, poco más que una adolescente, tener en tan poca consideración esa vida ajena y hacer como si no fuese nada, como si se estuviese sacudiendo una liendre que había encontrado en la falda? Ahora entendía por qué «¿Dónde está Dios?» se había convertido en la pregunta más repetida en los barracones. Puede que los humanos hubiesen provocado aquellas situaciones, pero ¿por qué Dios no hacía algo para salvarnos? «Por favor, Dios, envíanos una señal de que aún estás con nosotras», imploré en silencio.

A la mañana siguiente, la Hielicleta estaba otra vez a la hora del recuento. En esta ocasión, al pasar caminando junto a nosotras con su enorme sabueso, llevaba en la mano una manzana de un rojo brillante en lugar del látigo. Se plantó delante de nosotras y sostuvo en alto la manzana, resplandeciente a la luz del sol. Entonces, hincó su perfecta e inmaculada dentadura en la fruta, provocando en nosotras –filas y filas de mujeres muertas de hambre– el gesto mecánico de tragar… aire. Hacía mucho tiempo que no tomábamos fruta y menos aún una pieza de aquel calibre. Cuando el jugo manó entre sus labios pintados de rojo rubí, estuvo a punto de escapárseme un gemido de las ganas. Ay, quién pudiera volver a saborear el característico gusto, fresco y crujiente, de una manzana. Ay, quién pudiera comer algo que no fuese aquella bazofia putrefacta con la que nos alimentaban. Ay, cuánto me gustaría lanzarme al cuello de aquella diabólica mujer y meterle algo de humanidad en el cuerpo.

Se lamió los labios y, luego, se limitó a sostener la manzana. Su perro se puso a gruñir y a tirar de la correa.

–¿Tenéis hambre, cerdas judías? ¿Os gustaría probar mi manzana? –Echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar una risa enfermiza antes de

poner la manzana en el suelo y de ordenarle a su perro que se colocase junto a ella–. Servíos, por qué no. Está realmente deliciosa –dijo con una sonrisa de suficiencia antes de marcharse.

Una de las mujeres de la primera fila, justo al lado de la manzana, soltó un gemido del ansia.

«¡No lo haga!», deseé para mis adentros, segura de que el perro estaba entrenado para atacar a quien se le acercase. La mujer dio un paso hacia la manzana. El perro gruñó. –No mires –le dije entre dientes a Danielle–. Cierra los ojos. Por suerte, hizo lo que le pedí. La mujer agarró la manzana y el perro pegó un brinco y le clavó los dientes en el brazo. Sus alaridos agónicos cruzaron el aire.

–¡Ay! –gritó Danielle.

–¡Shh! No pasa nada. Mantén los ojos cerrados.

Enganché su meñique con el mío mientras el perro le destrozaba el brazo a la mujer.

La Hielicleta se paró y dio media vuelta. Al ver aquello, se le dibujó una sonrisa terrible en la cara.

«¡Llame a su perro!», quise gritarle, pero, al igual que el día anterior cuando se habían llevado a Dora, me quedé callada. Todas lo hicimos. Nos quedamos allí de pie mientras despedazaba a la mujer. En mi vida me había sentido tan consternada. Y no solo por la Hielicleta, sino por mí. Por ser completa y absolutamente inútil.

Al final, la Hielicleta retiró al perro.

–Ninguna de vosotras tendrá hoy desayuno en castigo por su gula –dijo mirando a la mujer, que se retorcía de dolor en el suelo, y le dio una patada en el estómago con la bota.

Me consumía la rabia, pero, sin tener forma de canalizarla, me sentía a punto de explotar.

En fila, regresamos al barracón en un silencio aturdido. Danielle estaba temblando.

–No debemos rendirnos –le dije mientras nos hacíamos un hueco junto a los catres–. Recuerda lo que te he dicho: si nos rendimos, ella gana.

Danielle me miró y sacudió la cabeza.

–Ya ha ganado.

–Bueno, quién me iba a decir a mí que eras una derrotista –dije.

Era una estrategia de alto riesgo, pues tampoco quería hacer que Danielle se sintiese peor. Crucé los dedos pidiendo que mostrase su antigua garra.

–No soy una derrotista –contraatacó, y respiré aliviada.

–Pues me alegro, porque necesito tu ayuda.

–¿Para qué?

–Para dar con una forma de vengarnos de la Hielicleta. –Pero hará que te maten –dijo con la voz entrecortada.

–No si somos más listas que ella. Y lo somos: en cuestión de inteligencia, no nos llega a la suela del zapato.

Danielle suspiró y sacudió la cabeza.

Aquel día, mientras nos partíamos el lomo en nuestro último proyecto –ayudar a construir una carretera como parte de la ampliación del campo–, pensé largo y tendido en cómo podría vengarme de la Hielicleta y darles una inyección de ánimo a Danielle y a las demás. A Dora se le había dado bien mantener alta la moral de la gente gracias a su actitud firme y a sus bromas. Su ausencia había dejado una huella profunda. ¿Y si utilizaba el poder de la narración para vengarme y animar a las otras? Tampoco es que tuviese más herramientas a mi disposición. A pesar de estar débil por la falta de desayuno, las chispas que desprendía mi imaginación me mantuvieron a flote mientras cavaba y acarreaba bloques de piedra. Qué bien sentaba ir trazando un plan. Me pesaban un poco menos el sentimiento de inutilidad y la culpa.

Aquella noche, en cuanto nos acomodamos en nuestros catres, le recé en silencio una oración a Solly para que me transmitiese algo de su sabiduría. Con el corazón a punto de salírseme del pecho, me puse a hablar lo suficientemente alto como para que las mujeres de los catres más próximos me oyesen.

–Hace mucho, mucho tiempo, hubo un lugar llamado Pitchipoi –empecé, y oí que a alguien de arriba se le escapaba una risa sarcástica. Danielle se giró sobre el costado para verme de frente–. Pitchipoi era un lugar muy extraño –proseguí, rezando para que mi plan funcionase–. Su nombre sonaba a reino mágico, lleno de diversión y felicidad.

–¡Ja! –comentó alguien por el barracón–. Qué fortuna la nuestra.

–Y lo cierto es que era un reino mágico –dije rezando para que con aquello no me ganase un coro de abucheos–. Aunque la magia no estaba donde uno se la esperaría.

–¿A qué se refiere? –preguntó una mujer desde el catre de arriba.

–Bueno… Cuando pensamos en un reino mágico, nos imaginamos criaturas fantásticas como los unicornios, los dragones y las hadas madrinas. Sin embargo, Pitchipoi era diferente, pues le daba poderes mágicos a la gente normal a la que llevaban allí. De hecho, al llegar, había que atravesar una verja que decía: «La imaginación nos hace libres». –Contuve el aliento, consciente de que me estaba ganando la animadversión de mi público antes siquiera de entrar en la historia propiamente dicha. A esas alturas, todos sabíamos que el letrero que

había sobre la entrada de Auschwitz significaba: «El trabajo nos hace libres». Pero, como nadie abrió la boca, seguí–. Claro que, al principio, nadie entendía qué quería decir exactamente el cartel; además, conociendo a las criaturas que habitaban en Pitchipoi, no se les podía culpar por pensar que aquel lugar distaba mucho de ser mágico. En los catres más cercanos, resonaron murmullos de aprobación.

–Háblanos de las criaturas –dijo Danielle, mi maravillosa ayudante, al darse cuenta de adónde quería ir a parar.

–Bueno… Eran algunos de los monstruos más horripilantes que se hayan visto en ningún cuento. De hecho, eran tan monstruosos que incluso cuentistas míticos como Charles Perrault o los hermanos Grimm se habían negado a que apareciesen en sus historias. –Me alivió oír un par de risitas en respuesta, así que continué–. En primer lugar, estaba una bestia llamada Zubata, que tenía la cara de un caballo y la personalidad de un cuenco de gachas frías. –Y se oyeron más risas cuando la gente se dio cuenta de a quién me refería–. Y había otra bestia a la que llamaban Hurón, que sentía tal pasión por su porra que le puso por nombre Walter y dormía con ella todas las noches, colocadita a su lado en la almohada. Pero que nadie se escandalice: se casó con ella en una ceremonia en una góndola en Venecia, así que la suya no era una relación pecaminosa. –Aquello provocó más risas, y yo me imaginé chispas como libélulas brillando en la oscuridad–. Pero el peor de los monstruos que habitaban en Pitchipoi era la Princesa del Corazón de Hielo, que, como muy bien indica su nombre, tenía un corazón que había sido tallado del glaciar más gélido de la Antártida. A decir verdad, ni siquiera era una princesa. En realidad, era una criatura reptiliana de piel negra y ojos rojos. Pero, cada mañana, se rociaba una poción mágica que apestaba a flores y le confería la apariencia de una estrella de cine de Hollywood. Aunque, al mirarla bien de cerca y a una determinada luz, se le podían ver por debajo las negras escamas de su piel original.

–¿Y cómo hizo la gente que llegaba a Pitchipoi para conseguir sus poderes mágicos? –preguntó Danielle, y, por una vez, agradecí que me interrumpiese.

–Gracias por la pregunta. –En la oscuridad, localicé su mano y le di un apretón en señal de agradecimiento–. Los monstruos de Pitchipoi se alimentaban del miedo de la gente, por lo que hicieron todo lo posible para evitar que descubriesen su propia magia. Les hicieron pasar hambre hasta casi la muerte, se negaron a dirigirse a ellos por sus nombres, les dieron palizas brutales y hasta les echaron encima a sus sabuesos ávidos de sangre. Pero ni con eso lograron arrebatarle a la gente su imaginación. A no ser que ellos se lo permitiesen. –

Contuve el aliento un segundo, consciente de que volvía a estar en terreno peligroso. Pero las mujeres que me escuchaban permanecieron en silencio–. Y en cuanto la gente a la que llevaban a Pitchipoi tomó conciencia de ello, entendió también que tenía poderes mágicos. A ver: ¿no es increíble que, por mucho que le hagan pasar hambre a una persona, la golpeen o la torturen, los monstruos sigan sin poder meterse en su cabeza y en su corazón para controlar sus pensamientos y sus sueños?

–Me cuesta llamarle libertad a eso –masculló alguien en el catre de arriba.

–Pero la imaginación siempre es libre –respondí con la esperanza de no estar perdiendo a mi público. Era tremendamente consciente de que lo que estaba tratando de expresar podía interpretarse como algo bobo o hasta falto de sensibilidad, a la vista de todo lo que nos estaban haciendo, y, sin embargo, aún estaba convencida de que aquella era la única fuente que teníamos de fuerza y esperanza–. Y ahí es donde empieza la magia de verdad, porque, a lomos de su imaginación, uno puede viajar a donde quiera. Dejen que les ponga un ejemplo –me apresuré a decir–. Hace mucho, mucho tiempo, había una mujer llamada Galletita, sí, le habían puesto el nombre de un dulce, pero esa es otra historia diferente, a la que llevaron a Pitchipoi. Los monstruos trataron por todos los medios de destruirla. Pero Galletita se había dado cuenta de que su imaginación le otorgaba poderes mágicos, así que, hiciesen lo que le hiciesen los monstruos, ella siempre tenía una vía de escape. A veces, se refugiaba en recuerdos felices de su pasado. O se perdía soñando con un futuro esperanzador. Y también se entretenía fantaseando con que a la Princesa del Corazón de Hielo y a sus monstruosos camaradas les llegase su sanmartín.

–Yo lo hago casi todos los días –dijo alguien, y despertó murmullos de asentimiento.

–A pesar de que inventarse historias pudiese parecer algo insignificante frente a tantos horrores causados por los monstruos de Pitchipoi, Galletita se dio cuenta de que su cabeza era el único sitio en el que todavía podía arrebatarles la victoria.

De nuevo, contuve el aliento y esperé. Oí que alguien suspiraba, pero el resto permaneció en silencio.

–¿Así que estamos condenadas a vivir para siempre dentro de nuestra imaginación? –preguntó alguien.

–¿Y si queremos vivir en el mundo real? –interpeló otra–. Y recuperar nuestras vidas de verdad…

–Sí –masculló otra, y se me cayó el alma a los pies.

–Ese día llegará –dijo Danielle sin alzar la voz–, pero, hasta entonces, la imaginación puede ayudarnos a mantenernos fuertes.

Se lo agradecí apretándole otra vez la mano.

–Puede ser.

Se hizo el silencio, interrumpido únicamente por la tos de alguien en la otra punta del barracón. Estaba decepcionada por la poco entusiasta respuesta que había suscitado mi historia. Pero, al menos, le había llegado a Danielle. Para mí, eso valía un potosí.

Se acurrucó contra mí.

–Gracias, Galletita –me susurró al oído.

–Creo que voy a dejar que la imaginación me lleve a París esta noche –dijo alguien en el catre de arriba.

–Yo me voy a la ópera –dijo otra riendo.

Y así, una a una, las mujeres fueron anunciando adónde iban a viajar, montadas en las alas de su imaginación.

Cerré los ojos y solté un suspiro de alivio. Parecía que mi historia había surtido efecto. Pero ¿hasta cuándo podría seguir alimentando sus vacilantes esperanzas? Dejé a un lado el miedo y me preparé un vuelo de lujo a los salones de baile de Pigalle de antes de la guerra.

Capítulo 30

Auschwitz
Yom Kipur, octubre de 1943

Para cuando llegó de nuevo el Yom Kipur, el juego de la imaginación –inspirado en mi cuento– había batido las alas y echado a volar, extendiéndose por nuestro barracón como el fuego. Y como el tifus, que estaba de vuelta y con sed de venganza gracias al flujo constante de trenes con destino el campo. El juego suponía una distracción, y era de agradecer; tanto que, en nuestros barracones, se convirtió en un pasatiempo habitual a última hora, antes de dormir. Siempre había quien se animaba a compartir con las demás adónde quería viajar esa noche o adónde había viajado durante el día mientras su cuerpo había estado deslomándose. En la víspera del Yom Kipur, les anuncié que iba a viajar a la víspera del Yom Kipur de hacía tres años y les conté la historia de cómo nos habíamos conocido Tomasz y yo. A Danielle le encantó, ni qué decir tiene.

Afortunadamente, las guardias no nos torturaron con una comida deliciosa; de hecho, fue aún más asquerosa de lo habitual, con pan duro como el pedernal y «café» congelado. Después de pasar lista, nos informaron de que iban a ponernos a hacer otro trabajo. No hice mucho caso, pues intuía que se trataría simplemente de otro pantano con las mismas piedras de siempre y las mismas zanjas, y el mismo lodo pegándosenos a los pies como el pegamento. Pero qué emoción cuando nos condujeron hacia el bosque. Aunque ya lo había visto de lejos en numerosas ocasiones, ahora podía al fin caminar entre los árboles que había contemplado con tanto anhelo. El *summum* de la felicidad fue oír el crujido del viento en las hojas y respirar el suave aroma de los pinos: todo un alivio respecto al hedor del campo.

Que fuese el Yom Kipur lo hacía más especial si cabe; estar en plena naturaleza ayudaba a confiar en que Dios existía de verdad y que no nos había abandonado. O, al menos, no del todo. La melodía de un suave trino era comparable a la más emotiva de las interpretaciones

de la *kol nidre*, y, con cada nota, mi agotado cuerpo iba cobrando vida.

En cuanto llegamos al corazón del bosque, nos mandaron acarrear la piedra que luego serviría como zahorra para una nueva carretera. ¿Adónde iba aquella carretera? No tenía ni idea. Estaba tan embriagada de naturaleza y mareada por el hambre que era insensible al tremendo esfuerzo físico que estaba haciendo. Recé por los muertos: por Solly y Marguerite, por Macarrón y Dora y por el resto de las almas que habían fallecido desde que habíamos llegado al campo. Encontrarse cadáveres apilados en el exterior de los barracones al salir al recuento a la mañana o tirados allí donde habían caído al final del día se había convertido en algo tan habitual que tenía que hacer como los caballos y fingir que llevaba anteojeras para dosificar la exposición a todo aquel horror. Mientras rezaba, me invadió la tristeza. Era el segundo Yom Kipur que pasaba en Auschwitz. ¿Viviría para volver a celebrarlo? No parecía muy probable. Aun así, me sacudí esa idea de la cabeza y me centré en recordar a las personas queridas que ya no estaban.

Al regresar al campo, nos hicieron arrodillarnos para el recuento vespertino. Era la directriz más reciente, y con ella pretendían destruirnos física y mentalmente. Esa noche, nos ordenaron que levantásemos también los brazos para aumentar la presión sobre nuestros cuerpos ya deshechos. Cuando me empezaron a temblar las rodillas de la fatiga, me vino a la cabeza una imagen de mi padre. Por una vez, no intenté borrarla. Antes de llegar a Auschwitz, para mí era el monstruo que acechaba en mis pesadillas. Pero, en comparación con los guardias, ahora me parecía digno de compasión más que una amenaza. Qué curiosa ironía, que lo que había sufrido de niña me hubiese dado cierta ventaja a la hora de soportar el trato que me dispensaban en el campo. No es que fuese a darle las gracias a mi padre, pero ¿qué sentido tenía aferrarme al odio que sentía hacia él a la vista de todo lo que estaba sufriendo?

Al ver unos hilillos de humo sobrevolando el crematorio, me vino un recuerdo casual de mi octavo cumpleaños. Madame Bellamy me había regalado una muñeca que tenía el pelo rizado y de un castaño lustroso como las castañas de Indias, las mejillas rosadas y los ojos azul claro y brillantes. Lo mío fue amor a primera vista, y Rosebud, mi nuevo bebé, y yo nos hicimos inseparables al instante. Aquella noche, mi padre había intentado hablar conmigo, pero yo estaba demasiado ocupada poniendo a dormir a mi nuevo bebé en una cunita que le había preparado con una vieja caja de cartón. Lo siguiente que recuerdo es a mi padre cogiendo a Rosebud y tirándola contra la pared tan fuerte que le estalló en mil pedazos un ojo de cristal. El disgusto

fue mayúsculo, pero, para mi sorpresa, mi padre se dejó caer de rodillas y se puso a sollozar también. Me arrastré hasta él creyendo que me estaba pidiendo perdón y, entonces, le oí gritar el nombre de mi difunta madre: «¡Lo siento, Ruth!».

Al evocar aquel recuerdo, de rodillas en medio del campo, me pregunté si se estaría disculpando ante mi madre porque se creía tan culpable como yo de su muerte. Quizá solo me acusaba a mí para lavar su propio pecado. Puede que yo no tuviese ninguna culpa, en realidad. Ninguno de nosotros la tenía. Sentí que algo se recolocaba en mi interior, que se bajaba una barrera protectora que me había rodeado el corazón. Levanté los brazos, doloridos, aún más alto para dirigirle a Dios una oración de expiación y susurré: «Papá, yo te perdono».

El invierno llegó y trajo consigo más enfermedades. Cada día, en el terreno delante de los barracones –cubierto ahora de nieve–, aparecía una nueva pila de cuerpos, con los miembros retorcidos y las caras congeladas para siempre en el instante en que les había sobrevenido la muerte. Y, cada día, cargaban los cuerpos en carretas y se los llevaban traqueteando hasta el crematorio para reducirlos a aquel humo asfixiante que sobrevolaba el campo y así obligarnos a respirar los restos de las mujeres que habían trabajado y reposado a nuestro lado hasta la víspera. Ver aquellos cuerpos a diario hacía que en mi cabeza –y estoy segura de que también en las de las demás– surgiese una pregunta recurrente: «¿Cuánto tiempo pasará hasta que ocupe yo su lugar? ¿Cuánto tardaré en convertirme también en cenizas y humo?». A las que llevábamos más de un año allí, nos veían como si tuviésemos el secreto de la inmortalidad; pero eso no hacía sino angustiarnos aún más. Era evidente que, más que nadie, vivíamos de prestado. Claro que un día se nos acabaría la suerte. Pero, en lugar de eso, a Danielle y a mí nos sonrió con un giro inesperado: nos mandaron a trabajar a la nueva Kanada.

Obviamente –y como todo en Auschwitz–, las buenas noticias llevaban aparejada la desgracia de alguien. Los alemanes habían tenido que construir un nuevo complejo para almacenar y clasificar las pertenencias que les robaban a los que no paraban de llegar en los innumerables convoyes con destino el campo. Habían construido la Kanada II en el campo de las mujeres, y consistía en tres hileras de diez barracones cada una y una sala de desinfección en forma de *T* en la parte delantera. Estaba al lado del crematorio, lo que les hacía más fácil a los alemanes robar a sus víctimas. A pesar de llevar más de un año allí y de que nada de lo que pudiesen hacer debería ya sorprenderme, me desconcertó y me pareció espeluznante que los

alemanes hubiesen sido capaces de emplear sus maravillosas mentes para poner en marcha algo tan grotescamente eficiente.

Formar parte del Kommando Kanada estaba considerado un privilegio, y eso nos convirtió a Danielle y a mí en objeto de envidias y en tema de conversación. Ahora, teníamos acceso a comida, ropa y zapatos. Por mucho que estuviese estrictamente prohibido sacar cosas del almacén, la gente lo hacía, y eso alimentaba un feroz sistema de trueques dentro de los barracones.

El primer día que nos presentamos a trabajar, tuvimos que pasar por delante de un grupo de prisioneros que estaban descargando un camión lleno de maletas y otros bienes. Se me aceleró el corazón al instante. ¿Y si Tomasz estaba trabajando allí también? Pero, para mi disgusto, en aquellas caras no había ni rastro de la cicatriz en forma de relámpago que lo delataba.

Al llegar a la altura del camión, un chico que estaba en la parte trasera lanzó al suelo un par de maletas sin fijarse; una de ellas le dio en la pierna a Danielle, que gritó de dolor.

–¡Lo siento mucho! –voceó él en francés; se bajó de un salto y se sacó la gorra a rayas y la apretó contra el cuerpo. Al igual que nosotras, tenía una estrella amarilla cosida en el pecho–. ¿Te encuentras bien?

–Sí, perfectamente –respondió Danielle mirando al suelo con las mejillas, normalmente palidísimas, encendidas.

Miré con detenimiento al hombre. Como al resto, su apariencia dolorosamente frágil le echaba años encima visto a una cierta distancia; pero, de cerca, no parecía mucho más mayor que Danielle.

–¿Cómo te llamas? –dijo en voz baja.

–Danielle –respondió ella.

Una de las Kapos que se encargaban de pastorear a nuestra cuadrilla de trabajo nos chilló para que siguiésemos con lo nuestro.

–Encantado de conocerte, Danielle –voceó el chico a nuestras espaldas–. Yo soy Pierre.

Ya en el interior del barracón que nos habían asignado, nos comunicaron las órdenes y nos pusimos a trabajar. No veía la hora de hablar con Danielle sobre su encuentro con aquel chico, que esperaba que le hubiese levantado el ánimo. Pero en cuanto empecé a abrir maletas y a rebuscar entre las pertenencias de la gente, me embargó una gran tristeza. No podía dejar de pensar en las personas a las que habían pertenecido aquellos objetos. ¿Les habían ordenado que fuesen hacia la derecha o estaban saliendo del edificio de al lado en forma de humo? ¿Y si, al igual que le había sucedido a Dora, me encontraba con las pertenencias de alguien conocido? Con cada equipaje que

deshacía, en mi cabeza fueron escribiéndose historias que yo no había buscado y empezaron a surgir personajes. ¿Quién era la mujer que había llevado esa ropa enmarañada en un batiburrillo desastroso? ¿Sentía predilección por el vestido blanco con estampado de margaritas? ¿Cuándo se lo ponía? ¿De dónde era? El idioma de las etiquetas me daba pistas. Y lo peor era el calzado, marcado con las huellas de los pies de aquellos a quienes se los habían robado: los socavones huecos en el sitio de los juanetes, los rasguños en los tacones y en la punta…, marcas de un camino destinado a terminar de la peor manera posible. ¿Cómo podían siquiera imaginar el día que se compraron aquellos zapatos que los traerían a un sitio como este? A mí me invadía la nostalgia cada vez que pasaba por mis manos un par de zapatos cómodos y de buena factura. Era como estar atrapada en una versión especialmente cruel de *Finette Cendron*: si encontrase unos zapatos de terciopelo rojo que me sirviesen, sería un avance respecto a la tortura que suponían mis zuecos ajustadísimos; pero robarlos me pondría a la altura de los alemanes.

Le eché un vistazo a Danielle, que estaba trabajando a mi derecha. Tenía en las manos un par de zapatitos infantiles azules con hebilla y le corrían las lágrimas por la cara.

–No pienses en eso –susurré–. Piensa en otra cosa. En Xavier. Invéntate una historia sobre él.

Se limpió las lágrimas y asintió, pero no me sentí muy aliviada. El único modo de sobrevivir en aquel sitio y no perder la razón pasaba por obligarse a no pensar, a no preocuparse, a volverse insensible al horror que representaba. El caso era que, si no pensábamos ni nos preocupábamos, ¿estábamos abocados a ser igual de desalmados que nuestros carceleros? Había que elegir entre la cordura y los principios. Y era un dilema tremendo.

Esa misma noche, mientras Danielle y yo estábamos de pie junto a nuestro catre tratando de matar los piojos que había en el colchón, saqué a colación el tema de Pierre.

–Así que parece que te ha salido un admirador. Ese Pierre… –susurré.

Danielle frunció el ceño y sacudió la cabeza.

–No creo. Solo se disculpaba por darme con la maleta.

–Mmm… Yo no estaría tan segura, a juzgar por cómo te miraba.

–¿De verdad?

Me miró esperanzada.

–Totalmente. Y esa manera de quitarse la gorra, tan respetuosa… Parecía un auténtico caballero.

–¿No me lo estarás diciendo solo para contentarme?

–¡No! –Estampé mi cuenco en el colchón para matar un piojo–. Bueno, un poco, pero no te miento: me limito a informar de lo sucedido.

–Mmm… –dijo, aunque se le dibujó una sonrisa en los labios. –Puede que vuelvas a encontrarte con él.

–Puede. ¿Y de qué serviría? Tampoco es que nos permitan relacionarnos entre nosotros.

No sabía muy bien cómo responder a eso. Tenía razón, y quizá era una estupidez por mi parte darle alas.

Trepamos a nuestro catre tratando de no empujar a las mujeres que ya lo ocupaban –tarea imposible– y nos acomodamos en nuestro sitio. Aunque en condiciones normales sería horrible estar tan apiñadas, se agradecía el calor que dicha proximidad proporcionaba.

–A lo mejor puedes conocerlo en tu imaginación… –sugerí. Suspiró.

–¿Te acuerdas de lo que me dijiste sobre echar mano de la imaginación para mantenernos fuertes?

Afortunadamente, asintió.

–¿Y lo que dije sobre que la imaginación nos hará libres? –Sí –susurró.

–Entonces, deja que tu imaginación te dé vía libre para conocer a Pierre. Apuesto a que, en alguna parte del campo, él también está pensando en ti.

–¿Eso crees?

Ahora parecía realmente interesada.

–Pues claro. Lo estoy viendo tumbado en su catre imaginándose a la preciosa jovencita que ha conocido esta mañana y cruzando los dedos para volver a encontrársela.

Danielle cerró los ojos.

–Gracias, Etty –murmuró.

–No hay de qué.

Cerré también los ojos y me los imaginé a los dos elevándose sobre sus cuerpos y dejándose llevar al terreno de la imaginación, donde todo era posible y los nazis no existían.

Danielle y yo tardamos solo unos días en inmunizarnos frente a los horrores de Kanada, igual que nos habíamos vuelto inmunes a tantas otras cosas. Mi línea roja seguía siendo trapichear en mi propio beneficio, pero sí rapiñé una cuchara para una mujer polaca llamada Aleksandra, que había perdido la suya. Tenía la esperanza de que a quienquiera que fuese su dueño no le importaría que se la robasen por una buena causa. De todas formas, era mejor que acabase en Alemania. Por suerte, Danielle mantuvo el tipo, aunque los ojos se le llenaban de lágrimas cada vez que se encontraba con objetos

infantiles. –¿Crees que su propietaria estará llorando por ella? –me susurró un día al sacar una muñeca de trapo de una maleta. Saltaba a la vista que llevaba tiempo recibiendo los mimos de alguien: el pelo de lana se le había enmarañado y su carita pintada iba perdiendo color. Me imaginé el fantasma de una niña abrazando fuerte a su muñeca. Otra historia más que no quería escribir.

Me encogí de hombros, incapaz de decir nada que pudiese servirle de consuelo.

–¡Los odio! –siseó Danielle–. ¡Los odio por matar niños! –Shh.

Eché un vistazo a nuestro alrededor, inquieta por si alguna Kapo con porra la había oído.

Danielle dejó la muñeca en una pila con otros juguetes que habíamos encontrado.

Era evidente que en el último convoy que había entrado venía gente de posibles. En casi todas las maletas que revisé, había ropa bonita de las mejores *boutiques* de París. Al colocar una enagua de seda azul en la pila de la ropa interior, pensé en la mujer a la que había pertenecido y en cómo había decidido traerla consigo, la había doblado con esmero y la había colocado cuidadosamente en una esquina al fondo de la maleta. Puede que le trajese buenos recuerdos. Me imaginé a un amante desnudándola, acariciando la seda con las yemas de los dedos. Que los míos fuesen los siguientes en tocarla establecía una inquietante conexión que me hizo sentir escalofríos. Su maleta contenía además una caja aterciopelada que hacía las veces de joyero y una estola de piel: tantas cosas que en su vida anterior le habrían garantizado cierto estatus, pero que aquí carecían de valor…

«Espero que aún esté viva», rogué mientras distribuía sus pertenencias en las pilas correspondientes; era una letanía que me había dado por repetir para mis adentros al gestionar todos aquellos bienes, la única forma de que dicho trabajo me resultase algo más llevadero.

Al final de nuestra primera semana en Kanada, Danielle y yo íbamos caminando hacia el complejo con los pies a rastras –se nos habían dormido del frío– cuando se paró un camión junto a nosotras y Pierre se bajó de él de un salto. Con solo ver a Danielle, se le dibujó una bonita sonrisa en la cara. La había reconocido.

–Hola otra vez –dijo en voz baja.

–Hola –respondió ella con timidez.

–Tenía la esperanza de volver a verte –dijo él, que parecía igual de vergonzoso.

Se me alegró el corazón al observar ese instante de una conexión tan dulce e inocente. Era todo un milagro asistir a algo así en aquel

lugar horrendo.

A Danielle se le comió la lengua el gato, y seguimos avanzando en fila.

–Ella también –voceé por encima del hombro al dejarlo atrás.

–Pero ¿por qué has dicho eso? –exclamó, ruborizada, tan pronto como estuvimos fuera del alcance de él.

–Bueno, alguien tenía que decirlo.

–Nunca hay que decirle a un chico que te gusta o pensará que eres una furcia.

–¿Todavía no te has percatado de dónde estamos? –mascullé mientras nos apresurábamos a entrar en los barracones–. No es momento de ponerse melindrosa.

Fue decirlo y retroceder a la noche en que conocí a Tomasz y a cómo la situación me había empujado a exponerle mis sentimientos. Luego, pensé en la segunda vez que lo vi y sentí vergüenza. A lo mejor no era tan buena idea abrirle así el corazón a alguien, por mucho que estuviésemos en guerra. –Supongo –admitió Danielle de mala gana, aunque, cuando nos colocamos en nuestros puestos, se le escapó una sonrisa–. Dijo que había estado pensando en mí.

–¡Ya lo sé!

–¿Crees que le gusto?

–Evidentemente.

Su sonrisa se expandió y llenó de luz la habitación como si se tratase del más resplandeciente de los amaneceres.

–¿Me prometes que no volverás a ignorarlo la próxima vez que te hable? –la animé.

–Si es que hay una próxima vez…

Se le marchitó la sonrisa.

–Oh, yo creo que sí. Estoy convencida de que vuestro encuentro es cuestión de *bashert*.

–¿Y eso qué quiere decir?

–Que estabais predestinados a conoceros.

Obviamente, no podía asegurarlo, aunque valía la pena decirlo y contemplar su mirada emocionada.

No sé si fue gracias al poder de nuestro pensamiento ilusorio, pero, en efecto, volvimos a ver a Pierre a la semana siguiente. En esa ocasión, venía a descargar unas pertenencias en los barracones. Yo fui la primera en divisarlo, y le di un codazo a Danielle para que prestase atención. Él dejó la pila de maletas en el suelo y se dirigió hacia donde estábamos con una mano en el bolsillo.

–Tengo un regalo para ti –susurró al ponerse a la altura de Danielle y, con un juego de manos digno de un prestidigitador, deslizó algo de

su bolsillo al de ella–. Es para Janucá. Ya sé que solo es una, pero quizá puedas encenderla una vez por cada uno de los ocho días –añadió antes de seguir su camino.

Danielle se quedó petrificada y con los ojos como platos. –¿Qué es? –dije entre dientes–. ¿Qué te ha dado?

Echó un vistazo en su bolsillo.

–Una vela –contestó con la mirada vidriosa a causa de las lágrimas.

Era habitual que se llevasen velas de Kanada para utilizarlas como moneda de cambio dentro del campo, pero el hecho de que Pierre le hubiese dado una a ella para que pudiese celebrar el festival de la luz la convertía en un regalo todavía más bonito y considerado…, además de peligroso.

–Deja que te la guarde, no quiero que te cojan con ella –dije acercándome bien a ella para que pudiese echármela en el bolsillo.

Por la noche, cuando estábamos en el catre y ya habíamos encendido la vela, Danielle se quedó mirando la llama y suspiró. –¿No te parece que fue de lo más romántico?

–Desde luego.

–Cuando me dijo que tenía un regalo para mí, no me lo creía. Recordaré ese momento durante el resto de mis días. Las dos nos quedamos calladas, y me pregunté si sus palabras la habían llevado a pensar lo mismo: «Pero ¿cuántos días habrá por delante?». Traté de quitármelo de la cabeza. Hoy era la primera noche de Janucá y me había hecho el firme propósito de mantener el optimismo.

–Deberíamos apagarla. Guardarla para las noches que tenemos por delante –dijo Danielle antes de extinguir la llama. A lo largo del barracón, resonaron unas toses atroces y, entre ellas, oí que Danielle se ponía a sollozar.

–Ay, ¿qué pasa? –dije, pasándole un brazo por encima.

–¿Y si Pierre y yo no llegamos nunca a casarnos y a tener dos hijos llamados Charlotte y Leo? –se lamentó–. He estado soñando con eso desde el preciso instante en que me dijiste que usara la imaginación para encontrarme con él –explicó–. Y, en mi imaginación, ya estamos casados y tenemos una familia. –¡Caramba! No habéis perdido el tiempo –contesté tratando de animarla.

Sin embargo, me costó contener las lágrimas al imaginarme sus pensamientos cargados de nostalgia flotando por el barracón noche tras noche, como una constelación de esperanza en la oscuridad.

–¿Y si no tenemos suficiente tiempo? –dijo antes de que se le escapase otro sollozo.

Me vino un recuerdo de Solly y de nuestra última conversación al bajar del tren, cuando me dijo que el amor no lo medían los relojes.

Entonces, yo estaba demasiado desconcertada y exhausta para entender bien a qué se refería, pero si algo había aprendido en Auschwitz era que el amor se medía única y exclusivamente con el corazón.

–Quiero darte un regalo por Janucá –susurré mientras me limpiaba las lágrimas de la cara.

–¿Un regalo?

–Sí. Por desgracia, este año no es fácil encontrar monedas de chocolate para Janucá. Aun así, me gustaría ofrecerte una historia a modo de regalo.

–¡Es el mejor regalo de todos! –exclamó.

–Me alegro de oírlo –respondí aguantándome las ganas de reír al pensar en cuando nos conocimos y lo nada impresionada que se había mostrado ante mis credenciales de narradora–. Hace mucho, mucho tiempo, hubo dos almas que estaban destinadas a encontrarse…

–¿Por qué? ¿Por qué estaban destinadas a encontrarse? –preguntó, ansiosa.

–A ver, si voy a regalarte esta historia, agradecería mucho que tú me hicieses un regalo a cambio: el de no interrumpirme –dije haciéndome la dura.

Danielle soltó una risita.

–Lo siento. Prometo no hacerlo.

–Gracias. Así que, como iba diciendo, había dos almas que estaban destinadas a encontrarse.

–¿Y cómo se sabe si unas almas están destinadas a conocerse, en realidad?

–¡Madre del amor hermoso!

–Lo siento, solo quería saberlo.

–Pues si escuchas la historia puede que lo descubras.

–Vale.

–La cuestión del destino funciona de la siguiente manera –dije tratando de ganar tiempo para pensar–: es como un tapiz gigante y mágico en el que cada vida corresponde a uno de los hilos que lo recorren. Para que el motivo salga perfecto, hay que cruzar algunos hilos. Unas veces, se dan uno o dos cruces. Otras, los hilos discurren de la mano durante años. Sea como sea, todos forman parte del patrón diseñado por Dios y son iguales en importancia.

–Me gusta –murmuró Danielle.

–Bien. –Le planté un beso en la coronilla–. Pues las dos almas sobre las que trata mi historia se llamaban Danielle y Pierre, y en el tapiz de la vida correspondían a los hilos más brillantes y sedosos y…

–¿Qué colores?

–¿Cómo dices?

–¿De qué colores eran esos hilos?

–Danielle era un dorado oscuro y Pierre un plateado reluciente –respondí armándome de paciencia.

–¿Puedo ser yo el plateado? Es que prefiero el plateado –soltó una risita.

–Danielle, que, la verdad sea dicha, podía ser un tanto exigente, era un plateado reluciente y Pierre un dorado oscuro. ¿Vale? –Sí, gracias.

–Así que, decidido a que sus caminos, o, más bien, sus hilos, se cruzasen, el destino se cuidó de asegurarse de que ambos nacían en Francia.

–¿Y cómo sabes que él nació en Francia?

–Es que no lo sé, solo lo supongo. Veamos: tiene un nombre francés y habla francés con fluidez…

–Claro, claro. Sigue, por favor.

–¡Gracias! La cuestión es que hay personas que están destinadas a encontrarse y pasar toda una vida juntas, pero lo malo de ese tipo de hado es que puede acabar siendo un poco tedioso.

–¿A qué te refieres?

–Bueno, la confianza puede llevar al acomodamiento y, cuando dos personas han estado juntas desde siempre, tienden a aburrirse mutuamente o, lo que es peor, empiezan a reñir por las cosas más insignificantes. Los colores de sus hilos ya no combinan bien –añadí, exprimiendo al máximo la metáfora del tapiz. –Mis padres eran un poco así –dijo Danielle.

–Vale. Pues Danielle y Pierre no estaban destinados a reñir ni a aburrirse mutuamente –proseguí–. El hado les deparaba cosas muchísimo mejores.

–¿Como qué? Ay, perdón, no quería interrumpir.

Se tapó la boca con la mano.

–Estaban destinados a … –Hice una pausa no solo para añadir un toque dramático, sino también para darme tiempo a pensar en una frase lo suficientemente potente–. Se convertirían en las velas de Janucá del otro.

–¿Y eso qué quiere decir?

–Se iluminarían el uno al otro en sus horas más oscuras y se recordarían mutuamente la posibilidad de que se produzcan milagros. ¿Acaso había mayor milagro que el hecho de que Danielle y Pierre se hubiesen conocido y enamorado en un lugar como Auschwitz? –proseguí sintiéndome bastante orgullosa de haber sido capaz de introducir el motivo de Janucá en el relato.

–No estoy segura de que nos hayamos enamorado –murmuró

Danielle, pero su tono denotaba que sonreía–. Tampoco es que nos haya dado tiempo a tanto.

–El amor no lo miden los relojes, querida mía –dije, rezando para mí una oración de agradecimiento a Solly por acudir en mi ayuda de nuevo.

–¿Qué significa eso?

–Que se mide con el corazón –respondí–. Puedes conocer a alguien durante toda una vida sin que te deje la misma huella que otra persona en un único encuentro. ¿Cómo reaccionó tu corazón cuando Pierre te dio la vela?

–Increíblemente bien –respondió Danielle.

–Caso cerrado.

–Pero ¿cómo acaba su historia? –preguntó, ansiosa.

–Acaba con ellos tejiendo un bonito añadido al tapiz de la vida –respondí de modo críptico–. Pues quién podría poner en duda la belleza de su encuentro y el hecho de que fuesen capaces de producir luz en tales circunstancias. Cada vez que se produce un milagro de esa magnitud, se ilumina el tapiz de la vida como si de las más brillantes estrellas fugaces se tratase.

Recé para que aquel final fuese de su gusto. Al fin y al cabo, ¿qué más podía prometerle?

–Gracias –dijo con un suspiro–. Espero de todo corazón convertirme en un bonito añadido al tapiz de la vida.

–Ya lo has hecho –respondí abrazándola fuerte.

Ojalá fuese consciente del bonito añadido que había supuesto en mi vida, dotándola de un propósito y de significado, además de hacerme sentir, y ese era el mayor regalo, de verdad en familia.

Capítulo 31

Auschwitz
Febrero de 1944

Aquel invierno –con el campo cubierto por una gruesa mortaja de nieve que trajo consigo un extraño silencio amortiguado–, se fue haciendo cada vez más difícil mantener la desesperación a raya. ¿Estábamos abocados a permanecer en aquel escondrijo hasta que las epidemias que barrían el campo acabaran con nosotros uno tras otro y nos desplomásemos en el suelo y se deshiciesen de nosotros, hasta hacer de aquel un sitio tan inhóspito como los esqueléticos árboles del horizonte? Sin embargo, por cada cuerpo que caía, parecía que llegaban al menos dos para reemplazarlo en los convoyes. Quizá los alemanes no se detendrían hasta haber matado a todos los judíos y romaníes, prisioneros políticos y homosexuales del planeta. Vaya lugar aburrido y lleno de odio sería si solo estuviese habitado por su adorada raza aria de alcohólicos. En esa época, no había guardia de las SS que no apestase a alcohol. Si bebían para celebrar el éxito de su plan maestro o si necesitaban emborracharse para ejecutar sus atrocidades, no quedaba claro.

Danielle y su incipiente romance con Pierre nos proporcionaron la única muestra de luz y calor que tuvimos durante aquellos meses de frío, aunque sus encuentros –en la vida real, al menos– fueron pocos y muy espaciados. En las historias que yo le contaba cada noche, se dedicaban a vivir aventuras por el mundo los dos juntos.

Hasta que, un gélido día de febrero, algo me sacó de mi abatido estupor mientras me preparaba para revisar otra maleta más en Kanada. Allí, mirándome sobre una maraña de ropa, había una copia de mi primera novela sobre Aurélie. Ver aquel símbolo de mi vida anterior, de quién había sido, fue como un calambrazo para recordarme mi identidad. Con cuidado, desenredé la novela de la manga de un jersey y la sostuve ante mí. Quedaba patente que la habían leído muchas veces: la cubierta estaba descolorida y rozada en

las esquinas, el lomo estaba agrietado. Mirar la ilustración de Aurélie en la cubierta fue como encontrar una fotografía de una amiga a la que le había perdido la pista. Hacía tanto tiempo que ya no oía la voz de mi querido personaje dentro de mi cabeza… Hacía tanto que nuestras vidas no iban aparejadas…

Repasé con el dedo el perfil de París que aparecía en un segundo plano. ¡Lo que daría por ver de nuevo el Sagrado Corazón o la torre Eiffel! A pesar de todo lo que las autoridades francesas me habían hecho, la nostalgia de mi país me calaba hasta el tuétano. Con dedos temblorosos, abrí la tapa y descubrí una dedicatoria escrita en una elegante caligrafía.

Para Annette.

Feliz cumpleaños, querida amiga. Con todo mi cariño,

*Sara*Fui pasando las amarillentas páginas hasta que me detuve en seco al encontrarme con un fragmento que había sido subrayado a lápiz. ¿Qué había escrito que, a juicio de Annette, fuese lo suficientemente importante como para marcarlo de esa manera? Sin perder un segundo, me aseguré de que no había guardias al acecho y me puse a leer.

> Hay momentos en que me siento tan insignificante y
> abrumada como una hormiga a punto de ser aplastada
> por los pesados pies de la ciudad. Pero es entonces cuan
> do me recuerdo a mí misma que prefiero que me aplasten
> luchando por lo que me apasiona que morir lenta y dolo-ro
> samente mientras me pudro de la decepción. ¿Y qué hay
> más decepcionante que no haber tenido nunca la valentía
> de responder a la llamada de un sueño?

Leyendo aquellas palabras –mis palabras–, sentí que me transportaba a otro tiempo y a otro lugar: al minúsculo ático que había alquilado al llegar a París. Y allí estaba yo, sentada ante aquella mesa desvencijada, a la lóbrega luz de la claraboya, con la espalda encorvada sobre una máquina de escribir de segunda mano que había encontrado en el rastro y respondiendo a la llamada de mi sueño de ser escritora. Por aquel entonces, ni siquiera sabía si mis *Aventuras de Aurélie* irían a ninguna parte. Las palabras que ponía en su boca eran mis propios pensamientos, mis propios sentimientos mientras me pasaba los días limpiando en los salones de baile de Pigalle a cambio de una miseria y las noches vaciando el corazón en aquellas páginas. Huir a París había supuesto un cambio abrumador, pero había ido

tirando sin dejar de soñar. Al escribir esas palabras, ni por asomo me imaginaba que acabarían llegando a tantos lectores y proporcionándome tanto éxito. Y era evidente que para Annette también habían significado mucho, viendo que las había subrayado.

Volví a mirar en la maleta. Su ropa no era de *boutiques* caras, pero sí tenía un punto extravagante, colorista y mostraba un sentido particular de lo que eran el estilo y la clase. Palpé por debajo y saqué un tubo de carmín dorado. La barra de labios era de un rosado oscuro y estaba muy gastada. Me imaginé la mano de Annette sosteniéndola como lo estaba haciendo yo y sentí una conexión profunda con aquella mujer a la que nunca conocería y que, muy probablemente, estaría ya muerta. A pesar de que nuestros hilos en el tapiz de la vida no se habían cruzado más que un instante, me había hecho un precioso regalo.

Asegurándome antes de que no hubiese guardias mirando, arranqué del libro la página subrayada y me la guardé en el bolsillo. Annette no solo me había recordado quién había sido yo, sino también que los libros que había escrito habían ayudado a la gente y que, quizá, un día podría volver a dedicarme a eso. Al bajar la vista hacia la maleta, prometí para mis adentros que si conseguía salir de Auschwitz y escribir sobre lo sucedido incluiría su historia.

Por fin, la nieve se derritió y el nivel de contagios fue bajando, al igual que las llegadas de convoyes al campo. ¿Qué significaba eso? Por la noche, en el catre, Danielle y yo sopesábamos las posibilidades. ¿Podíamos permitirnos el lujo de albergar alguna esperanza? Los domingos por la tarde –el único momento de descanso que teníamos–, la orquesta de mujeres empezó a dar conciertos en los barracones de desinfección. Y esos conciertos se hicieron tan populares que desbordaban de gente, apiñada al máximo para escuchar sus maravillosas melodías. Se me había olvidado lo mucho que me gustaba la música y las radios que tenía distribuidas por las habitaciones de mi piso para poder pasarme el día bailando y cantando. Pero pensar en mi vida en París era como leer un libro sobre un personaje de ficción: me costaba creer que hubiese gozado de tales libertades. De todas formas, cada vez que el dolor por lo perdido amenazaba con sepultarme, metía la mano en el bolsillo y palpaba la página de mi novela para recordarme lo importante que era no rendirse nunca.

En ocasiones, la orquesta tocaba una pieza que me traía un recuerdo

muy preciso –la música es muy dada a eso–, y me costaba reprimir las lágrimas. Otras veces, me servía para dejar volar la imaginación si la melodía no me sonaba. En mi cabeza, el violín ascendente evocaba una alondra; el tono cálido y envolvente del clarinete me recordaba por algún motivo a una copa de vino tinto. Un domingo, el solo de chelo me hizo pensar en la voz de Tomasz al entonar la *kol nidre*, y me resultó tan evocador que fue como si me llevase directa a aquel comedor. Podía verlo sentado allí, con el mantel a modo de chal. Me pregunté si seguiría vivo, si volvería a verlo. De nuevo, tuve que barrer las lágrimas que asomaban. Sí, aquellos conciertos dominicales eran algo agridulces.

Entonces, a principios de la primavera, se desató una actividad febril. A Danielle y a mí nos liberaron de nuestras obligaciones como Kommandos Kanada y nos mandaron a trabajar con el resto de las mujeres de nuestro barracón a un sector vacío de nuestro campo junto al campo de los hombres. Mientras trabajábamos duro construyendo nuevas carreteras, vimos unos gigantescos equipos de hombres que se encargaban de levantar un conjunto de barracones y de acondicionarlos con catres nuevos. Entre marzo y abril, se había creado una ampliación que adentraba las vías del tren en el campo de las mujeres; y, para finales de abril, se había plantado una densa cortina de árboles y arbustos alrededor de los crematorios, de manera que solo quedaban a la vista los tejados y el tiro de las chimeneas. Me recordaba un poco al cuento de *La bella durmiente*, cuando el hada lanza un hechizo que hace crecer un bosque de árboles y de zarzales en torno al castillo. Pero, a diferencia del cuento, en el que el bosque servía para proteger a la princesa durmiente, en Auschwitz tenía por cometido maquillar un lugar vinculado a la muerte, aunque, afortunadamente, en aquel momento ya solo se llevaba allí a personas fallecidas por causas naturales. Siempre me habían gustado los árboles, pero, al mirar a la masa de sauces llorones, robles y abedules que rodeaban el crematorio, me entraban escalofríos.

Entonces, una noche de principios de mayo, nos despertamos sobresaltadas por un chillido penetrante.

–¿Qué es eso? ¿Qué sucede? –gritó a mi lado Danielle.

Oí lo que me pareció el siseo de un chorro de vapor y, a continuación, una voz que vociferaba: «*Los! Aufgehen*!». Algunas mujeres, confusas, salieron de sus catres dando traspiés. En ese momento, se abrió la puerta de par en par y apareció la Blockalteste.

–¡Quedaos en vuestro sitio! –bramó–. Que no salga nadie. –Sonaba como un tren –le susurré a Danielle.

–Y yo que pensaba que habían extendido las vías hasta el campo de

las mujeres solo para mantener ocupadas a las prisioneras… –contestó.

Era la idea que todas nos habíamos formado en aquella extraña y silenciosa primavera. Se me tensó el cuerpo al pensar que quizá nos estaban acomodando en una falsa sensación de seguridad. ¿Y si los nuevos barracones y las nuevas vías del tren no se habían construido para tenernos ocupadas, sino para preparar el campo para recibir más cargamentos? ¿Y si en lugar de bajar el ritmo de sus operaciones los nazis lo estaban acelerando?

A la mañana siguiente, nos mandaron a trabajar a una dirección distinta y nos prohibieron que usásemos las letrinas de la zona norte del campo. Cualquier cosa con tal de mantenernos al margen de la estación de tren, o esa era la impresión que daba. Hacía un día engañosamente bonito, con el sol de mayo desplegando su cálido y mantecoso brillo; sin embargo, yo no conseguía entrar en calor. Estaban tramando algo siniestro, todas lo sabíamos, y, de camino al trabajo, el ánimo general estaba por los suelos.

Para variar, mientras nos afanábamos en la tarea, el aire fue llenándose de aquel horrible hedor con el que ya estábamos familiarizadas. Dos columnas de humo denso empezaron a salir de las chimeneas de los crematorios más cercanos. Esa noche, a la hora del recuento, las chimeneas escupieron llamas como si quisiesen incendiar el cielo, ahora que oscurecía. «¿Cómo podíamos haber sido tan estúpidas? ¿Cómo habíamos podido alimentar la perspectiva de que lo peor ya había pasado?», pensé para mí, tratando de no respirar aquel humo asqueroso. Al parecer, lo peor no había hecho más que comenzar.

Unos días más tarde, los guardias de las SS –visiblemente preocupados por el tamaño de los nuevos convoyes– se olvidaron de nosotros y nos vimos libres de deambular por donde quisiésemos, dentro, claro está, de los límites del cercado eléctrico. El domingo por la tarde, Danielle y yo fuimos andando hasta la nueva estación de tren, justo en el centro del campo de las mujeres, y vi algo de refilón que me dejó aterrorizada: gente, muchísima gente en hileras a lo largo de la carretera que habíamos ayudado a construir entre las llameantes chimeneas; y pilas de objetos personales abandonados en el andén de la estación. Ese día, juré allí mismo que si me pedían que volviese a trabajar en Kanada, me negaría. Bastante duro era ya hurgar en las pertenencias de personas a las que no había visto nunca. Ahora, habiendo visto a mujeres con vestidos elegantes, a hombres de traje y a niños mirando llenos de curiosidad abrazados a sus muñecos, habiendo oído llorar a bebés, me resultaría imposible. No tardamos en descubrir que los trenes llenos de gente que llegaban al campo noche

tras noche venían de Hungría. Y traían tantas cosas con ellos que hasta nosotros, los prisioneros, nos beneficiamos del botín. En nuestra ración diaria de sopa, empezaron a aparecer trozos de carne de cerdo salada –la primera vez que di con una fue como si me encontrase con una joya–; también introdujeron porciones de queso húngaro y de salchicha en la cena. Me gustaría decir que rechacé por principios la comida robada, pero, por desgracia, tenía tanta hambre que no le hacía ascos a nada.

Por supuesto, se apresuraron a reclutar más Kommandos Kanada para intentar gestionar el procesado de tal cantidad de objetos personales. No tuve que preocuparme por rechazar el puesto: había voluntarias de sobra. Sin embargo, a Danielle se le planteó un dilema moral.

–Echo de menos ver a Pierre –me dijo un día al parar para comer–. ¿No te gustaría trabajar allí si eso implicase ver a Tomasz?

Lo sopesé durante un momento antes de admitir que, probablemente, sí. Además, lo que más me importaba a mí era la felicidad de Danielle.

–Creo que deberías hacerlo –dije.

–¿Vendrás conmigo? –preguntó, ansiosa.

Negué con la cabeza. Así que, por primera vez desde que habíamos llegado al campo, Danielle y yo nos separamos…, durante el día. Al principio, me parecía algo positivo: se me alegraba el corazón al verla venir para el recuento. Sus ojos eran tan expresivos que podía adivinar casi al momento si ese día había visto a Pierre aunque fuese de lejos, pues le brillaban de la emoción. La mayoría de los días, miraba al suelo.

–¿Qué están haciendo con los niños? –me susurró una noche–. Encuentro muchos juguetes, y, hoy, en la almohada de un cochecito quedaba todavía el hueco de la cabeza del bebé. La apreté contra mí cuando se echó a llorar.

–No debes pensar en eso. Piensa en otras cosas. En Pierre. ¿No quieres que te cuente una historia?

Para mi disgusto, negó con la cabeza.

–Solo quiero dormir.

Aquella noche, me quedé despierta maldiciendo mi decisión de dejarla ir a trabajar allí sola. Quizá, podía ir a la mañana siguiente y ofrecer mis servicios. La felicidad de Danielle era mucho más importante que mis estúpidos principios.

A lo lejos, oí el silbido de un tren y los primeros compases de lo que la orquesta de mujeres estaba empezando a tocar. Ahora, las obligaban a tocar cada noche, suponía que para ahogar el llanto de los

recién llegados. Y yo me preguntaba cómo eran capaces de hacerlo, cómo podían tocar aquellos ritmos alegres sabiendo que servían de banda sonora a una marcha hacia la muerte. Supongo que, al igual que los demás, habían aprendido a dejar al margen el horror para seguir viviendo.

A la mañana siguiente, pregunté, y la Blockalteste me dijo sin ambages que no se requerían mis servicios en Kanada y que tenía que quedarme en la cuadrilla destinada a cavar zanjas. Me pasé el día pensando en Danielle mientras cavaba, preocupada por el estado de ánimo en el que se hallaría a la vuelta. Pero me encantó encontrármela con los ojos haciendo chiribitas de la alegría.

–Ay, Etty, no adivinas lo que ha pasado –siseó mientras hacíamos cola para nuestra ración vespertina.

–Bueno, me atrevo a decir que sí –contesté–. ¿Empieza por *P*? –¡Sí! –exclamó–. Lo he visto hoy, y me ha dicho que no hace más que pensar en mí y…

–¿Eso no es todo? –pregunté, sintiéndome aliviada.

–¡No! Dijo que cuando salgamos de aquí tenemos que vernos.

–¿Cómo? –pregunté por curiosidad.

–Hemos acordado encontrarnos en la torre Eiffel el primer domingo de cada mes en cuanto regresemos a París. De esa manera, si uno de nosotros vuelve antes, puede seguir intentándolo hasta que el otro acuda. ¿No te parece la cosa más romántica del mundo?

–La verdad es que sí.

Y, al decirlo, deseé con toda el alma que su sueño se hiciese realidad. Estaba inmensamente agradecida por la inyección de moral que aquello suponía para Danielle. Con suerte, el plan le daría fuerzas para seguir adelante a pesar de lo que estaba sucediendo.

Y entonces, un feliz día de junio, Danielle me trajo una noticia con la que ni me había atrevido a soñar.

–Ha ocurrido algo realmente increíble –me susurró durante el recuento vespertino.

Lo primero que pensé fue que había conseguido volver a ver a Pierre y él le había pedido la mano. Pero me fijé en que, entre nuestras filas de cinco, se estaban produciendo otras muestras de emoción mal disimuladas.

–Ni te imaginas lo que Pierre me ha contado –susurró.

–¿Te ha declarado su amor eterno?

–¡No! –Sofocó una risita y, en cuanto la Kapo más cercana nos dio la espalda, se inclinó hacia mí–. Los Aliados han desembarcado en Francia.

Estaba tan contenta de escuchar aquellas palabras que casi me fallan

las piernas del alivio. ¿Sería cierto?

–¿Y él cómo lo sabe? –siseé.

–Se lo oyó a alguien que trabaja en el hospital alemán. Lo oyeron en la radio. ¿No es la mejor noticia del mundo?

–¡Claro que sí!

Levanté la vista al cielo, más allá del humo nauseabundo que salía de las chimeneas, y mis ojos se posaron en una estrella. Recé con todo mi ser por que los Aliados saliesen victoriosos y expulsasen a los ocupantes de Francia y liberasen nuestro país y Danielle y Pierre pudiesen reunirse bajo la torre Eiffel.

Capítulo 32

Auschwitz
Agosto de 1944

—Hace mucho, mucho tiempo, hubo un ejército llamado Odio formado por cabezas de caballo y gente tan venenosa que hacía que se cortase el aire y los pájaros estuviesen en duelo –empecé. Era una cálida noche de agosto, y todas las mujeres francesas de los catres que había a nuestro alrededor escuchaban con avidez–. Ese ejército estaba liderado por el odioso Monsieur Moustache… –Varias de las mujeres soltaron una risita, un sonido tan poco frecuente que resultaba más dulce si cabe que una sinfonía de la orquesta de mujeres–. Monsieur Moustache estaba convencido de que conseguiría apoderarse del mundo entero. Y pensaba que podía matar a quien se interpusiese en su camino. Pero había subestimado la resistencia y el coraje de las fuerzas enemigas: aquellas que formaban el ejército llamado Esperanza…

Por primera vez desde mi llegada a Auschwitz, había decidido contar historias que partiesen de la realidad y no de la fantasía. Día sí y día también, por el campo corrían rumores sobre los avances de los Aliados tanto en el este como en el oeste. Y no había duda de que debían de ser ciertos, pues podíamos oír el lejano traqueteo de las armas y el ruido sordo, lento y repetitivo de las detonaciones causadas por los rusos, que avanzaban sobre Polonia. Lo mejor: aviones aliados habían empezado a sobrevolar el campo en ruta hacia sus objetivos de bombardeo, desencadenando el bramido de las sirenas y la alegría de ver a nuestros captores alemanes abriéndose paso como podían para refugiarse en las zanjas que estábamos cavando. Obviamente, los prisioneros no estábamos autorizados a ponernos a cubierto, aunque no creo que a ninguno nos importase. Lo más cerca que estuvimos de las bombas aliadas fue cuando atacaron una fábrica alemana en los alrededores del campo; nos entusiasmó aquel cambio de bando de la suerte. Por fin, nos atrevíamos a imaginar que no se habían olvidado

de nosotros; y eso nos volvió a infundir a todos ganas de vivir. A todos, menos a aquellos que habían enloquecido de desesperación.

Tratando de usar como base esa esperanza que iba creciendo, me había propuesto contarles por las noches a mis compañeras de barracón historias que girasen en torno al tema de la victoria y que estuviesen protagonizadas por guardias del campo a los que no me esforzaba ni mucho ni poco en disfrazar y que sufrían muertes atroces. No estoy segura de que a Solly le hubiese gustado aquello, pero a esas alturas me costaba controlar las ganas de venganza, aunque solo fuese en la ficción.

Al llegar al final de mi última historia –en la que la protagonista, inspirada en Dreschel, se caía en una cuba de aquella sopa de pega que nos daban e Irma Grese, conocida en mis cuentos como Corazón de Hielo, se atragantaba con una manzana–, las mujeres se pusieron a relatar las unas a las otras cómo imaginaban nuestra salida del campo.

–A mí me rescatará un soldado ruso alto –declaró una mujer llamada Colette–. Se llamará Vlad y tendrá el cuerpo de un adonis y el corazón de un león.

A Danielle, que estaba justo a mi lado, le entró la risa floja. Era evidente que Colette se había tomado en serio el juego de dar alas a la imaginación.

–¡Bah! Yo pienso salvarme solita –proclamó una mujer de cara equina llamada Suzanne–. Aunque antes pienso darles a esos alemanes de su propia medicina. Atragantarse con una manzana sería lo mínimo que les sucedería si de mí dependiese.

Mientras la conversación iba derivando hacia sueños de venganza, Danielle se acurrucaba contra mí.

–Pues yo creo que Pierre y Tomasz vendrán a buscarnos y que nos iremos juntos del campo –dijo en voz baja.

–Eso sería estupendo –dije, pero en el fondo no podía evitar sentirme inquieta.

Los alemanes habían dado sobradas muestras de lo crueles y despiadados que podían llegar a ser, así que no se dejarían derrotar ni nos liberarían sin presentar batalla.

Como era de esperar, no tardó mucho en producirse un cambio de sentido en los convoyes que llegaban al campo; nuestros captores empezaron a usar dichos transportes para trasladar mujeres de Auschwitz a Alemania. Cada día, seleccionaban una nueva tanda, las metían en los baños, donde les daban unos vestidos grises, y les volvían a confiscar hasta la más ínfima cosa que hubiesen conseguido durante el tiempo que habían pasado allí.

–Tenemos que evitar que nos envíen a Alemania –me dijo Danielle

una noche después de que desapareciese la mitad de nuestras compañeras de barracón–. No ahora que estamos tan cerca de vernos libres. –Me cogió las manos–. ¿Y si eligen a una y a otra no? Ay, Etty, ¡creo que me moriría de la pena si nos pasase eso!

–Si te escogen, pediré que me manden contigo –contesté–. Si hace falta, me meteré de polizón en el tren.

–Y yo haré lo mismo –dijo Danielle con voz entrecortada. –¡No! –contesté tajante–. Tú tienes que quedarte aquí. Y punto. –Pero…

–¿Qué?

–No me imagino sin ti.

–Ni yo tampoco –contesté, estrujándole sus manitas.

Se quedó un momento en silencio. Tanto que pensé que se había dormido.

–¿Etty? –susurró.

–Dime.

–¿Puedo preguntarte algo?

–Claro, lo que quieras.

–Cuando esto termine, cuando salgamos de aquí… ¿Podemos… podemos formar una familia las dos?

–Ay, Danielle, pues claro. Será un placer ser tu familia. Siempre he querido tener la típica hermana pequeña insoportable –añadí tratando de animar el ambiente.

Me dio un codazo en las costillas.

–¡No soy insoportable!

–No. Solo cuando me interrumpes las historias con tus miles de preguntas.

Se echó a reír.

–Lo que me convierte en tu hermana pequeña, la curiosa. –Sí, por decirlo de alguna manera.

Al oírla decir aquello se me llenó el corazón de gozo.

Nos quedamos otro instante en silencio hasta que…

–¿Etty?

–¿Sí?

–Bueno… Creo que tú y yo también estábamos destinadas a encontrarnos dentro del tapiz de la vida.

Su voz sonaba cansada, le costaba articular.

–Yo no es que lo crea, es que lo sé –dije abrazándola contra mí.

Cuando su respiración se hizo más lenta, me acordé del día en que nos habíamos conocido y me asombré de que hubiésemos llegado a forjar un vínculo tan fuerte como la sangre a pesar de todas las pérdidas, el miedo y el dolor que habíamos pasado. Qué fortuna la nuestra.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Durante mucho tiempo, me había preguntado cómo habrían sido las cosas si mi madre hubiese vivido y me hubiese dado su cariño. Poco podía imaginarme que un día conocería un amor tan feroz y poderoso como el de una leona por su camada, y que sería yo quien lo dispensaría en lugar de recibirlo. Y no había nada mejor que eso.

Al día siguiente, llegó al campo un nuevo convoy procedente de Italia. A buena parte de aquellas mujeres las mandaron a nuestro barracón, incluida una llamada Lucia, que acabó compartiendo catre con Danielle y conmigo. Aquella primera noche, lloró sin descanso. Hablaba algo de francés, así que pudo contarnos que le habían arrebatado a sus dos hijas en la estación y que las habían enviado a una parte distinta del campo junto con otros niños. Sus palabras me helaron la sangre del terror que me produjeron.

–Estoy convencida de que volverá a verlas pronto –le dije, pero en mi cabeza no había más que un pensamiento recurrente: ¿iban esas criaturas italianas camino de la muerte? –No dejo de pensar en los niños –me susurró Danielle al oído cuando nos acomodamos para dormir–. ¿Y si sus madres no los recuperan nunca?

Entendí que aquello debía de traerle dolorosos recuerdos de su propia separación de Marguerite. Le busqué la mano bajo la manta.

–Lo harán. No debemos perder la esperanza –susurré.

Justo entonces, las sirenas antiaéreas empezaron a aullar. *–Licht aus! Licht aus*!

Entró el mando con la orden de apagar las luces en la alambrada. Y ahí empezó el ra-ta-ta-tá de la respuesta antiaérea alemana, y el golpeteo de los fragmentos de proyectiles se dejó sentir sobre el tejado en forma de aquella dulcísima lluvia para nuestros oídos.

–¿Ves? No van a tardar mucho en liberarnos –susurré, y noté que Danielle asentía.

Afortunadamente, nos enteramos de que no habían matado a los niños italianos. Se los habían llevado a otra zona del campo, lo que no era menos cruel, pues sus madres no tenían permiso para verlos. El primer domingo por la tarde después de su llegada, Lucia nos pidió a Danielle y a mí que la acompañásemos y le ayudásemos a ver a sus hijas.

–Estoy segura de que algo podré hacer para que me lo permitan –dijo mirándome llena de esperanza.

Como no quería arruinarle sus expectativas, me limité a asentir; Danielle era todavía más optimista.

–Juntas, conseguiremos convencer a los guardias –dijo con

determinación.

Y allá que nos fuimos las tres rumbo a la zona vallada en la que habían ubicado a los niños.

–Ay, qué pequeñitos parecen –murmuró Danielle cuando vimos a los niños deambulando alrededor de sus barracones, apáticos y aturdidos.

¿Cómo podían tenerlos allí sin sus padres? ¿Qué pretendían conseguir con eso? Todos parecían tan apagados, ninguno estaba jugando…

–*Bambine*! –gritó Lucia corriendo hacia la valla.

Dos niñas que iban caminando de la mano se quedaron paradas y levantaron la vista. Un segundo después, echaron a correr hacia la valla llorando por su madre.

–¡Angelina! ¡Isabella! –jadeó Lucia.

Dejé escapar un suspiro de alivio. Por lo menos, seguían vivas. La más pequeña de las niñas, que tendría unos tres años, levantó las manos hacia Lucia esperando que ella pudiese pasar por encima de la valla para auparla. La hija mayor, de unos siete años, se cruzó de brazos y no abrió la boca. Había algo en su pose hermética y poco sociable que me recordaba a mí con su misma edad. Y eso me encogió más el corazón que las lágrimas de la hermana menor.

Lucia se giró hacia mí y me soltó un torrente de palabras en italiano. Era evidente que me estaba pidiendo ayuda, pero ¿qué podía hacer yo?

Flotando en el aire caliente, llegó hasta nosotras el sonido del concierto semanal de las mujeres, una melodía salerosa que chocaba con la dolorosa situación de Lucia.

–Tenemos que hacer algo. Hay que ayudarla –dijo Danielle–. Vamos a pedirles a los guardias que la dejen entrar.

–Vale. –Cogí a Lucia de la mano–. Venga conmigo.

Nos acercamos hasta la verja con las niñas siguiéndonos al otro lado de la valla mientras Lucia les iba dando ánimos. Pero al llegar a la verja se me cayó el alma a los pies. No daba la impresión de que aquel guardia de las SS, ceñudo y con cara de pocos amigos, albergase en su interior ni una pizca de compasión. Apestaba a alcohol.

–Por favor, ¿puede esta madre ver a sus hijas? –le dije en mi rudimentario alemán.

Me miró y sonrió con suficiencia. Luego, fijó sus ojos porcinos inyectados en sangre en Lucia, que se había puesto a rogarle en italiano.

–*Nein*! –gritó sacándose la porra del cinturón–. *Nein*!

Pero eso no hizo callar a Lucia, que –craso error– lo agarró por las solapas de la chaqueta antes de ponerse de rodillas ante él llorando y

suplicando. A modo de banda sonora discordante, la orquesta entonó un alegre *crescendo*; fue como si me reventasen los tímpanos.

–¡No! –grité cuando el guardia levantó la porra y se la estampó en la cabeza.

Al desplomarse en el suelo, su hija menor empezó a gritar. –Ay, no, no, no… –murmuró Danielle.

Por fortuna, Lucia recuperó la consciencia, aunque se la veía desorientada.

–¡Volved a vuestros barracones! –chilló el guardia.

La salerosa melodía dejó de sonar por fin y arrancó un gran aplauso.

Completamente ajena a lo que acababa de suceder, apareció una guardia que venía de los barracones infantiles y abrió la verja. Rápida como un rayo, la hija pequeña de Lucia se coló a su lado y se colgó de su madre.

–¡Ay, Angelina, *bambina*! –exclamó Lucia.

El guardia se inflamó tanto que se le puso la cara del color de la berenjena y su voz subió un par de tonos mientras nos soltaba un torrente de insultos.

Sin hacerle caso, Lucia mecía a su hija. Al otro lado de la valla, su hija mayor se echó a llorar.

–¡A tu sitio! ¡A tu sitio! –gritó el guardia, sacando la pistola del cinturón.

–¡No! –supliqué y di un paso hacia él, pero Danielle se me puso delante y me bloqueó.

La orquesta empezó a tocar otra pieza ligera. El guardia amartilló su fusil.

–¡No! –grité de nuevo, pero mis movimientos parecían ir a un ritmo más lento que lo que tenía a mi alrededor.

Se oyó un disparo, seguido de un grito. Vi que al guardia se le desencajaba la mandíbula de la impresión. ¿Cómo podía haberle disparado a la niña? ¿Tan poca humanidad tenía? Oí cómo Lucia se echaba a llorar. Luego, oí también el llanto del bebé. ¡El llanto del bebé! ¿Era posible que se hubiese obrado un milagro y aún estuviese viva? Pero, entonces, la vista se me fue a Danielle. Estaba en el suelo. ¿Qué hacía en el suelo? Se agarraba el estómago, con una mancha carmesí brotándole en el vestido liviano que llevaba puesto. Por fin, el tiempo recuperó su ritmo ordinario y mi cerebro estableció las conexiones oportunas en la cadena de acontecimientos. Le había disparado. Había disparado a Danielle. Debía de haberse interpuesto en la línea de fuego para proteger al bebé. –¡Danielle! –grité ignorando los gritos del guardia y cayendo de rodillas a su lado–. Danielle.

Tenía los ojos cerrados.

–Por favor, Danielle. –Se me llenaron los ojos de lágrimas. Me las limpié con rabia–. Por favor. ¿Puedes oírme?

Le temblaron los párpados y abrió los ojos.

–¿Etty?

–Sí, sí. Ya está. Vamos a ayudarte. –Miré por encima del hombro hacia la multitud de mujeres que se había ido reuniendo–. ¡Pidan ayuda! ¡Ayuda! –Volví a mirar a Danielle. Tenía la cara blanca como la nieve y la mancha del vestido era cada vez más grande.

–Etty –jadeó–, ¿he salvado al bebé?

–Sí, cariño. Y ahora vamos a salvarte a ti. –Levanté la vista hacia el guardia–. Por favor, avise a un médico. ¡Se lo ruego! Miró al guardia; él sacudió la cabeza y volvió a su puesto en la verja. Me entraron ganas de estrangularlo, pero no podía dejar sola a Danielle.

–Etty, tengo muchísimo frío –susurró Danielle.

–No te preocupes, yo te daré calor. –La abracé contra mí como había hecho tantas veces antes desde que nos habían llevado a aquel lugar infernal. Noté algo húmedo en las manos, y me di cuenta, aterrorizada, de que era la sangre que se filtraba a través de su vestido–. Yo te daré calor.

El inquietante sonido de un oboe atravesó el aire. En lo alto del cielo, graznó un cuervo.

–Etty, tengo miedo –susurró.

–No pasa nada, estoy aquí contigo. Siempre estaré contigo. –La agarré aún más fuerte–. Siempre estaré contigo. –Miré por encima del hombro–. ¡Por favor, que alguien haga algo! Su respiración se volvió superficial.

–¿Me estoy muriendo?

–¡No! –dije, incapaz de contener las lágrimas.

Y, entonces, desaparecieron todos los sonidos.

–¿He salvado al bebé?

Levantó la vista, esperanzada.

–Sí, lo has salvado.

Suspiró y se le dibujó una sonrisa casi imperceptible. Sus párpados temblaron y se cerraron.

–Mi historia ha tenido un buen final.

–El mejor.

Y sollocé al notar que la vida abandonaba su cuerpo.

Capítulo 33

Auschwitz
Agosto de 1944

Manos. Sentí unas manos que me tocaban. Algunas me acariciaban. Otras tiraban de mí con suavidad.

–Tiene que soltarla –dijo alguien.

Pero si la soltaba significaría que todo había terminado. Danielle estaría realmente muerta y aquellos monstruos la dejarían fuera de los barracones durante toda la noche y, al día siguiente, la arrojarían a una carreta con otros muertos. No. Eso no iba a pasar. No pensaba permitirlo. Fui recuperándome de la impresión, y me quedé mirando su linda carita con forma de corazón. Me había dicho que yo era «su familia». Nos lo habíamos prometido. Y, como familia suya, me encargaría de su descanso eterno. Si me mataban, por lo menos estaríamos juntas de nuevo y me reuniría con Solly, Macarrón y Marguerite. A mí ya no me quedaba nada. Nada. –La llevaré yo. –Mi voz sonaba tan poco natural, tan dura y estridente… Lentamente, fui poniéndome de rodillas–. La llevaré yo –repetí más alto.

Las manos que me rodeaban se retiraron. Pasé los brazos por debajo del frágil cuerpo de Danielle y la levanté despacio. Era ligera como una pluma. Al ponerme en pie, vi que se había congregado todavía más gente. Las mujeres que asistían al concierto en los baños debían de haber oído el disparo. La Kapo que vigilaba por las noches nuestro barracón corrió hacia mí.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó, estupefacta–. ¿Qué ha pasado?

«¿Qué ha pasado?». Aquellas tres palabras, aquella simple frase desató en mí el impulso histérico de echarme a reír. ¿Qué ha pasado para que un hombre quiera matar a una niña inocente? ¿Qué ha pasado para que la gente haya creado este Valle de la Muerte en la nada más absoluta? En el fin del mundo. En el fin de la humanidad.

–Ese desgraciado la ha matado –gritó alguien en francés. El guardia le dijo algo a la vigilante nocturna en alemán. –Me la llevo al

crematorio –dije, sintiendo que una extraña calma se apoderaba de mí.

En aquel momento, lo único que me importaba era darle a Danielle la dignidad que merecía en la muerte.

El guardia se puso a protestar.

–Ya la ha matado –lo interrumpí–, y, si quiere, puede matarme a mí también en cuanto haya terminado. Pero no se atreva a impedirme que haga esto.

A mis espaldas, alguien empezó a aplaudir tímidamente. Se le unió alguien más, y más y más. Y, entonces, aullaron las sirenas antiaéreas; y a mí me pareció que no podían encajar mejor, como si Dios así lo hubiese dispuesto.

Los guardias cruzaron una mirada y –cobardes como eranse apresuraron a ponerse a cubierto. La vigilante nocturna me miró a los ojos e hizo un gesto casi imperceptible de asentimiento antes de darse la vuelta y marcharse.

Miré a Danielle, mi curiosa hermana pequeña, a la que tanto le gustaba interrumpirme con sus interminables preguntas. Quería gritarle: «No era mi intención decir que eras un incordio. En realidad, intentaba decirte que te quería».

–Te quiero –jadeé, y mis lágrimas cayeron sobre su cara

Parecía tan tranquila, a pesar del manchurrón carmesí en su vestido. Parecía tan joven y tan libre de preocupaciones. Eché a andar en dirección al crematorio siguiendo la carretera que había ayudado a construir: la carretera de la muerte. A lo lejos, oí el suave zumbido de los aviones y, por el rabillo del ojo, vi unas siluetas que se unían a mí a un lado y a otro de la carretera. Siluetas andrajosas que vestían ropa sucia. Sin embargo, al mirarlas a la cara, vi únicamente el amor que me ofrecían. Entonces, oí que alguien se ponía a cantar bajito *La marsellesa*. Y, luego, otro y otro y otro… Y las lágrimas me brotaron en tromba y se me nubló la vista. En cierto sentido, la carretera hacia la muerte se estaba transformando en una avenida del cariño. La canción fue ganando intensidad hasta casi eclipsar las sirenas. El zumbido en el aire se convirtió en un rugido.

Cuando llegué a la cortina de árboles que rodeaba el crematorio con la Bella Durmiente en mis brazos, nos sobrevoló un escuadrón de aviones aliados dejando a su paso un rastro blanco en el cielo azul y resplandeciente. Me pregunté si podían verme. ¿Sabían lo que estaba pasando aquí abajo? Si lo supiesen, no me cabe duda de que bombardearían aquel lugar.

El traqueteo de las defensas antiaéreas se desató mientras yo seguía la senda que tantos otros habían emprendido hacia la muerte.

Consciente de que no me quedaba demasiado tiempo, bajé el ritmo y me quedé mirando a Danielle. Había tantas cosas que quería decirle, tantas conversaciones pendientes que ya no podríamos tener… Así que le dije lo único que al final importa.

–Te quiero.

–¿Qué está haciendo?

Se oyó una voz masculina, y levanté la vista para descubrir a un Sonderkommando, un prisionero judío al que habían puesto a trabajar en el crematorio. Vino a mi encuentro a toda prisa y vio la mancha de sangre en el vestido de Danielle. –¿Qué le ha pasado?

–¿A usted qué le parece? Mire, se lo ruego, ¿podemos darle un final digno?

El hombre echó un vistazo por encima del hombro. Gracias a las sirenas antiaéreas, no había ningún guardia a la vista. –Sí, déjemela a mí.

Sostuve a Danielle un instante antes de entregársela. Luego, le acaricié el rostro, ya frío, y le di un beso en la frente por última vez.

–Lo siento –dijo él.

–Era una persona maravillosa –contesté, y fue la elegía que pude dedicarle.

¿Cómo iba a encontrar palabras lo suficientemente potentes y hermosas para expresar lo que Danielle había llegado a significar para mí?

–¿Era su hermana? –preguntó.

–Sí, era mi hermana.

Me giré y eché a andar con el dolor atravesando cada partícula de mi ser.

Al alejarme, oí que el hombre empezaba a pronunciar el *kadish* en un tono tan tierno que me entraron ganas de echarme a llorar.

Otro escuadrón de aviones pasó sobre mi cabeza, lo que me puso aún más triste. Danielle y yo habíamos sobrevivido a tantas cosas, y con lo cerca que debíamos de estar de la liberación… ¿Por qué demonios se había ido sin verlo? ¿Por qué había tenido que matarla aquel monstruo?

Cuando volví a la carretera, las mujeres aún estaban allí esperándome en silencio. Al encaminarme a los barracones, me siguieron formando una procesión silenciosa. A nuestro alrededor, llovieron trozos de proyectiles antiaéreos, pero ninguna gritó ni corrió buscando refugio. No sé cómo, conseguí atinar con nuestro bloque, pero, al llegar a nuestro catre, me derrumbé. Danielle y yo habíamos logrado hacer de él un nido protector. Ahora, parecía tan frío y claustrofóbico como un ataúd.

Me tumbé, y apareció Lucia, de pie frente al catre, con la cabeza a la altura de la mía. Se puso a hablar en italiano, muy emocionada. Luego, hizo una pausa y dijo en su francés rudimentario: «Nunca olvidaré su amiga salvó mi hija».

Asentí, totalmente incapaz de hablar de la rabia que sentía en mi interior. Una rabia que, como no podía volcarla en los verdaderos culpables, focalizaba en ella. «¿Por qué tuvo que pedirnos ayuda? –quise chillarle–. ¿Por qué no podía ir sola hasta el campo de los niños?». Y era tremendamente injusto, pero me superaba el sentimiento de pérdida que se había apoderado de mí. Me giré de espaldas a ella y cerré los ojos, como si tratase de desconectarme del mundo entero. Un mundo que, sin mi querida Danielle, ya no significaba nada para mí. Mi querida Danielle Courageux. Mi querida Danielle Très Belle.

Capítulo 34

Auschwitz *1944*

Hace mucho, mucho tiempo, el mundo se convirtió en un lugar tan horrible que dejó de haber historias. Y todas las letras de todos los alfabetos se negaron a juntarse para formar las palabras necesarias para hablar de dichos horrores, y los narradores se quedaron sin oficio…

Capítulo 35

Auschwitz
Yom Kipur, septiembre de 1944

—Hace mucho, mucho tiempo, hubo dos chicas francesas que eran inseparables…

Cuando Colette, mi compañera de catre, se puso a hablar, me sacudió de mi sopor depresivo. Hacía días que habían matado a Danielle, días que se me habían pasado en una bruma de duelo e indiferencia, siguiendo a rastras y sin intención con la rutina: del recuento al trabajo y del trabajo al recuento. Apenas había hablado con nadie en ese tiempo, menos aún había contado alguna de mis historias; ahora que parecía que mi compañera de catre había tomado el relevo, sus palabras iban calando en mi conciencia, aunque lo único que anhelaba con todas mis fuerzas era olvidar.

–Y esas dos mujeres eran la mejor muestra de amistad femenina –prosiguió Colette–. De hecho, no había en el mundo un ejemplo mejor que el que daban ellas.

Oí que en el catre de abajo alguien murmuraba en señal de asentimiento.

–Por muchas adversidades que se les presentasen, el cariño que se tenían no flaqueó en ningún momento. Muy al contrario, no hizo más que crecer y volverse más bonito, como un diamante formado a una temperatura altísima.

Seguí con los ojos cerrados, llenos de lágrimas.

–La mayor de las amigas era una mujer muy especial, amable y preocupada, además de una maravillosa contadora de historias –continuó–. Cada vez que su joven amiga se sentía triste o tenía miedo, hacía todo lo posible por ayudarla con uno de sus relatos. Puede que ella no fuese consciente de que había otras personas escuchándola también. Aunque no por entrometerse –añadió rápidamente–, sino porque era inevitable, dada la manera en que se habían organizado para dormir.

–Como sardinas en una lata –apuntó alguien desde los catres de al lado y provocó risas amargas.

–Así que, cada noche, la mujer mayor, queriendo ayudar a su joven amiga, también estaba echando una mano sin pretenderlo a otras muchas.

Me quedé de piedra. ¿Estaba diciendo lo que creía que estaba diciendo? Por supuesto, yo sabía que las mujeres habían escuchado las historias que había contado para todo el barracón, pero ¿significaba eso que estaban al tanto de las historias que le contaba a Danielle a solas? ¿Y también les habían servido de ayuda?

–Noche tras noche, la joven inventaba historias para su amiga a fin de hacer que confiara en el amor, en la fantasía y en el poder de su imaginación. Y, noche tras noche, las mujeres que las rodeaban se veían transportadas al universo de aquellas tramas y aplicaban en sus propias vidas las lecciones que de ellas sacaban. Era como si tuviese poderes mágicos y pudiese llegar a lo más hondo de los corazones y de las mentes de aquellas mujeres para mostrarles la fuerza que ellas no creían que tuviesen.

–¡Exacto! –exclamó alguien dándole la razón, y noté que se me irritaban los ojos de las lágrimas.

–Hasta que tuvo lugar una desgracia –continuó Colette–. La amiga más joven fue brutalmente asesinada, y la narradora se quedó tan paralizada por el dolor del duelo que ya no era capaz de pronunciar palabra. Ay, cuánto sentían su pena las mujeres que habían estado escuchando sus historias y cuánto anhelaban poder hacer algo para ayudarla, al igual que ella las había ayudado a ellas.

–Sí, sí –dijo alguien, y las lágrimas me desbordaron los párpados cerrados y corrieron por mis mejillas.

–Pasado un tiempo, se dieron cuenta de que el mejor regalo que podían hacerle era demostrarle lo útil que les había sido. Y cuánto seguían queriéndola. Y cuánto la necesitaban. –A Colette se le quebró la voz–. La queremos mucho, Etty.

–¡Sí!

–Sí, la queremos mucho.

Abrí los ojos, con la cara empapada de lágrimas y sin saber a ciencia cierta si estaba despierta o si se trataba de un sueño. Pero allí estaban todas mis compañeras de barracón, mirándome. Muchas de ellas también lloraban.

–Por favor, no se rinda –dijo Colette.

–La necesitamos –añadió Suzanne.

Y aquella palabra, «necesitamos», resonó muy dentro de mí. Las miré –no me quitaban ojo de encima–, y, por fin, logré hablar.

–Gracias.

Capítulo 36

Auschwitz
Invierno de 1944

A medida que el verano languidecía dando paso al otoño y el otoño se desdibujaba dando paso al invierno, nuestra vida empezó a girar en torno a los partes radiofónicos que informaban de las victorias aliadas y de las derrotas alemanas. La liberación de París y el levantamiento del gueto de Varsovia supusieron una alegría tremenda. Llegaron cargamentos de polacos, que luego volvieron a cargar rumbo a Alemania en un movimiento similar al de la fría bruma de octubre que iba y venía por el campo. La sirena que alertaba sobre los intentos de fuga aullaba con más frecuencia que la que anunciaba los bombardeos. Cada vez que la oía, rezaba por que aquel espíritu valiente consiguiese ponerse a salvo. No me imaginaba ya lo que significaba tener tantas ganas de sobrevivir como para arriesgarse a recibir un disparo o a que le echasen encima a los perros. La noche en que mis compañeras de barracón me dijeron que me necesitaban impidió que acabase dejándome ir. Desde entonces, notaba en la boca del estómago la fría y dura bola de la resolución que había tomado y me mantenía viva: si conseguía salir con vida de Auschwitz, le contaría al mundo los horrores que habían tenido lugar allí y cómo el amor se había impuesto a pesar de todo. Iluminaría el mundo con las velas de Solly, Marguerite, Macarrón y Danielle. Pero, más allá de eso, ya no albergaba ninguna ilusión de futuro. No me importaba lo que me pasase. Carecía de planes o deseos.

Un día a principios de diciembre nos pusieron en fila de nuevo; y, a mí, me empujaron con un bastón y me dijeron que me colocase en una hilera que suponía que iba destinada al crematorio. «Así que esto es todo –pensé para mí–, por fin ha llegado mi hora». Sinceramente, he de decir que no sentí pánico. Pero resultó que la vida me tenía deparada una broma más: mi fila tenía por destino el tren. Y volvieron a meterme en un vagón de ganado.

–¿Adónde nos mandan?

–Supongo que a Alemania, a fabricar munición.

En el ambiente, todo era cháchara cargada de especulaciones. Solo podía pensar en la última vez que me habían conducido hasta un transporte de animales, en mis compañeros mosqueteros: Solly,

Marguerite y Danielle. ¿Por qué me habían dejado viva solo a mí? ¿Por qué no podían estar ellos conmigo? Me sentía perdida sin su compañía.

Después de un par de días, el tren se detuvo y nos mandaron bajar. Estábamos en medio de ninguna parte, y aquel viento gélido se nos colaba entre la ropa y se nos metía hasta el tuétano. Al inspirar profundo, me dio la impresión de que olía a mar. Afortunadamente, ya no me llegaba el hedor a muerto que nos había perseguido en el campo.

Nos mandaron que camináseмos en formación durante kilómetros a través de un bosque que daba a otro campo: Bergen-Belsen. Al menos, allí no había pestilencia alguna ni una macabra chimenea de cuento asomando por encima de la cortina de árboles. Nos agruparon por nacionalidades y nos ubicaron en tiendas de campaña. Era reconfortante estar en nuestra Francia en miniatura, una muestra de cómo sería si pudiésemos volver a la recién nacida Francia libre. Sin embargo, cada vez que sentía crecer en mí la más mínima esperanza, me embargaba un sentimiento de culpabilidad que la mitigaba. Culpabilidad porque mis compañeros mosqueteros no tendrían nunca la oportunidad de experimentar dicha libertad. Y, de nuevo, me hundía en la melancolía y la indiferencia.

En febrero, llegaron varios cientos de mujeres más desde Auschwitz. Habían hecho todo el camino a pie y parecían muertos vivientes. Nos contaron que las habían obligado a marcharse antes de que los rusos entrasen a liberar el campo. Por desgracia, las acompañaban los peores guardias, que trajeron con ellos la rutina de pasar lista durante horas y el ansia por matar, sobre todo ahora que se enfrentaban a la derrota.

Volví a pensar que la muerte venía a por mí, pero, una vez más, la vida tenía mejores planes. Junto con el resto de las mujeres francesas, me metieron en un tren en dirección a una fábrica de aviones en un lugar llamado Raguhn. Al llegar allí, nos colocaron en una cadena de montaje para fabricar motores de avión en un esfuerzo surrealista y totalmente inútil. A nuestro alrededor, llovían bombas aliadas, pero los alemanes seguían negándose a aceptar la derrota. Si no hubiese estado tan bloqueada, aquello me habría resultado exasperante.

Un buen día, nos cargaron en otro tren que, esta vez, iba a Leipzig. No tardó en quedar patente que a bordo había algunos enfermos de tifus. Y cuando nos vimos encerrados en el vagón de carga durante días, tuvimos la impresión de que así era como los alemanes habían planeado matarnos. Nos dejarían allí hasta que la enfermedad hubiese acabado con nosotros y el vagón se convirtiese en nuestro nicho. Para

cuando el tren se detuvo al fin con una sacudida, junto a la puerta había una pila de cadáveres. Sin embargo, yo conseguí sobrevivir. La parca se resistía a liberarme de mis pesares. La muerte de Danielle me había dejado un hueco en el corazón y, sumándole a eso el agotamiento físico, me sentía como un despojo humano. Al oír que descorrían el pestillo de la puerta del vagón, pensé en cuando escuché ese mismo sonido al llegar a Auschwitz.

Miré fijamente hacia la puerta, y se me puso la piel de gallina a medida que iba abriéndose con un chirrido. No me cabía duda ya de que la muerte aguardaba a la vuelta de la esquina. Estaba segura de que los guardias alemanes nos pegarían un tiro a los que todavía estábamos vivos. Pero cuando mis ojos se acostumbraron al torrente de claridad que entraba vi un grupo de soldados con uniformes de color caqui en lugar de gris. No sé quién se sorprendió más, si ellos o nosotros. Oí a uno que gritaba algo, impactado, y, aunque tardé en reconocer la lengua que hablaba, supe que no era alemán. ¡No eran alemanes! Aquello supuso una inyección de moral.

–¡Rusos! –carraspeó la mujer que yacía a mi lado.

Los rusos eran de los nuestros.

Intenté incorporarme un poco más. ¿Qué había sucedido? ¿Cómo era posible que un tren alemán nos hubiese llevado hasta los Aliados? ¿Era verdad o se trataba de otro de sus crueles trucos?

En cuanto los soldados nos ayudaron a bajarnos con cuidado del vagón, nos enteramos de que los alemanes habían ido abandonando el tren según este avanzaba. Nos encontrábamos en un gueto recientemente liberado en Checoslovaquia. Tardamos un poco en hacernos a la idea. Mientras tanto, no paramos de mirarnos unos a otros en silencio.

Después de que nos diesen un poco de agua y pan seco –cosa que agradecimos–, por fin asumimos que lo que había sucedido no era una extraña alucinación. Unas cuantas de nosotras decidimos ir andando hasta Praga, creyendo que desde allí nos sería más sencillo regresar a casa. Apenas recuerdo nada de aquel trayecto aparte del dolor de pies y los miembros cansados. Fue un milagro que lográsemos siquiera caminar, aunque supongo que la libertad recién recuperada nos proporcionó el combustible que necesitábamos. Al llegar a Praga, nos dirigieron a un campo de repatriación. Repatriación: el retorno de alguien a su propio país. Sin embargo, ¿sería capaz de volver a sentir que Francia era mi patria? Al fin y al cabo, ¿no había sido Francia la que me había enviado a una muerte casi segura? Quién sabía lo que me encontraría a mi regreso. Cogimos varios trenes más, pero, en esa ocasión, viajamos en vagones con asientos y no en los de transporte de

ganado.

Un par de días más tarde, entramos en París. Cientos de nosotros nos arremolinábamos en los andenes de la estación de Orsay, muchos todavía vestidos con el uniforme a rayas de los campos de los que nos habían liberado. Era imposible no fijarse en los ojos como platos de los empleados que nos conducían a los autobuses que nos esperaban delante de la estación, en su expresión de horror y de preocupación. ¿Adónde nos llevaban? Por un angustioso instante, pensé que volvían a mandarnos a Drancy, pero el conductor nos tranquilizó explicándonos que, de hecho, nos estaban trasladando a un hotel.

En lo que me pareció un sueño de lo más surrealista, nos detuvimos ante uno de los mejores hoteles del Boulevard Raspail, el Lutetia. La calle estaba plagada de gente que sostenía carteles en alto. En un primer momento, creí que estaban allí para darnos la bienvenida. Al bajarme del autobús, vi que en los letreros había escritos nombres y que en los rostros de aquellas personas se marcaba la ansiedad.

–¿Ha visto a mi hijo? –gritó una mujer mientras me pegaba un cartel a la cara–. ¿Sabe si aún está vivo?

Negué con la cabeza y mantuve la mirada fija en el suelo hasta que conseguí atravesar la enorme puerta giratoria y entré en el hotel. Hacía tanto que no veía tal despliegue de grandeza que sentí que me faltaba el aire.

Mientras me quedaba embobada mirando la ornamentación del techo y la enorme lámpara de estilo *art déco*, una mujer se puso a rociarme con unos polvos blancos.

–Es para combatir los piojos –dijo a modo de disculpa.

Asentí sin reaccionar.

En cuanto nos despiojaron, nos mandaron a la ducha. Y eran duchas propiamente dichas, con agua caliente y jabón, supervisadas por enfermeras y con ropa limpia esperándonos al terminar. Cuando me facilitaron los papeles para la repatriación, me entraron ganas de quemarlos allí mismo. «Si no nos hubiesen dejado en la estacada, si no hubiesen renegado de nosotros, si no nos hubiesen enviado a la muerte…, la gente a la que quiero aún estaría viva», quería gritarle al pobre pasante que me había proporcionado los documentos y que no tenía culpa de nada.

Volví a mi piso al día siguiente llevando conmigo a un cerrajero, ya que, obviamente, no tenía llave. Cuando abrió la puerta, se me revolvió el estómago del miedo. ¿Y si los alemanes lo habían desvalijado? ¿Habría quedado algo? Pero, sorprendentemente, mis pertenencias seguían en su lugar. En cuanto se marchó el cerrajero, empecé a detectar señales de la ocupación: un cenicero rebosante de

colillas, una copa de vino con la huella fantasmagórica de unos labios en el borde… Al comprobar que en mi cama había un juego de sábanas nuevo, me quedé horrorizada. ¿Quién había estado viviendo allí mientras yo estaba en Auschwitz? ¿Qué había pasado durante mi ausencia?

Recorrer las habitaciones era como estar de visita en una casa ajena, de la misma manera que, al mirarme en el espejo del cuarto de baño, sentí que estaba viendo otro cuerpo. ¿Quién era aquella desconocida de pelo trasquilado y con los huesos de las caderas extremadamente marcados? Mirase donde mirase, todo en mi cuerpo me recordaba a la barbarie de los alemanes, desde los flácidos pliegues que un día habían sido mis pechos hasta las cicatrices que habían dejado en mi piel los festines de los parásitos. Y, claro está, aquel terrible tatuaje. Quizá las cicatrices se difuminasen y el pelo me creciese, pero nunca podría escapar del número que llevaba marcado en el brazo. Aunque tampoco me importaba. ¿Qué me iba a importar después de ver matar a la gente a la que más quería? Me sentía horriblemente mal por haber sobrevivido mientras todos ellos habían muerto. Bajé la vista a la bañera y pensé en la noche –hacía casi cinco años– en que le había preparado un baño a Tomasz. Valoré la posibilidad de tumbarme en ella, llevarme un cuchillo a las muñecas y esperar a que la vida abandonase mi cuerpo. Entonces, me asaltaron las palabras de Tomasz, tanto tiempo atrás: « Tiene que contar lo que nos están haciendo». Y recordé la promesa que había hecho sentada en mi catre tras la muerte de Danielle. Debía escribir una última novela. Sobre lo que había pasado, sobre Danielle, Marguerite, Macarrón, Tomasz y Solly. Sobre la manera en que su amor me había insuflado alegría y esperanza en mis horas más oscuras. De esa manera, vivirían para siempre en el corazón y en la imaginación de quienes leyesen su historia. En cuanto la terminase, le entregaría el manuscrito a Anton y le suplicaría si era necesario que me lo publicase. Al fin y al cabo, estaba en deuda conmigo. Luego, una vez estuviese cerrado el trato y me hubiese asegurado de que el libro vería la luz, estaría ya lista para que la muerte me visitase. No habría nada que me retuviese.

Durante el mes siguiente, mi vida giró en torno a una rutina que no distaba demasiado de la que tenía en Auschwitz. Incapaz de acercarme a la cama, dormí en el suelo al lado de mi escritorio. Me despertaba a las cuatro de la mañana y, tras una taza de té y un desayuno escaso, me sentaba a escribir horas y horas. Devolver a la vida a Solly, Marguerite, Danielle y Macarrón por medio de mis palabras era una experiencia mágica. Sentía sus almas a mi alrededor, expresándose a través de mí. Incluso escribir sobre sus muertes resultó ser un

consuelo. Por fin, podía entregarme al duelo por ellos. Mientras ponía por escrito la muerte de Danielle, me costaba respirar. Pero, en cuanto empezaron a correrme las lágrimas por la cara, noté cierto alivio. Ya no me consumía el sentimiento de culpa por haber sobrevivido cuando todos habían muerto. Mi supervivencia tenía un motivo: devolverles la vida gracias a mi libro. Luego, me reuniría con ellos.

Capítulo 37

París
Septiembre de 1945

A mediados de septiembre, tecleé la palabra «FIN». Arranqué la última hoja de la máquina de escribir y abracé el manuscrito. Era como si sus páginas estuviesen animadas por el espíritu de mis amigos. Le recé a cada uno de ellos una oración de agradecimiento; luego, me preparé para salir. La semana anterior, me había puesto en contacto con Anton y le había contado que estaba trabajando en un nuevo libro. No sé si sería porque se sentía culpable, pero parecía encantado de negociar conmigo otro contrato de edición y me invitó a comer con él en el Café de la Paix.

Hacía un día espléndido, con el cielo de un azul fuerte y salpicado de jirones de nubes ligeras como plumas que remoloneaban en el aire. Caí en la cuenta de que era la primera vez que me fijaba en el tiempo desde que había vuelto a París. Apenas había salido del piso, ya que mi principal ocupación había sido escribir. Encontré a Anton en su mesa de siempre en la terraza, ataviado con una chaqueta de terciopelo verdemar y dándole un sorbito a una copa de vino.

Cuando me acerqué, se quedó mirándome sin dar muestras de reconocerme; luego, al fijarse bien, tiró de dramatismo. –¡Etty! ¡Etty! –gritó poniéndose de rodillas–. Ay, Dios, qué alegría verla.

Me rodeó con los brazos, y yo acepté su abrazo sin abandonar mi rigidez. El olor a colonia y cigarrillos me resultaba tan familiar y, al mismo tiempo, estaba asociado a una vida que ya no existía para mí que…

–No se imagina hasta qué punto me entusiasmó recibir su llamada –continuó dando un paso atrás y mirándome de arriba abajo–. Estaba tan preocupado. –Noté que reparaba en mi pelo corto y en mi delgadez–. ¿Se encuentra bien?

Asentí, y me obligué a no llorar, a mostrarme fuerte.

–¿Y a usted qué tal le va? –pregunté en lo que pretendía ser un tono despreocupado.

–Oh, bueno, ya sabe… Mucho mejor, ahora que hemos derrotado a los alemanes.

Qué fácil debía de haber sido para la gente como Anton, pensé con tristeza, capaces de creer que los alemanes habían sido derrotados,

que no se miraban cada día en el espejo y veían la victoria de estos estampada por todo su cuerpo. ¿Cómo podían esperar que diésemos gracias al cielo y pasáramos página después de todo lo que habíamos soportado, de haber sufrido tantas pérdidas, y estando todavía marcados por los horrores que nos habían infligido?

–Sí, claro –me limité a decir mientras me sentaba a su mesa.

–Permítame que le pida algo de comer. –Anton le hizo una seña a un camarero–. ¿Qué le parece un plato de su sopa de cebolla favorita? Le encantará saber que han vuelto a ponerle ternera.

Le dediqué una mirada vacía antes de repasar nuestro último almuerzo y mi ridícula reacción a cuenta de la sopa. Ahora, me parecía una locura tras haber pasado hambre durante años en Auschwitz. ¿Cómo podía haber protestado por tamaña insignificancia?

El camarero se acercó, y Anton pidió dos platos de sopa. –Y después de la sopa nos tomaremos unas salchichas a la cazuela –anunció. Yo asentí, aunque mi estómago aún no estaba para comilonas–. Bueno, háble me de ese libro que tiene –dijo en cuanto el camarero se marchó–. Estoy encantadísimo de que haya escrito una nueva aventura de Aurélie. ¿Es esa de la que me habló la última vez que comimos juntos, antes de…? –Se interrumpió, visiblemente azorado–. Siento mucho, muchísimo, lo que sucedió aquel día.

–No pasa nada. Usted no tenía autorización para publicarme. Y lo entiendo. –Saqué el manuscrito del bolso–. Este libro… no… no es una historia de Aurélie. Es una historia basada en hechos reales, en lo que me pasó durante la guerra. Le puse el manuscrito delante y cerré los ojos, incapaz de soportar la posibilidad de que me rechazase de nuevo y no pudiese cumplir con la promesa que le había hecho a Tomasz y honrar la memoria de mis amigos.

–¡Oh!

Sonó sorprendido y ¿decepcionado?

Me atreví a entreabrir los ojos. Estaba mirando fijamente el manuscrito.

–Tenía que escribirlo –dije–. El mundo tiene que saber lo que nos pasó para que nunca más se repita.

Me alivió ver que asentía.

–¿La enviaron a uno de esos campos? –preguntó en voz baja.

Asentí.

–Auschwitz.

–¿Y es cierto lo que se cuenta, eso de los asesinatos en masa y las cámaras de gas?

Asentí otra vez.

–Ay, Etty, lo siento tanto. –Posó las manos sobre las mías. Eran tan

cálidas y fuertes que a punto estuve de derrumbarme–. Será un honor publicar su libro –dijo mirándome a los ojos, y vi que los suyos estaban llorosos–. Un honor. –¡Gracias! –grité–. ¡Gracias!

Y se me saltaron las lágrimas, y ya no pude controlarlas.

Anton cumplió su palabra. Ese mismo día, leyó mi manuscrito; cuando llamé a su oficina un par de días después –tal como habíamos convenido–, ya tenía un contrato editorial esperándome.

–¿Escribirá ahora otra novela de Aurélie? –me preguntó esperanzado mientras yo estampaba mi firma.

–Puede ser –respondí–. Pero, primero, voy a hacer un viaje. –Faltaría más. Imagino que querrá estar con su familia y sus amigos.

Asentí. No sabía bien hasta qué punto estaba en lo cierto. Decidí volver caminando por el Barrio Latino. Al hablar Anton de los amigos, me había puesto a pensar en Bruno. ¿Y si había conseguido escapar de las garras de los alemanes? ¿Y si me lo encontraba todavía tras la barra del Once Upon a Time? La idea de volver a verlo hizo que en mi corazón entrase un minúsculo rayo de esperanza. Pero al llegar al bistró me encontré con las puertas y las ventanas tapiadas. Habían echado pintura negra sobre el letrero del Once Upon a Time. Otra historia a la que le habían puesto fin abruptamente.

Puse rumbo a mi piso y esperé a que cayese la noche con la muñeca de Aurélie en brazos y pensando en el día que conocí a Tomasz, en cómo los hilos de nuestras vidas se habían ido entretejiendo tan esporádicamente y, aun así, con tanta fuerza. «Gracias», susurré pensando en cuando me había dado el botón dorado. Por mucho que me doliese, estaba convencida de que había muerto. Al parecer, muy pocas personas habían logrado volver a casa desde los campos. Incluso los que habían sobrevivido hasta el final habían caído en las marchas de la muerte que los alemanes les habían impuesto.

A las dos de la madrugada, decidí que había llegado la hora. Como una niña que echa mano de su chupete o de su mantita reconfortante, salí del piso y me dirigí al río, llevando conmigo a mi muñeca al puente en el que había conocido a Tomasz. La intensidad de aquel recuerdo me atravesó como una puñalada. En el cielo, reinaba una gigantesca luna de plata que le daba al río un brillo de seda. Era tan bonito, y yo estaba tan cansada… Lo único que quería era descansar eternamente.

Después de comprobar que no se acercaba nadie, me encaramé a la cornisa.

«No lo hagas», sentí que Aurélie me susurraba desde algún punto de mi subconsciente. Era la primera vez que escuchaba su voz desde hacía años, y ya no tenía la misma capacidad de antes de influir en

mis decisiones.

Apoyé la muñeca en la cornisa y miré hacia el agua bajo mis pies echándome hacia delante, preparada para saltar. –¡Etty! ¡Etty! ¡No!

Sobresaltada, miré por encima del hombro. No había nadie. Volví a mirar hacia el agua y, de nuevo, oí aquella voz que me llamaba, que me decía que no lo hiciese. ¿Era Tomasz? ¿O era Solly?

Ahora, se había convertido en un coro de voces. «No lo hagas, no te rindas –decían–. ¡Te queremos viva!».

Me ardían los ojos de las lágrimas, que me nublaban la vista, pero, con todo, durante un breve instante me pareció ver a mis mosqueteros, plantados allí, en el puente, a la luz de la luna, formando una fila ante mí: Tomasz, Solly, Marguerite, Macarrón y mi adorada Danielle.

«¡Te queremos viva! –no paraban de gritar–. ¡No queremos que termine aquí tu historia!».

Epílogo

París
Librería Shakespeare & Co., 1946

—Así que, como pueden comprobar, no me morí aquella noche –dije sonriéndole al público mientras descansaba el libro en mi regazo.

La librería estalló en un aplauso espontáneo que me alegró el corazón.

–¡Y nos alegramos de que así fuese! –atronó Anton desde su asiento en la primera fila.

Mi libro llevaba ya unos meses en el mercado y había arrasado en Francia. Aquel era el último evento promocional que hacía en París antes de viajar a Londres para lanzar la edición inglesa.

–Muchas gracias por ofrecernos esta lectura, Etty –me dijo la propietaria de la librería y anfitriona por una noche–. ¿Alguien tiene alguna pregunta?

Una mujer entre el público levantó la mano.

–¿Cómo se encuentra ahora? ¿Considera que se ha curado de todas esas experiencias que vivió durante la guerra?

–No sé si es posible curarse de algo así –respondí–. Creo que se trata más de aprender a vivir con las heridas, con las pérdidas, y de seguir intentando encontrar chispas de bondad para lanzarlas al mundo, como diría mi querido amigo Solly.

–¡Adoro a Solly! –exclamó una mujer, y me llenó de alegría oírla hablar de él como si lo hubiese conocido, como si aún viviese.

Aunque en cierto sentido así era, tanto en mi libro como en mi corazón.

–Yo también lo quiero mucho –dije.

–¿Y qué hay de Tomasz? –preguntó un hombre en la segunda fila–. ¿Consiguió averiguar si sobrevivió?

Negué con la cabeza.

–Intenté dar con él aquí, en París, pero nunca se tuvo constancia de

su regreso; así que supongo que debió de morir. Sentí una punzada de dolor al pronunciar aquella frase. –Pues yo creo que es demasiado arriesgado hacer suposiciones –tomó la palabra un hombre al fondo de la tienda. La pobre iluminación le ensombrecía la cara.

–Puede ser –contesté–. Pero, en este caso, es bastante plausible. Hay tan pocas personas que hayan logrado regresar de Auschwitz…

–Algunos volvieron –dijo el hombre en voz baja.

–Cierto, pero yo no conseguí dar con él. Y créame que lo intenté.

–Me gusta lo sincera que es sobre Tomasz en el libro –dijo la propietaria de la librería–. Que admita que se equivocó con él.

–Gracias. Lo juzgué mal.

–Sí, lo hizo –intervino de nuevo el hombre del fondo.

Le eché una mirada nerviosa a Anton. Uno de los peligros de las firmas de libros era la imposibilidad de controlar quién asistía a ellas y lo que decían. Y yo no estaba de humor para que me provocasen hablando de ese tema en particular.

–Muy bien. Me temo que tenemos que dejarlo aquí por esta noche –dijo Anton al captar mi seña y se levantó–. Muchas gracias a todos por asistir. Si quieren que Etty les firme el libro, acérquense hasta la mesa.

Tomé un sorbo de agua y me puse a firmar. Daba la impresión de que todos los presentes se habían hecho con una copia. Cuando pusieron el enésimo libro en la mesa y me lo acercaron, me froté la muñeca, dolorida.

–¿Para quién quiere que se lo dedique? –pregunté sin levantar la vista.

–Para Tomasz. Tomasz Zolanvari –respondió una voz masculina, y el corazón me dio un vuelco.

Me tomé un segundo. Respiré hondo, sin atreverme a levantar la vista por miedo a que fuese algún tipo de broma macabra. Por parte del extraño hombre del fondo, quizá. Al final, reuní las fuerzas necesarias y miré. Y allí estaba él, sonriéndome con aquella cicatriz dentada tan suya en la mejilla y el hoyuelo en la barbilla. Había recuperado peso y llevaba el pelo más largo, pero tenía las facciones más marcadas que antes y le habían salido ojeras.

–Estás… ¡estás vivo! –jadeé.

–Eso dicen. –Sacudió la cabeza y soltó un suspiro–. Y ojalá algún día dejes de hacer suposiciones equivocadas sobre mí… –Eres el hombre del fondo. Estás vivo. Estás… –tartamudeé mientras trastabillaba para ponerme de pie. Era obvio que se había quedado el último a propósito; la tienda estaba medio vacía. Anton estaba junto a la puerta enfrascado en su conversación con la propietaria–. Pero… pero… ¿dónde te habías metido?

–En Polonia. Necesitaba averiguar quién de mi familia había sobrevivido. –Se le apagó la sonrisa–. Y luego volví a buscarte. Pero ya no vives en tu piso.

–Tenía que marcharme de allí. No lo soportaba –respondí–. Tengo un piso nuevo, en Montparnasse.

–Ya veo. –Sonrió y movió la cabeza–. Pensé que estabas muerta. Imagínate mi sorpresa cuando vi aparecer por todo París los carteles de tu libro. Una excelente lectura, por cierto –añadió.

–¿Lo has leído?

Sentí una mezcla de conmoción y vergüenza al pensar en lo que había escrito sobre él.

–Claro que sí. Me resultó muy conmovedor, y espero que impresione tanto al mundo que no se consienta que algo así de perverso vuelva a ocurrir. De todas formas, creo que debería aclararte algunos enigmas que dejé a mi paso.

Hice una mueca avergonzada al oírle repetir mis palabras. –¿Sí?

–Sí. ¿Recuerdas la noche que nos encontramos en la Pletzl y cómo me comporté después de besarte?

–¿Cómo podría olvidarlo?

–No fue porque sintiese que besarte fuese «como tomarse un veneno».

Una vez más, sentí vergüenza al oír mis palabras.

–Muy al contrario, reaccioné así por lo mucho que me gustó… y me hizo sentir culpable.

–Porque mantenías una relación con la mujer del marcapáginas –estallé.

–¿Quién? –dijo y frunció el ceño.

–La mujer de la foto que guardabas dentro de tu libro –dije agradeciendo la pobre iluminación, que me permitía disimular mis azoramiento.

–Sí. Pero Marie y yo ya no manteníamos ninguna relación cuando tú y yo nos conocimos.

–Ah, entiendo.

Aunque, para ser sincera, no entendía nada. La cabeza me daba vueltas con tantas peripecias.

–Ella estaba muerta –dijo bajando la voz y mirando a la mesa–. Fue la persona a la que maté.

–¿Qué?

Lo miré fijamente, estupefacta.

–No con mis manos, pero podría haberlo hecho.

–No lo entiendo.

–Estábamos prometidos e íbamos a casarnos. Hasta que, una noche,

tuvimos una pelea tremenda, una pelea estúpida, por nada, y ella salió hecha una furia… y yo la dejé marchar. No la detuve. Y un coche se la llevó por delante al cruzar la calle. Supongo que estaba tan enfadada por la discusión que no lo vio venir. Murió al instante. –Por fin, me miró de frente–. Nunca pensé que volvería a sentir lo mismo por otra mujer hasta… –Carraspeó–. Al conocerte, me sentí confuso… y culpable. No creía que mereciese experimentar de nuevo esa clase de sentimientos.

–Lo entiendo –dije bajito a la vez que pensaba en el sentimiento de culpa que había tenido tras la muerte de Danielle–. Pero no tienes la culpa de nada. Todas las parejas tienen discusiones. La mató el coche, no tú.

Qué alivio descubrir por fin la verdad sobre Tomasz.

–Lo sé –respondió–. Me di cuenta al leer sobre tu padre y tu madre en el libro. Y el final también me resultó liberador. Llevaba tanto tiempo ahogándome en la culpa… De todas formas, creo que a Marie le habría gustado que siguiese con mi vida, que volviese a enamorarme. Sobre todo, después de lo sucedido.

Nos miramos un instante.

–Si quieres, a lo mejor podría acompañarte a casa –dijo muy bajo.

Asentí con los ojos llenos de lágrimas.

–A decir verdad, me gustaría mucho.

Una carta de Siobhan Curham

Querido lector, querida lectora:

Gracias por leer *La joven que escribía historias de amor en Auschwitz*. Si quieres estar al día de mis próximas publicaciones, no tienes más que registrarte en el siguiente enlace. No se usará tu correo electrónico para ningún otro fin y podrás darte de baja si lo deseas:

www.bookouture.com/siobhan-curham

Hace un par de años, estaba documentándome para mi novela sobre la Segunda Guerra Mundial, *The Paris Network*, cuando descubrí la historia de la novelista Irène Némirovsky. Antes de la guerra, Némirovsky había sido una escritora superventas en Francia, pero, en cuanto los alemanes establecieron un Gobierno de ocupación, a los autores judíos se les prohibió publicar. Némirovsky y su familia huyeron de París y, en 1941, ella empezó a escribir en secreto una novela titulada *Suite francesa*, inspirada en lo que estaba sucediendo en Francia. Por desgracia, Irène fue arrestada por la Policía francesa en julio de 1942 y deportada a Auschwitz, donde murió al mes siguiente. Afortunadamente, el aya salvó a sus dos hijas, que pasaron el resto de la guerra escondidas.

Antes de huir de la casa familiar, Denise, una de las hijas de Irène cogió el cuaderno de Irène –grande y forrado en piel– a modo de recuerdo de su madre. Finalizada la guerra, pasaron años hasta que se atrevió a leer el contenido de aquel cuaderno, dando por sentado que sería el diario íntimo de su madre y creyendo que le resultaría demasiado doloroso. Cuando por fin se decidió a leerlo –tuvo que echar mano de una lupa para descifrar la minúscula caligrafía que se encontró–, descubrió que se trataba del manuscrito de una obra maestra sobre la vida en la Francia ocupada. *Suite francesa* acabó publicándose sesenta y cuatro años después de la muerte de Irène. Si no habéis leído la novela, os la recomiendo encarecidamente. Para mí,

resulta conmovedora –sobre todo, conociendo las circunstancias en las que fue escrita–. Después de leer sobre Irène Némirovsky y lo que le sucedió, no podía quitármela de la cabeza. Como novelista, se me hacía muy difícil imaginar qué se siente cuando tu editor te anuncia que no podrá seguir publicándote porque eres judía. Me pareció muy inspirador que continuase escribiendo, algo natural. Para una escritora, tan inherente es escribir como respirar. La falta de un contrato de edición no cambia nada.

Luego, leí el diario y las cartas de Etty Hillesum. Hillesum murió en Auschwitz en 1943, a la edad de veintinueve años; con frecuencia, recibe el apelativo de la «Ana Frank adulta». Al igual que Frank, fue una escritora maravillosa y una mujer extraordinaria capaz de hallar una esperanza y de ponerla en palabras en sus horas más oscuras. Sus diarios –escritos a lo largo de 1941 y 1942, en un Ámsterdam ya en guerra– trazan un increíble camino espiritual. Incluso cuando la enviaron al campo de tránsito de Westerbork, Hillesum mantuvo su férrea voluntad de ser el «corazón pensante» de los barracones y de ayudar a las demás a encontrar una esperanza y un sentido, así como a estar en paz con ellas mismas.

El tercer escritor en el que me inspiré es el doctor Viktor Frankl –más concretamente, en su libro *El hombre en busca de sentido*, que me regaló hace años mi padre y que tanto me ayudó en un momento muy complicado de mi vida–. Frankl era un psiquiatra que también terminó en Auschwitz. Aunque él sí sobrevivió al campo, su mujer, sus padres y su hermano fallecieron allí. Tras la guerra, Frankl escribió sobre su experiencia en Auschwitz y sobre la noción de que, habiéndoles arrebatado todo, a los prisioneros no les quedó más que una última libertad: la de decidir qué actitud querían adoptar frente a sus circunstancias. Frankl llegó a la conclusión de que quienes eran capaces de hallar algún tipo de significado en su sufrimiento lograban seguir desarrollándose a pesar de todo. O, en palabras de Nietzsche: «Aquel que tiene un porqué por el que vivir puede soportar casi cualquier cómo».

Todos estos escritores –Némirovsky, Hillesum y Franklaportaron un «¿Y si…?» fundamental como punto de partida de esta novela. ¿Y si una novelista francesa de éxito perdiese su contrato de edición porque era judía y acabase siendo deportada a Auschwitz? ¿Y si decidiese que no iba a permitir que la machacasen, sino que usaría su talento a la hora de contar historias para infundir ánimo a sus compañeras prisioneras e inspirarlas dándoles un propósito y un sentido al que agarrarse? Así fue como nació el personaje de Claudette Weil.

Aunque *La joven que escribía historias de amor en Auschwitz* es una

obra de ficción, tiene mucha base de realidad. Antes de sentarme a escribir el libro, pasé meses inmersa en la lectura de descripciones de la vida en el campo. Por eso, a pesar de que los personajes y sus historias sean ficticios, todos los detalles del ambiente del campo son reales. Acontecimientos como los de aquel terrible día de febrero de 1943 en la nieve tuvieron lugar de verdad, al igual que la escena de la guardia y la manzana o la deliciosa sopa en el Yom Kipur con la que se pretendía tentar a los judíos para que rompiesen su ayuno. También me encontré con el ejemplo de un boxeador judío al que le hicieron pelear para los alemanes a cambio de una ración extra de comida y bajo amenaza de que, si no obedecía, matarían a su familia. En mis veintitrés años de carrera literaria, he escrito algo más de cuarenta libros. Sin embargo, ninguno me ha hecho sentir nada parecido a este. Cuando tenía unos doce años, mi madre me enseñó un libro sobre el Holocausto. En él, había una serie de fotografías; una de ellas mostraba una fosa común llena de muertos y de cuerpos esqueléticos. Eran prisioneros de Auschwitz. Era la primera vez que veía un cadáver, y nunca olvidaré aquella imagen terrorífica. Esa era precisamente la intención de mi madre. Recuerdo que me dijo: «No debemos olvidar que esto sucedió para evitar que suceda de nuevo». En aquel momento, era imposible pensar que podría volver a producirse un Holocausto. Me costaba entender cómo había conseguido Hitler llevar a cabo todo aquello. En las últimas décadas, gracias a ciertos acontecimientos de la actualidad mundial, así como a una investigación exhaustiva sobre la Segunda Guerra Mundial, he empezado a entender cómo se fue gestando.

Esta novela es mi pequeña contribución a difundir la idea que quiso transmitirme mi madre tantos años atrás: no debemos olvidar que el Holocausto tuvo lugar. Solo así podremos evitar que suceda de nuevo. También quisiera que *La joven que escribía historias de amor en Auschwitz* fuese un homenaje al poder de narrar como acto de resistencia, inspiración y memoria. Con eso en mente, espero que hayas encontrado en estas páginas algo que te haya llegado al corazón.

Siobhan

Agradecimientos

Antes que nada, me gustaría expresarle mi agradecimiento a Kelsie Marsden por ser una editora tan maravillosa. Ha sido todo un regalo trabajar contigo en esta novela. Lo recordaré siempre. Y, como de costumbre, quiero darle las gracias a todo el equipo de Bookouture: Sarah Hardy, Kim Nash, Noelle Holten, Ruth Tross, Alex Crow, Alex Holmes y Alba Proko, por citar solo a algunos. Le mando todo mi cariño y mi agradecimiento a Jane Willis, de United Agents, por todo su apoyo. Y a Mara Bergman, por ser mi lectora de sensibilidad y por todo lo que nos has ayudado a mí y a mis libros a lo largo de los años.

También les debo mucho a todas las personas que se han tomado la molestia de reseñar mis otras novelas históricas –*An American in Paris*, *Beyond This Broken Sky*, *The Paris Network* y *The Secret Keeper*–, ya sea en sus blogs, en Goodreads, en NetGalley o en Amazon. Sois demasiados para mencionaros aquí y no me gustaría dejar fuera a nadie, pero quiero que sepáis que leo y valoro muchísimo cada reseña y todo el trabajo que hacéis en favor de los autores y del universo editorial.

No creo que hubiese podido escribir *La joven que escribía historias de amor en Auschwitz* si no hubiese tenido los padres que tengo. Basta con decir que se conocieron en una reunión anti-*apartheid* organizada por mi padre. Les estoy tan agradecida por instilar en mí la necesidad de manifestarme contra el odio y la opresión desde que era una niña… Debo admitir que el personaje de Solly está vagamente inspirado en mi padre, y muchas de las creencias y de las fábulas que cuenta Solly en el libro me las ha ido transmitiendo él a lo largo de los años. Así que aquí va mi más sentido agradecimiento para Anne Cumming y Michael Curham.

También quiero darles las gracias a mis amigos y familiares, que tanto me han apoyado con mis ficciones históricas. Especialmente a: Alice Curham, Steve O'Toole, Lacey Jennen, Gina Ervin, Amy Fawcett, Charles Delaney, Carolyn Miller, Thea Bennett, Linda Lloyd, Sara Starbuck, Pearl Bates, Marie Hermet, Caz McDonagh, Sass Pankhurst,

Linda Newman, Diane Sack Pulsone, Jan Silverman, Patricia Jacobs, Mavis Patcher, Mike Davidson, Liz Brooks, Fil Carson, Jackie Stanbridge, Pete Haynes y Abe Gibson.

Por último, pero no menos importante, GRACIAS a todos los lectores y lectoras que se han tomado la molestia de hacerme llegar sus cariñosos mensajes sobre mis novelas de la Segunda Guerra Mundial. La escritura es a veces un oficio muy solitario, así que para mí significa mucho conocer la huella que os han dejado mis libros.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, lugar y sucesos son fruto de la imaginación de la autora y se han utilizado con fines meramente ficticios. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, o sucesos es pura coincidencia.
Título original: *The Storyteller of Auschwitz*

© 2023, Siobhan Curham. Publicado por primera vez en Gran Bretaña por Storyfire Ltd, bajo la marca Bookouture.
© 2024, de la traducción por Cecilia Fernández Santomé
© 2024, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición en formato digital: junio de 2024

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)
www.newtoncomptoneditores.com
Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19620-61-3
Código IBIC: FA
DL: B 4.877-2024

Diseño de interiores: David Pablo
Composición: Grafime S.L.
Imágenes de la cubierta: © Trevillion Images
Diseño de la cubierta: © Sebastiano Barca
Conversión a formato digital: www.acatia.es

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.